

ORACIONES DE LOS APÓSTOLES V

ORACIONES POR LOS CRISTIANOS EN ÉFESO 2 EFESIOS 3:14-21

A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura.
(Isaías 55:1-2)

Iglesia Cristiana Evangélica
C/ San Isidro nº 55
21710. Bollullos Par del Condado
Huelva (España)
www.icebollullos.org

ORACIONES DE LOS APÓSTOLES V

ORACIONES POR LOS CRISTIANOS EN ÉFESO 2 EFESIOS 3:14-21

Asociación Gracia Soberana



Oraciones de los apóstoles V.

Oraciones por los cristianos en Éfeso 2. Efesios 3:14-21

Publicado por Asociación Gracia Soberana en colaboración con la
Iglesia Reformada Presbiteriana de Sevilla

C/ San Isidro, nº 55

21710 Bollullos Par del Condado (Huelva)

España

www.icebollullos.org

bollullosice@gmail.com

Primera edición de esta versión en español: 2024

El texto de este libro se puede copiar y divulgar por cualquier medio, siempre que se cite su procedencia.

Diseño de la cubierta: Daniel Abad y Henry Rodríguez

Imagen de la portada por cortesía de Wikimedia Commons

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra

LBLA = La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997 The
Lockman Foundation. Usada con permiso

RVR 1909 = Versión Reina-Valera 1909

RVR 1995 = Versión Reina-Valera 1995

BT = Biblia Textual

ISBN: 978-84-124092-8-4

Depósito legal: BA-000196-2024

Impreso en España

Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción	7
1. Oración por poder interior I. En la escuela de la oración	26
2. Oración por poder interior II. La paternidad de dios	43
3. Oración por poder interior III. El Dios de gloria	56
4. Oración por poder interior IV. La necesidad del Espíritu Santo	69
5. Oración por Cristocentrismo I. Cristo en el corazón.....	81
6. Oración por Cristocentrismo II. El Espíritu de Cristo.....	94
7. Oración por Cristocentrismo III. El encarecimiento del amor	106
8. Oración por Cristocentrismo IV. Humildad para conocer a Cristo	118
9. Oración por comprensión del amor de Cristo I. Comunión cristiana.....	129
10. Oración por comprensión del amor de Cristo II. El inefable amor de Cristo	143
11. Oración por comprensión del amor de Cristo III. El infinito amor de Cristo	158
12. Oración por comprensión del amor de Cristo IV. El infinito amor de Cristo	171
13. Oración por plenitud del carácter divino I. Sed de Dios....	184
14. Oración por plenitud del carácter divino II. Sed de Dios .	197
15. Oración por plenitud del carácter divino III. Sed de Dios .	210
16. Oración de doxología I. El poder de Dios.....	224
17. Oración de doxología II. El poder y la buena voluntad de Dios	237
18. Oración de doxología III. Glorificar a Dios	251
Motivos de oración	265

«Temo más las oraciones de John Knox que todos los ejércitos reunidos de Europa». Estas fueron las palabras de María Estuardo, Reina de Escocia, en el siglo XVI durante la época de la Reforma escocesa. La oración ciertamente tiene poder.

Mediante la oración nos acercamos a Dios. «La oración es la forma en que el alma se comunica con Dios», dice la Confesión de Fe de Westminster. La oración del creyente sale de su corazón, sube hasta el Cielo atravesando la ciudad celestial y llega a los oídos de nuestro Señor.

La oración es un tema de vital importancia para el mundo evangélico en nuestros días. Parece un tema olvidado o de menor importancia. Hemos dejado de golpear las puertas del Cielo con todas nuestras fuerzas, orando a nuestro Dios, porque hemos perdido nuestra fe en ella. La oración es sin duda el rocío que debe regar nuestra vida cristiana personal así como la de la Iglesia. Debemos preguntarnos si nuestras vidas son realmente vidas de oración.

Este libro forma parte de una serie de estudios basados en la obra de Arthur W. Pink *Gleanings from Paul* (Fragmentos recogidos de Pablo). En estos estudios, el lector podrá aprender que la oración tiene muchas conexiones y lecciones importantes para el creyente.

Le damos gracias al Señor por haber participado en la difusión de esta obra, en colaboración con la Asociación Gracia Soberana, para el fortalecimiento espiritual de los creyentes aquí en España y en otros países.

Quiera el Señor que podamos decir las mismas palabras que el rey David en el Salmo 38:9: «Señor, delante de ti están todos mis deseos, y mi suspiro no te es oculto».

ISAAC BERROCAL

Pastor de la Iglesia Reformada Presbiteriana de Sevilla



INTRODUCCIÓN

Antes de nada, quiero dejar constancia que la base para estos estudios fue el de una antigua publicación de Arthur W. Pink, *Gleanings from Paul* (aunque se podrá comprobar que se han consultado otras muchas fuentes), que llegó a manos del que escribe de una forma un tanto extraña, como un regalo, desde una librería de antigüedades, y con el sello de haber pertenecido a un pastor del país de Gales en el Reino Unido. Sin saber mucho inglés, fui movido a curiosidad, la cual, tras comenzar a leer, se transformó en gozo y gratitud a Dios, así como en un sentido de deuda hacia la iglesia en la que ministro y, en general, hacia todo el pueblo de habla hispana. De esos sentimientos y convencimiento surgieron unas trescientas predicaciones que se fueron haciendo en un período de casi siete años cuando la iglesia del Señor en Bollullos Par del Condado (Huelva, España) se reunía en los cultos de oración, y que son las que han servido para realizar esta serie de estudios sobre las Oraciones de los apóstoles.

Uno de los pilares fundamentales de la vida cristiana y que nadie cuestiona es el de la oración. El Señor habló ***una parábola*** a sus discípulos ***sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar*** (Lc 18:1), el apóstol Pablo, en una de sus exhortaciones a una iglesia que podía llamarse ejemplar (véase 1 Tesalonicenses 1:6-10), escribió: ***Orad sin cesar*** (1 Ts 5:17), y hay otros muchos pasajes que podían citarse y que confirman esta necesidad.

Ahora bien, cuando se conocen las vidas de los cristianos y de las iglesias como tales, es decir, cuando se examinan las conductas respecto a este asunto, tanto individual como colectivamente en los llamados «Cultos de oración», se puede sacar fácilmente la conclusión de que la oración no se considera una necesidad tan grande y que, para muchos cristianos e iglesias, no es un pilar tan esencial en sus vidas y existencias. La frase que dice que «una iglesia que no ora se muere» —y la iglesia la componen cada uno de sus miembros— ha quedado relegada a un segundo plano (o se desprecia), como también el pan de cada día de la Palabra de Dios, dando como resultado un cristianismo lánguido, si es que existe, que poco glorifica a Dios.

Esa comunicación en ambos sentidos, mediante la Palabra y la oración, entre Dios y su pueblo, es esencial, es uno de los grandes privilegios que se nos han concedido, pero, en general, el moderno cristianismo actual (como si pudiera hablarse de un cristianismo que cambia con los tiempos) no le da mucho valor ni considera su importancia. En esto, Satanás también usa sus artimañas y sabe tener entretenidos a muchos que dedican a otras cosas el poco tiempo de que disponen —redes sociales incluidas—, más atractivas para la carne. Y a estos solo quiero decir que presten atención a la Palabra que dicen creer, y la obedezcan en cuanto a su lectura y en cuanto a la oración.

Pero también hay otros cristianos e iglesias que oran, y que quieren que se les enseñe *a orar* (Lc 11:1), y esta enseñanza se encuentra de manera amplia en las que podemos llamar *Oraciones de los apóstoles*, esto es, en aquellas que pronunciaron o escribieron los apóstoles y en aquellas otras que enseñaron y solicitaron de sus primeros lectores. No es que estas sean más importantes que la oración del

Padrenuestro que nos enseñó el Señor Jesucristo, ni que la que tenemos de sus propios labios en el capítulo 17 del Evangelio de S. Juan: no es cuestión de importancia, sino de conocimiento; y puesto que se dispone de muchos comentarios acerca de dichas oraciones, y que son bastante conocidas por los cristianos, no nos vamos a detener en ellas.

Por tanto, vamos a considerar las *Oraciones de los apóstoles*, aquellas que encontramos en las cartas del Nuevo Testamento (en el libro de Hechos de los Apóstoles no tenemos ninguna), y que tomamos como oraciones para aprender a orar y cambiar aquellas cosas que necesiten ser cambiadas en este aspecto. Si nuestras vidas de oración son deficientes, es necesario que sepamos qué y cómo hemos de pedir, y de esa manera obtener mayores bendiciones y más respuestas de Dios, porque estaremos haciendo las cosas conforme a su voluntad.

Estamos llamados a crecer ***en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*** (2 P 3:18), y es obvio que la oración formó parte esencial de su vida. Él mismo nos dijo que debíamos escudriñar ***las Escrituras*** (Jn 5:39), y eso es lo que pretendemos hacer en este asunto de la oración; pero repito: no solo para tener un mayor conocimiento intelectual, pues también dijo él en otra ocasión: ***Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen*** (Lc 11:28 BT)

Evidentemente, no quiero decir que la forma y el contenido de nuestras oraciones garanticen la concesión de lo que pedimos. Si estas no van acompañadas de una vida de santidad y esfuerzo por vivir para la gloria de Dios, tampoco tendremos resultados, y solamente por la gracia de Dios podremos ver alguna que otra vez su respuesta a nuestras súplicas.

Así que creo que es necesario que aprendamos, y que aprendamos mucho, pero a medida que lo hagamos y nos va-

yamos dando cuenta de nuestros errores, la consecuencia no debe ser que dejemos de orar, sino que lo sigamos haciendo, pero haciéndolo bien. Hay hermanos que, por una falsa humildad o timidez, no oran, y hay otros que dejan de orar cuando se les enseña a hacerlo correctamente porque prefieren seguir orando mal antes que ajustarse a lo que Dios enseña en su Palabra, y esto es orgullo. Ambas conductas están equivocadas y deben corregirse, pues son análogas a las del niño caprichoso que quiere salirse con la suya, se enfada, y dice: «Ya no juego». La oración no es un juego, y todos entendemos que sería muy triste que, al pasar los años, un hijo se dirigiera a sus padres con el mismo balbuceo con que lo hacía cuando tenía pocos meses.

A modo de ejemplo cito varias cosas que se observan en las oraciones públicas en las iglesias, y quizá también en las privadas, y que muestran lo deficientes que son; y no solo me refiero al tiempo que se dedica a ellas, sino a lo que se hace en ese tiempo, que puede estar muy equivocado.

DEFICIENCIAS EN CUANTO A LA ORACIÓN

1. En ocasiones, se entra en la presencia de Dios precipitadamente, como el muelle que salta de un resorte, aunque Dios nos dice en su Palabra: ***Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras*** (Ecl 5:1-2).

Muchas veces el que ora no se para a pensar ante quién va a orar, ni en cuál es su propia condición espiritual para ha-

cerlo, ni en las palabras que va a decir o dice, y parece más bien que solo intenta rellenar un espacio de tiempo en el culto; o no se tiene en cuenta la falta de comunión habitual con Dios en la oración privada, que luego queda reflejada en la oración pública. Se olvida muchas veces que aunque Dios es nuestro Padre, **él está en el cielo**, como hemos leído que dice Salomón, y que al orar nos acercamos a su trono; ciertamente **al trono de la gracia** (He 4:16), pero que también es el del infinito y santo Dios.

Si tuviéramos que comparecer ante la presencia de un rey, seguro que lo haríamos con un traje y unos modales distintos a los que utilizamos entre nosotros como compañeros, amigos o hermanos, y seguro que nos prepararíamos para ello con antelación; ¿no es cierto? Pero estas cosas se olvidan fácilmente cuando entramos en la presencia de Dios: cómo está nuestra justicia y santidad, y cómo son nuestras palabras.

Repito, el **Padre nuestro**, el de los cristianos y solo de los cristianos (cf. Ro 8:15-16), está **en los cielos** (Mt 6:9), y puede tenerse familiaridad con él, pero familiaridad que nace de la gracia y es obra del Espíritu Santo; no debe haber falta de reverencia ni el atrevimiento de un rebelde que no quiere someterse a su rey. Hemos de acercarnos con la confianza de un niño que se acerca a su padre, y lo teme porque lo ama, y lo ama porque lo teme.

2. En otras ocasiones, las oraciones, por así decirlo, se arrastran por la tierra. No interesan, ni se encuentran en ellas, las cosas celestiales, la gracia o la gloria; no interesan las almas de las personas (véase Efesios 3:14-19), y se centran en las cosas de aquí abajo. En este sentido, algunos oran en público y se olvidan de que están ante Dios, de modo que dirigen sus oraciones hacia el resto de los que están presentes: unas ve-

ces para enseñarlos, otras para que se enteren de algo que ha sucedido, otras para buscar los aplausos, y otras incluso para amonestar a alguien en público cuando falta valor para hacerlo en privado. Y no debe ser así, porque cuando oramos, entramos en un terreno santo donde debemos quitarnos el calzado.

También nos arrastramos por la tierra cuando empleamos palabras vulgares, y no quiero decir con esto que hayamos de ser académicos o tener un gran vocabulario, sino que hemos de pensar en nuestras palabras. A veces incluso se cae en la crítica hacia otras personas, olvidándose de nuevo que estamos ante el trono del Altísimo. Puede parecer gracioso, pero no podemos pedir por un hermano como aquel que dijo: «Señor, te pido para que hagas el corazón del hermano tan blando como su cabeza».

3. También es muy frecuente el uso repetitivo y constante de la palabra «Señor», lo cual puede ser admisible cuando nos convertimos, pero no debe ser el modo normal cuando ha pasado un cierto tiempo. ¿No es cierto que no hacemos esto cuando estamos hablando con otra persona? No decimos al hablar: «Oye, Manolo, mañana, Manolo, te llamaré, Manolo, porque tengo un problema, Manolo, a ver si me ayudas, Manolo...».

La repetición constante de la palabra «Señor», además de ser innecesaria, carga los oídos y denota que se está usando como un recurso del que se echa mano cuando faltan las palabras. Hay un mandamiento que dice: “**No tomarás el nombre del SEÑOR tu Dios en vano**” (Éx 20:7 LBLA) y, aunque no estamos *bajo la ley* (Ro 6:14), o aunque podamos dejar de cumplirla sin darnos cuenta, cualquier transgresión de esta es pecado, pecado grave.

Hemos, pues, de usar con la mayor reverencia el nombre de Dios, el del Señor, o cualquiera de sus otros nombres. Los judíos habían llegado a tal grado de reverencia que no pronunciaban la palabra «Jehová» porque la consideraban demasiado santa para ser nombrada. No necesitamos llegar a este grado de superstición, pero es bueno que seamos más reverentes.

4. En otras ocasiones puede observarse en las iglesias que hermanos con muy poca espiritualidad son los encargados de hacer la oración inicial o final de los cultos. Y esto no debe ser: por el propio bien del hermano —que se pone, por su condición y atrevimiento al hacerlo, bajo la ira de Dios—, y por el propio bien de la congregación, que oye la oración como una simple formalidad. Cuando la condición espiritual no es buena, y se sabe que falta comunión con Dios o con los hermanos, hay que tener cuidado de dirigirse a Dios en nombre de todos si no es para hacer en primer lugar una confesión de pecado. Por tanto, nadie debe pensar mal para sus adentros cuando los ancianos o responsables de las iglesias no le conceden este servicio, porque no es solo un privilegio o un derecho, sino un deber santo, ante el cual quizá el único deseo de hacerlo esté motivado por el orgullo.

Creo que esto es fácil de entender, y del mismo modo que nos parecería intolerable que cualquiera fuese predicador de la Palabra, también debe parecernos el que cualquiera pueda dirigir la oración. La oración es también una parte del culto muy importante y provechosa, y no debe ofrecerse por un hermano desprevenido o cuya condición espiritual deje mucho que desear. Y es triste que con demasiada frecuencia los cultos de las iglesias comiencen con tan poca devoción que parece que va a iniciarse cualquier tipo de espectáculo: se re-

piten las palabras, no se piensa en el significado de estas, no salen del corazón, no llevan al resto de la congregación ante el trono de Dios, no tienen un propósito definido para la ocasión (se pide por cosas que no tienen nada que ver con el culto que comienza o con el que acaba de terminar), etc.

En algunas ocasiones, esto lleva a otros hermanos a estar con los ojos abiertos, mirando hacia cualquier parte, distraídos, porque sienten que esa oración es una simple formalidad. Esto no quita que también, aunque la oración sea la más elevada y sublime, haya otros hermanos que no presten atención y que se dedican a buscar canciones, a mirar para otro lado, o a cualquier otra cosa, como si la ocasión no tuviera que ver con ellos, aunque al final digan «amén» a algo que ni siquiera han oído.

Y en relación con esto, hemos de considerar que las oraciones públicas han de ser audibles para que el resto de la congregación pueda decir amén. Hay miembros de las iglesias que tienen una voz normal, e incluso un torrente grande, pero que en las oraciones públicas fingen una voz afectada de modo que es difícil oírlos a corta distancia. Hay que corregir esto también.

5. Y podríamos decir muchas otras cosas, pero, puesto que estaremos aprendiendo acerca de la oración, Dios mediante, durante mucho tiempo, en esta introducción indico solamente otro de los errores que se observan.

Todos los cristianos creen en la Santísima Trinidad, y aunque ese Dios infinito, trino y uno no puede concebirse en la mente, todos diferencian entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a menos hasta donde se nos ha revelado. Y puesto que nos ha sido revelado, también se sabe que cada una de las personas divinas tiene una parte en la obra de re-

dención. Todos los cristianos saben que no fue el Padre ni el Espíritu Santo quien murió en la cruz, sino el Hijo encarnado, aunque nos encontramos con el misterio indicado en la Palabra de que **Dios** [el Padre] *estaba en Cristo* (2 Co 5:19). Y todos saben también que, normalmente, la palabra «Señor» en el Nuevo Testamento se usa en referencia al Hijo. Y que el Hijo no engendró ni envió al Padre, ni el Hijo ni el Padre proceden del Espíritu Santo.

También pienso que se sabe —como el propio Señor Jesucristo nos indicó— que nuestras oraciones han de dirigirse al Padre. Es lo que él dijo a sus discípulos cuando estos le pidieron que les enseñase a orar: que se dirigieran al **Padre nuestro que está en los cielos** (Mt 6:9), y es el mismo ejemplo suyo que tenemos en el capítulo 17 del Evangelio de Juan.

Así que nuestras oraciones deben ir dirigidas al Padre (aunque es cierto que también aparecen en el Nuevo Testamento oraciones en las que se invoca al Hijo, y podemos hacerlas), y deben hacerse en el nombre del Mediador, el Señor Jesucristo, en el sentir y la comunión del Espíritu Santo.

Pues bien, aunque se saben estas cosas, no es difícil oír que se den gracias al Padre porque murió en la cruz, o gracias al Señor porque envió al Señor o a su Hijo a la cruz, o gracias a Dios (este nombre generalmente hace referencia al Padre) porque derramó su sangre en la cruz; no es inusual oír que se comience una oración dirigida al Padre en la cual, en pocos segundos, se cambia el destinatario y pase a ser el Señor.

Y si todas estas cosas (no pensar ante quién estamos ni en la propia condición espiritual, no pensar sino en las cosas de aquí abajo, no pensar en Dios mismo sino en los oyentes por

cualquier motivo no santo, no pensar en las vanas repeticiones del nombre «Señor» ni en la importancia de la propia oración, no pensar que la oración pública no es un derecho que puedo exigir, no pensar en que los demás han de oír, no pensar en aquello a lo que decimos «amén», ni en lo que decimos de cada una de las personas divinas, etc.), y muchas otras, las mezclamos, ¿nos parece extraño que diga que debemos aprender, y aprender mucho, en nuestras vidas de oración?

Y con este objetivo —aprender, cambiar, y crecer en gracia y en santidad con el fin de glorificar a Dios y tener mayores bendiciones para nosotros y los que nos rodean—, hacemos este estudio de las oraciones de los apóstoles.

EL EJEMPLO APOSTÓLICO

Es siempre una bendición escuchar a un cristiano entrado en años, que hace mucho que camina con Dios y que disfruta de su comunión íntima, derramar su corazón ante Dios. ¿Pero no nos habríamos sentido más bendecidos si hubiésemos tenido el privilegio de escuchar las alabanzas y peticiones dirigidas a Dios por aquellos que anduvieron con Cristo durante los días de su ministerio? Y si alguno de los apóstoles estuviese aún sobre la tierra, ¿no sería un gran privilegio escucharlo en oración? Sería un privilegio tan grande que, seguro que estaríamos dispuestos a todo tipo de inconvenientes y a viajar largas distancias para ser bendecidos. Y si llegáramos a escucharlo orando, ¿no prestaríamos atención a sus palabras y diligentemente las guardaríamos en nuestra memoria y corazón?

Pues bien, no es necesario que pasemos ningún inconveniente ni que hagamos un largo viaje, pues, a fin de instruir-

nos y satisfacernos, al Espíritu Santo le pareció bien dejar constancia de algunas de estas oraciones. Y hemos de valorar este don tan grande, y hemos de estudiarlas, y hemos de meditar en ellas, y hemos de cambiar en nuestras oraciones todo aquello que es deficiente y que deba ser cambiado. Ese va a ser nuestro objetivo.

La pregunta que ahora podíamos plantear es: ¿Por dónde empezar? Y podría parecernos lógico comenzar con el libro de Hechos para después continuar con las cartas en el orden en que las tenemos en el Nuevo Testamento. Ahora bien, aunque parezca extraño, el libro de Hechos, que nos da la mayor parte de la información que tenemos acerca de los apóstoles, no contiene en sus veintiocho capítulos ni una sola oración apostólica. No obstante, si pensamos un poco, veremos que esta omisión está en armonía con el carácter especial de este libro; porque el libro de Hechos es mucho más histórico que devocional, y es más una crónica de lo que el Espíritu obró por medio de los apóstoles que de la obra que hizo en ellos.

El libro destaca los hechos públicos de los embajadores de Cristo, y no tanto sus ejercicios privados. Es cierto que en él vemos a los apóstoles dados a la oración, tal como sus propias palabras lo muestran: ***Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra*** (Hch 6:4). Una y otra vez los vemos dedicados a este santo ejercicio (*cf.* Hch. 9:40; 10:9; 20:36; 21:5; 28:8). Sin embargo, no se nos dice cuáles fueron sus oraciones, el contenido de estas. Lo que más se parece a una constatación de palabras claramente atribuibles a los apóstoles es lo que Lucas nos ofrece en Hechos 8:14-15, pero allí solo nos da la esencia de lo que Pedro y Juan oraron. La oración de Hechos 1:24 pertenece a todos los discípulos, y la de Hechos 4:24-30 también perte-

necesite a toda la compañía y no solo a Pedro y a Juan, como podemos comprobar en el versículo 23.

ASPECTOS DE LAS ORACIONES APOSTÓLICAS

Finalmente, destacamos en esta introducción otros aspectos de las oraciones apostólicas que también se consideran importantes.

En primer lugar, hay que resaltar que la mayoría de ellas que han llegado hasta nosotros provienen del corazón de Pablo y, hasta cierto punto, podría esperarse que esto fuera así. Pablo fue el apóstol de los gentiles, los cuales habían salido del paganismo, y lo más lógico era que su padre espiritual fuese también su padre devocional (Pedro, Santiago y Juan ministraron principalmente a los creyentes judíos —*cf.* Gá 2:9—, quienes aun en sus días de inconversos estaban acostumbrados a orar y a doblar las rodillas delante del Señor). Además, Pablo escribió el doble de epístolas inspiradas que todos los otros apóstoles juntos, y en ellas hay ocho veces más oraciones que en el conjunto de las demás.

Pero, aparte de estos números, debemos recordar lo primero que el Señor dijo de Pablo después de su conversión: ***He aquí, él ora*** (Hch 9:11), lo cual da la nota clave de lo que sería su vida. Pablo se distinguiría primordialmente como hombre de oración, a pesar de su mucha actividad que también vemos en los escritos del Nuevo Testamento.

Esto no quiere decir que el resto de los apóstoles no tuviesen este espíritu. Dios no utiliza a ministros que no oran, y el propio Señor afirmó que la marca distintiva de los cristianos, *escogidos* por **Dios**, es ***que claman a él día y noche*** (Lc 18:7). Pero Dios permite que algunos de sus siervos disfruten de un compañerismo más estrecho y constante con él, y

así le ocurrió al hombre que en una ocasión *fue arrebatado* incluso *al paraíso* (2 Co 12:1-4). A Pablo se le otorgó una medida extraordinaria de *espíritu de gracia y de oración* (Zac 12:10), de modo que parece haber sido ungido con mayor espíritu de oración que el resto de los apóstoles.

En segundo lugar, quiero indicar que, en estos estudios, no vamos a limitarnos a las oraciones de los apóstoles que expresan peticiones, sino que abarcaremos un espectro más amplio. La oración debe incluir mucho más que las peticiones y, en una época como la nuestra caracterizada por la superficialidad y la ignorancia de la Escritura, los creyentes tenemos necesidad de que se nos instruya en todos los aspectos de esta. En Filipenses 4:6 (donde la segunda parte del versículo *en toda oración y ruego, con acción de gracias* se encuentra en el original griego antes que la primera con las peticiones), tenemos unos de esos aspectos, cual es la acción de gracias. Si no expresamos nuestra gratitud a Dios por las misericordias ya recibidas, y damos gracias a nuestro Padre por concedernos poder presentarle nuestras peticiones, ¿cómo podemos esperar que nos atienda para recibir respuestas?

Pero hay más aspectos, porque la oración, en su sentido más sublime y pleno, trasciende la gratitud por los dones recibidos y eleva el corazón a contemplar al Dador mismo, de modo que el alma se postra ante él en adoración. Además, debe preceder a la gratitud y a las peticiones el autoaborreimiento y la confesión de nuestra indignidad y pecaminosidad. Debemos recordar que nos acercamos en oración al Altísimo, ante quien los *serafines* mismos cubren *sus rostros* (Is 6:2), y aunque la gracia divina nos haya hecho hijos, todavía estamos a una distancia infinita e inconcebible del Creador. Debemos recordar que, por naturaleza, somos criaturas pecadoras, y debemos tener conciencia de esto al incli-

narnos delante del Santo, porque solo así podremos invocar, con algún sentido y realismo, la mediación y los méritos de Cristo como fundamento de nuestro acercamiento. Solo así, «en el nombre de Jesús» será algo más que una simple coletilla final.

Es por esto por lo que, hablando en términos generales, la oración debe incluir confesión de pecado, peticiones para que nuestras necesidades sean suplidas, y adoración de nuestros corazones al Dador mismo. En otras palabras, podemos decir que los principales elementos de la oración son la humillación, la súplica y la adoración (véase el Salmo 100). *El incienso* ofrecido en el tabernáculo y en el Templo era un compuesto de diversas *especias* (Éx 30:34-35), cuya mezcla hacía que aquel perfume fuese muy fragante. Dicho incienso era un tipo de la intercesión que efectuaría nuestro gran Sumo Sacerdote y de *las oraciones de todos los santos* (Ap 8:3-4; cf. Mal 1:11). Por ello, al acercarnos al trono de la gracia debe haber una mezcla proporcionada de humillación, súplica y adoración; sin exclusión de ninguna, sino una mezcla de todas ellas.

Finalmente, en tercer lugar, concluimos estas observaciones generales y preliminares señalando otros aspectos de las oraciones apostólicas.

OTROS ASPECTOS

El primero que debemos destacar, por su importancia, es que la forma más frecuente en que se invoca a la Deidad es usando el nombre de *Padre*, como en 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3,17; 3:14; 1 Pedro 1:3; etc. Muchas personas han usado y usan el apelativo Padre para dirigirse a Dios de manera ilícita y superficial. Pero el abuso no justifica nuestra negligencia para reconocer esta relación. Nada ha sido mejor calcu-

lado para producir calidez en nuestro corazón, y darnos libertad de expresión, que el reconocimiento de que nos estamos acercando a nuestro Padre. Si en verdad hemos recibido el verdadero *Espíritu de adopción* (Ro 8:15 RVR 1995), no lo apaguemos, sino más bien sigamos su impulso y clame-mos: *Abba, Padre* (Mr 14:36; Gá 4:6).

El segundo que debemos resaltar es la brevedad de las oraciones apostólicas. Son oraciones cortas. No solo algunas, o la mayoría, sino todas son extremadamente breves, y la mayoría de ellas se encuentran en no más de uno o dos versículos; la más prolongada, en solo siete versículos. Martín Lutero dice en sus comentarios sobre el Padrenuestro, dirigidos a hombres sencillos del pueblo: «Cuando ores, que tus palabras sean pocas, pero tus pensamientos y afectos, muchos; y, sobre todo, que sean profundos. Cuanto menos hables, mejor orarás...».

El tercero es que debemos prestar también atención al hecho de que estas oraciones eran muy específicas. Aunque muy breves, las oraciones apostólicas eran muy explícitas. No había en ellas vanas divagaciones ni meras generalizaciones, sino peticiones específicas de cosas concretas. También existe mucho error en este sentido. Hay muchas oraciones incoherentes y sin propósito, carentes de precisión y de unidad, que cuando llegan al amén final, difícilmente podemos recordar una sola cosa por la que se haya dado gracias o alguna petición que se haya hecho. Solamente queda una impresión borrosa en la mente.

El cuarto aspecto que destacamos es la esencia y contenido de estas oraciones. Casi sin excepción no encontramos súplicas que pidan a Dios que provea para las necesidades temporales. Tampoco se pide que Dios intervenga providencialmente en favor de quienes oran (aunque las peticiones de

este tipo son legítimas cuando conservan la adecuada proporción respecto de los intereses espirituales). Las cosas que se piden son de naturaleza totalmente espiritual, y que pertenecen a la gracia.

Así, por ejemplo, se pide al Padre que dé *espíritu de sabiduría y revelación* para conocerlo, que alumbre *los ojos del entendimiento*, de modo que pueda conocerse cuál es *la esperanza a que él [...] ha llamado, las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos* (Ef 1:17-19). Se le pide que conceda, *conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en nuestros corazones, que se conozca el amor de Cristo que excede a todo conocimiento*, y que seamos *llenos de toda la plenitud de Dios* (Ef 3:16-19). Se pide que *nuestro amor abunde más y más en ciencia y en todo conocimiento*, que *seamos sinceros e irreprochables*, y que estemos *llenos de frutos de justicia* (Fil 1:9-11); que andemos *como es digno del Señor, agradándole en todo* (Col 1:10); que seamos santificados *por completo* (1 Ts 5:23); etc.

El quinto que también debemos resaltar es la universalidad de estas oraciones. No está mal ni es poco espiritual orar por nosotros mismos, y tampoco es incorrecto que supliquemos por misericordias temporales y providenciales. Pero si prestamos atención a lo que los apóstoles hacían, veremos una sola vez a Pablo orando por sí mismo, y muy pocas veces por individuos en particular. Esto es lógico y era de esperar, pues se trata de oraciones dirigidas en su mayor parte a iglesias y no a individuos.

Tengo la seguridad de que, en privado, los apóstoles oraron mucho por casos y cosas individuales, pero las oracio-

nes constatadas, que podemos considerar como públicas, nos muestran que, en general, acostumbraban a orar por toda la iglesia a la cual se dirigían. En esto siguieron el ejemplo dado por Cristo: *Padre nuestro* [...] *danos...*, etc. (primera persona del plural). Así, encontramos pasajes tales como los de Efesios 3:18 o 6:18 que son un gran correctivo para el egocentrismo, porque al orar *por todos los santos*, por todos los hermanos de la Iglesia, ya me estoy incluyendo a mí mismo.

Ahora bien, en este punto, como en todos, hemos de ser cuidadosos, pues orar «por todos tus hijos en el mundo», o «por los cristianos de tal ciudad», a los cuales no conozco ni me interesan, no sirve para nada. Podemos y debemos orar por hermanos desconocidos, y también por los conocidos, pero solo cuando nuestra oración es más que una simple petición que forma parte de una lista que vamos presentando. Si es una simple lista con la cual esperamos, casi de forma mágica, la respuesta, tampoco sirve para nada.

Hoy es frecuente que nos lleguen listas de oración desde muchas partes, pero no sirve de nada utilizarlas si no sentimos una carga por las cosas que en ellas aparecen. Muchas veces da la sensación de que incluso los que las hacen y distribuyen no pretenden que sean más que eso: una simple lista. Se nos dice: «El lunes orad por tal tema, el martes por este otro...». O: «La primera semana por tal cosa, la segunda por tal otra...». Y las cosas son tan generales como «que la alabanza sea mejor en los cultos», cuando cada uno puede tener una idea distinta de ella y estar pidiendo cosas distintas. Esto es absurdo y, como en tantas otras cosas, la oración en nuestras iglesias se está convirtiendo en la misma clase de *vanas repeticiones* (Mt 6:7) que encontramos en todas las religiones, perdiéndose el sentido que tiene.

No puedo dejar de señalar lo que sucede incluso en organismos y asociaciones evangélicas que tienen sus propias comisiones o grupos de oración, y que se encargan de difundir los motivos que creen más pertinentes. Uno de ellos por el que se animó a orar a las iglesias no hace mucho tiempo es el siguiente: «Oremos a Dios para que nadie se pierda y que tengan vida eterna». Parece muy escritural, pero al pensar en él vemos que es todo lo contrario. Si por «nadie» y por «todos» entendemos a todas las personas, la petición es antibíblica, pues el Señor nos ha dicho que muchos van por *el camino espacioso [...] a la perdición* (Mt 7:13). Si, por el contrario, entendemos que se habla solo de los creyentes, estaríamos pidiendo a Dios algo que no tiene sentido, pues el Señor también ha dicho que todas sus ovejas tienen *vida eterna* (Jn 10:27-30).

Y así, nos encontramos con oraciones para que «nadie esté en paro» (independientemente de su diligencia o negligencia, de su fe o incredulidad, del objetivo fundamental que debe haber si se consigue trabajo, etc.), para que algún hijo o nieto «apruebe un examen» (sin tener en cuenta su esfuerzo, aprovechamiento del tiempo, responsabilidad, etc.), para quienes «sufren los efectos de la crisis», para que «los gobiernos prioricen en sus presupuestos la solución del problema del hambre», para que «disminuya el tiempo de padecimiento», para el «crecimiento de las ofertas de empleo», para que «desaparezca la avaricia y la desidia en las relaciones laborales», y un largo etcétera que casi da vergüenza nombrar.

Muestro otro ejemplo antes de dejar este asunto. En alguna ocasión se ha pedido que se ore «por quienes buscan la verdad», como si hubiera personas que estén buscando al Señor Jesucristo o al propio Dios, y Dios no quisiera revelar-

se a ellas, como si no fuera cierta la Palabra que dice: **No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios** (Ro 3:10-11). ¿No estará sucediendo con este asunto de la oración que hay verdaderos ciegos (no dudo de sus buenas intenciones) intentando guiar a otros?

Así que oremos por nosotros mismos, oremos por los hermanos de la iglesia con los que nos relacionamos más directamente, oremos por aquellos que no están por diversos motivos, oremos por otras iglesias y por hermanos de otras iglesias, oremos por hermanos en otras partes del mundo... pero que, en cada caso, sus asuntos nos preocupen casi, o sin el «casi», tanto como los nuestros. **No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros**, dice Pablo (Fil 2:4), porque al buscar cada uno **lo suyo propio** no se considera lo **que es de Cristo Jesús** (Fil 2:21; véase Isaías 56:11). ¿De qué sirve pedir a Dios trabajo para un hermano si no me preocupa mucho su situación, si no le ayudo en sus carencias económicas si las tiene, ni voy a hacer lo que pueda por conseguirlo para él?; ¿o de qué sirve pedir que Dios ayude a un hermano en su soledad, si no voy a ir nunca a visitarlo? Y así un largo etcétera.

Finalmente, hay que señalar también una omisión, algo que no aparece, y es que en ninguna de las oraciones apostólicas vemos que se pida a Dios que salve al mundo en general, o que derrame su Espíritu sobre toda carne sin excepción. Ni una sola vez los apóstoles oraron por la conversión de toda una ciudad en donde estuviera localizada una determinada iglesia, y en esto nuevamente se conformaron al ejemplo de Cristo (*cf.* Juan 17:9,20-21).

De nuevo creo que este punto necesita explicación. No es bíblico orar por una ciudad, por el mundo, o por personas en general cuando sabemos que el propio Señor no lo hizo, y

cuando sabemos que no todas las personas son elegidas por Dios *desde el principio para salvación* (2 Ts 2:13). Debemos orar por aquellos que algún día creerán en él. Pero como nosotros no sabemos quiénes son, también es lícito orar por personas concretas que no son creyentes, para que Dios tenga misericordia de ellas y derrame en ellas su gracia, pero siempre siendo conscientes de que él es el Soberano a cuya voluntad hemos de someternos y cuya voluntad pedimos que se cumpla.

Por cierto, Pablo enseña que se hagan *oraciones*, súplicas y *acciones de gracias por todos los hombres*, por *los reyes* y por todas las autoridades (1 Ti 2:1-2), tarea en la que muchos son deplorablemente remisos; pero esto que se pide no es para la salvación de todos ellos, sino para que tengamos paz y tranquilidad y llevemos una vida piadosa y digna.

Hemos de aprender, pues, mucho, y hay mucho que aprender de las oraciones de los apóstoles, y todos los cristianos debemos aprender, puesto que la oración es algo que se nos encomienda a todos. Si leemos Hechos 6:4, vemos el orden de prioridades establecido por los propios apóstoles, pero esto no indica que la oración sea una tarea exclusiva de los predicadores. Los pastores y ancianos de las iglesias hemos de orar mucho por el bien de la propia iglesia local y por el de la Iglesia universal, y por el nuestro propio, pero las epístolas van dirigidas no solo a los pastores sino a todos los creyentes, y todos necesitamos practicar lo que en ellas se indica.

Y puesto que debemos orar mucho no solo por nosotros mismos sino también por los hermanos y hermanas en Cristo, debemos hacerlo de acuerdo con estos modelos escriturales, y pedir las bendiciones concretas que en ellos se especifican. Indudablemente, una buena manera, valiosa, y efi-

caz, de expresar nuestra solicitud y amor por los santos, es presentarlos en oración delante de Dios, pero hacerlo conforme a su voluntad.

Esta es también la oración del que escribe para todos sus lectores, y es la petición que les hace para sí mismo: que Dios derrame su gracia en nuestras vidas, en general, y en nuestras vidas particulares de oración, para que también en ellas sea glorificado. Si todos los cristianos somos indignos, más todavía es aquel que enseña, como pretendo hacer, cuando el conocimiento intelectual supera a la aplicación espiritual. Pero ***cuando el pecado abundó***, y ***donde*** el pecado abundó, ***sobreabundó la gracia*** (Ro 5:20), de modo que, con el apóstol, nos quedamos extasiados ante ***la sabiduría y la ciencia de Dios*** y, sabiendo que ***de él, y por él, y para él, son todas las cosas***, también decimos: ***A él sea la gloria por los siglos. Amén*** (Ro 11:33-36).

1

ORACIÓN POR PODER INTERIOR I EN LA ESCUELA DE LA ORACIÓN

Efesios 3:14-16

Lectura introductoria: Salmo 63:1-5

Dios, Dios mío eres tú;

De madrugada te buscaré;

Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela,

En tierra seca y árida donde no hay aguas,

Para ver tu poder y tu gloria,

Así como te he mirado en el santuario.

Porque mejor es tu misericordia que la vida;

Mis labios te alabarán.

Así te bendeciré en mi vida;

En tu nombre alzaré mis manos.

Como de meollo y de grosura será saciada mi alma,

Y con labios de júbilo te alabará mi boca

En este nuevo libro de la serie *Oraciones de los apóstoles* vamos a comenzar a analizar las que se encuentran en el capítulo 3 de la carta de Pablo a los efesios, las cuales no se incluyeron en el anterior para no hacerlo demasiado voluminoso, por lo que el subtítulo de la presente obra es análogo, en una segunda parte: *Oraciones por los cristianos en Éfeso 2*.

También recordamos que, para facilitar el estudio, se dijo que estas oraciones, que forman un todo continuo, las dividi-

ríamos, dando a cada porción un título particular, a saber: *Oración por poder interior* (Ef 3:14-16), *Oración por Cristocentrismo* (Ef 3:17), *Oración por comprensión del amor de Cristo* (Ef 3:18-19), *Oración por plenitud del carácter divino* (Ef 3:19), y *Oración de doxología* (Ef 3:20-21).

Vamos a comenzar, pues, el estudio de otra oración amplia, hermosa y profunda, del apóstol Pablo, por la que debemos dar gracias a Dios y ante la que debemos venir con corazones dispuestos para aprender y, con ello, cambiar nuestras oraciones y nuestras vidas para su gloria. Se ha dicho en otras ocasiones, y así lo creemos, que aunque ***toda la Escritura*** es Palabra de Dios, ***inspirada por Dios*** (2 Ti 3:16-17), hay porciones en ella por las que debemos mostrar mayor agradecimiento, y esta puede ser una de ellas. Pero antes de la lectura creo que es conveniente recordar que esta carta fue escrita por el apóstol Pablo cuando estaba prisionero en Roma, y algunas de las cosas recogidas en ella son debidas a que hay cristianos que parecen florecer cuando las circunstancias les son favorables, pero que declinan cuando están expuestos a problemas más o menos grandes. Los cristianos en Éfeso estaban preocupados por la prisión de Pablo y sometidos a la tentación de renegar de su fe por miedo a las posibles persecuciones. Y ante esto, Pablo les escribe y les dice que aquellas prisiones suyas debían considerarlas un honor (*cf.* cap. 3:13) y, preocupado como estaba por ellos, dedica más tiempo a orar por ellos.

Pablo estaba preso, pero ***la palabra de Dios no*** lo estaba (2 Ti 2:9), y nadie podía quitarle su libertad para orar; antes bien, cuanto más confinado estaba su cuerpo, más dispuesto se encontraba su espíritu para orar en beneficio de aquellos cristianos, a los que consideraba miembros de su misma familia, del mismo Cuerpo del que el Cristo exaltado es la

Cabeza. Esto es lo que vemos en la carta.

Y así, con profunda reverencia y humildad, de rodillas, pide a Dios que derrame en aquellos todas las bendiciones que él mismo había experimentado y que seguía deseando y buscando. Y entre estas, tenemos las incluidas en la oración que nos ocupa.

Así que, sin más preámbulos, hacemos la lectura de todo el pasaje completo para tener una visión de conjunto de este y, tras pedir la bendición de Dios, comenzamos con una introducción.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (Ef 3:14-21).

Oración personal a Dios (en la que podemos pedir que el Espíritu Santo nos cubra *con su sombra* —Lc 1:35—, para que lo que leamos y pensemos sea agradable a nuestro Dios y nos lleve a un mayor deseo de ensalzar y glorificar su Nombre con nuestras vidas y con nuestras oraciones).

1. INTRODUCCIÓN

Dando un vistazo rápido a la oración, podemos hacer en ella una primera división general con los siguientes apartados.

Primero, la *ocasión* para la oración, pues el apóstol comienza diciendo: ***Por esta causa doblo mis rodillas*** (v. 14), y el hecho de introducirla con las palabras *por esta causa* nos llevará a mirar lo que ha dicho anteriormente.

Segundo, *a quién* dirige la oración, a saber: ***El Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y la tierra*** (vv. 14-15).

Tercero, el *argumento* para la oración, aquello en que basa su apelación: ***Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria*** (v. 16).

Cuarto, *sus peticiones*, que son cuatro en número: ***fortalecimiento con poder*** (v. 16), ***morada de Cristo por la fe en los corazones*** (v. 17), ***comprensión del amor de Cristo***, (vv. 18-19), y ***ser llenos de toda la plenitud de Dios*** (v. 19).

Y quinto, *su doxología final* (vv. 20-21).

Podemos ver, por tanto, que el estudio de la oración se nos presenta amplio, y que, además, debemos hacer también una amplia introducción antes de llegar a lo que son las peticiones en sí, las cuales aparecen en el cuarto lugar de los apartados generales mencionados anteriormente.

Así pues, comenzamos con la introducción, y *el primer aspecto* que debe resaltarse es la enorme diferencia que existe entre esta oración que el apóstol Pablo hace con sus rodillas dobladas y aquellas que estamos acostumbrados a oír en público o incluso las que pueden hacerse en privado. Y si apreciamos esta diferencia, nos podemos preguntar: ¿Cuál es la razón para ello?; ¿no será porque la gran mayoría del pueblo cristiano está viviendo a un nivel muy bajo en su expe-

riencia espiritual, centrado en otras cosas mucho menos importantes?; ¿no será que la gran mayoría falla al no entender lo que significa ser cristiano y lo que se tiene en Cristo?; ¿no será que la gran mayoría no comprende ni se goza en los enormes privilegios que tienen por ser cristianos?; ¿no será que la gran mayoría vive controlada por sus sentimientos y estados de ánimo cambiantes en vez de por la fe en el Cristo que los amó, dándose por ellos, y que sigue amándolos?

Y si observamos en nosotros mismos esta diferencia, que seguro existe en todos en mayor o menor grado, ¿vamos a hacer algo para intentar eliminarla?; ¿vamos a cambiar los motivos de nuestras oraciones y, con ellos, nuestras propias vidas?

Las oraciones expresan deseos, de modo que oramos por lo que nos preocupa, y demostramos que no tenemos preocupación por algo o por alguien cuando no los incluimos en nuestras oraciones (*cf.* Ro 9:1-2; 10:1). Pero lo que nos preocupa —como muchos han indicado y resulta evidente— está en consonancia con nuestro conocimiento interior de Dios y con nuestra vida práctica de relación con él. Y así, el fervor y los temas de nuestras oraciones dependen de nuestra comunión, relación, y conocimiento de Dios.

Si solo miramos a Dios como Creador o Legislador, aunque nos humillemos ante él, tendremos poco gozo, y nuestras peticiones en oración irán de acuerdo con este concepto de Dios. Si lo miramos por la esperanza de salvación que nos da por medio de Jesucristo, entonces nuestro deseo y petición será el de fortalecimiento de esta esperanza, porque creemos que es lo único que traerá paz y descanso a nuestras mentes y corazones. Pero si nos damos cuenta de que Dios tiene con nosotros sus hijos la misma relación que tuvo con Cristo, en el sentido de ser el Dios del pacto y el Padre per-

sonal, y que nos ama de un modo excepcional (cf. Jn 17:23), y depositamos nuestra fe, es decir, nuestra vida, no solo en la muerte y resurrección de Cristo sino también en su exaltación, entonces nuestras peticiones y deseos serán para un mayor conocimiento de Dios y de sus propósitos y para una mayor obediencia a sus mandatos, y todo ello con vistas a la manifestación de su gloria.

Y esto es lo que tenemos en la oración que comenzamos a estudiar. La petición se hace al Padre para que, por medio de la poderosa obra del Espíritu Santo y la morada de Cristo, todos los santos sean fortalecidos y lleguen a conocer, por profunda experiencia y no solo intelectualmente, el amor de Cristo que excede a todo conocimiento y que todos sean llenos de la plenitud de Dios. Y espero, y pido a Dios, que también nosotros seamos inflamados por estas peticiones y lleguen a ser nuestras cada día, como las otras que hemos considerado en el capítulo primero de esta misma carta.

El segundo aspecto que debe destacarse, y acabamos de mencionarlo, es que el apóstol incluye a las tres personas divinas en la oración completa. El Espíritu Santo es considerado como el que puede *fortalecernos con poder en el hombre interior*; Cristo es visto como el que puede *habitar por la fe en nuestros corazones*; y el Padre, al que generalmente se atribuye el amor en las Escrituras, como aquel que nos puede *llevar a comprender todo el amor de Cristo*. Finalmente, la altura máxima de la oración es la petición de que seamos *llenos de toda la plenitud de Dios*, esto es, de toda la que procede del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que sus comunicaciones puedan manifestarse a nosotros, y en nosotros, y sobre nosotros, y por nosotros, y desde nosotros y entre nosotros.

Un tercer aspecto u observación que puede destacarse, y que nos ayudará a conocer el alcance de esta oración y el significado de sus peticiones, es el lugar que ocupa en la carta: al final de la sección doctrinal y sirviendo de introducción a la que podemos llamar sección práctica que comienza en el capítulo 4, versículo 1. Es como si aquellas cosas que se nos van a ordenar a continuación se convirtieran primero en súplicas preparando así el corazón para la obediencia a estas. Este es un buen método para seguir con todos los mandamientos y estatutos de Dios: ponerlos ante él en oración para ser fortalecidos en su cumplimiento, al tiempo que nos analizamos a nosotros mismos para ver cuánto deseamos hacerlos. Como dijera Agustín: *Señor, dame lo que pides, y pide lo que quieras.*

Ya se ha indicado en múltiples ocasiones que la doctrina y la práctica van juntas en la vida cristiana, y que no hay verdadera vida cristiana sin doctrina, pero necesitamos entender e interiorizar correctamente la doctrina para que ejerza un poderoso efecto sobre el corazón, lo cual influirá también en nuestra vida devocional y en nuestra vida de cada día. De este modo, cuando nuestras conciencias y corazones son agitados por las exhortaciones que Dios nos da, seremos impulsados a doblar nuestras rodillas ante él, y, sin olvidarnos de las acciones de gracias, pediremos fortaleza para andar en obediencia. Y así, podemos decir, como sirviendo de puente entre la doctrina y la exhortación, tenemos la oración que nos ocupa.

La siguiente observación —un *cuarto aspecto* que mencionamos— tiene que ver con la que podemos suponer que era la condición espiritual de aquellos a quienes iba dirigida la carta. Si el apóstol pide cosas tan grandes para ellos, y si comienza rogando para que fuesen fortalecidos con poder en

el hombre interior por su Espíritu, podría pensarse que la condición de ellos era crítica o, al menos, se encontraban en un estado muy bajo o muy débil. Pero no hay nada en todo el contexto que sustente esta idea. Más bien es al contrario, pues Pablo, animado por las cosas que Dios ya les había dado, ahora desea que ellos sigan avanzando hacia una mayor comprensión y un mayor gozo en los favores de Dios. Cuando comienza con las palabras: ***Por esta causa***, no es porque antes haya hecho referencia a debilidades, sino porque se ha detenido para mostrar cuánto se les había concedido ya.

Con esto se nos muestra, y debe resaltarse, que no debemos descansar con conformidad cuando el Señor haya derramado importantes bendiciones sobre nosotros, sino que, al contrario, estas deben servir de estímulo para desear, pedir y esperar otras mayores en el futuro.

E incluso podemos decir algo más, algo que también debemos introducir en nuestros corazones, y es lo siguiente: que aquellos que han recibido los más altos honores y bendiciones de Dios tienen más necesidad real de orar y de acudir al trono de la gracia, pues saben que deben hacer buen uso de todo lo que han recibido y, con toda seguridad, sentirán su incapacidad para ello. Recordemos las palabras del Señor Jesucristo: ***Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá*** (Lc 12:48). Solamente nuevos suministros de gracia pueden capacitarnos para cumplir lo que se nos ordena, y estos suministros debemos pedirlos pronta y diariamente. Los privilegios espirituales (y un mayor conocimiento de la Palabra de Dios debemos considerar que lo es), implican más y nuevas obligaciones, y las obligaciones espirituales no pueden descansar en nuestro propio poder.

Dios ya había bendecido ricamente a los efesios y, **por esta causa** (así comienza la oración), el apóstol ora para que ellos aprecien verdaderamente las bendiciones que ya tenían, expresando la gratitud a Dios en sus propias vidas y dando así toda la gloria a aquel del que procedían las bendiciones. Pero, como iba a pedir a continuación otras cosas muy importantes para los efesios, también por **esta causa** Pablo ora para que aquellos sean fortalecidos y puedan seguir glorificando a Dios.

Un quinto aspecto para resaltar en esta introducción es que la oración que consideramos es hecha por un cristiano en beneficio de otros cristianos, para personas que ya han pasado por la conversión. Por tanto, el pedir *que fueran fortalecidos* o que *Cristo habitara por la fe en sus corazones* no hace referencia a la unión con Cristo, sino a algo que se nos da después de la conversión. Pablo ora por verdaderos cristianos que ya son santos y, por tanto, lo que pide es también aplicable a nosotros, pues hace referencia a la influencia de las tres personas divinas después de la conversión. Así también, cuando pide que sean **arraigados y cimentados en amor**, ya supone que, previamente, han sido plantados en el amor de Dios.

Y si esto es así, habremos de dar un paso más indicando que lo que se pide es algo que puede obtenerse y disfrutarse en esta vida, pues no tendría sentido en caso contrario y, por ejemplo, si Cristo ha de habitar **por la fe en los corazones** tendrá que ser aquí y ahora, ya que en la otra vida la fe cesará. En la otra vida ya seremos llenos de la plenitud de Dios, pero ahora, en esta, debemos desearla y alcanzarla en la mayor medida posible.

Y aún podemos decir más, y es que lo que se pide es alcanzable por todos los santos, ya que no se ciñe solamente a

unos pocos. Pablo ora por todos los santos, y no solamente por los ministros o ancianos de Éfeso, pues pide que: ***Seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos.*** Lo que sucede es que la mayoría de los santos no tienen esto, y así, no perciben que Cristo habite en sus corazones por fe, ni están arraigados ni cimentados en amor, ni están siendo llenados con la plenitud de Dios. Y lo que es peor: no solo no tienen y no perciben, sino que no desean estas cosas o incluso no saben que pueden y deben pedirse y tenerse.

Por tanto, estamos ante algo alcanzable por todos los santos, aunque, por desgracia, alcanzado por muy pocos. Por eso el apóstol ora de ese modo, porque aquellos no lo tenían. Pero es que, además, aquí estamos frente a las cosas más altas que pueden ser alcanzadas por un cristiano; entre ellas, el gozo que procede de toda la plenitud de Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Cuando estemos en el Cielo, Dios será todo en todos, pero ahora ya podemos pedir esto porque el apóstol hace referencia a ***Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas*** [todas, pero especialmente las que se han pedido antes] ***mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.***

Por tanto, hermanos, pidamos estas cosas y analicemos qué otras tenemos frecuentemente en nuestros pensamientos y oraciones de cada día. Ahora no podemos pedir el Cielo, pero sí podemos pedir toda la abundancia de la gracia de Dios. No debemos complacernos ni conformarnos con nuestras debilidades e insuficiencias, como normalmente se acostumbra a oír entre cristianos; tampoco con nuestras tinieblas o distancia de Cristo, ni tampoco con nuestros miedos, dudas, lamentos o pecados.

¡Ay, hermanos, cuán distinta sería nuestra experiencia de vida si fuéramos más constantes en la oración e incluyéramos

mos en ella los motivos que encontramos en la Palabra! No debemos conformarnos, porque el alcanzar estas cosas es la base para nuestra paz, consuelo, confianza y seguridad, y para poder glorificar más y mejor a Dios con nuestras vidas.

Por tanto, hermanos, terminamos esta introducción con una exhortación para todos y que también me aplico a mí mismo. Esta oración está recogida para que sirva de provocación para todos nosotros, para que todos busquemos de Dios estas cosas, para que no nos conformemos con nuestro estado de gracia, pues podemos pedir incluso por cosas que están por encima de las que pensamos o entendemos.

Sigue siendo cierto que *la oración eficaz del justo puede mucho* (Stg 5:16), lo cual puede entenderse como una promesa, y por eso se nos dice: *Abre tu boca, y yo la llenaré* (Sal 81:10). Por eso debemos buscar en la Biblia todas las promesas de Dios, todas las oraciones hechas a Dios, y ponerlas ante su presencia, porque Dios nunca dejará de darnos aquello que es bueno para nosotros. Su generosidad no se agota, su fidelidad es inalterable, sus riquezas son infinitas. Por eso debemos ir a él en todo tiempo, renovando nuestras peticiones, y no quiero decir con esto simplemente repitiendo las mismas hasta que las conceda, sino renovándolas de acuerdo con las directrices de su Palabra.

La ambición carnal, hermanos, es un pecado no pequeño, pero la ambición espiritual que vemos aquí es una virtud, y pocos cristianos la tienen y la muestran. No olvidemos las palabras del Señor: *Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá* (Mt 7:8). Por tanto, pidamos a la omnipotencia de Dios, al Dios omnipotente *conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*, busquemos y deseemos que *Cristo habite realmente por la fe en*

nuestros *corazones*, llamemos y no quedemos satisfechos hasta que entendamos todas las dimensiones de su amor para con nosotros, y nada nos impida seguir porfiando, con humildad, ante Dios para ser cada vez más llenos de toda su *plenitud*.

2. OCASIÓN DE LA ORACIÓN

Ahora nos detenemos en el primer apartado general de la oración, el cual tiene que ver con el comienzo de la frase. Así escribe Pablo: *Por esta causa*, y, al hacerlo, nos remite a algo que ha expresado anteriormente. «*Por esta causa, por esta razón* (NVI), *por estas razones* (MN), me aproximo al trono de la gracia», y esta forma de expresión nos lleva a examinar el contexto y a observar el contenido de los versículos precedentes.

Pero si vamos un poco hacia atrás en el capítulo, podemos observar que en el **versículo 1** el apóstol usa la misma expresión, y dice: *Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles*. Es decir (y aunque hay también en esto distintas opiniones), parece como si el apóstol fuera a hacer referencia a lo que antes ha indicado en los capítulos 1 y 2 pero que, como es habitual en todos sus escritos, le surge una nueva idea en su mente que desarrolla desde el **versículo 1** hasta el **13**, para luego retomar la idea principal anterior en el **versículo 14**. Creo que así podemos entenderlo: lo que el apóstol intentó decir al comienzo del capítulo fue interrumpido por el flujo de otros pensamientos en su mente, y ahora de nuevo es retomado.

Por esta causa yo Pablo (v. 1) es el comienzo que, tras el paréntesis, seguiría con *doblo mis rodillas ante el Padre* (v. 14). Esta es la idea que Pablo tenía en mente, pero al añadir

en el **versículo 1** lo de *prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles* y darse cuenta de sus cadenas, presenta un nuevo conjunto de ideas que expone hasta el final del **versículo 13**. En definitiva, que el *por esta causa* del versículo 14 tiene una doble referencia: una primera, más cercana, que tiene que ver con lo constatado desde el **versículo 2 al 13**, y una segunda, más lejana, que derivaría de todo el contenido de los dos primeros capítulos.

Un vistazo rápido a ambas referencias nos puede hacer entender el porqué de la oración de Pablo. La más cercana tiene que ver con la revelación del *misterio de Cristo* (vv. 3-4), que ahora explica, y que no es sino el del Cuerpo místico de Cristo del que él es la Cabeza, y que está compuesto por los elegidos de Dios entre los judíos y los gentiles que, por igual, han sido hechos *miembros*, herederos y partícipes de las promesas de Dios en Cristo mediante *el evangelio* (v. 6). La más lejana arrancarían desde el capítulo 1:3, con la descripción de todas las bendiciones espirituales en *los lugares celestiales en Cristo*, pasando por la doctrina de la regeneración, la salvación *por gracia* [...] *por medio de la fe*, (cap. 2:8) y la reconciliación entre judíos y gentiles y de ambos con Dios, de modo que todos son *miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo* (cap. 2:19-20).

Por tanto, si combinamos ambas referencias, podemos comprender la razón de Pablo para comenzar diciendo: *Por esta causa*. Pablo ha mirado todo lo que ha llegado a los cristianos, pero también mira cómo viven y actúan esos cristianos, y es como si dijera: «Habéis sido divinamente regenerados, reconciliados con Dios, hechos miembros del cuerpo de Cristo, llenos de grandiosas bendiciones espirituales, con

una herencia inestimable, un fundamento sólido de esperanza, y un Dios todopoderoso actuando en vuestro favor, pero no veo que estéis viviendo como deberían hacerlo aquellos que han sido tan favorecidos por Dios con tan grandes privilegios. Por eso suplico a Dios en beneficio vuestro, con este fin, ***para qué andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados*** (cap. 4:1).

Así introduce Pablo su oración, y ni que decir tiene que esto mismo es aplicable, en mayor o menor medida, a cada uno de los cristianos en el día de hoy, a cada uno de nosotros, que debemos pensar más veces en lo que somos y en lo que nos ha sido dado, al tiempo que también debemos detenernos a mirar cómo vivimos. Si lo hiciéramos, esta oración que consideramos sería tan natural en nosotros como respirar, pues nos daríamos cuenta de cuánto necesitamos que se nos otorgue lo que aquí se indica para vivir ***como es digno de nuestra vocación*** y poder así glorificar a Dios. Como se indicó antes, es la falta de consideración y del pensar en estas cosas lo que nos lleva a preocuparnos por otras muchas de menor importancia que nos quitan el tiempo y el gozo en nuestras vidas.

También es interesante e instructivo comparar esta oración con la que se encuentra al final del capítulo uno y se ha estudiado en el libro anterior. La diferencia entre ellas no estriba tanto en lo que se recoge antes de estas, que es doctrina en ambos casos, sino en los diferentes efectos que el apóstol deseaba que se produjeran en aquellos a quienes escribía. Las distintas peticiones en ambas oraciones expresan necesidades particulares de los creyentes que deben ser puestas, unas y otras, ante Dios en oración.

Así, en el capítulo 1 de Efesios se nos habla de la soberana gracia de Dios y se describen las bendiciones espirituales

que nos han alcanzado en Cristo, y estas cosas son tan distintas de cualesquiera otras que los hombres puedan concebir que el apóstol pide que Dios conceda *espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él* y que alumbre *los ojos del entendimiento*, o del corazón, para que podamos conocer aquello que se nos ha concedido. Esta es la primera cosa que necesitamos aprender e interiorizar: que la soberana gracia de Dios nos ha traído al sitio de las bendiciones eternas en Cristo porque hemos sido *hechos justicia de Dios en él* (2 Co 5:21) y hemos sido reconciliados para siempre; que la obediencia perfecta de Cristo nos permite tener parte en *la herencia de los santos en luz* (Col 1:12), y que el propio Cristo exaltado es nuestra Cabeza que cuida de nosotros.

Esto es lo primero, y hasta que esto no se haya interiorizado, no hay una paz interior duradera, ni puede haber crecimiento en la gracia, ni hay tampoco deseos de obedecer a Dios en todo, por amor y gratitud a sus bendiciones.

Pero siendo esto tan esencial para el creyente, no lo es menos —para su propio bien y para la gloria de Dios y el honor de Cristo— que vaya siendo conformado a la imagen del propio Cristo, de un modo experimental y práctico en el vivir de cada día, *arraigado y cimentado* en todas las cosas de Cristo. Esta es la diferencia: la primera oración es para que podamos *conocer y apreciar*, y la segunda para que podamos *vivir* a la altura de lo que se nos ha concedido. La primera tiene que ver con nuestra *posición* perfecta y sin cambio en Cristo, la cual necesitamos profundamente interiorizar, mientras que la segunda tiene que ver con *nuestro estado* y con la salud de nuestras almas, la cual depende de que el propio Cristo ocupe su lugar en nuestros corazones siendo fortalecidos con poder por el Espíritu y llenados con toda la plenitud de Dios.

De este modo podemos comprobar la necesidad de ambas oraciones, y podemos decir que la que ahora nos ocupa es suplementaria, o más bien complementaria, de la anterior. Como puede esperarse, las dos unidas presentan un perfecto equilibrio de los principales aspectos de la vida cristiana, el objetivo y el subjetivo, el de la fe ocupada con las riquezas de la gracia de Dios, y el del amor ocupado con lo que sucede dentro de uno mismo. Lo que nos ha sido dado y tenemos en Cristo no cambia, porque es perfecto y completo; pero lo que llevamos en nuestro interior y mostramos hacia afuera necesita ser perfeccionado hasta el día de la redención. La justificación nunca es mayor que la que tuvimos en el momento de creer, pero necesitamos un mejor entendimiento de esta que nos lleve a un progreso en la santificación. Por eso el apóstol, aquí en Efesios 3, y una vez que ha orado para que Dios les dé conocimiento, ahora lo hace para que obre en el interior de ellos y para que los renueve en su vivir diario siendo Cristo el centro de sus vidas, de sus corazones y de sus deseos.

Y ya, para concluir, nos fijamos en el párrafo precedente, con el cual volvemos a la misma idea. Pablo ha dicho que *la multiforme sabiduría de Dios* debe ser *dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales* (cap. 3:10), pero para lograr este propósito son necesarias la obra interior del Espíritu, la morada de Cristo por fe en los corazones, el crecimiento en conocimiento del amor de Cristo, y el avance en la llenura de toda la plenitud de Dios. Son estas cosas las que nos capacitan para ir creciendo en lo que es nuestra meta, aunque sabemos que dicho crecimiento nunca será completo.

Y así, con todo lo expresado, enunciaremos dos de los motivos de oración que debemos hacer nuestros y que se en-

cuentran en la tabla resumen al final del libro: Debemos orar y esforzarnos por interiorizar lo que somos, de quién somos, y cuál es nuestra familia; y debemos orar y esforzarnos por comprender cada vez más las riquezas gloriosas de Dios y que la búsqueda de su gloria es nuestro mayor bien.

¡Dios bendiga su Palabra, para gloria suya!

2

ORACIÓN POR PODER INTERIOR II LA PATERNIDAD DE DIOS

Efesios 3:14-16

Lectura introductoria: Isaías 63:15-17

Mira desde el cielo, y contempla desde tu santa y gloriosa morada. ¿Dónde está tu celo, y tu poder, la conmoción de tus entrañas y tus piedades para conmigo? ¿Se han estrechado? Pero tú eres nuestro padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Jehová, eres nuestro padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre. ¿Por qué, oh Jehová, nos has hecho errar de tus caminos, y endureciste nuestro corazón a tu temor? Vuélvete por amor de tus siervos, por las tribus de tu heredad.

En el capítulo anterior comenzamos el estudio de una nueva oración a la que dimos el título de *Oración por poder interior* (Ef 3:14-16), aunque, en realidad, nos detuvimos en la introducción que Pablo hace a su petición analizando algunos aspectos de todo el pasaje, así como otros relacionados con este en los versículos y capítulos precedentes.

Hoy vamos a entrar en los principios y motivos de dicha oración, pero aún nos queda un aspecto que destacar en la introducción y en el que debemos detenernos, y este es el de nuestra postura en la oración. Pablo dice: ***Por esta causa doblo mis rodi-***

llas, y no creo que eso fuera algo sin importancia para el apóstol. Así que debemos decir algo al respecto, y debemos examinarnos para ver cómo oramos y si también en este asunto debemos cambiar algo o no. Pablo era consciente de que iba a pedir algo muy glorioso e indica que lo hace de *rodillas*, de modo que este nuevo aspecto debe servirnos de complemento a todo el estudio que estamos haciendo sobre las oraciones, pues no solo son importantes los contenidos de estas, sino también nuestra posición y, con ella, nuestra actitud, cuando oramos.

Con esto vamos a comenzar, pero antes hacemos la lectura de la Palabra y pedimos la bendición de Dios.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu (Ef 3:14-16).

Oración personal a Dios.

1. POSICIÓN EN LA ORACIÓN

La posición que se adopta durante la oración nunca es un asunto indiferente, pues con ella, de algún modo, mostramos la reverencia o falta de reverencia a Dios. Es cierto que las Escrituras no ordenan en ningún sitio una posición o postura determinada, y nada más que una, cuando nos acercamos a Dios en oración. Por el contrario, puede verse en ella a personas con diferentes posiciones de la cabeza, los brazos, las manos, las rodillas, y el cuerpo en general, y todas son permisibles si van acompañadas de la actitud reverente del adorador.

Así, enumeramos brevemente las siguientes *posturas en la oración*.

En primer lugar, de pie (cf. Mt 6:5; Lc 18:11,13; debe apreciarse la diferencia entre ambas oraciones en el pasaje de Lucas y el lugar donde cada una de las personas se pone de pie).

En segundo lugar, con las manos extendidas o/y levantadas al cielo (cf. Éx 17:11-12; 1 R 8:22; Sal 63:4; Is 1:15; 1 Ti 2:8).

En tercer lugar, con la cabeza inclinada (cf. Gn 24:48; Éx 12:27).

En cuarto lugar, con los ojos levantados al cielo (cf. Sal 121:1; Jn 11:41; 17:1).

En quinto lugar, de rodillas (cf. 2 Cr 6:13; Sal 95:6; Mr 1:40; Lc 22:41; Hch 7:60; 20:36; 21:5).

En sexto lugar, postrado con el rostro en tierra (cf. Gn 17:3; Nm 14:5; 16:4,22,45; Jos 5:14; Mt 26:39; Lc 5:12; 17:16).

Y, *en séptimo lugar*, hay otras posiciones, tales como *arrodillado con el rostro entre las rodillas* (cf. 1 R 18:42), o diversas combinaciones de algunas de las anteriores.

Todas estas posturas son apropiadas si responden a lo que debe ser su significado: la posición de pie indica reverencia; las manos o los brazos extendidos hacia arriba indican la completa dependencia de Dios y la esperanza depositada en él; la cabeza inclinada es la expresión de sumisión; los ojos levantados al Cielo indican que la persona espera y cree que su ayuda solamente viene de Dios; la posición de rodillas, expresa humillación, solemnidad y adoración; postrarse con el rostro en tierra es la manifestación de temor reverente ante la presencia de Dios; y otros aspectos, tales como golpearse el pecho, indican el sentimiento de completa indignidad.

Todas son válidas, y otras que podríamos añadir, pues puede orarse estando sentados, caminando o incluso acostados, pero tendríamos que analizar en cada caso por qué preferimos, por ejemplo, orar acostados o sentados y no hacerlo de rodillas.

Todas son válidas, pero al mismo tiempo ninguna de ellas sirve para nada si el que ora no tiene la actitud de reverencia, temor santo, humildad, dependencia y adoración a Dios. Lo que se resalta en todos los casos en las Escrituras no es la postura del cuerpo sino la actitud interna del alma, de modo que a aquel que anda en pecado nada le sirven sus oraciones, aunque las haga de rodillas, si antes no ha pedido perdón por ellos y ha obtenido la reconciliación o ha efectuado la restitución necesaria.

Todas son válidas, pero hemos de saber que hay muchas referencias en la Escritura para las oraciones hechas de rodillas, pues la misma postura expresa la humillación y dependencia del que está orando ante Aquel a quien se dirige en oración. Por mi parte, aunque oro en distintos lugares y posiciones, pues estamos llamados a *orar sin cesar* (1 Ts 5:17), cuando estoy en mi aposento con la puerta cerrada *sé que la postura de rodillas*, o en ella con el rostro en tierra o entre las rodillas, es la más apropiada para acercarme a Dios, y a menos que haya un impedimento físico o circunstancial, creo que es la que todos deberíamos observar, aunque también soy consciente de que puedo, en ocasiones, ser un perfecto fariseo estando de rodillas; de rodillas, sí, pero fariseo. ¡Cuidado con esto!

Hoy día existe la costumbre de cerrar los ojos mientras se está orando u otros están orando, lo cual es bueno si nos ayuda para evitar las distracciones y estar únicamente pendientes de Dios. Pero, repito, tampoco esto vale de nada si al hacerlo nuestra mente está mirando otras cosas.

Finalmente, quiero indicar algunos errores que se cometen en el día de hoy en muchas de las oraciones de los que se llaman cristianos, independientemente de la postura adoptada: las voces que se dan a Dios, más parecidas a lo que hacían los antiguos sacerdotes de Baal (*cf.* 1 R 18:26-28); los saltos, el jolgorio y la multitud de oraciones mezcladas en un desorden donde la reverencia falta por completo; también la manipulación psicológica y sentimental ayudada o no con la música, que busca la satisfacción del que ora más que su encuentro con Dios; y otras cosas por el estilo, que son todas abominación al Señor, porque con ello se pierde el verdadero sentido de la oración.

Cuando oramos, estamos adorando, y la adoración ha de ser *en espíritu y en verdad* porque *Dios es Espíritu* (Jn 4:24), de modo que, aunque debemos pedir estas cosas gloriosas de Efesios 3:14-19 para nuestras vidas y la gloria de Dios, también hemos de prestar atención al espíritu e incluso a la posición con la que las pedimos. Pablo lo hacía de rodillas.

¡Que Dios nos ayude, hermanos, a entender y a practicar estas cosas, para su gloria y nuestra bendición!

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Ahora continuamos considerando el primer principio que se recoge en la tabla que se adjunta al final de este libro. Recuerdo que habíamos dividido todo el pasaje en cinco grandes apartados. El primero de ellos, *la ocasión* o la razón por la que el apóstol hace la oración ya lo hemos considerado. Hemos visto que Pablo comienza diciendo: *Por esta causa doblo mis rodillas*, y en esto nos hemos detenido.

Ahora, la segunda cuestión en que nos hemos de detener es en la persona a quien dirige la oración, a saber, *el Padre de*

nuestro Señor Jesucristo, de quien [también se dice] ***toma nombre toda familia en los cielos y la tierra***, (vv. 14-15). En esta cuestión distinguiremos dos principios, uno relacionado con la parte final del **versículo 14**, y otro con el **versículo 15**. El primero lo enunciamos así: *Dios es el Padre de los cristianos por diversas causas: por ser el Creador, por habernos hecho a su imagen, por nacimiento espiritual, por habernos hechos participantes de su naturaleza, y por serlo de nuestro Señor Jesucristo*. Ahora debemos pasar a su explicación.

Si observamos el comienzo de las oraciones que estamos considerando en esta carta a los efesios, las dos anteriores que ya hemos estudiado y esta que nos ocupa ahora, podemos notar que, en la primera de ellas, Pablo se dirige al **Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo** (cap. 1:3); en la segunda lo hace al **Dios de nuestro Señor Jesucristo** (cap. 1:17); y ahora la referencia es al **Padre de nuestro Señor Jesucristo** (cap. 3:14). En los tres casos, quiero resaltar, el apóstol habla de *nuestro* Señor Jesucristo, no *del* Señor Jesucristo, y no hace referencia al *Salvador* Jesucristo, sino que su título preferido es el de *nuestro* Señor Jesucristo.

Con esto es fácil observar, una vez más, dos cuestiones: la primera, con la palabra «nuestro», es la importancia que tiene en la Palabra y para Dios mismo el concepto de familia cristiana y cuerpo de Cristo; la segunda, con la palabra «Señor», es la noción de que somos siervos de un Señor que gobierna el universo con todo y todos sometido bajo sus pies. Hablamos de *nuestro* Señor, igual que hablamos del Padre *nuestro*, y hablamos de nuestro *Señor*, al cual hemos de estar totalmente sometidos. Por tanto, nadie tiene a Dios como Padre ni a Jesucristo como Salvador si no es capaz de vivir de acuerdo con esta frase: Dios y Padre *nuestro*, y Dios y Padre de nuestro *Señor* Jesucristo.

Pero, dejando estas cuestiones de lado, porque surgen en más de una ocasión, una vez más resaltamos que el apóstol se dirige a Dios mirando aquello de su ser que es más apropiado para la petición que va a realizar a continuación. En el primer caso, iba a mirar y a dar gracias por todas las bendiciones generales que llegan a nuestras vidas, y usa el título completo: ***Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*** (cap. 1:3); en el segundo, iba a pedir un mayor conocimiento y una mayor luz interior, para lo cual era más apropiado dirigirse a Dios en la relación que tiene de pacto tanto con Cristo como con nosotros: ***Dios de nuestro Señor Jesucristo*** (cap. 1:17); y ahora, puesto que habla de ***toda familia en los cielos y la tierra*** y lo que va a pedir es para todos los miembros de dicha familia, es por lo que se dirige al ***Padre de nuestro Señor Jesucristo***.

Ahora bien, este Padre de nuestro Señor Jesucristo es también Padre de todos los creyentes (*cf.* Jn 20:17), ¿pero de qué forma?; ¿con qué sentido?

En primer lugar, Dios es nuestro Padre por ser el Creador, el Autor de nuestro ser, de modo que, en este sentido, todas las personas son sus «hijos» por ser sus criaturas; o, como dice la Palabra, ***linaje suyo somos*** (Hch 17:28; (se emplea la misma palabra con sentido restringido a los creyentes en 1 Pedro 2:9). Somos su descendencia, con total dependencia de él, aunque muchos creen y quieren vivir de forma independiente a sus espaldas.

En segundo lugar, Dios también es Padre, de nuevo de todas las personas, porque todos hemos sido formados a su ***imagen y semejanza*** (Gn 1:26-27), no creados de cualquier modo. ***Dios es Espíritu*** (Jn 4:24), y como tal, es el ***Padre de los espíritus*** (He 12:9) al que hacemos bien en obedecer si queremos tener vida.

Con ambos sentidos, también puede decirse que Dios es el Padre de los ángeles, a los cuales ha creado y les ha dado el espíritu, y es por esto por lo que se designan también como *hijos de Dios* (Job 1:6; 2:1; 38:7).

Ahora bien, cuando en este pasaje se habla de Dios como *el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra*, es evidente que se hace referencia a otra cosa más de las dos indicadas anteriormente, a algo más en cuanto a esa paternidad suya sobre los creyentes.

Para los cristianos, pues, y solo para los cristianos, *en tercer lugar*, Dios es nuestro Padre en un sentido superior, espiritual, pues ha producido en nosotros una regeneración, un nuevo nacimiento y, además, nos ha hecho partícipes de su naturaleza o semejanza moral. Son conocidos multitud de pasajes que hablan de estos temas, por lo que citaremos solo algunos que muestran esta relación filial especial: Mateo 5:9; Lucas 20:36; Juan 1:12; 11:52; Romanos 8:14-17; 2 Corintios 6:18; Gálatas 4:6; Santiago 1:18; 2 Pedro 1:4; 1 Juan 3:1-2.

Pero aún hay *un cuarto aspecto* todavía superior al anterior, y es que al ser Dios *el Padre de nuestro Señor Jesucristo*, es también nuestro Padre en el sentido espiritual y más alto del término, todavía más que el serlo por nuevo nacimiento, pues de dicho Padre *toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra*. Dios es *el Padre de nuestro Señor Jesucristo* si miramos al Señor Jesucristo como el Dios-hombre Mediador, también por la relación del pacto, y también porque todo lo que Cristo era y tenía, procedía de su Padre (*cf.* Lc 2:49; Jn 5:17; 20:17).

Es evidente que la paternidad respecto al Señor Jesucristo es distinta que respecto a nosotros, pero lo más grande que

nos ha sucedido es que Dios sea nuestro Padre porque lo es de alguien que es *nuestro*, y que es nuestro *Señor* Jesucristo. Y así, todas las misericordias fluyen a nosotros los creyentes desde el Padre a través de Cristo, y todas nuestras peticiones ascienden también a través de Cristo hacia el que es nuestro Padre.

Si Dios es el Padre del Redentor, es también el Padre de los redimidos y, por tanto, *por medio de él* [de Cristo] ***los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre*** (Ef 2:18). Si Dios es el Padre de la Cabeza es también el Padre del Cuerpo que dio a dicha Cabeza, tal como nos lo da a entender el último pasaje citado de Juan 20:17.

Y es esta relación que Dios tiene con el Señor Jesucristo como Su Padre la que el apóstol Pablo toma como fundamento para su apelación y petición. O, dicho de otro modo, el apóstol se fija en esta paternidad por medio de Jesucristo para atreverse a pedir lo que pide. Como indica Charles Hodge: «Nosotros podemos aproximarnos a Dios únicamente en el carácter del Dios que envió al Señor Jesús para ser nuestra propiciación y Mediador. Es, por tanto, por fe, como reconciliados, como nos dirigimos a él como al Padre de nuestro Señor Jesucristo».

De nuevo, si nos fijamos en el contenido doctrinal de los capítulos precedentes, podemos ver que no es en el capítulo 1, sino en el 2, donde se nos muestra la reconciliación con Dios, y es por eso por lo que en esta oración que le sigue el apóstol se dirige a Dios como al ***Padre de nuestro Señor Jesucristo***. Y no sé si nos damos cuenta, pero al igual que las maravillas de Dios en la creación son todavía mayores si se miran bajo el microscopio, así también sucede cuando se examina con detalle la Palabra de Dios, porque así puede percibirse la excelencia de esta en cada jota y en cada tilde.

Ya hemos visto que el apóstol usa distintos títulos para Dios según las circunstancias, y eso es lo que repite aquí de nuevo. Pablo ya ha glorificado a Dios en la oración anterior al mirarlo como el adjudicador de todo honor en la exaltación de Cristo, pero este Dios es también el Padre de su Hijo amado, y en él, en Cristo, Padre también de todos aquellos a los que Cristo *no se avergüenza de llamarlos hermanos* (He 2:11). Esto es lo que regula y condiciona al apóstol para su elección de este título particular.

En el capítulo 2 anterior podemos observar cuál es la relación especial que tenemos con Dios: *Somos hechura suya* (de Dios) *creados en Cristo Jesús para buenas obras* (cap. 2:10); hemos sido *reconciliados con Dios mediante la cruz* (cap. 2:16); tenemos acceso *por medio de él* [de Cristo] *por un mismo espíritu al Padre* (cap. 2:18); ya no somos *extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios* (cap. 2:19) —lo que también indica su paternidad—, y somos *juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu* (cap. 2:22). Todo esto hace que la petición que estemos considerando sea más adecuada dirigirla al Padre, ya que este es nuestro privilegio especial como creyentes en virtud de nuestra relación filial, de igual modo que la esperanza de gloria es la justa expectación de alguien que ha sido justificado y hecho heredero de salvación (cf. Ro 5:1-2).

Una segunda cuestión que también debe destacarse es la relación existente entre el título dado a Dios y la petición que se realiza, pues no es cosa rara oír oraciones en que el contenido de estas no tiene nada que ver con las palabras con las que se comienzan. Así, hay oraciones dirigidas al Todopoderoso en las que se piden cosas insignificantes o que incluso pueden resultar una burla, o dirigidas al Dios de toda

consolación en las que se piden otras que nada tienen que ver con el consuelo que necesitamos de él en las tribulaciones, o dirigidas al Dios de la paciencia, o del gozo, o de la esperanza o de la paz en las que las peticiones no tienen nada que ver con estos aspectos en nuestras vidas.

Y así también hemos de cuidar nuestras oraciones dirigidas al Padre de nuestro Señor Jesucristo si en ellas no se consideran para nada su paternidad, o el amor que debemos tener a toda su familia, o el sometimiento que le debemos a él y al que llamamos nuestro Señor, o el hecho de que de él toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra. No tiene sentido dirigirnos específicamente al Padre de nuestro Señor Jesucristo cuando después vamos a pedir algo exclusivo e individual nuestro.

Las oraciones en la Escritura no son de este modo, pues ya hemos encontrado, y seguiremos encontrando, que en ellas las adscripciones, títulos o atributos usados y a los que se miran, son los más adecuados para las cosas que se van a pedir; el carácter particular en que el escritor se fija está relacionado con la petición que se va a hacer. Un ejemplo más de esto que decimos lo encontramos en Jacob cuando tenía un miedo mortal hacia su hermano Esaú, y que oró así: ***Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, Jehová que me dijiste: Vuélvete a tu tierra [...] librame ahora de la mano de mi hermano*** (Gn 32:9-11). Y otro más lo tenemos cuando las almas bajo el altar piden al Señor que venga su sangre, en cuyo caso se dirigen a él como ***Señor, santo y verdadero*** (Ap 6:10).

En resumen: Pablo se dirige al ***Padre de nuestro Señor Jesucristo*** (y debemos resaltar cada palabra) porque lo que va a pedir a continuación es algo que se corresponde con su solicitud y sentimiento como ***Padre***, porque es algo no solo

para el apóstol sino para todos sus hijos (dice **nuestro**), porque reconoce que Dios es nuestro Padre por serlo antes de **nuestro Señor Jesucristo**, y porque sabe lo que estas dos últimas palabras significan (de la última, Jesucristo, no hemos dicho nada, pero sabemos que incluye, al menos, la encarnación, la salvación y la doble naturaleza del Señor).

Pablo está haciendo uso de aquel salmo que dice: **Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen** (Sal 103:11-14,17-18), pues si quien escucha la oración es Padre, no cabe duda de que se compadece de las necesidades de sus hijos.

Y es muy importante que interioricemos esta paternidad de Dios respecto a nosotros por medio de **nuestro Señor Jesucristo** para tener verdadera libertad y confianza cuando nos acercamos **al trono de la gracia** (He 4:16). Es cierto que nos acercamos a un trono, en el cual está Dios, pero no es menos cierto que nos acercamos al trono de la gracia, en el cual está nuestro Padre. Y no debemos olvidar ninguna de ambas cosas, porque las dos son de fundamental importancia para nuestras vidas: temor ante el trono, y confianza ante la gracia; reverencia ante Dios, y cercanía ante nuestro Padre; trono y gracia, gracia y trono. Pero aquí, en este pasaje, como escribe Francisco Lacueva: «Como Padre está cercano a sus hijos, y este título lo presenta más como Benéfico que como Magnífico, ya que el creyente debe acercarse con confianza al trono de la gracia».

Y todo, por medio de **nuestro** Señor Jesucristo, quien nos aseguró: **Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?** (Mt 7:11). Las cosas que tenemos en esta oración son buenas y necesarias para los hijos de Dios, y hemos de aproximarnos a él co-

mo Padre nuestro con estas peticiones, sabiendo que no lo hacemos a un dador que no quiere y se resiste, y cuya resistencia hemos de vencer con súplicas, ofrendas, promesas o sacrificios, sino a un Padre **generoso** que piensa **generosidades, y por generosidades será exaltado** (Is 32:8). Hemos de pensar e interiorizar que, si somos cristianos y Jesucristo es el *Señor de nosotros*, no sólo únicamente, nos acercamos con nuestras peticiones a un Padre amante que está más dispuesto a darnos cosas buenas de lo que nosotros estamos para pedir las, y **mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos** (v. 20). Fijémonos que el apóstol no pide por él, sino por los hermanos, para que los hermanos disfruten de aquellas bendiciones de las que él también disfrutaba, aunque solo en parte.

Estos pensamientos, hermanos, deberían llenarnos y animarnos, porque si Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, también es *nuestro* Padre, y como tal, tiene mayor disposición y sabiduría para darnos buenas cosas que las que pueden tener los mejores padres en la tierra para con sus pequeños. Es cierto que, en muchas ocasiones, no sabemos lo que pedimos, **como conviene** (Ro 8:26), pero esto que tenemos aquí es algo que se corresponde con su **voluntad** (1 Ts 4:3). A este Padre es a quien mira el apóstol aquí, y de acuerdo con ello enmarca sus peticiones en consecuencia.

Finalmente, no olvidemos que es un Padre *celestial*, pues así reconoceremos que somos **extranjeros y peregrinos** en este mundo (He 11:13; 1 P 2:11), que **nuestra ciudadanía está en los cielos** (Fil 3:20), y que estamos plenamente convencidos que **suplirá todo lo que nos falte conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús** (Fil 4:19). Pero de esto hablaremos, en su voluntad, en capítulos siguientes.

¡Que su Santo Espíritu nos ayude a entender y practicar estas cosas, para su gloria, y la bendición de muchos! Amén.

ORACIÓN POR PODER INTERIOR III EL DIOS DE GLORIA

Efesios 3:14-16

Lectura introductoria: Salmo 73:24-26

*Me has guiado según tu consejo,
Y después me recibirás en gloria.
¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra.
Mi carne y mi corazón desfallecen;
Mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para
siempre.*

S*iempre*, y *por todo*, y *en todo*, nos dice la Escritura que los cristianos debemos dar *gracias* a **Dios** (Ef 5:20; 1 Ts 5:18), pues los privilegios y las bendiciones que nos han alcanzado en Cristo Jesús, sin ningún mérito ni merecimiento por nuestra parte, son tantos y tan grandes, y son tan gloriosos y eternos, que, aunque las circunstancias en nuestras vidas fueran las más terribles y dolorosas que podamos imaginar, debemos siempre estar agradecidos a Dios, adorándolo y sirviéndolo con todo nuestro ser.

Pero, además, cada vez que nos reunimos para meditar en su Palabra, o lo hacemos a título personal, como ahora, debemos darle gracias porque podemos hacerlo en paz, aspectos ambos que son también grandes privilegios del que mu-

chos hermanos nuestros, en no pocas partes del mundo, no pueden disfrutar. En unos casos, por las situaciones difíciles de persecución y ataques que impiden algo tan simple como una reunión en el nombre del Señor o el poder disponer de la Palabra; en otros, por la proliferación de falsos maestros y falsas doctrinas que dejan a las ovejas del Señor hambrientas y dispersas.

Así que con esta actitud de gratitud en nuestros corazones nos disponemos a meditar en la Palabra, y en esta ocasión para seguir estudiando la oración que encontramos al final del capítulo 3 de la carta de Pablo a los efesios, de la cual ya hemos aprendido algunas cosas. Recuerdo brevemente que habíamos hecho una introducción a dicha carta considerando la diferencia que existe entre los motivos que se recogen en ella y los que podemos estar acostumbrados a oír o a hacer; de igual modo, hablamos de que debemos apropiarnos de esta oración porque con ella mostramos deseos de crecer en santidad, ambición espiritual, y el hecho de no conformarnos con la condición en la cual nos encontramos. Finalmente, en el último estudio, hablamos de la paternidad de Dios como algo glorioso que también nos ha alcanzado, y no solo por ser nuestro Creador, o habernos hecho a su imagen, o incluso por habernos dado el nuevo nacimiento o habernos hecho participantes de su naturaleza divina, sino sobre todo y por encima de todo por ser también el *Padre* de [y resaltamos cada una de las palabras] *nuestro Señor Jesucristo*.

Es a este Padre a quien Pablo se dirige doblando sus rodillas, y lo hace empleando un título adecuado a las peticiones que va a realizar.

En este capítulo aún no vamos a entrar en el estudio de la primera de ellas, la que llamamos *Oración por poder interior*, y esto porque el apóstol añade una frase que es también

digna de nuestra consideración. En ella nos vamos a detener, pero, como siempre, será tras la lectura de la Palabra y nuestra oración a Dios para que la bendiga interiorizándola en nosotros, para gloria suya.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu (Ef 3:14-16).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Vemos, pues, que la oración está dirigida al ***Padre de nuestro Señor Jesucristo*** (v. 14), pero ahora añade el apóstol la frase: ***De quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra*** (v. 15), y decíamos que lo hace así porque va a pedir a continuación por una gran necesidad de todos los miembros de la familia cristiana. Lo que pide Pablo se corresponde con la solicitud y el sentimiento de Dios como Padre, el cual ***se compadece de los que le temen*** (Sal 103:13), y les da ***alimento*** (Sal 111:5), y cumple sus deseos (cf. Sal 145:19), y sobre ellos engrandece ***su misericordia*** (Sal 103:11), ***y los defiende*** (Sal 34:7), y a cuyo ***trono de gracia*** se acercan con libertad y confianza (He 4:16), pero también con temor y reverencia, sabiendo que dicho ***Padre*** está más dispuesto a darnos ***buenas cosas*** de lo que nosotros estamos a pedir las (Mt 7:11).

Esta frase, pues, también debemos analizarla antes de entrar en la petición misma, y en relación con ella hemos intro-

ducido un nuevo principio y un nuevo motivo de oración. El principio dice: *Los cristianos formamos parte de la familia de Dios, y llevamos el nombre de ambos*. Y el motivo es que debemos pedir por comprender, y esforzarnos por interiorizar, qué somos, de quién somos y cuál es nuestra verdadera familia.

Comenzamos, pues, y *lo primero* que encontramos es una cláusula relativa que dice: **De quien**, la cual hace referencia a la persona nombrada anteriormente. Pero, si nos fijamos —y por eso hay distintas opiniones al respecto—, la construcción gramatical admite dos antecedentes, pues puede estar haciendo referencia al propio Padre a quien se va a pedir, o al Señor Jesucristo que se ha citado en último lugar. Yo, personalmente, no me decanto por ninguna de ambas, aunque si tuviera que hacerlo con una exclusivamente me quedaría con la primera, es decir, con la referencia al Padre, pero creo que podemos aceptar ambas a la luz de lo que encontramos en la Escritura: los **cristianos** tomamos nuestro nombre del propio Cristo (Hch 11:26), pero también, evidentemente, pertenecemos a **la familia de Dios** (cap. 2:19); Cristo ha sido exaltado **hasta lo sumo** (Fil 2:9), y de él se puede aceptar que toma nombre toda familia en los cielos y la tierra, pero también ha sido el Padre de gloria quien lo exaltó, en cuyo caso a él nos remitimos.

En segundo lugar, en cuanto al significado de la frase **toda familia** (en griego: *pása patriá*) también es difícil describirlo, lo que ha dado lugar en las distintas versiones al empleo de otras palabras, tales como **linaje**, **parentela**, o incluso **paternidad** (esta última porque «padre» en griego es *patéra*, y algunos han tratado de conservar la resonancia verbal: padre y paternidad). De este modo, algunos incluyen en la **familia** no solo a los conversos sino también a los ángeles

(según Colosenses 1:20; Hebreos 12:22-23). Otros incluyen a todas las familias, aunque creo que esto no es correcto porque el tema dominante de estos capítulos es que, por medio de Cristo, hay **un Dios y Padre de todos** (cap. 4:6) que tiene una sola familia, un solo tronco familiar, al que pertenecen por igual judíos y gentiles. Entender que la referencia es a *cada* familia, identificando **toda** con cada una de ellas, sería tan dudoso como hablar de *cada* edificio en el capítulo 2:21, identificando **todo** con cada uno de ellos.

Por tanto, creo que debemos entender que la referencia es a toda la familia completa de los redimidos, a los que son verdaderamente su parentela, para los cuales la palabra Padre tiene el significado de vínculo espiritual que ya explicamos y hemos recordado al comienzo, algunos de los cuales se encuentran en los cielos y otros en la tierra, o como dicen algunas versiones: **De quien toma nombre toda la familia**, o **toda su familia**, siendo esta la misma idea que aparece en Efesios 2:18-19 y 3:6.

En tercer lugar, se nos indica que esta familia **toma nombre**, y esto no significa que todos seamos llamados por el mismo nombre de *cristianos* (creo que este argumento del nombre es suficiente para no incluir a los ángeles en el grupo de **toda familia**, porque los ángeles no son cristianos en el sentido que lo entendemos de seres nacidos de nuevo), sino que es una expresión tomada de la costumbre que había en aquel entonces en que todos los miembros de una misma familia participaban del nombre del cabeza de la misma. Así, todos los elegidos de Dios formamos un cuerpo, juntos bajo una misma Cabeza, y constituimos una comunidad.

De acuerdo con la costumbre hebrea, un grupo de familias era llamada como los descendientes de un padre. Así se habla de las doce tribus de Israel, porque Israel fue el padre

de los doce de los que descendieron dichas tribus. De igual modo, el marido de María la madre del Señor, **José, era de la casa y familia [linaje, de nuevo patriá en griego] de David** (Lc 2:4). Otro lugar donde aparece la misma palabra en el Nuevo Testamento es en Hechos 3:25, donde se habla de una bendición que llegaría a todas **las familias de la tierra**, y aquí es claro que hace referencia a todas las familias, en todo el mundo y en todo tiempo, que llegarían a creer. Por eso, aquí en la carta a los efesios, la palabra es muy adecuada para expresar la comunidad que es encabezada por el propio Cristo.

Es como si Pablo estuviera diciendo: «Doblo mis rodillas y estoy pidiendo a *nuestro* Padre de gracia, que es también el Padre de *nuestra* Cabeza, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé mayores bendiciones y así podáis vivir una vida cristiana en plenitud, para su gloria. Estoy pidiendo al Padre porque muchos de sus hijos están ahora arriba en su presencia disfrutando de ella y de las máximas bendiciones, pero otros aún nos encontramos en este lugar aquí abajo y necesitamos que una porción de esas bendiciones se derrame sobre nosotros para poder vivir como debemos en medio de este mundo».

Hermanos, el tema de la familia cristiana surge una y otra vez en el Nuevo Testamento, y por eso hemos incluido el motivo de oración citado, pues debemos *pedir y esforzarnos por interiorizar qué somos, de quién somos, y cuál es nuestra familia*. Todos los creyentes, estén en la tierra o en los cielos, tienen sus nombres inscritos en *un mismo libro de la vida* (Ap 3:5; 21:27), grabados en el pectoral de *un mismo sumo sacerdote* (He 4:14-15; 7:26; 9:11), con *un mismo Espíritu* (1 Co 12:13) morando en sus corazones, y todos tienen *un mismo Padre* (Mal 2:10).

El libro del Apocalipsis muestra de forma especial cuán estrechos son los lazos que unen al sector de la Iglesia que está en los cielos con aquella otra parte que aún está en la tierra. En la Iglesia primitiva, esto no era una simple letra muerta o un simple pensamiento, sino algo que influía profundamente en las vidas (*cf.* Hch 2:44-47; 4:34-35). Cuando recitamos el llamado Credo apostólico, decimos: *Creo en la comunión de los santos*, y esta comunión se extiende a todos ellos. Por eso es necesario que apreciemos a los que nos precedieron, y que imitemos *su fe* (He 13:7), pues el mismo Cristo que está en los cielos es el que camina *en medio de los candeleros* (Ap 1:12-13).

La familia cristiana, un tema que nos debería ocupar y preocupar mucho más. Algunos lo han expresado en forma de poesía, y una de ellas cuenta el caso de una pequeña, de siete hermanos, dos de los cuales habían muerto. Una estrofa dice así:

*«¿Cuántos sois vosotros? —se le preguntó—,
si en el Cielo dos están hoy día?».*
Pronto la pequeña respondió:
«¡Oh, señor, somos siete todavía!».
*«¡Pero si están muertos!; dos murieron,
sus almas en el Cielo están hoy día».*
*Era como hablar al viento, inútilmente,
pues la pequeña sostenía firmemente,
y decía: «¡No; somos siete todavía!».*

La familia cristiana, hermanos, y la oración de Pablo por ella, la oración de intercesión que debemos practicar los unos para con los otros.

Ahora, y antes de entrar en la petición en sí, tenemos la apelación que hace el apóstol, pues pide al Padre de nuestro

Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y la tierra, para que ***dé conforme a las riquezas de su gloria***, y en relación con ello hemos incluido un nuevo principio que dice así: *Nuestro argumento para pedir a Dios no es nuestra fe o nuestra necesidad, sino las riquezas de su propia gloria.*

Hemos de aprender aquí también, hermanos: no pedimos a Dios que nos conceda estas cosas porque tenemos mucha fe, o porque somos muy fieles; ni incluso porque tenemos mucha necesidad o somos muy pobres, sino que debemos de hacerlo, y es mucho mejor, por lo que él es y tiene, por las riquezas de su gloria. Y es que, al hacerlo así, estamos admitiendo nuestra propia pobreza, pecado y limitaciones, al tiempo que miramos con los ojos de la fe la amplitud y la suficiencia de Dios para con nosotros.

Fijémonos que el apóstol no pide ***según las riquezas de su gracia***, tal como expresa en el capítulo 1:7, cuando habla de la redención por la sangre de Cristo y el perdón de los pecados, o en el capítulo 2:7, cuando hace referencia al nuevo nacimiento y a nuestra posición en los lugares celestiales con Cristo Jesús. Para estas cosas nos hacía falta gracia y poder de Dios, las riquezas de su gracia y su poder, pero ahora se pide algo que va más allá, pues ***las riquezas de su gloria*** incluyen todas las cosas en Dios que lo hacen ser glorioso. Dios es glorioso no solo por su gracia y poder, sino también por su bondad y por todas sus perfecciones y sus infinitos recursos.

A esto es a lo que apela el apóstol y, para que podamos entender, el Espíritu Santo, como tan frecuentemente hace, habla de un modo propio nuestro de los hombres. Nosotros, cuando queremos destacar el valor de las cosas, empleamos la palabra «riquezas», y Dios no es solo un Ser glorioso y es-

tá en la gloria, sino que también tiene sus riquezas en él mismo y en ella. No solo son *riquezas* gloriosas (se resalta la palabra *riquezas*), riquezas supereminentes a las cuales se podría apelar, sino que son las riquezas de *su gloria*, sus propias riquezas en lo alto (tal como en Filipenses 4:19: ***Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús***), riquezas que recibimos por y a través de la plenitud de Cristo, el ***heredero de todas las cosas*** (He 1:2 LBLA), el poseedor de recursos inagotables para suplir todas y cada una de nuestras necesidades.

Y es ***conforme*** a ello lo que pide Pablo, y conforme a ello es lo que debemos pedir nosotros; no por favores ordinarios, sino por bendiciones que estén de acuerdo con las infinitas riquezas de su gloria. Por eso señalamos el gran contraste entre lo que aquí tenemos reflejado y las pobres peticiones de muchos cristianos en el día de hoy.

O lo expreso de otro modo, hermanos: la vida cristiana no consiste en ser conscientes de la liberación de la culpa de nuestros pecados y en tener la seguridad de la salvación; mientras que estemos en este mundo tenemos gloriosos privilegios que podemos y debemos disfrutar, que podemos y debemos desear, y que podemos y debemos pedir. El ser fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu Santo, el que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, el que crezcamos en él en todas las cosas, y el que seamos llenos de toda la plenitud de Dios deben ser objetivos en nuestras vidas, y debemos pedirlos ***conforme a las riquezas de su gloria***.

Aquí tenemos posibilidades ciertas para la vida cristiana, y debemos contemplarlas y debemos luchar por ellas. Ciertamente, el conocimiento del perdón de los pecados es una gran bendición, pero quedarse allí es permanecer en el inicio de la experiencia cristiana, y debemos tomarnos mucho más en serio las mayores bendiciones que Dios puede

derramar en nosotros, teniendo el mismo espíritu de Pablo que refleja en Filipenses 3:12-14: ***No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.***

En el Salmo 81:10 podemos leer: ***Abre tu boca, y yo la llenaré.*** Aquí tenemos su invitación y su promesa, por lo que si estamos angustiados o estrechos es en nosotros mismos, y no en el Señor. Debemos hacer caso a las palabras del propio Pablo en otro contexto, cuando escribió: ***Nuestro corazón se ha ensanchado. No estáis estrechos en nosotros, pero sí sois estrechos en vuestro propio corazón [...] ensanchaos también vosotros*** (2 Co 6:11-13). O a las mismas de Dios por medio de Isaías: ***Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas*** (Is 54:2). La falta es nuestra, hermanos, pues Dios ha puesto ante nosotros un rico festín, ***banquete de manjares succulentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos, y de vinos purificados*** (Is 25:6).

Nuestro Dios no es avaro, ni desea que participemos poco de sus bondades, pues su invitación es: ***Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados*** (Cnt 5:1). Nuestra falta de crecimiento en santidad no trae honor a Dios, y eso revela lo lejos que estamos viviendo de los privilegios que nos han sido concedidos, el poco uso que hacemos de las riquezas que Dios tiene para nosotros en su gloria, y la pobreza de nuestras vidas de oración. Por eso dice Santiago: ***No tenéis lo que deseáis, porque no pedís*** (Stg 4:2).

Fijémonos que el apóstol no comienza su petición diciendo: «Oh Dios, si es posible, derrama riquezas de tu gloria sobre tu pueblo», pues pedir esto es como un insulto a Dios. Es cierto que debemos estar sometidos a su voluntad, pero Dios nos ha dicho que ***el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros*** [y esto es lo más grande que podía darnos], ***¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?*** (Ro 8:32). Y estas cosas que Dios promete darnos no serán dadas de mala gana.

Repito que, ciertamente, nuestras voluntades deben estar subordinadas a la voluntad divina, pero no es menos cierto que nuestro privilegio y nuestro deber es el de ser ***entendidos de cuál sea la voluntad del Señor*** (Ef 5:17). Por eso no encontramos en esta ni en las otras oraciones de los apóstoles una frase que diga: «*Si es tu voluntad*», pues estas cosas que se piden son conforme a la voluntad de Dios. Es lo que tenemos en otros pasajes: ***Pedid, y se os dará*** (Mt 7:7); y ***todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré; no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé; de cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido*** (Jn 14:13-14; 15:16; 16:23-24).

De nuevo podemos leer: ***Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye*** (1 Jn 5:14). Evidentemente, aquí no se hace referencia a su voluntad secreta, la cual no forma parte de nuestra responsabilidad, sino a su voluntad revelada como la

encontramos en la Palabra. En ella, en la Palabra, Dios nos ha dicho que está dispuesto a conceder, en respuesta a nuestras oraciones, todo lo que sea para su gloria y nuestro bien, y lo que encontramos en estas oraciones se corresponde con ello. Por tanto, no hemos de tener dudas para hacerlas nuestras, y mostraríamos una falsa humildad si al final de estas añadiéramos: *Si es tu voluntad*. Esta que tenemos aquí *ya es* la voluntad de Dios, o el apóstol no habría sido inspirado por el Espíritu Santo para hacer estas peticiones y después escribirlas para nuestra guía.

Repito que Dios no es un amo duro, o alguien con pocas riquezas, y hemos de tener una ambición santa para crecer en la gracia, para ser ramas fructíferas de la Vid, y para mostrar sus alabanzas. Hermanos, no nos conformemos con poca santidad o con poca gracia en nuestras vidas, no tengamos pocos deseos santos, pocas expectativas santas, o pocas aspiraciones santas. ***Procurad, pues, los dones mejores*** (1 Co 12:31) tiene que animarnos en el esfuerzo celoso para obtener las bendiciones que aumenten en nosotros la piedad y el servicio; y no solamente para nosotros, sino también para nuestros hermanos. Esto es lo que Pablo está haciendo aquí: pidiendo los mejores dones para los hermanos efesios a los que escribe.

Comentando estos versículos, Calvino dice: *Cuando veamos por experiencia que Dios requiere de nosotros más allá de nuestro alcance y nuestra medida [...] pidamos que él supla nuestras carencias. Después de haber conocido su voluntad, si no podemos marchar como él lo ordena, oremos para que nos dé las piernas, y para que nos fortalezca de tal manera que lo superemos todo.* Y continúa diciendo: *Así, no pensemos que basta cuando vengamos al sermón, y que cada uno lea esto en privado. Recurramos a Dios, a fin de que dé el crecimiento.*

En definitiva, lo que estamos repitiendo es que hemos de creer y apropiarnos de que ciertamente el *evangelio es poder de Dios para salvación* (Ro 1:16), porque Dios manifiesta su poder en las vidas de sus hijos.

Cuando estas cosas que vemos en la oración que nos ocupa llegan a ser nuestras, verdaderamente glorificamos a Dios, pero hemos de tener además otra cuestión presente, la cual hemos destacado como principio. Lo enunciamos así: *Es un hecho grandioso y bendito el que Dios haya unido su gloria con el bien de su pueblo.*

Las dos cosas están inseparablemente conectadas y juntas, pues su pueblo se gloria en Dios, y Dios se gloria en ellos; ellos lo glorifican y él se glorifica en ellos. Véase 2 Tesalonicenses 1:11-12 y Hebreos 13:20-21.

Y hemos de esforzarnos por comprender esto, y hemos de orar a Dios para que nos haga entender esto. Es nuestro bendito privilegio presentar estas peticiones, y con humildad, decir a Dios: *Esto no es demasiado para las riquezas de tu gloria; no es demasiado para ti, Padre nuestro y de nuestro Señor Jesucristo, conceder estas peticiones y derramar estas bendiciones para tus hijos. Hazlo para que tu pueblo pueda glorificarte cada vez más y mejor.*

¡Que así sea, hermanos, y que nos esforcemos en ello, y que Dios nos ayude a comprender y practicar estas cosas! Amén.

ORACIÓN POR PODER INTERIOR IV LA NECESIDAD DEL ESPÍRITU SANTO

Efesios 3:14-16

Lectura introductoria: Salmo 104:27-34

*Todos ellos esperan en ti,
Para que les des su comida a su tiempo.
Les das, recogen;
Abres tu mano, se sacian de bien.
Escondes tu rostro, se turban;
Les quitas el hálito, dejan de ser,
Y vuelven al polvo.
Envías tu Espíritu, son creados,
Y renuevas la faz de la tierra.
Sea la gloria de Jehová para siempre;
Alégrese Jehová en sus obras.
Él mira a la tierra, y ella tiembla;
Toca los montes, y humean.
A Jehová cantaré en mi vida;
A mi Dios cantaré salmos mientras viva.
Dulce será mi meditación en él;
Yo me regocijaré en Jehová.*

En este capítulo vamos a concluir el estudio de la que hemos llamado *Oración por poder interior*, aunque, al mismo tiempo, es en él donde nos vamos a detener en la oración propiamente dicha, pues lo analizado hasta ahora constituye

la introducción a todo el pasaje que se encuentra al final del capítulo 3 de la carta de Pablo a los efesios. Ya dijimos que era bueno dividirlo en cinco apartados generales para su estudio, de los cuales, tres ya los hemos considerado: *la ocasión* para la oración, *la persona* a quien se dirige la oración, y *la apelación* o argumento para esta. Ahora nos quedan *las peticiones* en sí, que son cuatro y, finalmente, *la doxología*; y ahora vamos a considerar la primera de dichas peticiones.

Pero, a partir de todo lo visto hasta ahora, quiero recordar que Pablo dobla sus *rodillas* dirigiéndose (y hemos resaltado cada una de las siguientes palabras) al ***Padre de nuestro Señor Jesucristo***, y el argumento que usa para sus peticiones son *las riquezas de su gloria*. Por tanto, para poder hacer nuestro el motivo de oración que vamos a analizar, así como los restantes, habremos de tener siempre presente que nos dirigimos a alguien que es Padre, que lo que se le pide no es un imposible para él y que es algo que corresponde a su sentimiento como Padre, que es un Padre glorioso con riquezas de su gloria suficientes para todo y para todos, y que no puede haber concesión de las peticiones si no hay interés por la familia de ese Padre, por sus hijos, independientemente de que se pida para uno mismo o para los demás.

Y así, con esto en mente, doblemos también nosotros espiritualmente nuestras rodillas (invito a hacerlo también físicamente) y dispongámonos a leer la Palabra de Dios antes de pedir su bendición para todos.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu (Ef 3:14-16).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Nos disponemos, pues, a analizar la petición en sí, la primera de las cuatro que hace el apóstol por aquellos hermanos, a saber: que Dios les dé ***el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*** (v. 16). En relación con ella vamos a exponer tres principios, y el primero de ellos lo enunciamos así: *Una primera y gran necesidad nuestra es la de ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, pero es también nuestro privilegio y porción, así como nuestro deber y responsabilidad.*

Si esta que hemos leído es la primera de las cuatro peticiones que hace el apóstol, en ella debemos pensar cuidadosamente y en esperanza. Hemos de considerar —como dijimos en el capítulo anterior— que el perdón que Dios nos da en la hora de nuestra conversión no es más que el comienzo de una plenitud de sus propósitos de gracia hacia nosotros, y hemos de pensar que Dios tiene reservadas cosas mucho mejores que esta para sus hijos, y *en esta vida*. El perdón de Dios para nuestros pecados no es sino un primer medio necesario para un fin posterior, un medio que se nos da con la intención de concedernos otras muchas cosas y más ricas.

Por tanto, si somos cristianos, hemos de *saber e interiorizar que es nuestro privilegio, nuestro derecho, una parte de nuestra porción*, una parte de la herencia que nos corresponde y para la cual Dios nos ha adoptado como hijos, el ser fortalecidos en el hombre interior con el poder del Espíritu Santo, *pero también es nuestro deber y responsabilidad* hacerlo. Quizá nunca hayamos pensado en ello, o quizá lo hayamos considerado muy superficialmente porque el diablo haya in-

tentado, de algún modo, convencernos de que tenemos que ser débiles y frágiles como cristianos en esta vida. Pero esta es otra de sus mentiras, porque Dios, nuestro Padre, con sus riquezas de gloria, no quiere esto para sus hijos, no quiere que sus hijos sean débiles a perpetuidad. La voluntad de Dios para nosotros en este tema ha quedado recogida en su Palabra: ***Hermanos míos, fortaleceos*** [en realidad se encuentra en la voz pasiva, y es más correcto decir: ***Sed fortalecidos***] ***en el Señor, y en el poder de su fuerza*** (Ef 6:10).

La idea que aquí se expresa la podemos entender si pensamos en las palabras «alimentaos» o «sed alimentados» si se aplicaran a un bebé de pocos días. Es obvio que él no podría alimentarse por sí mismo, y que necesita ser alimentado, necesita de su madre para nutrirse y crecer, pero también es cierto que el bebé pide, reclama y llora por ese alimento. No tiene sentido, porque no puede, ordenársele que se alimente, pero tampoco tendría sentido que no pidiera alimento, de otro, cuando tiene hambre. Así también nosotros en la vida espiritual: la base de nuestra fortaleza no está en nuestras capacidades personales, sino en el poder del Señor, pero hemos de pedirlo. Y puesto que necesitamos ser fortalecidos, necesitamos también estar unidos a Cristo en verdadera comunión.

Así pues, hermanos, hemos de tomar la decisión firme de buscar lo que Dios nos ha prometido, pues si su voluntad revelada es que seamos sanos y fuertes espiritualmente, a ella debemos acudir con insistencia y expectación. Él tiene todas las ***riquezas de su gloria***, y actúa con ***la supereminente grandeza de su poder***, la misma ***operación del poder de su fuerza*** que actuó ***en Cristo resucitándole de los muertos*** (cap. 1:19-20). Si Dios no nos hubiera dicho nada en relación con este asunto, podríamos tener dudas en cuanto al modo de actuar y

en cuanto a qué pedir, pero puesto que Dios nos ha dado a conocer su pensamiento en este tema, no tenemos excusa.

Es cierto que el miedo puede asaltarnos en esto, pues el fortalecimiento espiritual lleva consigo la muerte de nuestro hombre carnal y de todos sus deseos, ¿pero qué es esta muerte en comparación con *las riquezas de su gloria* que recibimos?; ¿qué importa estar *juntamente crucificado con Cristo*, y decir *ya no vivo yo*, si por contra podemos decir *mas vive Cristo en mí* (Gá 2:20)? Tenemos una gran necesidad de ser fortalecidos en el hombre interior con el poder del Espíritu Santo, pues hay muchas pruebas que soportar, muchas tentaciones que vencer, y muchos deberes que realizar, pero hemos de esforzarnos y pedir que se nos conceda esto puesto que así se nos ha mostrado. Nuestra necesidad es mucha y grande, pero más abundantes son las riquezas de la gloria de nuestro Padre, y hace falta que sintamos nuestra incapacidad, pues en la misma medida pediremos a Dios que la supla por el poder de su Santo Espíritu.

Podemos leer también unas promesas de Dios en el Antiguo Testamento: *Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios. Y os guardaré de todas vuestras inmundicias [...] Y os acordaré de vuestros malos caminos, y de vuestras obras que no fueron buenas; y os avergonzaréis de vosotros mismos*

por vuestras iniquidades y por vuestras abominaciones (Ez 36:25-31).

Aquí tenemos benditas promesas, las cuales concluyen con la declaración: ***Yo Jehová he hablado, y lo haré*** (v. 36). Pero después podemos observar que dice en el siguiente **versículo 37**: ***Así ha dicho Jehová el Señor: Aún seré solicitado por la casa de Israel*** [evidentemente, por la casa espiritual, por los verdaderos israelitas hijos de Dios] ***para hacerles esto***. Es decir, que las promesas y los favores de Dios no nos eximen de nuestro deber de darnos cuenta de estos, de esforzarnos por ellos, de orar con insistencia y humildad, y de agradecer nuestra dependencia de él. Las promesas de Dios han sido dadas para que echemos mano de ellas por fe y para que las presentemos ante su trono de gracia.

En definitiva, que no debe haber duda en que es la voluntad revelada de Dios que los cristianos seamos fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior, pero es también su voluntad que deseemos esto seriamente y que lo busquemos en oración y en ferviente súplica con fe. En otra de sus cartas, el apóstol Pablo escribe: ***Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día*** (2 Co 4:16), pero para esta renovación son necesarios nuestro esfuerzo y oraciones. Dios no nos trata como si fuéramos criaturas irracionales, sino como seres morales y, por tanto, requiere y pide nuestro esfuerzo y cooperación, lo cual no es para ayudarlo, sino para que seamos responsables y nos ejercitemos en aquellas cosas que él ha prometido para sus hijos.

Si queremos recibir poder interior, habremos de esforzarnos por pedir. Y si pedimos, debemos hacerlo con expectativa, porque ***conforme a*** nuestra ***fe*** se nos hará (Mt 9:29). Si somos cristianos, Dios nos ha abierto los ojos y debemos dar

gracias porque ya somos conscientes de nuestra profunda necesidad de fortalecimiento interior, pero esto no servirá para nada en nuestra vida de cada día a menos que nos esforcemos y aprendamos también cómo obtener diariamente los suministros de gracia que necesitamos. El Señor Jesucristo nos habla de ***la necesidad de orar siempre y no desmayar***, y para ello nos pone el ejemplo de la parábola de la viuda y el juez injusto (Lc 18:1-7), pero termina con las siguientes palabras: ***Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?***

Por tanto, como mi debilidad y nuestra debilidad me duelen y me provocan verdadero sufrimiento, debo, y debemos, acudir una y otra vez a nuestro Padre, pidiéndole de acuerdo con las riquezas de su gloria, pues solo de ese modo encontraremos alivio.

El siguiente principio que podemos obtener de la oración tiene que ver con el hombre interior, pues el fortalecimiento que se pide es en *el hombre interior*. Lo expresamos así: *Nuestro hombre interior tiene un alma renovada, pero el principio de maldad permanece en él, sin cambio. Por eso es necesaria una renovación continua.*

El fortalecimiento que se pide al Padre con poder por medio de su Espíritu es *en el hombre interior*, y es necesario que sepamos el significado exacto de estas palabras. Evidentemente, no se hace referencia al fortalecimiento en este mundo y en relación con sus cosas y problemas independientemente de la valoración y estima por las cosas celestiales. La valentía carnal, las fuerzas que muchos desean, la reputación o autoridad, y todo aquello que tiene que ver con nuestros apetitos terrenales no está incluido en esta petición. Pero aun sabiendo que se pide por otra cosa, repito que hemos de conocer el significado del *hombre interior*.

Pues bien, el hombre interior no es el nuevo hombre, ni es nuestra parte racional, sino que es la parte anímica (del alma) y espiritual más profunda que orienta y dirige las acciones y la forma de vida que luego se expresan y se hacen visibles mediante el cuerpo. Es lo opuesto al hombre exterior, a lo que se ve. En Romanos 7:22 dice Pablo: ***Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios.*** Aquí está claro que hace referencia a la nueva naturaleza dentro de él y a lo que esta afecta al alma. Y después continúa: ***Pero veo otra ley en mis miembros*** [es decir: percibo o me doy cuenta de otro principio u operación en mi alma] ***que se rebela contra la ley de mi mente*** [es decir: hace referencia a su depravación natural que lucha contra su nueva naturaleza].

Por tanto, el hombre interior es la nueva naturaleza, afectando a todos los deseos y cualidades del alma, junto a la vieja que tiene otros principios y deseos; o también podemos decir que es el alma renovada, pero en la que el principio de maldad permanece sin cambio. El hombre interior es la unión del hombre natural, y anterior a la gracia, con el sobrenatural, y posterior a la misma.

Así pues, el fortalecimiento que necesitamos y que se pide consiste en un *alumbramiento* espiritual del ***entendimiento*** para ver las cosas como Dios las ve (cap. 1:18), en una *espiritualización* de los deseos para querer nuevas cosas, en un *fortalecimiento* del corazón en su compromiso con Dios, y en una *libertad* de la voluntad del dominio del pecado, voluntad que ahora se inclina hacia la santidad. Estas son cosas del alma para las cuales se nos comunica un nuevo espíritu, una nueva vida, pero estos dones impartidos en la regeneración no son sino el comienzo de la buena obra de Dios en nosotros, y esta ha de ser perfeccionada a lo largo de la vida cristiana.

Sabemos que es Dios quien perfecciona esta obra (*cf.* Fil 1:6), pero nosotros hemos de renovarnos: el nuevo hombre **conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno** (Col 3:10). Hay una necesaria **renovación en el Espíritu Santo** (Tit 3:5), pero nosotros hemos de contribuir a la misma en **el hombre interior de día a día**, aunque el **exterior se vaya desgastando** (2 Co 4:16). La promesa de Dios para su viña es: **Cada momento la regaré; la guardaré de noche y de día, para que nadie la dañe** (Is 27:3), pero nosotros hemos de usar aquello que se ha dispuesto para nuestro crecimiento y hemos de guardarnos y regarnos a nosotros mismos hasta donde podamos.

Necesitamos una renovación continua por la incesante oposición hecha por los deseos de la carne que buscan poseer y dirigir las facultades de nuestra alma, y también porque la nueva naturaleza recibida no es sino una criatura muy débil dependiente de su Autor. Por tanto, es nuestro privilegio, pero también nuestro deber, volver a este Autor para obtener fuerzas diarias, para fortalecernos con el poder de su Espíritu en el hombre interior, buscando y pidiendo su promesa que dice: **Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas** (Is 40:31), y así hasta que Dios nos permita decir: **Yo estoy lleno de poder del Espíritu de Jehová** (Miq 3:8).

Esta renovación incide y es necesaria en todas las facultades del alma: intelectuales, emocionales y morales, y es también lo que fortalece las virtudes en el nuevo hombre: la fe santa, el temor reverente, el amor, la gratitud, el odio hacia el pecado, la esperanza y la paciencia.

En el Antiguo Testamento hay un versículo paralelo a este que estamos considerando, y que dice: **El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor [con poder] en mi alma** [en el hombre interior: Sal 138:3]. Esta fue la experiencia

de David y esta debe ser también la nuestra: ***Si anduviere yo en medio de la angustia*** [¿podemos decir «en medio de la angustia de no poder vivir como cristiano para tu gloria»?], ***tú me vivificarás*** (Sal 138:7). Dios respondió a David y lo fortaleció en las facultades de su alma y en el poder de su espíritu.

El Espíritu Santo, hermanos, hace al débil poderoso, al tembloroso valiente, al entristecido lo alegra, y al cansado da las fuerzas. Así está escrito: ***Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas del que no tiene ningunas*** (Is 40:29).

La petición, pues, de la oración que nos ocupa es para tener una vida vigorosa y floreciente, para ser liberados de estar centrados en nuestras cosas, para dejar nuestros deseos terrenales y mirar y buscar ***las cosas de arriba*** (Col 3:1-3), para que Cristo sea el centro de nuestras vidas y de nuestra meditación. Es una petición para que Cristo sea reproducido en nosotros, y con él, para mostrar ***el fruto del Espíritu*** (Gá 5:22-23). Es para andar ***en el Espíritu*** (Gá 5:16), para ser ***transformados de gloria en gloria*** (2 Co 3:18), para ser llevados ***siempre en triunfo en Cristo Jesús*** y manifestar ***en todo lugar el olor de su conocimiento*** (2 Co 2:14), para tener vidas transformadas.

El siguiente y último principio, íntimamente relacionado con los anteriores, tiene que ver con el Autor de la renovación y del fortalecimiento, pues lo que pide Pablo se hace ***por su Espíritu, por medio del Espíritu*** (NVI). Lo enunciamos así: ***Los cristianos dependemos de las operaciones continuadas del Espíritu, pero esto no quita nuestra responsabilidad.***

Ya sabemos que nuestra vida espiritual comenzó por la obra del Espíritu Santo en nosotros (*cf.* Jn 16:8; 3:5-8), pero hemos de ser conscientes también que dependemos continuamente de ella, porque nosotros, por nosotros mismos, no podemos mantener dicha vida espiritual ni sostener la fe que nos fue dada. Si el Espíritu suspendiera sus operaciones en noso-

tros, y a veces las suspende, estaríamos indefensos y perdidos, porque él es quien **produce en nosotros el querer y el hacer, por la buena voluntad** de Dios (Fil 2:13).

Nuestra naturaleza carnal no es eliminada con el nuevo nacimiento, y nunca va a cesar en sus esfuerzos; Satanás siempre estará intentando hacernos caer y ganar ventaja sobre nosotros; y nuestro ser interior, cuando las tentaciones nos asaltan, podrá ser engañado por nuestros sentidos o nuestros deseos. Por tanto, si no tenemos la ayuda oportuna, pronto estaremos fuera de juego, y es un pecado no pequeño olvidarnos del Espíritu Santo y sus operaciones. Sin su ayuda no podemos hacer **morir las obras** y los deseos **de la carne** (Ro 8:13), ni tampoco podemos orar adecuadamente (*cf.* Ro 8:26), ni tampoco llevar **fruto** (Ef 5:9; Gá 5:22-23).

Dependemos, pues, del poder del Espíritu Santo, pero esto no quita nuestra responsabilidad, y si no nos esforzamos en estas cosas, no seremos diferentes a las personas no creyentes.

Hermanos, una vez que somos cristianos, Dios obra en nosotros y para nosotros, pero también, no lo olvidemos, por medio de nosotros. Solamente el Espíritu Santo puede impartir vida espiritual, y solamente él puede mantenerla. Pero hemos de saber que muchas veces el Espíritu obra con nuestra concurrencia, bendiciendo sus medios de gracia cuando hacemos el uso apropiado de ellos: así, bendice su Palabra en nosotros cuando la escudriñamos con diligencia con el fin de obedecerla; bendice nuestras oraciones cuando son fervientes y de acuerdo con su voluntad; y bendice la comunión con los hermanos cuando se desea, se busca y se fomenta.

Es cierto que el Espíritu pone también en nosotros los deseos y la diligencia para usar dichos medios, para el ejercicio y el empleo de estos, pero no es menos cierto que hemos de ocuparnos de nuestra **salvación con temor y temblor** (Fil

2:12). De forma natural, todas las personas pueden decir que ***en él vivimos, y nos movemos, y somos*** (Hch 17:28), y esta verdad también es cierta para nosotros como cristianos en la vida espiritual, pero debemos resaltar que los que vivimos y nos movemos somos nosotros.

En el libro de Nehemías encontramos una oración hecha por un grupo de levitas, en la que reconocen lo siguiente: ***Enviaste tu buen Espíritu para enseñarles*** (Neh 9:20), pero, como indicamos antes, es muy común el pecado de olvidar al Espíritu Santo.

Citamos aquí un comentario de Spurgeon: «El Espíritu Santo participa de la triple adscripción que sube al trono de Dios: Santo, Santo, Santo. El Espíritu Santo es bueno y soporta nuestra desobediencia, y lucha contra nuestra voluntad rebelde. Todas sus obras son buenas en el más alto grado: sugiere buenos pensamientos, inspira buenas acciones, revela buenas verdades, aplica buenas promesas, nos ayuda para hacer buenas adquisiciones, y nos conduce a buenos resultados. Los que se rinden a su influencia llegan a ser buenos; los que obedecen a sus impulsos hacen lo bueno; los que viven bajo su poder reciben el bien». Pero termina diciendo: «La Iglesia nunca prosperará hasta que crea en el Espíritu Santo más reverentemente».

Su poder es el que necesitamos, hermanos, y por él ora Pablo doblando sus rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo para que lo dé conforme a las riquezas de su gloria. Esta es una nueva petición que debemos hacer nuestra, pero no olvidemos nuestro deber y responsabilidad en estas cosas, nuestra unión con la familia del mismo Padre, y nuestro cuidado para no contristar al Espíritu con nuestro pecado, descuido o negligencia.

¡Que Dios nos ayude, hermanos, a entender y a practicar estas cosas, para su gloria y la bendición de muchos!

ORACIÓN POR CRISTOCENTRISMO I CRISTO EN EL CORAZÓN

Efesios 3:17

Lectura introductoria: Apocalipsis 1:7-8

He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.

De nuevo nos acercamos a la Palabra de Dios, *reunidos en espíritu* (1 Co 5:4), nada más y nada menos que como *pueblo de Dios* (1 P 2:10), como *hijos* (Ro 8:17) y *miembros de su familia* en la presencia de nuestro Padre (Ef 2:19), como *hermanos* de aquel que *no se avergüenza* de serlo de nosotros (He 2:11) y que nos rescató *con* su *sangre* (1 P 1:18-19), y como nuevas criaturas regeneradas por el Espíritu Santo (*cf.* 2 Co 5:17; Jn 3:5-6). Y lo hacemos, o debemos hacerlo, con el deseo de adorarlo, de mostrarle nuestro agradecimiento por todas sus bendiciones en nuestras vidas, y esperando escuchar su voz a través de su Palabra, por la cual también debemos tener y mostrar profunda gratitud en nuestros corazones.

En este capítulo vamos a comenzar el estudio de una nueva oración que hemos titulado *Oración por*

Cristocentrismo, es decir, oración en la que se pide que Cristo sea el centro de nuestro corazón, de nuestra vida y de todo nuestro ser completo.

Si recordamos, habíamos dicho que los últimos versículos del capítulo 3 de la carta de Pablo a los efesios podíamos dividirlos en cinco apartados principales para su estudio. Los tres primeros los hemos analizado ya, y es el cuarto el que consta de las cuatro peticiones a Dios que hace el apóstol, siendo la segunda de ellas la que ahora nos va a ocupar.

Ya hemos hablado de una primera necesidad que tenemos todos de *ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*, necesidad que puede ser cubierta porque es parte de lo que Dios nos tiene preparado y prometido. Por esto, porque es algo posible, el apóstol pide, pero es una necesidad que, al mismo tiempo, no nos exime de nuestra responsabilidad y esfuerzo por suplirla, y de nuestra vigilancia para no entristecer al Espíritu Santo de cuyo poder y obra continuados depende toda nuestra vida espiritual.

Ahora bien, cuando hicimos la introducción dijimos que Pablo realiza estas peticiones porque observaba que los hermanos vivían a un nivel mucho más bajo que el que correspondía a los privilegios que les habían sido otorgados y a las bendiciones que los habían alcanzado. *Por esta causa* —dice Pablo—, *doblo mis rodillas*. Y al estudiar la petición de *ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*, quizá únicamente la hayamos considerado en relación con el cumplimiento de nuestros deberes y con la obediencia, porque, ciertamente, para estas cosas necesitamos del poder de Dios.

Pero cuando ahora vamos a la segunda petición que se refiere al propio Cristo, entendemos que el apóstol va un poco más allá, pues no mira tanto lo que necesitamos tener para

cumplir con nuestras obligaciones, sino aquello que hemos de ser, por medio de Cristo, para gozar de los privilegios y bendiciones espirituales que son nuestros. No es solo lo que debemos hacer y el poder del Espíritu que necesitamos para ello, sino lo que debemos ser y tener interiormente —al propio Cristo— para vivir como debemos.

Este va a ser el objeto de nuestro estudio, pero antes vamos a acercarnos a la Palabra y al propio Dios con reverencia pidiendo su bendición.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que habite Cristo por la fe en vuestros corazones [...] arraigados y cimentados en amor (Ef 3:14-17).

Oración personal a Dios.

(Hagámosla con fervor y agonía, como aquellos que reconocen que lo piden es sublime y están muy lejos no solo de poderlo alcanzar por sí mismos sino incluso de comprenderlo).

1. INTRODUCCIÓN

Si tomamos las primeras palabras de introducción a todas las peticiones, y la que es la traducción literal del **versículo 17**, la frase nos quedaría así: ***Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que, conforme a las riquezas de su gloria, habite Cristo por la fe en vuestros corazones arraigados y cimentados en amor.***

Es decir, la petición sigue haciéndose al Padre y la apelación sigue siendo a las riquezas de su gloria. Y decimos que nos vamos a quedar con el análisis de la petición: ***Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones arraigados y cimentados en amor.***

Ahora bien, hemos de pensar que esta petición tan especial, junto con las otras tres restantes, constituyen una oración realizada por el que quizá fuera el más altamente favorecido de los apóstoles, de modo que se necesita de alguien con una profunda experiencia espiritual para poder abrir el contenido de esta. Se requiere más que capacidad intelectual y habilidad mental para poder entender, asimilar o explicar bien una porción de las Escrituras como esta. Se precisa de una mente espiritual, de un corazón elevado, y de una gran comunión con Dios para poderlo hacer, y he de admitir mi incapacidad para la tarea. De todos modos, pondremos el máximo empeño, y pediremos a Dios su gracia para contemplar estas cosas que están lejos de nuestro alcance. Como escribió Arthur W. Pink: *Necesitamos el viento del cielo para llevar nuestros barcos a buen puerto.*

Así pues, estamos ante algo que se encuentra más allá del alcance de nuestras mentes, pero no podemos negar la Palabra de Dios, y aunque nos encontramos en la introducción de la oración, ya podemos enunciar un primer principio: *Es un misterio el hecho de que el Dios trino habite en los creyentes, pues la humanidad del Dios-hombre Mediador está en los cielos.*

Si recordamos otras porciones de la Escritura, podemos ver que se nos dice que las tres personas divinas habitan en todo creyente. Así, en Juan 14:23 encontramos a Jesús diciendo: ***El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre***

le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él. En Juan 14:16-17, hablando del *Consolador*, dice que **mora con vosotros, y estará en vosotros.** Y esto mismo podemos leer en Romanos 8:9,11; 1 Corintios 3:16; 6:19; 2 Corintios 6:16; 1 Juan 4:12-15, etc. Como se indica en 1 Corintios 14:25: **Dios verdaderamente está entre vosotros** (también puede traducirse como **está en vosotros**: RVR 1909), y esto debe comprenderse como el trino Dios.

Ahora bien, como hemos visto en otra ocasión, la humanidad de Cristo, del Dios-hombre Mediador está localizada en el Cielo, **en los lugares celestiales** (cap. 1:20), y aunque ha sido exaltada hasta lo sumo, no es omnipresente, con lo que podría parecer que se contradicen las afirmaciones anteriores. Pero no hemos de olvidar que, además, Cristo es una persona divina, igual al Padre y al Espíritu, y como tal, no ha perdido ninguno de sus atributos. Por tanto, sigue siendo omnipresente y puede habitar en su pueblo como las otras dos.

En realidad, esta faceta de la persona de Cristo, como otras muchas relacionadas con él, es un misterio que nuestras mentes no alcanzan a entender. Su encarnación, su muerte, su exaltación, su estado actual en los cielos, etc., son cosas que aceptamos por fe, y podemos entenderlas un poco, pero seguimos viéndolas como **por espejo, oscuramente** (1 Co 13:12).

Y para que nos hagamos una idea de los problemas que ha planteado esta oración que nos ocupa, podemos hacernos algunas preguntas acerca de ella, cuyas respuestas, como se puede imaginar, pueden dar lugar a muchos debates en los cuales no entraremos. Así: ¿Por qué no se pide que habite, o **more** (LBLA), por la fe en los corazones el Padre o el Espíritu?; ¿por qué esta distinción entre las tres perso-

nas divinas, y por qué la concreción en Cristo? Si Cristo puede morar por la fe en los corazones, ¿cómo mora el Espíritu Santo?; ¿cómo mora el Padre? Si el cristiano ya está unido a Cristo y está en Cristo, ¿qué significa tener a Cristo morando por fe en el corazón?; ¿de qué fe se habla?; ¿habita Cristo realmente, o solo habita por la fe?; ¿habita Cristo por su Espíritu, o habita él mismo? Y si el propio Cristo mora, ¿qué necesidad hay de que el Espíritu de Dios también lo haga, si de Cristo recibimos todo? La persona divina del Hijo de Dios, que habita en Cristo, ¿puede morar también en nosotros? Y así podríamos seguir.

Por tanto, repito que estamos ante un misterio, pero puesto que esta oración debemos hacerla nuestra, intentaremos llegar, para saber lo que pedimos, hasta donde la Escritura nos revela, o al menos para saberlo en parte.

Y lo primero que hemos de entender es que esta morada o residencia particular e interna de Cristo no hace referencia a su omnipresencia únicamente, sino a algo nuevo, a algo más y especial. Cuando en Jeremías 23:24 se indica: *¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?*, se habla de la omnipresencia de cada persona divina. Pero cuando se nos dice que Dios habita *en los cielos* (Sal 123:1), o *en medio de los hijos de Israel* (Nm 35:34), o *que habita en Sion* (Sal 9:11), o *con el quebrantado y humilde de espíritu* (Is 57:15), se está haciendo referencia a algo nuevo y particular, a una apropiación especial, a una manifestación o comunión especial.

Y es este aspecto el que vamos a intentar explicar en la oración que nos ocupa. Las demás cuestiones que hemos enumerado y otras muchas que se pueden plantear caen fuera del objeto de nuestro estudio.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Comenzamos, como en otras ocasiones, con el enunciado y desarrollo de los principios relacionados con la oración. El siguiente que vamos a considerar lo enunciamos así: *Es necesario que ocupemos nuestras mentes y corazones con la excelencia de Cristo para ser más conformados a su imagen y parecernos más a él*, esto es: es necesario que oremos y nos esforcemos por ocupar todo nuestro ser con la persona de Cristo, sus perfecciones, su obra, su estado, y su relación especial con nosotros.

Todos sabemos, porque la Escritura así nos lo muestra, que Cristo habita personalmente entre su pueblo. Este es un hecho bendito que nadie cuestiona, tal como él mismo indica y podemos leer en Mateo 18:20: ***Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.*** O también antes de su ascensión: ***He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén*** (Mt 28:20). Pero, aparte de esto, el apóstol ora aquí para que ***habite Cristo por la fe en vuestros corazones***, lo cual hemos de entenderlo, en primer lugar, como la ocupación mental, las meditaciones espirituales y la contemplación amorosa de la excelencia de su persona y su obra. Esta morada de Cristo hace referencia, pues, en primer lugar, al hecho de tener nuestros corazones ocupados con su persona, sus títulos gloriosos, sus oficios mediadores, sus preciosas promesas, sus sabios preceptos, su sangre, su amor, su gracia, su justicia, etc., de modo que tenga un sitio fijo y constante, un lugar principal, en nuestras mentes y en nuestros corazones.

Por tanto, el apóstol ora para que los santos puedan tener una visión espiritual de Cristo, un conocimiento espiritual de

Cristo, una experiencia vivencial, un gozo espiritual de Cristo, de modo que Cristo siempre esté presente y sea precioso para sus almas. Y esto, evidentemente, solo puede hacerse por medio de la fe tal como se ha revelado en las Escrituras.

Ahora bien, como cada cristiano es, ciertamente, morada de Cristo, hemos de entender que en dicha morada hay una cuestión de grados, como la hay también en la fortaleza interior por el poder del Espíritu Santo. Todos los cristianos, en cierta medida, ya piensan en Cristo y en las cosas de Cristo, pero Pablo ora aquí por algo mucho más vehemente, constante y supremo.

En griego hay varios verbos similares para indicar esa morada, ese hecho de habitar. Uno es *paroikeo* y otro *katoikeo* (este último es el empleado aquí), y esto porque morada es *oikos*, y morar, en general, se deriva de la anterior, *oikeo*, a la cual se le colocan prefijos para resaltar algo. El primero de los citados, *par, paroikeo*, es más débil, y significa habitar como extraño, siendo la misma palabra que se ha usado en Efesios 2:19, y que se traduce como **advenedizos**, o más bien, *forasteros, huéspedes de paso*, alguien que vive lejos de su hogar. El segundo, *kat, katoikeo*, en cambio, significa asentarse en algún sitio, estar de forma permanente y no temporal, establecerse; es el que se usa en el pasaje de Colosenses 2:9 donde, hablando de Cristo, se dice que **en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad**; y también en Colosenses 1:19: **Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud**. Indica, pues, un lugar de residencia fija, la morada de un dueño en su propia casa, en contraste con aquel que está de paso y va a irse al día siguiente. Así se usa también en Marcos 5:3; Hechos 17:26; Efesios 2:22; Apocalipsis 18:2.

Por tanto, Pablo está orando para que los corazones de los creyentes sean la residencia fija del que es su Maestro y Señor, el cual debe gobernar donde habita, pues no viene solo para alentar o aliviar, sino sobre todo para reinar. Y debemos observar también que Pablo habla de los corazones, porque muchos tendrán a Cristo, de forma temporal o permanente, en sus bocas solamente, y no es esto. Todo el cristianismo es algo que va desde dentro hacia afuera, desde el corazón hacia la boca, y no al revés.

La oración es por una morada real y objetiva de Cristo en el corazón, una morada vivencial y no simplemente subjetiva, una experiencia de vida, una vida marcada por esa morada, del mismo modo que los pensamientos tienen un lugar de morada en nuestras mentes o que las cosas o personas amadas tienen un lugar en nuestros sentimientos. Es lo mismo que sucede cuando miramos un objeto: que la imagen de este se introduce y se queda en nuestras mentes, y cuanto más lo miramos más retenemos dicha imagen. Así también, el ojo espiritual de la fe debe mirar a Cristo para que su imagen se forme en el corazón, y cuanto más se mire y se contemple, más nítida la tendremos. Cristo se encuentra en el Cielo, a la diestra de Dios, pero cada vez que lo miramos por fe, una imagen suya queda en nosotros.

Pablo ora, pues, para que aquellos cristianos hagan (además de para que Dios conceda conforme a las riquezas de su gloria) algo parecido al hecho de abrir las puertas o ventanas de las casas para que entre el sol directamente en las habitaciones, es decir: abrir nuestras mentes hacia Cristo para que tenga una presencia más real y permanente en nuestros corazones. Sabemos que Cristo es nuestro Objeto central de fe, y la fe es la facultad que se nos ha dado (*cf.* cap. 2:8-9) para que recibamos e introduzcamos en nuestros corazones y en

nuestras mentes renovadas (*cf.* Ro 12:1-2; cap. 4:22-24) el conocimiento de su persona y sus perfecciones. Esto se hace por medio de la luz que tenemos en la Palabra y el poder del Espíritu Santo, y es así como Cristo mora en nuestros corazones y tenemos una comunión mayor con él.

O lo expresamos de otro modo: igual que recordamos cosas o impresiones pasadas con nuestras mentes, y eso nos ayuda a conocer y entender, así también por la fe hemos de traer a nuestro conocimiento espiritual las cosas de Cristo para conocer y entender en nuestras almas, de modo que el corazón encontrará un cimiento estable y será influido e impresionado de tal manera que terminará siendo transformado a su misma imagen: ***Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor*** (al Señor de la gloria), ***somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*** (2 Co 3:18).

La fe, por la obra del Espíritu Santo, hace a Cristo una realidad viviente en nosotros, y esta fe y esta realidad producen amor, el cual después nos llevará a obrar. Esta es la secuencia, de modo que el amor real en las vidas de los cristianos se manifiesta cuando Cristo va siendo formado en los corazones. No es solo cuestión del principio —como algunos dicen— de recibir a Cristo, sino que es continuar por fe recibiendo ***de su plenitud*** (Jn 1:16), alimentándonos de él y teniendo comunión con él (*cf.* Jn 15:5). Es dar lugar a Cristo en nuestros corazones cuando ejercitamos nuestras mentes por fe en él.

Y es que cuando por fe miramos a Cristo, no solamente su morada es real y objetiva en nuestros corazones, sino que es también una entrada y morada influyentes, del mismo modo que sucede cuando un rayo de sol entra en una

habitación oscura porque se abren las puertas o ventanas: cuando entra, trae luz, calor y bienestar. Así también, cuanto más llegue Cristo a ser el Objeto supremo y constante en nuestros corazones, tanto más experimentaremos sus influencias de gracia para la vida y sus consolaciones para santificarnos. Y estas cosas, a su vez, nos harán vivir más piadosamente a su servicio.

De este modo hemos de entender la parábola que nos dijo acerca de la vid y los pámpanos. Cuanto más unidos y pegados a la vid, más vida se recibe y se tiene, y más energía para producir fruto: ***Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí*** (Jn 15:4). Esta idea de permanencia es la misma que la de morada en el pasaje de Efesios que estamos analizando. Permanecer en Cristo es estar unidos a él, y tener comunión con él, lo que conlleva una influencia ***vivificante*** en nosotros (1 Co 15:45), y una seguridad y confianza en medio de todos los problemas o circunstancias. En la medida en que Cristo habite en nosotros, llegaremos a ser más parecidos a él y podremos cumplir el mandamiento que nos ha dado por medio del apóstol Pedro: ***Que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*** (1 P 2:9).

Cuando miramos por la fe a Cristo, y meditamos en él con frecuencia, el beneficio para nosotros llega ser inconmensurable. Cuanto más ocupados estemos en Cristo, y con Cristo y para Cristo, mejor resistiremos las tentaciones del mundo, con mayor facilidad rechazaremos los placeres carnales y sus atracciones, mejor soportaremos los problemas porque nos resultarán menos pesados, y con más gozo llevaremos las aflicciones porque nos presionarán menos hacia abajo. De igual modo, una mayor visión de Cristo nos hará más hu-

mildes, nos llenará más de amor hacia él, y nos hará derramar más ese amor hacia las personas que nos rodean. En definitiva, una mayor morada de Cristo en nosotros es la que nos llevará a decir con Pablo: ***Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*** (Fil 4:13).

No es cuestión, pues, de debatir mucho sobre si la persona de Jesucristo puede habitar o no en nosotros, sino si puede actuar por fe en todas las ocasiones manifestándose a sí mismo en nuestros corazones, si puede habitar por fe. Y es que, además, cuando nosotros nos esforzamos por tener a Cristo presente, él también puede obrar e inflamar nuestros corazones de muchos modos que no dependen ya de nosotros ni de nuestra fe, tal como hizo con los corazones de aquellos discípulos que iban camino de Emaús, los cuales se dijeron ***el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?*** (Lc 24:32).

Y una última cosa que hemos de resaltar es respecto a la fe a la que se hace referencia, la cual no es la fe para justificación (como tampoco en Romanos 12:3). Cristo no debe ser solo el objeto de nuestra fe para justificación, no debemos mirarlo solo así, porque así como Cristo sirve para otras muchísimas más cosas, nuestra fe también debe servir. Pablo dice: ***Por él [por Dios] estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, glóriese en el Señor*** (1 Co 1:30-31).

Es cierto que la fe en primer lugar es para justificación, pero después hemos de seguir ejerciéndola para santificación, para liberación, para conformación, para obediencia y para otras muchas cosas, tal como el propio Pablo nos resume en Gálatas 2:20: ***Con Cristo estoy juntamente crucifica-***

do, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. Esto es habitar Cristo por la fe en los corazones, no solo para justificación, sino para la vida completa del cristiano.

Esta visión y deleite de Cristo y en Cristo es y ha sido siempre una gran necesidad para el pueblo cristiano, una gran necesidad para nosotros en el día de hoy, y por ella oraba Pablo. Es muy importante, hermanos —como sabemos—, poner nuestros corazones en Cristo, porque **donde esté vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón** (Mt 6:21), pero aún es más importante poner a Cristo en nuestros corazones, más importante que incluso poner en ellos el deseo de hacer morir nuestros pecados.

También nosotros debemos orar por esto con nuestras rodillas dobladas ante nuestro Padre, ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, pidiéndolo conforme a las riquezas de su gloria; pero no hemos de olvidar que somos nosotros los que hemos de esforzarnos y dedicar tiempo y energías.

¡Que Dios nos ayude en esta tarea, hermanos, para su gloria, nuestra bendición, y la de otras muchas personas! ¡Que así sea!

ORACIÓN POR CRISTOCENTRISMO II EL ESPÍRITU DE CRISTO

Efesios 3:17

Lectura introductoria: Isaías 11:1-3

Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová.

Continuamos con el estudio de la que hemos llamado *Oración por Cristocentrismo*, en relación con el cual ya hemos visto que el cristianismo, la fe cristiana —como tantas veces dice el Señor— no es cuestión de cosas externas, sino internas, del corazón, sin las cuales esa fe es vana.

Podemos recordar sus palabras dirigidas a aquellos religiosos que solo se fijaban en lo de afuera: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así tam-*

bién vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad (Mt 23:25-28). O también las que Pedro dirige a las mujeres cristianas pero que son aplicables a todos: ***Vuestro atavío no sea el externo [...] sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios*** (1 P 3:3-4).

No es lo externo que tanto agrada a la carne lo que caracteriza al cristianismo, sino lo interno del corazón, del cual ***mana la vida***, si habita Cristo en él (Pr 4:23), o sale lo que ***contamina al hombre*** (Mt 15:17-19). El corazón cristiano, pues, necesita no una visita esporádica de Cristo unos días al año, o un día a la semana, sino una residencia fija de Cristo, que dice: ***He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*** (Ap 3:20).

Oración por Cristocentrismo. Este mismo asunto lo vamos a seguir considerando tras nuestra lectura de la Palabra, gratitud a Dios por ella, y petición de bendición sobre ella.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que habite Cristo por la fe en vuestros corazones [...] arraigados y cimentados en amor (Ef 3:14-17).

Oración personal a Dios

1. INTRODUCCIÓN

Reanudamos, pues, el estudio y, como se ha indicado, debemos dar gracias a Dios por ello, porque nos permite acercar-

nos a las mayores alturas que encontramos en Pablo cuando derrama lo que hay en su alma en un modo tal que queda fuera del alcance de una mente no inspirada; en términos tan grandes que, con lo máximo de nuestra imaginación, solo podemos captar un poco de su mente; en conceptos tan elevados que difícilmente el lenguaje puede expresar. Por eso vamos a recordar brevemente lo que ya vimos.

En el capítulo anterior hablamos de la dificultad del pasaje, pero puesto que es una oración que debemos hacer nuestra, dijimos también que debemos entender, al menos en parte, lo que pedimos con ella. Y cuando se ora *para que habite Cristo por la fe en* nuestros *corazones*, no se hace referencia a su omnipresencia, sino a una manifestación y comunión particular y especial entre Cristo y el creyente que este debe desear fervientemente, aunque el deseo y la oración han ir acompañados de un esfuerzo por tener a Cristo presente en todos los momentos de la vida. Además, al orar así, se está expresando también el deseo de que Cristo reine en nuestras vidas, de forma que digamos, para todo y en todo: *Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gá 2:20).

Hemos de esforzarnos por llenarnos de Cristo y de las cosas de Cristo para que su visión nos transforme *de gloria en gloria* a su *imagen* (2 Co 3:18); hemos de pensar en él como en la persona más amada (*cf.* Cnt 2:16; 6:3) para que condicione todo nuestro modo de ser, pensar y actuar; hemos de tenerlo presente siempre para llegar a decir: *Todo lo puedo en Cristo que me fortalece* (Fil 4:13); hemos de gozarnos con su morada en nosotros *porque la alegría del SEÑOR es nuestra fortaleza* (Neh 8:10 LBLA); hemos de entender que

no hay habitación en la que Cristo desee morar más que en el corazón de un creyente (cf. Ap 3:20); hemos de saber que esto es posible del mismo modo que en la antigüedad Dios habitaba en el tabernáculo o en el Templo; y hemos de adorarlo por todo ello.

Esta es una gran necesidad de todos nosotros, y de todos los cristianos en todas las épocas, y para pedir por ella Pablo dobla sus rodillas, teniendo en mente la misma idea que tuvo cuando, escribiendo a los gálatas, dijo: ***Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros*** (Gá 4:19). Cristo formado en nosotros por medio de su morada permanente en nosotros.

Hasta aquí el resumen. Ahora continuamos con nuevas ideas.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Hecha de nuevo la introducción sobre el tema, enunciamos el siguiente principio: *Hay una relación directa entre ser fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu y la morada de Cristo por la fe en los corazones, arraigados y cimentados en amor.*

Las cuatro peticiones que hace el apóstol podemos verlas como los peldaños consecutivos de una escalera por los que se asciende por orden, o mejor, como los cuatro hilos entrelazados que constituyen una gruesa cuerda. Y así, si consideramos esta petición junto a la anterior, es claro que no hay ejercicio de fe en Cristo para que habite en el corazón aparte de las operaciones del Espíritu Santo en el creyente, o sin ellas.

Unas palabras del Señor Jesucristo recogidas en el Evangelio de S. Juan fueron: ***Ninguno puede venir a mí, si***

el Padre que me envió no le trajere (Jn 6:44). Y este hecho de venir a Cristo es lo mismo que creer en Cristo, tal como podemos comprobar en Juan 6:35: ***El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.*** Estas palabras fueron pronunciadas por el Señor con referencia a la conversión, en relación con nuestra venida inicial a él, la cual se realiza por la acción directa del Padre o también por la obra de su Espíritu. Pero las mismas palabras tienen aplicación para cualquier ejercicio de la fe en nuestra vida cristiana, y ya hablamos el día anterior de que la fe en Cristo no es solo para justificación, sino también para santificación, sabiduría, discernimiento, y otras muchas cosas. Por tanto, si se pide que Cristo habite por la fe en el corazón, hay que saber que para ello es necesaria la obra del Espíritu Santo y la comunión con él.

En Colosenses 2:12 se nos habla acerca de ***la fe en el poder de Dios***, y en 2 Tesalonicenses 1:11 vemos que el apóstol Pablo ora para que Dios ***cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder.*** Por tanto, como la morada de Cristo en el corazón es también una obra de fe, depende también del poder de Dios. O a la inversa, si pedimos fortalecimiento ***con poder en el hombre interior por su Espíritu***, además de tener en mente que lo hacemos para el buen cumplimiento de nuestras obligaciones cristianas, hemos de saber que el principal objetivo es que nuestros corazones se sientan atraídos hacia Cristo y se ejercite nuestra fe en él.

Como el Espíritu Santo es también el ***Espíritu de Cristo*** (Ro 8:9; 1 P 1:11), su gran misión es dirigir a las personas a Cristo, y no solo en el momento inicial de la conversión: ***Convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio*** (Jn 16:8), pero también: ***Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío;***

por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber (Jn 16:14-15).

Es cierto, pues, que primero nos convence de pecado, de justicia y de juicio, pero eso lo hace para que comprendamos nuestra necesidad de un Salvador. Y es cierto que nos comunica una nueva naturaleza, pero eso también lo hace para que dicha naturaleza sea absorbida con Cristo y por Cristo. Y es cierto que también nos fortalece en el hombre interior, pero esto es con el fin de que podamos actuar con fe sobre Cristo.

El Espíritu Santo nunca hace nada con respecto a los creyentes si no es en Cristo, por medio de Cristo y para Cristo, de igual modo que Cristo nunca será recibido ni formado en el corazón, ni habitará por la fe en este, si no es por el poder del Espíritu Santo.

Hay, pues, una correspondencia total, una acción mutua entre las dos personas divinas y sus oficios: nadie puede creer ni crecer en Cristo excepto por el poder del Espíritu Santo, y nadie puede tener al Espíritu Santo si no cree o no crece en Cristo. En el encuentro con la mujer samaritana, Cristo le habló de dar el **agua viva** (Jn 4:10-14), es decir, dar al Espíritu Santo, tal como luego repitió en Jerusalén **en el último día de la fiesta** de los tabernáculos (*cf.* Jn 7:37-39). Pero esta agua viva procede de la Fuente de vida, que es el propio Cristo.

O de otro modo, el Espíritu moja al alma y la refresca para llevarla a la Fuente, que es Cristo, para que tenga deseo de esa Fuente y por ella, y cuando Cristo habita por fe en el corazón, los sentimientos, pensamientos y acciones que salen de él serán como los del propio Cristo, limpios y no contaminados.

O aún lo podemos expresar de otro modo: los cristianos hemos de darnos cuenta de que dependemos totalmente de

las operaciones de gracia del Espíritu Santo en nuestro interior, del mismo modo que dependemos de la justicia imputada y meritoria de Cristo en nuestro exterior.

Por tanto, necesitamos pedir al Padre para contar con dichas operaciones constantemente, del mismo modo que necesitamos confiar en la obra consumada del Señor Jesucristo. Y al igual que no teníamos ni tenemos ningún merecimiento para presentarnos delante de Dios aparte de los méritos de Cristo, tampoco teníamos ni tenemos ningún poder en nosotros mismos para servir y glorificar a Dios aparte del que nos proporciona el Espíritu Santo.

Y hemos de saber que si Dios ha enviado al Espíritu Santo para darnos vida, para mantenerla en nuestras almas, y para fortalecerlas, es con el fin de que mostremos cada vez más la imagen del propio Cristo. Y así, es nuestro privilegio, pero también nuestro deber, reconocer nuestra dependencia del Espíritu Santo con el fin de evitarle aquellas cosas que le causan tristeza, y es nuestro privilegio y nuestro deber buscar sus renovaciones diarias.

Cuando el apóstol Pablo dice en Filipenses 1:19: *Porque sé que por vuestra oración y la ministración [ayuda, asistencia] del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación*, no está hablando del don del Espíritu Santo en la conversión, sino de una nueva ministración, una nueva operación, una nueva obra del Espíritu que viene a nosotros en respuesta a la oración.

Y con esto nos introducimos en el siguiente principio, muy relacionado con otro que expusimos en el estudio de la oración anterior, cuando hablamos de la necesidad de una renovación continua. Lo enunciamos así: *El cristiano necesita una renovación espiritual diaria, obrada por el Espíritu Santo, para que la morada de Cristo en él ejerza su influen-*

cia santificante, y no solo para ser fortalecido con poder en el hombre interior.

Hemos de darnos cuenta, hermanos, que dependemos de las operaciones continuadas del Espíritu Santo en nuestro interior, y hemos de darnos cuenta de que necesitamos cada día una nueva —como dice Pablo— ***suministración del Espíritu de Jesucristo*** para poder tener cualquier progreso espiritual. Hablamos de la morada de Cristo por fe en nuestros corazones, pero dicha fe en Cristo no producirá fruto, ni nuestro amor a Cristo será fervoroso, ni nuestra comunión con Cristo será gozosa, ni la imagen de Cristo será formada en nosotros, a menos que seamos renovados cada día y fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu Santo.

Y para todo esto, repito una vez más que no podemos olvidar nuestra responsabilidad y nuestro esfuerzo. Del mismo modo que Cristo fue recibido en nuestros corazones por fe al principio, así también, por la misma fe hemos de pensar en él, deleitarnos en él, tener comunión con él, y recibir de la plenitud de él, no olvidando que esta fe solamente es ejercida en la medida en que, diariamente, somos renovados y fortalecidos interiormente por el Espíritu Santo y no lo entristecemos.

Si vamos a pedir que ***habe Cristo por la fe en nuestros corazones***, es necesario, como se ha indicado, que Cristo sea el principal Objeto de nuestros pensamientos, sentimientos y afectos, pero, para ello, necesitamos una renovación espiritual diaria porque hay muchísimos otros objetos que nos atraen cada día, que nos absorben cada día, y que demandan nuestra atención cada día. En realidad, en muchos cristianos, la ocupación por fe en el Señor Jesucristo es algo muy circunstancial y poco frecuente, algo a lo que se le dedica poco

tiempo, pero como se precisa de una renovación espiritual diaria, es necesario orar con urgencia para ser fortalecidos por el Espíritu.

Repito por su importancia: sin el Espíritu Santo no podemos hacer el más simple deber espiritual, pues dependemos tanto de sus operaciones en nuestro interior como de la obra de Cristo en el exterior; y no tenemos más poder en nosotros mismos separados del Espíritu que justicia propia separados de Cristo. Del mismo modo que miramos por fe al futuro, así también debemos hacerlo para el presente, pues es el Espíritu Santo quien reproduce a Cristo en nosotros dándonos poder para actuar con gracia, crecer en la gracia, y producir los frutos de la gracia. Así está escrito: ***Jehová, tú nos darás paz, porque también hiciste en nosotros todas nuestras obras*** (Is 26:12).

Cuando el Espíritu renueva por gracia nuestra alma, nuestro corazón es atraído cada vez más hacia Cristo para ejercitar la fe en él, y cuando nuestros pensamientos son así ocupados con Cristo, Cristo tiene una entrada en nuestro corazón, y le damos la bienvenida como el Señor y Soberano de todos nuestros sentimientos y acciones y como la Fuente de toda nuestra felicidad y gozo.

Si somos heridos por el pecado, le daremos la bienvenida como nuestro Médico que nos sana y, en lugar de oír las mentiras de Satanás, nos volveremos a él como nuestro ***bálsamo*** de ***Galaad*** (Jer 8:22; 46:11). Por otra parte, cuando disfrutamos de su presencia como Señor en nuestras almas y de su paz que nos posee, en vez de mirar a nuestro interior y ocuparnos con nuestros dones y nuestras virtudes, lo cual es peligroso, lo miraremos a él, ***el autor y consumidor de la fe*** (He 12:2), y buscaremos una comunión más íntima con él y un mayor deleite con él y en él (*cf.* Sal 37:4). Como alguien

ha dicho: *Un ojo sencillo es necesario para verle, y un corazón sencillo para mantenerle.*

Y así, creciendo de este modo, se cumplirán en nosotros cada vez más aquellas palabras que fueron escritas para el propio Cristo: ***El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agrado, y tu ley está en medio de mi corazón*** (Sal 40:8). Sabemos que no somos salvos por cumplir la ley, pero cuando Cristo habita por la fe en nuestros corazones, la cumplimos y deseamos cumplirla más y más, a su misma imagen. Así como él rechazó el pecado y murió por él, así también nosotros odiaremos el pecado y moriremos a él, y es de este modo como podremos decir, al igual que los primeros cristianos, que Cristo ha resucitado en nuestras propias vidas, y que hemos muerto al pecado y hemos resucitado a la santidad.

Cuando somos renovados cada día por el poder del Espíritu Santo, pasaremos de pensar en la muerte de Cristo a hacerlo en el modo de cómo morir nosotros con él al mundo (Gá 6:14); de pensar en su crucifixión, al modo de cómo crucificar nuestra ***carne con sus pasiones y deseos*** (Gá 5:24; Col 3:5); de pensar en el Cristo circuncidado, a la forma de circuncidar ***el prepucio de*** nuestros corazones, que es el amor a nosotros mismos (Dt 10:16; Jer 4:4).

Cuando somos renovados cada día por el poder del Espíritu Santo, no tenemos que forzar nuestros pensamientos para meditar en Cristo, pues estos estarán en Cristo y podremos decir con Pablo que ***lo que ahora vivimos en la carne lo vivimos en la fe del Hijo de Dios*** (Gá 2:20). No es tanto que pertenezcamos a Cristo como que él actúe y viva en nosotros por fe; no es tanto que Cristo tenga una relación con nosotros como que la llene por completo.

De nuevo Pablo lo expresa con otras palabras cuando dice: ***Agradó a Dios [...] revelar a su Hijo en mí*** (Gá 1:15-

16). No solo es cuestión de revelar a Cristo a mí, sino a Cristo en mí. Por eso es una idea satánica la que dice que todos tenemos a un Cristo en nuestro interior y que la obra de salvación consiste simplemente en revelar lo que ya llevamos dentro; es una idea satánica decir que nosotros solos, si nos esforzamos, y nos lo proponemos, seremos como Cristo y cumpliremos perfectamente la ley de Dios.

Hermanos, al igual que en la antigüedad David escribió el sentir de Cristo diciendo: *A Jehová he puesto siempre delante de mí* (Sal 16:8), también nosotros tengamos siempre a Cristo morando por fe en nuestros corazones para vislumbrar y poner delante de nosotros su persona, su humildad y mansedumbre, su santidad, su temor de Dios, etc., para que en todo y por todo busquemos la gloria de Dios. Que podamos tener siempre presente al Cristo completo, a todo el Cristo, y todo acerca de Cristo, y no solo con conocimiento, sino como tomando y afectando nuestros corazones. Y no olvidemos la renovación diaria en el Espíritu que necesitamos para ello. Esta era la oración de Pablo y esta debe ser también la nuestra.

Por eso, si pregunto: «¿Qué te falta en tu vida cristiana?», cuando respondas lo que sea, te diré: «Mira a Cristo diariamente para que te conformes a su imagen». Y si pregunto: «¿De qué te quieres deshacer?», también ante tu respuesta te diré: «Mira a Cristo para obtener de él las fuerzas». Y así sigo preguntando: «¿Qué temes?»; y diciendo cuando respondas: «Mira a Cristo, que fue exaltado»; «¿Qué esperas?», «mira a Cristo y sus promesas»; «¿Qué deseas?», «mira a Cristo y deléitate en él»; «¿Qué rechazas?», «mira a Cristo y lo que él rechazaba»; «¿En qué te glorías?», «mira a Cristo y en lo que él se gloriaba». Y hazlo diariamente.

Mira a Cristo, hermano, siempre y para todo, y ten presente que si pides que Cristo habite por la fe en tu corazón, esto es algo glorioso, algo conforme a las riquezas de la gloria del Padre de **nuestro Señor Jesucristo**.

Por eso también te pregunto: ¿Cuánto lo deseas? (*cf.* Sal. 84:1-2,4-5); ¿cuánto te esfuerzas por tenerlo en tu corazón como su morada?; ¿cuánto te renuevas cada día? (*cf.* 2 Co 4:16); ¿cuánto clamas por ello? (*cf.* Jer 33:3); ¿cuánto lloras por esta morada de Cristo en ti y la deseas? (*cf.* Mt 5:4); ¿cuánto sientes esta necesidad en tus hermanos?; ¿y cuánto pides por ellos?

Porque el Padre, de quien toma nombre toda familia, no dará las riquezas de su gloria al que no las desea fervientemente, o no las valora, o solo las quiere para sí, o no se propone usarlas correctamente.

¡Pues que ese mismo Dios y Padre nuestro, **Padre de nuestro Señor Jesucristo, según su grande misericordia** (1 P 1:3-5), nos haga entender estas cosas, para su gloria y bendición de muchos! ¡Qué así sea!

ORACIÓN POR CRISTOCENTRISMO III EL ENCARECIMIENTO DEL AMOR

Efesios 3:17

Lectura introductoria: Lucas 14:28-30,33

Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. [...] Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

Continuamos con el estudio de la que hemos llamado *Oración por Cristocentrismo*, en relación con la cual hemos indicado que en ella se nos muestra la necesidad que tenemos de ocupar nuestras mentes y corazones con la persona y las cosas de Cristo, como lo más amado, para que condicione toda nuestra forma de ser, vivir, pensar o actuar. Si Cristo habita realmente por fe en nuestros corazones, será el Rey que gobierne nuestras vidas, y puesto que este hecho está relacionado con la fortaleza interior que necesitamos del Espíritu Santo, es también necesario que nos renovemos espiritualmente cada día. Cada día son muchas las cosas que reclaman nuestra atención y energías, pero hemos de esforzarnos y dedicar tiempo a Cristo y a sus cosas, con vistas al

testimonio, para su gloria, y para nuestra felicidad y gozo.

Y terminamos el capítulo anterior diciendo que hemos de ser conscientes de que esto es algo glorioso, de que la petición que hacemos es gloriosa, de que la imagen de Cristo formada en nosotros es algo que se corresponde con las riquezas de gloria del Padre de nuestro Señor Jesucristo, y que no nos será concedida si tenemos poco deseo por ella, o mostramos poco interés por nuestra renovación diaria, o no nos preocupamos de esta misma necesidad en nuestros hermanos, los miembros de la misma familia.

Esta, y otras peticiones gloriosas, solamente se otorgan cuando tenemos nuestros corazones preparados para recibir las, cuanto más capacitados estamos para saborearlas y para no ser arrastrados por el deleite carnal de la propia bendición, cuanto más apartados están nuestros corazones del beneficio terrenal.

O aun podemos indicarlo de otra manera: cuanto más glorioso sea el don que pedimos a Dios —y este ciertamente lo es—, más dispuestos hemos de estar a devolvérselo, usándolo para su gloria. Así pues, no podemos tener a Cristo en nuestros corazones habitando por fe si pensamos en rechazar los sacrificios, los sufrimientos, las pérdidas de derechos, o la vida de abnegación a los que nos conducirá el propio Cristo al transformarnos a su propia imagen, y que glorifican a Dios. Esta fue la vida de Cristo, y esta es la que hemos de abrazar nosotros, pues sabemos que unido a ella está la de la comunión con Dios, la del gozo de Dios, la de la paz de Dios y, en definitiva, la *vida [...] en abundancia* que el propio Cristo nos prometió (Jn 10:10).

Es solo nuestro egoísmo el que nos lleva a estar más dispuestos a pedir que a dar gracias y a glorificar a Dios por lo que recibimos. No es sino nuestro egoísmo el que nos impide

buscar por encima de todo la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. Y no es sino nuestro egoísmo el que nos impide apreciar que, como Dios ve nuestros corazones, no aceptará en absoluto nuestras oraciones si previamente no ha aceptado a nuestras personas. Por eso es fácil encontrar a cristianos a los que les parece que Dios está dormido, porque no piensan que ciertamente es así para ellos porque ellos son los que lo están. Dios está despierto para nosotros cuando nosotros también lo estamos para él en todos los sentidos, y mostramos esta actitud cuando deseamos y practicamos la oración ferviente, no considerándola como un deber penoso.

Ahora vamos a continuar fijándonos en algunas de las consecuencias de esta morada de Cristo por fe en los corazones, de acuerdo con lo que encontramos en la segunda parte del versículo considerado, pero esto será tras la lectura de la Palabra y nuestra oración a Dios por su bendición.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que habite Cristo por la fe en vuestros corazones [...] arraigados y cimentados en amor (Ef 3:14-17).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Vamos a repetir el **versículo 17** en el mismo orden en que aparecen las palabras originales en griego: *Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, en amor arraigados y cimentados*. Las palabras intercaladas, *a fin de que*,

están conectadas con la petición que sigue al comienzo del **versículo 18**, y que debería leerse del modo siguiente: ***A fin de que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos...***

Y en relación con la segunda parte del versículo, enunciamos el siguiente principio, simple y a la vez profundo: *Si Cristo habita por la fe en los corazones, es por amor y para amar*. Es muy sencillo de entender: si Cristo es amor, si su vida fue una vida de amor y entrega a los demás (y no hemos de olvidar que cuando hablamos de su amor hacemos referencia al amor *ágape*, al amor desinteresado y sufrido que da y se da sin esperar nada a cambio, y que da y se da por aquellos que no lo merecen), también la nuestra será así cuando Cristo habite por la fe en nuestro corazón. Por tanto, si queremos este glorioso privilegio y bendición, habremos también de sopesar el coste, que no es otro sino la muerte del yo natural: algo doloroso, porque es muerte, pero algo glorioso, porque es vida nueva.

En Gálatas 5:6 podemos leer: ***Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor***, es decir, que uno de los principales efectos de la fe es establecer, fortalecer y perfeccionar nuestras almas en amor. Por tanto, si Cristo ha de habitar ***por fe*** en nuestros corazones, nuestros corazones serán establecidos, afirmados o consolidados en amor. Por eso se nos indica: ***Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, en amor arraigados y cimentados***.

Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿A qué amor se hace referencia en este versículo?; ¿al amor de Cristo hacia nosotros, o al nuestro hacia Cristo? Y respondemos que a ambas cosas, aunque se haga principalmente alusión a la última: Cristo habita por su amor, porque nos ama, pero lo hace para

amar, esto es, para que nosotros amemos, pues una mayor conciencia del amor de Cristo por nosotros, por su pueblo, no puede sino producir una respuesta de amor de nuestros corazones hacia él y hacia su propio pueblo. Así lo expresó el propio Pablo: ***Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*** (2 Co 5:14-15). Y no debemos tener dificultad alguna con esto, pues cuanto más reconozca y me alimente del amor de Cristo hacia mí porque Cristo está realmente en mi corazón, mayor será mi respuesta de amor hacia él y hacia su pueblo.

Cada una de las palabras usadas para calificar ese amor —***arraigados y cimentados***— tienen su peculiar fuerza y belleza. Una de ellas es una metáfora que hace referencia a un árbol, y la otra a un edificio, y ambas resaltan la profundidad en vez de la superficialidad, la profundidad de la vida cristiana en vez de la fe fácil y cómoda. Y en ambos casos, la causa invisible de dicha estabilidad es la misma: el amor.

La idea de la primera es la de una amplia y extensa difusión en el suelo sobre el cual está el árbol, la de un enraizamiento que se extiende más lejos y es cada vez más profundo, como corresponde al mandato del propio Dios por medio del profeta: ***Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas*** (Is 54:2). Así también es el corazón donde Cristo habita por la fe.

La segunda expresa la idea de un edificio sustentado en una base sólida y firme que permite ir levantando hacia el cielo, tal como expresa el propio Pablo en otro capítulo de esta carta: ***Sois [...] miembros de la familia de Dios, edifi-***

cados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu (cap. 2:19-22). Así también es el corazón donde Cristo habita por la fe.

O de otro modo: el amor, donde Cristo reina, se extiende cada vez más lejos y soporta cada vez más el peso de la obra. El amor es el fundamento sobre el que la vida cristiana ha de edificarse, y puede decirse, en función de las dos palabras que estamos considerando, que su naturaleza es tanto «radical» como «fundamental», es decir, que tiene que ver con la raíz y con el fundamento de nuestras vidas. Cuando la fe actúa y se renueva diariamente sobre Cristo, cuando Cristo ocupa el centro de mi corazón, de mis pensamientos, de mis sentimientos, etc., lo amaré más y amaré más a su pueblo, porque Cristo es el suelo en el que mi vida cristiana está enraizada y el cimiento sobre el cual está levantada.

El árbol enraizado —metáfora del creyente en el que Cristo vive— producirá fruto que glorifica a Dios, pues es *como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace prosperará* (Sal 1:3). También el edificio sólidamente asentado irá *creciendo para ser un templo santo en el Señor* (cap. 2:21), y esto porque sus piedras son *piedras vivas* que se edifican *como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo* (1 P 2:5). Y así, de este modo, Cristo es tanto la vida que se comunica al árbol que fructifica, como la piedra angular sobre la que todo el edificio descansa, *piedra escogida y preciosa*.

Por eso, en la misma carta se nos indica: ***Andad en amor, como también Cristo nos amó*** (cap. 5:2), lo cual es lo mismo que *andar en Cristo* (cf. Col 2:6), aunque no hemos de olvidar que en esta experiencia la obra del Espíritu es fundamental, pues ***el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*** (Ro 5:5).

O de otra forma: quien vive fortalecido en el Espíritu y tiene a Cristo por la fe en su corazón, no tiene otra alternativa de vida sino la de amar, expresando el amor de Dios en su propia vida.

Hablamos, pues, un poco más de amor, y decimos algo, *en primer lugar*, de nuestro amor a Cristo. Como este es un tema muy extenso, casi nos limitaremos a leer algunos textos donde claramente se indica que Cristo está en nosotros: ***Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, más el espíritu vive a causa de la justicia*** (Ro 8:9-10). El siguiente se encuentra en Gálatas 2:20: ***Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí***. También en la misma carta tenemos otro que ya hemos mencionado con anterioridad: ***Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros*** (Gá 4:19). Uno más se encuentra en Colosenses 3:9-11: ***No mintáis los unos a los otros, habiéndoo despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay***

griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. Finalmente tenemos el que nos ocupa de Efesios 3:17: Habite Cristo por la fe en vuestros corazones, en amor arraigados y cimentados.

De todos ellos, es el primero de los citados de la carta a los gálatas el que también relaciona la fe con el amor; los otros tratan otros aspectos de la morada de Cristo, pero en este debemos observar las tres cosas que se nos muestran: la vida presente del cristiano en el cuerpo (***ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí***), esa vida sostenida por la fe en nuestro Señor (***lo que ahora vivo la carne lo vivo en la fe del Hijo de Dios***), y el corazón que está absorbido con el amor de Cristo expresado en su sacrificio (***el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí***). Esto es habitar Cristo por la fe en el corazón, de modo que su amor a nosotros inflama nuestro amor a él y nos mueve a la obediencia, al tiempo que es el fundamento de cualquier fruto espiritual.

Cuando el corazón del cristiano está enraizado en amor, el progreso en su vida no es el resultado solo de su propio esfuerzo, sino el efecto de la energía que le llega del suelo nutritivo. Y esto es una bendición de hecho, y un anticipo real del Cielo. Cuando Cristo habita en el corazón, el amor será el fundamento en el que la vida cristiana se levanta, se afirma y asegura. La conciencia de su amor, y nuestra respuesta gozosa a este, llega a ser la base donde nuestra alma permanece, y la que produce estabilidad, seguridad, y confianza. En otro pasaje dice Pablo: ***Estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre*** (1 Co 15:58), pero solo podemos estar firmes cuando estamos conscientemente cimentados en Cristo.

Pero también hemos dicho que la expresión **arraigados y cimentados en amor** (que casi se repite literalmente en Colosenses 2:6-7: **Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias**), no hemos de restringirla a Cristo, pues no hay nada en el pasaje que nos lleve a hacer esto.

Así pues, *en segundo lugar*, debemos tomarla en su sentido más amplio incluyendo a todos los que forman parte de su pueblo. La fe en Cristo y el amor a Cristo agrandan el corazón hasta que abraza a toda la familia de Dios: **Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él** (1 Jn 5:1). Cuando Cristo habita en nuestros corazones por fe, nuestro amor y sentimientos se amplían, de modo que llegamos a ser partícipes de los suyos propios, alcanzando, por tanto, a toda la Iglesia, y dándonos así una evidencia segura de que **hemos pasado de muerte a vida**, porque realmente **amamos a los hermanos** (1 Jn 3:14).

Pero aún debemos, *en tercer lugar*, dar un paso más, pues el fortalecimiento con poder en el hombre interior por el Espíritu y la morada de Cristo por fe en el corazón han de llevarnos también, necesariamente, a amar al prójimo y aun a nuestros enemigos: **Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto** (Mt 5:46-48).

Esta es la característica distintiva de la nueva humanidad en Cristo, de la nueva humanidad que es la familia de Dios

(cf. Jn 13:35), cuyos miembros son hermanos y hermanas que aman a su Padre, que se aman entre sí, pero que también son capaces de amar a sus enemigos. Y para ello se necesita el poder del Espíritu y el amor de Cristo.

Ya hemos dicho que la fe obra por el amor, y escrito está: ***Si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy*** (1 Co 13:2). El creyente sin amor viene a ***ser como metal que resuena o címbalo que retiñe*** (1 Co 13:1), y el amor que procede de la morada de Cristo en el corazón es ***sufrido, es benigno [...] no tiene envidia [...] no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor, no se goza de la injusticia [...] todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta***. Este es el amor que ***nunca deja de ser*** (1 Co 13:4-8), porque ciertamente es el amor de Cristo.

Finalmente, debe indicarse que todo esto que se pide y que, según hemos visto, tiene sus consecuencias, también tiene aplicación en cualquier actividad, ministerio o culto en la iglesia. Sin el poder en el hombre interior por el Espíritu y sin Cristo con su amor en nosotros, cualquier actividad para Dios se convierte en un ruido que molesta a Dios y a la propia Iglesia. Pero no es esta la clase de personas que estamos llamados a ser, antes bien, debemos ser personas que amen y que se aproximen cada vez más al amor de Cristo. Esto es lo que pedimos, y lo hacemos doblando nuestras rodillas para que el Padre de nuestro Señor Jesucristo nos dé estas cosas conforme a las riquezas de su gloria.

Y aún seguimos avanzando mirando adelante en el pasaje, pues del mismo modo que hay una relación entre las peticiones primera y segunda, también la hay entre la última parte del **versículo 17** y la petición tercera en los **versículos 18 y**

19. Cuando Cristo habita por fe en el corazón, y el corazón se ejercita en la práctica del amor (y todo esto por el poder del Espíritu Santo), es cuando, al mismo tiempo, somos capacitados (por el mismo Espíritu) para **comprender con todos los santos** el maravilloso **amor de Cristo**. En la medida en que Cristo mora en el corazón del creyente y este se ejercita en amor, es también capacitado para comprender su amor en toda su extensión. Así, la tercera petición es casi una repetición de la segunda, pues: **Arraigados y cimentados en amor** también significa un mayor entendimiento de su amor a nosotros, una mayor comprensión, y un mayor conocimiento, que es lo que se pide en los **versículos 18 y 19**.

Y aún podemos formular una última pregunta, aunque, con todo lo anterior, ya se tiene la respuesta: ¿Cómo tenemos verdadera seguridad de salvación?; ¿qué fundamento para nuestra perseverancia? Sabemos que si un árbol no está bien enraizado o un edificio no tiene un cimiento sólido, cuanto más alto se eleven, mayor es el peligro de caída en ambos casos. Por tanto, la respuesta es: tenemos verdadera seguridad cuando Cristo habita por fe en nuestro corazón y vamos conociendo y comprendiendo cada vez más su amor para con nosotros, el cual nos llevará a **andar como él anduvo** (1 Jn 2:6). Esta es otra bendición que nos llega con Cristo en el corazón, la de la seguridad de salvación, y es, pues, otra razón para pedirlo en oración.

Una persona puede estar muy agradecida hacia un extraño que haya arriesgado su propia vida para salvar la suya. Y puede desear tenerlo en su casa y mostrarle su agradecimiento. Pero también puede darse el caso de que, al conocerlo mejor, ya no desee su compañía, y se arrepienta de haberlo llevado a casa, y vea que es imposible habitar juntos con felicidad. De este modo lo apreciaría como salvador, pero no

le gustaría tenerlo como compañero de comunión. Pero no sucede así con el creyente y Cristo, pues cuanto más lo conocemos y más conocemos de su amor a nosotros, más anhelamos estar con él, más deseamos tenerlo en nuestros corazones, más amamos, y más seguridad tenemos en nuestras vidas.

¡Pues que Dios nos ayude, hermanos, en nuestro empeño y esfuerzo constante para que Cristo habite por la fe en nuestros corazones arraigados y cimentados en amor, de él hacia nosotros, y de nosotros hacia él, hacia su pueblo y hacia todos!

¡Qué así sea, para su gloria y la bendición de muchos!

ORACIÓN POR CRISTOCENTRISMO IV HUMILDAD PARA CONOCER A CRISTO

Efesios 3:17

Lectura introductoria: Isaías 64:1-4

¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes, como fuego abrasador de fundiciones, fuego que hace hervir las aguas, para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos, y las naciones temblasen a tu presencia! Cuando, haciendo cosas terribles cuales nunca esperábamos, descendiste, fluyeron los montes delante de ti. Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera.

En este capítulo vamos a concluir el estudio de la que hemos llamado *Oración por Cristocentrismo*, pues, aunque en el anterior, llegamos al final del versículo constatado en Efesios 3:17, aún debemos decir algo acerca de la relación de esta oración con la que le sigue, del mismo modo que al comienzo del estudio hablamos de su relación con la precedente.

Pero, antes de ello, creo que es bueno recordar y resaltar los aspectos principales que hasta ahora hemos considerado en ella, sin miedo a ser repetitivos en las cosas que para nosotros son tan necesarias (*cf.* Fil 3:1).

Así pues, hablando de la morada de Cristo por la fe en

nuestros corazones, hemos dicho que, para que sea una realidad, hay que dedicar tiempo a Cristo y a sus cosas, y hemos de tenerlo siempre presente para que nuestras vidas cambien en todos los sentidos. Yo sé que la mayoría de los que lean estos comentarios no son pecadores notorios con pecados escandalosos, pero también sé que todos somos grandes pecadores que precisamos romper con muchas cosas en nuestras vidas, y eso solo es posible con la morada de Cristo en nuestros corazones.

Todos los cristianos tenemos dos principios opuestos dentro de nosotros: el carnal y el espiritual (*cf.* Ro 7:15-23), de modo que, cuando nos convertimos, el carnal es mucho más fuerte, por lo que debemos matarlo, al tiempo que debemos alimentar el nuevo principio espiritual. Sin esto y sin nuestro esfuerzo en este sentido, no es posible que Cristo more en nuestros corazones, pero si lo hacemos, él también nos ayudará a seguir adelante fortaleciéndonos con poder en el hombre interior por su Espíritu.

No es solamente la borrachera, el robo o los pecados sexuales, sino que debemos separarnos también de compañeros del mundo, de lecturas mundanas, de películas mundanas, y de todo aquello sobre lo cual no podemos pedir su bendición. Las telenovelas, las malas conversaciones, el culto al cuerpo, o simplemente la pérdida de tiempo al ver acontecimientos deportivos que pueden esclavizarnos, no son cosas inofensivas, pues no las haríamos si Cristo estuviese junto a nosotros. Por tanto, aún más debemos dejarlas si queremos que Cristo more en nuestros corazones, esforzándonos por crecer en santidad, pues la santidad es una norma elevada que precisa esfuerzo, y el fracaso en esto explica la flaqueza de muchos cristianos.

Si Cristo viene al corazón lo hace como Rey; pero Cristo es un Rey santo, y si lo deseamos, desearemos también la san-

tividad que trae a nuestras vidas y que ha de mostrarse por nuestro deseo y esfuerzo por amarle, y por amar a nuestros hermanos y al resto de personas, incluidos los enemigos, perdiendo así nuestras vidas. Si Cristo habita realmente por fe en el corazón, estaremos arraigados y cimentados en el amor que procede de su Espíritu, y ese amor se extenderá cada vez más lejos y nos permitirá soportar un mayor peso en la vida cristiana. Si Cristo habita realmente por fe en el corazón, tendremos una de las bendiciones más gloriosas que nos pueden alcanzar, porque con ella estaremos dando muerte a nuestra carnalidad y estaremos comenzando a vivir la vida gloriosa, a vivir en *el poder de su resurrección*, aunque al mismo tiempo estaremos participando *de sus padecimientos* (Fil 3:10).

Y ahora, una vez traídas a nuestras memorias estas cosas gloriosas, vamos a leer la Palabra y a pedir la bendición de Dios *conforme a las riquezas de su gloria* para seguir avanzando en ellas.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que habite Cristo por la fe en vuestros corazones [...] arraigados y cimentados en amor (Ef 3:14-17).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Para concluir el estudio nos falta abordar dos principios. El primero de ellos, relacionado con la siguiente petición que aparece en los **versículos 18 y 19**, lo enunciamos así: *Para*

conocer mejor a Cristo y su amor; el cristiano debe ejercitar su amor a Cristo.

Ya hemos indicado que necesitamos tener un conocimiento experimental y espiritual, y no solo intelectual, de Cristo y de su amor a nosotros, pero para ello debemos ejercitar nuestro amor a Cristo. El conocimiento intelectual, aunque es necesario, puede mover poco a una persona a amar, pero el conocimiento experimental de Cristo y de su amor provoca una respuesta de amor en el corazón del que lo posee.

Como se ha indicado en otras ocasiones, la doctrina correcta es necesaria, y hay algunos que tienen un conocimiento intelectual claro de la persona, la obra y el amor de Cristo a los pecadores; incluso lo tienen algunos que no son cristianos pero que durante un tiempo se han dedicado a estudiar el cristianismo. Pero este tipo de conocimiento, si se queda ahí aislado, no produce la más mínima chispa de amor a Cristo dentro del corazón, antes bien, produce endurecimiento y orgullo. En cambio, como es *el amor* el que *edifica* (1 Co 8:1), los santos que gozan de una *comuni3n íntima* con el Señor (Sal 25:14; Pr 3:32) son movidos a ejercitar su amor a Cristo, y nadie puede saber la diferencia entre ambas cosas a menos que las haya experimentado. La experiencia es el maestro para las emociones y el conocimiento personal, como también lo es, a otro nivel más bajo, en relación con el gusto o con los otros sentidos.

Así, una persona no conoce nada de los padecimientos reales del hambre a menos que haya estado hambriento. Del mismo modo, uno debe probar el ajeno y la miel para poder decir que conoce el gusto amargo o dulce de cada uno de ellos. Y nadie puede conocer el dolor excepto si ha pasado por él y lo ha sufrido. Pues, de igual modo, uno debe amar antes de poder conocer experimentalmente lo que es el amor de Cristo.

Esto que digo no es una contradicción, si alguien piensa que primero debemos conocer el amor de Cristo. Ciertamente el cristiano, desde que se convierte, conoce algo de dicho amor, pero ese conocimiento es intelectual (*cf.* 1 Jn 4:19). Ahora, lo que estamos diciendo es que necesitamos ejercitar nuestro amor a Cristo, y esto lo hacemos cuando obedecemos su Palabra (*cf.* Jn 14:23; 1 Jn 2:4-5) y amamos a los hermanos y a las personas, para poder conocerlo verdaderamente y para conocer experimentalmente lo que significa su amor a nosotros.

Lo decimos con otro ejemplo: un hombre sordo puede leer un tratado de acústica o la partitura de una melodía, pero esto no le va a proporcionar ninguna noción de lo que es verdaderamente oír las armonías y melodías de una música real. Así pues, nosotros necesitamos *tener amor a Cristo*, poner en práctica *nuestro amor a Cristo*, antes de que podamos conocer lo que es *el amor de Cristo hacia nosotros*, y debemos experimentar este amor para que podamos saber qué es y cuánto nos ha amado y nos ama Cristo.

Por tanto, no tiene sentido hacer la oración de los **versículos 18 y 19** si previamente no estamos andando ***arraigados y cimentados en amor***, practicando nuestro amor hacia Dios, hacia los hermanos, hacia el prójimo en general, y hacia los enemigos. En realidad, como ya se indicó, son aspectos y oraciones que van entrelazados, de modo que hemos de tener un amor práctico en nuestras vidas si queremos comprender cómo es el amor de Cristo hacia nosotros, aunque también es cierto que debemos conocer y sentir este amor, aunque sea solo un poco, si hemos de comenzar a amar.

Si Cristo habita ***por la fe en los corazones***, la consecuencia que se deriva es que seremos ***arraigados y cimentados***

en amor, pero esto a su vez es la preparación necesaria para que podamos, como se indica a continuación, **comprender y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento**.

Un ejemplo de esto que decimos lo encontramos en el apóstol Juan, llamado «el apóstol del amor». Juan fue el más cercano al Señor de entre todos; fue el que estuvo **recostado** cerca del pecho **de Jesús** (Jn 13:23), el que estuvo junto a la cruz en los últimos momentos (cf. Jn 19:226-27), y del que se indica que era el discípulo **al cual Jesús amaba**. Juan fue, pues, el que más amó y, por encima de otros, fue el más cualificado experimentalmente para escribir tan extensamente acerca del amor de Dios y de nuestro Señor Jesucristo.

Esto es lo que debemos interiorizar: cuanto más intensa y constantemente amemos a Cristo, más capacitados estaremos para comprender su amor, pues solamente un corazón que ama puede realmente conocer y apreciar el amor.

O dicho de otro modo: el amor es el conducto para recibir amor, y así, aunque podamos hablar y leer acerca del amor de Dios y de Cristo, y aunque podamos profundizar en la enseñanza de este en la Palabra, si Cristo no es lo más querido por nosotros en esta vida, más que la propia vida (cf. Fil. 1:21), y lo demostramos, todo nuestro hablar y saber significarán poco o nada. ¿O es que no dijo eso él mismo?: **Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará** (Lc 9:24). Y otra vez: **Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo** (Lc 14:26).

Debemos observar también que, en la oración que sigue, se usan dos palabras distintas en relación con el amor de

Cristo: una es *comprender*, en el **versículo 18**, y otra *conocer*, en el **19**.

La primera, derivada de la palabra griega *katalambano*, se traduce de modo distinto en otros pasajes, los cuales, si los leemos, pueden darnos el significado correcto. Así, en Juan 1:5 se traduce como *prevalecer* (*comprender* en RVR 1909); en Filipenses 3:12-13, *asir o agarrar* (completamente); en Marcos 9:18, *tomar*, en el sentido de apoderarse completamente; en Romanos 9:30, *alcanzar*; en 1 Corintios 9:24, *obtener*; y en 1 Tesalonicenses 5:4, *sorprender* (*tomar completamente*).

Por tanto, *comprender* el amor de Cristo significa recibirlo completamente, tomarlo completamente, saberlo y sentirlo completamente.

Leamos Juan 1:5: ***La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella (no la comprendieron: LBLA; no la abrazaron: N-C; no la dominaron: RVR 1995)***. Aquí se nos habla del Señor de la gloria cuando puso su tabernáculo entre los hombres. Los no regenerados, que son llamados *tinieblas* (Ef 5:8), los que son *ajenos de la vida de Dios* (Ef 4:18), lo rechazan y rechazan su amor y su luz (*cf.* Jn 3:19-20). Las tinieblas repelen la luz, la desprecian, la odian. Y aquí, en nuestro texto tenemos precisamente la antítesis completa: el cristiano cree en el que es la Luz, y ama al único que es la Luz, y está capacitado para comprender su amor.

La segunda palabra, *conocer* (*ginosko*), tiene más que ver con la intuición, con el corazón, pero también significa aprender o entender totalmente. La anterior tiene más que ver con el esfuerzo y la mente, pero a veces no es fácil distinguir sus significados. Se usa, por ejemplo, en Mateo 13:11, donde se traduce como *saber*, al igual que en Juan

13:12 o 1 Juan 5:20; en Romanos 1:21, *conocer*, al igual que en 2 Corintios 8:9; 1 Juan 4:2,6; 5:2. Esta palabra indica una relación entre la persona que conoce y el objeto conocido, de forma que lo que es conocido es de valor e importancia para el que conoce; por eso se usa también cuando se habla del conocimiento que Dios tiene de los suyos (cf. 1 Co 8:3; Gá 4:9), el cual se adquiere no por una mera actividad intelectual, sino por la operación del Espíritu Santo (cf. 2 P 3:18). Finalmente, indicamos que también se usa para expresar la unión entre un hombre y una mujer (cf. Mt 1:25; Lc 1:34).

Y lo que estamos diciendo es que esta comprensión y conocimiento de Cristo y de su amor en la mente y en el corazón no se alcanzarán si no ejercitamos nuestro amor a él y a los demás, dejando de vivir nosotros para que Cristo sea el que viva. La mente influye en el corazón, y, de igual modo, el corazón influye en la mente, y así, ambos son alimentados mutuamente hasta decir con el salmista que no estaremos satisfechos hasta que lleguemos al conocimiento perfecto: ***Estaré satisfecho cuando despierte [en la resurrección] a tu semejanza*** (Sal 17:15).

En este proceso de amar a Cristo, evidentemente, la mente tiene su parte, pues es la que ha de conducir el corazón; comprender viene antes que conocer, y el corazón debe ser primero informado acerca de Cristo antes de que nuestros afectos sean puestos en él. Primero hemos de conocer lo que la Palabra dice de Cristo para que después nuestros corazones sean prendidos en sus excelencias. Primero hemos de comprender, aunque sea un poco, las dimensiones de su amor para que después nuestros sentimientos se deleiten en sus bendiciones. El Salmo 34:8 dice: ***Gustad, y ved*** [percibid, daos cuenta, comprended, conoced] ***que es bueno Jehová***, y esto transmite la idea de lo que estamos hablando: necesitamos

una comprensión espiritual del amor de Cristo y sus dimensiones, y necesitamos una apreciación experimental de este.

Así que todas las peticiones del pasaje se encuentran entrelazadas, y algunos han dicho que es esta la oración más grande que se encuentra en el Nuevo Testamento, exceptuando la del propio Señor en el capítulo 17 de Juan. La secuencia es: el poder del Espíritu nos asiste; Cristo habita por la fe en el corazón; comenzamos a estar arraigados y cimentados en amor; el amor es para con Dios, los hermanos, el prójimo, y aun para con los enemigos; la práctica del amor nos lleva a comprender más y a conocer más el amor de Cristo hacia nosotros; y este crecimiento, con poder interior por el Espíritu, nos lleva a una mayor morada de Cristo. Esta es la bendita y poderosa reacción en cadena que comenzó con el amor de Dios en Cristo hacia nosotros.

El último principio, con el que terminamos nuestro estudio, lo expresamos así: *Las peticiones del pasaje se encuentran encadenadas, pero comienzan en actitud de sometimiento a Dios, doblando las rodillas.*

Estamos de acuerdo con las opiniones de muchos que hablan de la grandeza de estas peticiones, de la gloria de ellas, y —como dijimos al principio— desearíamos tener mayor capacidad para abrir y entender sus contenidos. Lo que el apóstol está pidiendo no son bendiciones ordinarias, pues el argumento que utiliza cuando se dirige al Padre de nuestro Señor Jesucristo no es pequeño. Ni siquiera pide conforme **a las riquezas de su gracia** (Ef 1:7; 2:7), sino **conforme a las riquezas de su gloria**, es decir, está pidiendo las cosas más valiosas y gloriosas que una mente renovada por el Espíritu Santo puede concebir.

Las cuatro están entrelazadas, pero las cuatro tienen también un orden lógico que no podemos cambiar sin hacerle

violencia. Las cuatro responden a un orden doctrinal, pero también a un orden práctico en la vida. Cada una de ellas empieza con un «*para que*» que señala el objeto de esta, pero que, al mismo tiempo, prepara también para la siguiente.

Hay una íntima relación entre las cuatro peticiones, y cada una de ellas podemos decir que es un poco más elevada y consecuencia de la precedente: la segunda es sugerida por lo que se pide en la primera, pero también proporciona la ocasión y la condición para la tercera; y lo mismo puede decirse de la tercera en relación con la cuarta. Las cuatro van entrelazadas, pero no puede llegarse a la última sin pasar por las anteriores.

Y en la cima de todas está la petición de ser *llenos de toda la plenitud de Dios*, y no hay nada que pueda pedirse que sea superior a esto. Este es el clímax de toda la oración, pero también de toda nuestra vida y de toda nuestra experiencia espiritual. Por eso repetimos lo que ya dijimos un día anterior: ninguna mente no inspirada podría haber escrito esta oración, porque ninguna habría concebido pedir este favor o experiencia.

Esto último es lo que cada uno de nosotros deberíamos codiciar con deseo ferviente, y lo que deberíamos buscar y seguir con todas nuestras fuerzas. Esto es, en última instancia, lo que habremos de pedir.

Pero no hemos de olvidar que la oración no comienza con esta petición, ni siquiera con las anteriores, sino con la preparación necesaria para ellas: doblando nuestras rodillas, estando sometidos completamente a la voluntad de Dios, para después ir subiendo los escalones hasta llegar a este último.

La primera etapa, el favor inicial que se pide es *ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*, y

esto, no solo es necesario para la siguiente petición, sino que también es una preparación para la tercera y la cuarta. Solamente por la capacidad y el poder del Espíritu Santo, podemos seguir adelante.

La segunda petición, el segundo motivo de oración, es ***que Cristo habite por la fe en vuestros corazones***, y la consecuencia de esto, la consecuencia de que todo nuestro ser se ocupe con Cristo y con sus cosas, es ser ***arraigados y cimentados en amor*** reflejando en nosotros ese amor suyo.

La tercera etapa de esta subida y bendición espiritual es pedir ser ***plenamente capaces de comprender y de conocer el amor de Cristo***, es decir, el amor que engendra amor, el amor que es recíproco, del cual se derivan nuestras obras de amor que surgen cuando estamos centrados en la persona y la obra de Cristo.

Finalmente, cuando esto va siendo una realidad, pedimos ser ***llenos de toda la plenitud de Dios***.

Así es como hemos de entender la oración, pero repito que no habrá ninguna concesión por parte de Dios si no comenzamos con nuestras rodillas dobladas y tenemos en cuenta que lo hacemos ante ***el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y la tierra***, y por cuyos miembros debemos tener especial interés.

Una vez más, queridos hermanos, terminamos con el deseo de que todo esto sea una realidad en nuestras vidas, para la gloria del Dios que nos amó.

Y, como dice el apóstol Pedro: ***El Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo [...] nos perfeccione, afirme, fortalezca, y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén*** (1 P 5:10-11).

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL AMOR DE CRISTO I COMUNIÓN CRISTIANA

Efesios 3:18-19

Lectura introductoria: Salmo 133

*¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es
Habitar los hermanos juntos en armonía!
Es como el buen óleo sobre la cabeza,
El cual desciende sobre la barba,
La barba de Aarón,
Y baja hasta el borde de sus vestiduras;
Como el rocío de Hermón,
Que desciende sobre los montes de Sion;
Porque allí envía Jehová bendición,
Y vida eterna.*

En la parte final del capítulo 3 de la carta de Pablo a los Efesios, el Espíritu Santo ha querido dejarnos, para nuestra enseñanza y bendición, una oración amplia, hermosa, y profunda del apóstol, la cual estamos considerando en la presente publicación, y que hemos dividido para su estudio. En todo el pasaje, que va desde el **versículo 14 al 21**, hemos analizado ya *la ocasión* o las circunstancias que llevaron al apóstol a hacer estas peticiones: *Por esta causa*, dice; *la persona divina* que es objeto de ellas: *El Padre de nuestro Señor Jesucristo*; *el título o carácter* que se quiere resaltar de Dios

el Padre: *De quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra; el argumento o apelación que se emplea: Las riquezas de su gloria; y también las dos primeras peticiones: una, por fortalecimiento con poder en el hombre interior por su Espíritu, y la otra, para que Cristo habite por la fe en los corazones, arraigados y cimentados en amor.*

En este capítulo vamos a comenzar con la tercera, aunque de ella ya dijimos algo el día anterior y sobre la cual solo haremos una introducción, pero no debemos olvidar dar gracias a Dios porque de nuevo podemos acercarnos a esta porción de su Palabra. El título que le hemos dado es de *Oración por comprensión del amor de Cristo*, es decir, que vamos a considerar una oración, que debemos hacer nuestra, en la que pedimos a Dios que nos conceda comprender y conocer más el amor de Cristo.

Ya hablamos en el capítulo anterior acerca del alcance y significado de las dos palabras que emplea el apóstol: **comprender**, o recibirlo completamente, tomarlo completamente, saberlo o entenderlo completamente; y **conocer**, que tiene más que ver con el corazón, con la relación entre el que conoce y el objeto conocido, y con el valor y la importancia que el que conoce da a dicho objeto conocido.

Esto es lo que pedimos al hacer nuestra la oración de Pablo: abarcar más el amor de Cristo en su calidad y en su cantidad, y valorarlo con la importancia que merece, para que nuestra relación de amor con Cristo mejore y aumente. Y hemos de saber que para nuestra vida espiritual, para nuestra salud espiritual, para nuestra alimentación espiritual, y para nuestra fertilidad espiritual, es muy importante que nos ocupemos constantemente del amor de Cristo. La dejadez en este tema y la poca importancia que muchos cristianos dan a este es una de las causas de sus debilidades y de sus frecuentes ca-

ídas en pecado. Lo que alguien escribió respecto a la avaricia puede aplicarse al amor de Cristo, el cual es un mar sin fondo y sin orillas; y otro hermano dijo: «Es un tema tan maravilloso, misterioso y divino, tan grande e inmenso que, cuanto más piensan los santos en él, y cuanto más al Espíritu Santo le place en algún momento darles algún concepto espiritual de él, más son absorbidos con pensamientos de admiración y adoración, clamando: ¡Oh profundidad!».

Así pues, nos encontramos de nuevo ante un tema de fundamental importancia, pero recuerdo también que, para avanzar en el conocimiento y la comprensión de este amor de Cristo, hemos de vivir amando, practicando el amor con todos, arraigados y cimentados en amor. Solo así podremos saber algo de la negación, la paciencia, la humildad, la gracia, la mansedumbre, el dolor, el sacrificio, etc., que precisamos para amar y que resultan de amar, (también de lo que pecamos por no amar como debemos, cuando debemos y cuanto debemos), y solo así podremos ir conociendo cada vez más esas mismas cosas de Cristo para con nosotros.

Así que *Oración por comprensión del amor de Cristo*. Leamos la Palabra y pidamos con fervor y reverencia a Dios más de su gracia y de las riquezas de su gloria para que esto sea una mayor realidad en todos nosotros, y eso, para la gloria de su nombre.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento. (Ef 3:14-16,18-19).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Vamos a hablar, pues, del amor de Cristo hacia los suyos, de algo que es tan sublime que no hay nada en la naturaleza que pueda servirnos para ilustrarlo, ni nada en la historia humana o en la experiencia humana que nos pueda servir de ejemplo. En todo caso, solamente podemos encontrar alguna analogía en las relaciones existentes entre las tres personas divinas, y solamente nuestro esfuerzo y empeño por cumplir los dos grandes mandamientos, junto con la bendición necesaria de Dios, nos abrirá el camino del conocimiento del amor del Señor.

Por tanto, estamos ante algo que se nos ha dado, algo que necesitamos, y algo que llena el corazón de gozo y satisfacción, pero también ante algo que está muy por encima de la comprensión de nuestras mentes finitas, porque la propia Palabra nos dice que *el amor de Cristo excede a todo conocimiento*. El Señor también dijo en una ocasión: ***Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado*** (Jn 15:9), y creo que todos aceptamos que nos falta capacidad para comprender cómo es el amor entre el Padre y el Hijo.

También quiero indicar en esta introducción que es falso lo que dicen algunos en cuanto a que el Hijo nos ama, mientras que el Padre es un Dios severo a quien el Hijo tiene que aplacar. La Biblia muestra que esta idea es falsa; baste recordar unas cuantas palabras de nuestro Señor: ***Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado*** (Jn 17:23; véase también, por ejemplo, Juan 14:23; 16:27). Por tanto, el amor de las

personas divinas hacia los creyentes, incluyendo al Espíritu Santo (*cf.* Stg 4:5), es del mismo tipo que el que existe entre ellas; porque no podría ser de otro modo, y porque es una blasfemia suponer alguna desunión o falta de armonía en la Trinidad.

En este amor vamos a meditar, y esta es la oración que nos ocupa: la necesidad que tenemos de comprender el amor, en este caso, de Cristo hacia su Iglesia, y repito que este tipo de amor no podemos expresarlo ni concebirlo. Por eso debe ser un tema en el que nuestros corazones estén continuamente pensando y del que continuamente estemos bebiendo, pues hay grados de conocimiento en este amor y, cuanto más avancemos, más bendición traerá en todos los sentidos a nuestras vidas.

Pero aún debo decir otra cosa más para que la tengáis presente: hago referencia a *nuestros* corazones, *nuestros* pensamientos, *nuestro* avance, *nuestras* meditaciones, etc., y es que, cuando hablo de este tema, como de tantos otros de la Escritura, soy uno más entre vosotros que necesita, igual que vosotros, esto que consideramos. Si hay alguna diferencia es que, por así decirlo, tengo la responsabilidad de acercarme a las despensas del Rey y coger de ellas lo que sirve para mí mismo y para vosotros; aquella que se contrae cuando se descubren las cosas un tiempo antes que los demás; pero nada más.

Todos somos hermanos, y todos somos discípulos que, en este caso, necesitamos comprender y conocer más del amor de Cristo.

O como escribiera Agustín de Hipona, con cuyas palabras me identifico: *Yo a la vez que os alimento, me alimento con vosotros.* Y también: *los pastores nos encontramos en un ministerio del que tendremos que rendir una peligrosa cuenta,*

y en el que nos puso el Señor según su dignación y no según nuestros méritos, y hemos de distinguir claramente dos cosas completamente distintas: la primera, que somos cristianos; y la segunda, que somos pastores. Lo de ser cristianos es por nuestro propio bien; lo de ser pastores, por el vuestro [...] cristiano con vosotros, y pastor para vosotros [...] lo que soy con vosotros me consuela, lo que soy para vosotros me aterra [...] el primero es el nombre de gracia (cristiano), el segundo el del oficio recibido (pastor) [...] el primero es el de la salvación, el segundo el del peligro.

Por eso, os repito a vosotros que leéis esto también sus palabras: *Ayudadme orando [...] para que me deleite no tanto en presidir cuanto en servir.*

Y todavía otra cosa más. La petición a Dios en que vamos a meditar dice: ***Que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento***, de modo que una vez más nos quedamos sorprendidos de la diferencia entre ella y la que se acostumbra a oír en las oraciones públicas (quizá también en las oraciones privadas que no oímos). Quizá algunos cristianos maduros pidan a Dios que los capacite para amar más a Cristo, o quizá para experimentar mayor gozo por su amor, pero no es esto lo que pide Pablo aquí. El apóstol ora que tengamos una mayor comprensión y conocimiento del amor de Cristo, y si estamos seguros de que oró correctamente, será de sabios seguir su ejemplo.

Nuestra naturaleza carnal siempre tiende a cambiar el orden de Dios: en el matrimonio, en la familia, en la iglesia, etc., y también en las peticiones de las oraciones, pero, desde luego, siempre salimos perdiendo cuando hacemos esto.

Por tanto, hermanos, si queremos amar más hemos de entender que nuestro pobre amor aumentará cuando nos ocupemos más del infinito amor de Cristo por nosotros, cuando meditemos más en sus manifestaciones y carácter. Y eso debemos hacer, y por eso debemos orar; todos juntos, y todos y cada uno por separado individualmente.

2. CON TODOS LOS SANTOS

Repetimos la oración: ***Que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento.*** Esta es la oración, pero antes de entrar en los principios que podemos sacar de ella, debemos resaltar que, en medio de ella, el apóstol incluye la frase ***con todos los santos***, y esta no podemos despreciarla; antes bien, es de tanta importancia que debemos seguir insistiendo en este asunto.

Ya hemos hablado de él en otras ocasiones, y no hace mucho, puesto que aparece desde el primer versículo del pasaje: Pablo habla del Padre de ***nuestro*** Señor Jesucristo; el título que le da es ***de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra***; la petición es colectiva, pues dice ***para que os dé***; y las cuatro oraciones incluyen a ***todos*** los cristianos. Pablo no olvida indicarnos una y otra vez que no hay tal cosa como un cristianismo individual, de modo que el crecer en el conocimiento del amor de Cristo y en nuestro amor, tampoco es posible si nos olvidamos de los hermanos.

El conocimiento de dicho amor y nuestro deseo y oración van unidos al de ***todos los santos***, pues la Iglesia es una, el Cuerpo es uno, y no hay independencia entre los cristianos. Y puesto que el conocimiento del amor de Cristo solo se ad-

quiere amando, estamos llamados a amar a todos los hermanos, a todos los santos, a los buenos y afables y también a los difíciles de soportar; amar a todos los nacidos de nuevo, independientemente de la iglesia a la que pertenezcan, la denominación que sigan, o el conocimiento doctrinal que hayan alcanzado. Lo que se pide es **con todos los santos**, y aquello por lo que se ora se adquiere únicamente cuando se está junto a ellos.

Esto no quiere decir que todo el mundo que diga ser cristiano lo sea. Hemos de discernir, pero hemos de erradicar de nosotros la idea sectaria de la uniformidad en la Iglesia, de «todos como yo», pues lo que el Señor pide es unidad, pero en la diversidad.

El asunto y doctrina de la comunión de los santos es muy amplio, y mucho se ha escrito y predicado sobre él, pero creo que lo que escribió C. H. Spurgeon en una predicación sobre el arca de Noé y la común salvación es algo que debe tenerse bien presente. Como en otros de sus escritos, sus palabras son difíciles de mejorar; por tanto, no merecen olvidarse, y así damos honra a Aquel que bendijo a este hermano tan grandemente y cuyo amor necesitamos comprender y conocer.

Escribió Spurgeon: *Solo había un medio de salvación: el arca, y en ella entraron la bestia más poderosa y el más diminuto insecto, el imponente elefante y el repugnante reptil, el grácil antilope y el sapo repugnante [...] Había sitio para todos, y todos fueron traídos por el Padre.*

Además, *el arca era un lugar seguro, con una sola ventana en la parte superior por la que entraba la luz y el aire, y aunque tenía tres pisos, todos sus habitantes divisaban a través de una sola ventana. Así, el santo pequeño que está en el primer piso recibe luz a través de la única ventana del*

Espíritu; y el santo que ha sido conducido al segundo piso, recibe luz a través de esa misma ventana; y el que ha sido promovido al piso superior, tiene que recibir también la luz a través de la misma ventana. No hay otro medio de que veamos excepto a través de la única ventana que tiene el arca: la ventana del Espíritu Santo.

*Y continuaba diciendo: El arca tenía aposentos, y no todos fueron colocados juntos. Aquellos que vivían en un aposento no compartían ni se sentaban con aquellos que vivían en otro aposento, pero todos ellos estaban en la misma arca. De esta manera —seguía diciendo el gran predicador— he pensado algunas veces: tenemos a nuestros hermanos wesleyanos, y algunos de ellos aman al Señor; no tengo ninguna duda de que estén en el arca, aunque no ocupen el mismo compartimento con nosotros. Tenemos a nuestros amigos bautistas que aman al Señor: a ellos les damos la bienvenida en nuestro aposento. Luego están los independientes, en otro aposento, y los presbiterianos [...] todos amados por Dios y todos en una misma arca, pues no hay dos evangelios [...] tiene muy poca importancia en qué aposento se encuentren, en tanto que estén en el arca. Si forman parte de aquellos de quienes está escrito: **Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios**, yo los llamaré hermanos. No podemos esperar estar todos en un solo aposento. Los elefantes no vivían con los tigres, y los leones no se echaban junto a las ovejas. Había diferentes cuartos para diferentes clases de criaturas, y es algo bueno que haya diferentes denominaciones, pues estoy seguro de que algunos de nosotros no nos llevaríamos confortablemente con algunas de ellas.*

Y seguía escribiendo con gran maestría: Bienaventurado es aquel que puede meter su cabeza en un aposento y, algu-

nas veces, en otros, y que puede decirles a todos los que aman al Señor Jesucristo: «La gracia sea con todos vosotros, en tanto que estéis en el arca».

Y continuaba: Pero aunque había muchos aposentos [...] SOLO HABÍA UNA PUERTA [...] y esa puerta es Cristo. No hay dos Cristos predicados, uno en una capilla y otro en otra. Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema. No hay sino un evangelio, solo una puerta, y el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador.

El arca solo contaba con una puerta. Algunos animales, como las jirafas, cuyas cabezas son más altas que las de otros animales, podrían tener que inclinar sus cuellos para entrar por la misma entrada que los patos. Y así, los altivos de este mundo deben doblar sus erguidas cervices e inclinar sus altivas cabezas si quieren entrar en la Iglesia de Cristo. El veloz corcel y el caracol de paso lento han de entrar por una sola puerta; así también los escribas y fariseos han de entrar por la misma vía que los publicanos y las ramera, o quedarán excluidos para siempre.

Todas las bestias elegidas por Dios entraron por la única puerta, y si algunas se hubieran quedado afuera y hubiesen dicho: «No entraremos por ese camino», se habrían quedado hasta que el diluvio las hubiera alcanzado y destruido. Solo hay un camino de salvación y solo hay un medio de entrar: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, mas el que no creyere, quienquiera que sea, será condenado.

Además, el arca contenía distintos pisos, y no todos tenían la misma altura; había un piso inferior, un segundo piso y un piso superior.

Y nuestro hermano, a modo de parábola, seguía diciendo: Para mí esto sirve de figura de los diferentes tipos de cristia-

*nos que son llevados al Cielo. Está mi pobre hermano afligido, que vive en el piso de abajo, que siempre está diciendo: «¡Señor, qué tierra tan desdichada es esta! [...] Nunca está feliz. A veces una lucecita lo alcanza desde la ventana, pero generalmente está tan lejos de la luz que camina en la oscuridad y ve, en verdad, muy poco. Su estado es el de una constante lamentación; le encanta ir y oír a los predicadores acerca de la corrupción; se goza con deleite en la profunda experiencia de la atribulada familia de Dios; le gusta cuando oye decir: **Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.** Se encuentra abajo, en el nivel inferior. Pero no importa; está en el arca, así que no lo increparemos, aunque tenga poca fe y muchas dudas.*

*Le harás piso bajo, segundo y tercero, dijo Dios. Otro de nuestros hermanos está un poco más arriba y exclama: «No puedo decir exactamente que estoy a salvo; sin embargo, tengo una esperanza de que mi cabeza sea mantenida por encima de las ondas, aunque a veces es muy duro para mí. De vez en cuando el Señor me concede también algunas gotas del Cielo. A veces soy semejante a los montes de Sion, **porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna**». Él está en el segundo piso; no está más seguro, aunque es más feliz que el hombre que está en el piso inferior. Todos están a salvo en tanto que estén en el arca; sin embargo, en lo que a mí concierne, me gusta más el piso superior. Yo prefiero vivir allí, donde puedo cantar: **Pronto está mi corazón, oh Dios, mi corazón está dispuesto; cantaré, y trovaré salmos.** Amo el lugar en el que los santos están enseñándose y exhortándose **unos a otros en toda sabiduría, cantando con salmos e himnos y cánticos espirituales.***

Yo confieso —decía— que me veo obligado a descender a veces al piso inferior, pero me encanta subir corriendo las

escaleras hasta el tercer piso y, sin embargo, no estoy más seguro cuando estoy en el superior que cuando me encuentro en el inferior. La misma ola que partiría el barco y me ahogaría, si estuviera en el piso inferior, me ahogaría si estuviese en el superior. Por muy alto que estén algunos, o por muy bajo que puedan estar otros, el mismo barco nos transporta a todos, pues somos una sola tripulación en una sola embarcación y no hay división entre nosotros.

Y continuaba diciendo: *Esto me conduce a notar, por último, los diferentes tipos de animales que entraron en el arca. Escuchad la declaración: **De todo animal limpio tomarás siete parejas, macho y su hembra; mas de los animales que no son limpios, una pareja, el macho y su hembra.** Esta gran arca fue usada con el propósito de salvar tanto a los animales limpios como a los inmundos. De manera semejante, la gran salvación de nuestro Señor Jesucristo está destinada para pecadores de todos los tipos, tanto limpios como inmundos.*

Hay algunas personas en el mundo a quienes podemos identificar en la primera categoría. Son respetables en todos los sentidos; su conducta en la sociedad es intachable [...] No están dispuestos a defraudar a sus vecinos, ni serían tan negligentes de su fama como para permitirse alguna acción ilícita [...] Ay, pero las desolaciones del diluvio son tan universales que no hay escape excepto en el arca. Los animales limpios han de entrar en el arca para ser salvados, y no hay una sola alma aquí entre vosotros que sea tan buena, no hay una personalidad tan limpia que no necesite a Cristo, ya sea que conozcan su necesidad o no.

Pero los animales inmundos entraron de igual manera. Aquí nos encontramos con la clase opuesta. Algunos han sido borrachos, maldicientes, quebrantadores del día del

Señor y perniciosos. Se han entregado a todo tipo de iniquidades. Vosotros sois precisamente del tipo de personas que compararíamos con los animales inmundos, pero el arca fue construida a propósito para vosotros también. El hombre más moral no estará mejor que vosotros cuando se presente delante de Dios. Él ha de ser salvo de igual manera que vosotros. Ambos han de ser salvos por medio de la única salvación común o no serán salvos. No hay sino un Salvador para todos los que son salvados; no hay sino una redención para cada uno de los redimidos. No hay sino un arca, para los limpios y para los inmundos.

El arca era para los puercos así como para las ovejas, para el áspid venenoso como para la inofensiva paloma, para el carnívoro cuervo como para la tórtola [...] Había criaturas rastreras y había criaturas voladoras.

Y continuaba diciendo: En la mañana que fue abierta la puerta del arca, habrían podido ver en el cielo un par de águilas, un par de gorriones, un par de buitres, un par de cuervos [...] pero también un par de caracoles, un par de culebras y un par de gusanos. Había pares de criaturas rastreras así como pares de criaturas voladoras. ¿Comprendéis lo que quiero decir con eso? Hay algunos entre vosotros que pueden volar tan alto en materia de conocimiento que yo no sería capaz nunca de explorar su grandiosa y vasta sabiduría; y hay otros entre vosotros que son tan ignorantes que con dificultad pueden leer sus biblias. No os preocupéis; el águila debe descender a la puerta y la hormiga debe ascender a ella. Solo hay una entrada para todos vosotros; y así como Dios salvó a las aves que volaban, así también salvó a los reptiles que se arrastraban.

Hemos de terminar, hermanos, aunque invito a todos a buscar y leer la predicación completa. En ella, aquel hombre

hacía un llamamiento a la conversión y al arrepentimiento, a entrar en el arca, a todo tipo de personas.

En lo que respecta a nosotros en el día de hoy, la idea que quiero dejar es la de *todos los santos*, pues de igual modo que no se puede entrar por otra puerta, ni hay más luz que la de la ventana, tampoco puede nadie despreciar a la compañía. Hacerlo significa quedarse fuera.

¡Qué asamblea tan extraña había aquella mañana cuando el arca fue abierta! Pero Noé recibió la instrucción de introducir todo tipo de criaturas en el arca, aun aquellas que él nunca hubiera metido.

Hermanos, hemos de orar por una mayor comprensión y conocimiento del amor de Cristo para con nosotros, pero no hemos de olvidar —y reconozco que a mí se me olvida a veces y os pido perdón por ello— que este conocimiento solo es posible amando a todos los santos, y estando cerca de todos los santos, al menos de los de tu congregación. Solamente amando, y amando a todos los santos, o al menos, esforzándonos por ello y pidiendo perdón arrepentidos cuando no lo hacemos, es cuando aprendemos a amar, aprendemos lo que es amar, y aprendemos lo que cuesta amar. Y solamente entonces es cuando podemos pedir a Dios, doblando nuestras rodillas, que seamos capaces de comprender y de conocer, también con todos los santos, las dimensiones del amor de Cristo que exceden a todo conocimiento.

¡Que así sea, para su gloria y nuestra bendición!

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL AMOR DE CRISTO II EL INEFABLE AMOR DE CRISTO

Efesios 3:18-19

Lectura introductoria: 1 Juan 3:16; 4:9-10

En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros [...] En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

De nuevo nos encontramos ante la presencia de Dios para meditar en su Palabra, y debemos darle gracias por ella, así como *por todo* y *en todo* (Ef 5:20; 1 Ts 5:18), Palabra que usa para darse a conocer, para darnos a conocer su voluntad, y para santificar nuestras vidas al aplicarla a estas con el poder del Espíritu Santo. Sabemos que, aunque esta Palabra es, para unos, *olor de muerte para muerte*, para la mayoría de nosotros, que *no somos de los que retroceden para perdición* (He 10:39), es *olor de vida para vida* (2 Co 2:16), y con este deseo y anhelo venimos a la presencia de nuestro Dios, para que la vida que procede de él nos llene, y también para darle gracias por ello y por todas las bendiciones que nos han alcanzado en Cristo Jesús.

En el capítulo anterior comenzamos el estudio de una nueva oración del apóstol Pablo que hemos llamado *Oración por comprensión del amor de Cristo*, y dijimos que, ciertamente, el conocimiento íntimo e interior, y la comprensión completa, del amor de Cristo hacia nosotros es esencial para nuestra vida, salud, crecimiento y fertilidad espirituales. Es, ciertamente, olor de vida para nuestras vidas y, como decíamos, debemos poner por nuestra parte el máximo empeño para crecer en este conocimiento que tanto influye en nuestras propias vidas y que tanto puede marcarlas y cambiarlas.

Hasta ahora, y en relación con esta oración, hemos hablado del significado exacto de las palabras que usa el apóstol, ***comprender*** y ***conocer***: pensamiento y corazón, mente y alma, razón y sentimientos. También hemos hecho referencia a la posición que ocupa, después de ***arraigados y cimentados en amor***, lo cual nos llevó a concluir que debemos practicar el amor: amar, para poder conocer el amor de Cristo hacia nosotros. Solo amando se conocerá el amor, y en la misma medida, al conocer el amor de Cristo, amaremos más. Finalmente, hemos destacado las palabras ***con todos los santos***, y hemos dicho que quien no se esfuerza por amar a todos sus hermanos, no conocerá las dimensiones del amor de Cristo ni Cristo habitará por fe en su corazón, de modo que su debilidad será manifiesta al no estar fortalecido con poder en el hombre interior por su Espíritu.

Ahora vamos a continuar, pero antes vamos a leer con detenimiento esta preciosa porción de la Palabra y vamos a pedir la bendición de Dios con ella en todos nosotros. *Oración por comprensión del amor de Cristo*.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los

cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento. (Ef 3:14-16,18-19).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Antes de entrar en los principios de la oración debemos detenemos para considerar otra palabra que usa el apóstol, y que es: ***Plenamente***. Cada palabra inspirada es importante y, en este caso, de igual modo que la petición por comprensión y conocimiento del amor de Cristo se hace para ***con todos los santos***, ahora Pablo usa la palabra ***plenamente***, es decir: no pide por cualquier comprensión o conocimiento, por ser capaces de comprender o conocer algo del amor de Cristo, sino por una comprensión plena, ***plenamente***.

Hemos de pensar que, antes de la conversión, éramos plena o totalmente incapaces de comprender y conocer el amor de Cristo. Después de ella ya empezamos a conocer algo, y los pasajes de Juan 3:16, de Gálatas 2:20, u otros similares, los aprendemos pronto. Pero la petición que el apóstol hace al Padre, según las riquezas de su gloria, apunta a una meta mucho más elevada, la cual expresa con estas palabras: ***Plenamente capaces***. Es decir, el apóstol nos está llevando con su petición al otro extremo: de una incapacidad total a una plenitud en dicha capacidad, y por esto, puesto que nadie es suficiente para ello, es por lo que dobla sus rodillas ante el Padre.

En griego la palabra usada es *exiscusete*, derivada de *exiscuo*, la cual tiene un sentido intensivo con el prefijo *ex*, sien-

do mejor esta traducción de la RVR 1960 que la de otras versiones que traducen como: *podáis comprender bien, podáis comprender*, o *seáis capaces de comprender*.

Otra idea que también encierra la palabra la obtenemos de la traducción literal de la frase, que sería: *Para que seáis suficientemente fuertes para comprender*. Es decir, encierra la idea del poder interior que se necesita para ir conociendo cada vez más el amor de Cristo. Y si nos preguntamos: ¿Por qué?, la respuesta la tenemos considerando lo que hemos recordado del día anterior: para conocer más hemos de amar más, y para amar más, hemos de ser mucho más fortalecidos.

Puede, pues, parafrasearse la oración así: *Para que seáis plena y totalmente capaces de comprender y conocer el amor de Cristo, y, al mismo tiempo, plena y suficientemente fuertes para amar de un modo tal que permita ir acercándoos al modo en que Cristo os amó*. Y esto porque el conocimiento que se pide no es solo mental, sino experimental y espiritual.

O lo expreso de otro modo: al igual que hay que tener valor para realizar las peticiones del Padrenuestro, debemos ser muy conscientes de lo que pedimos cuando hacemos nuestra esta oración, pues no es solo para comprender y conocer de forma externa y mental, no solo en lo que nos llega y se nos da a nosotros, sino en nuestras propias carnes, en nuestras propias vidas, en lo que hemos de practicar nosotros a semejanza de Cristo. De todos modos, ambos aspectos debemos verlos como gracia, pues es gracia de Dios la que nos alcanza en Cristo y nos llega por medio de Cristo, y gracia de Dios la que nos permite vivir amando de modo más parecido al de Cristo. Como hemos dicho al comienzo, este conocimiento es vida para nuestras vidas.

Y ahora pasamos a los principios de la oración (se encuentran recogidos al final de este libro junto a los de las otras oraciones, así como los nuevos motivos que se van señalando para hacerlos nuestros). El primero de ellos dice así: *El amor de Cristo por su Iglesia trasciende todo pensamiento y conocimiento.*

Sin embargo, aunque aceptamos que esto es así, tenemos ante nosotros una oración en la que pedimos más conocimiento de este amor, para lo cual debemos dirigirnos a la Palabra. Así, volvemos a leer el pasaje de Juan 15:9: ***Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado.*** Inmediatamente antes, el Señor ha hablado de la forma en que podemos dar fruto y glorificar al Padre, que no es otra sino permaneciendo en él, que es la vid, y continúa diciendo que eso equivale a obedecer su Palabra y permanecer en su amor, lo cual traerá gozo a nuestras vidas y pérdida de estas.

Pero el Señor dice: «Todo esto no es para fastidiaros, ni para haceros la vida imposible, sino que todo es porque os amo, y todo es porque os amo mucho, tanto como el Padre me ha amado». Y es este amor el que trasciende todo pensamiento y conocimiento.

¿Y cómo fue amado Cristo por el Padre? La Palabra nos da la respuesta: con delicia (*cf.* Sal 16:11), con especial afecto (*cf.* Zac 13:7), y con amor eterno (*cf.* Pr 8:22-23), inalterable, infinito y permanente, como corresponde a los propios atributos de Dios. Por tanto, debemos entender que Cristo nos ha amado, a su Iglesia, así, con toda su alma desde la eternidad, y que su corazón se ha fijado en su Novia desde antes de todos los tiempos.

Él nos ha amado como *el regalo de amor* que el Padre le ha hecho (*cf.* Jn 17:6,11-12); como Novia presentada a él por el Padre en toda su belleza, gloria y excelencia, en la que

siempre brillará como su Esposa en el Reino de gloria (*cf.* Ef 5:25-27); como su cuerpo místico (*cf.* Ef 5:29-32), en el que toda su propia gloria será desplegada y admirada (*cf.* 2 Ts 1:10); y como su *especial tesoro* (Éx 19:5; Mal 3:17).

Cristo ha amado a su Iglesia para ser la vida de ella (*cf.* Jn 6:35), la luz de ella (*cf.* Jn 8:12), la santidad y la justicia de ella, su *sabiduría* y su *redención* (1 Co 1:30), la perfección y la gloria de ella. La ha amado como su Cabeza de la que ella recibirá toda *plenitud* (cap. 1:22-23).

Así es el amor de Cristo hacia su amada: alto e incomprendible, originado en el amor eterno del Padre hacia él y hacia los creyentes como su Esposa, la cual el Padre ha escogido, amado y otorgado a su Hijo (*cf.* Sal 45:10-11). Y, como podemos entender, no es fácil expresar con palabras este amor que queremos conocer. Pero debemos continuar con la descripción.

El amor de Cristo hacia su Iglesia es tal que esta ha sido designada para participar con él de toda su gracia y de toda su gloria comunicable; para compartir con él sus honores, títulos y dignidades, tanto como puedan ser compartidos, pues en Cristo fuimos amados, escogidos y aceptados antes de la fundación del mundo. O de otro modo: nada satisface tanto el corazón de Cristo como que sus redimidos estén viviendo con él en el Cielo, a la vista y con el disfrute de su gloria, siendo perfectos en santidad y felicidad, y viéndole a él *tal como él es* (1 Jn 3:3; *cf.* Jn 14:2-3; 17:24). Por eso, las maravillas del amor de Cristo nunca pueden ser exploradas completamente y nunca pueden ser comprendidas por los santos a este lado de la gloria, pero, por este amor, le debemos gratitud eterna y somos llamados a conocerlo.

Ahora bien, entonces nos podemos preguntar: Si el amor de Cristo es tan trascendente, tan infinito, tan incomprensi-

ble, tan divino, y tan misterioso, ¿cómo podemos comprenderlo y conocerlo? La respuesta es: completa y perfectamente no podemos, pero sí podemos conocerlo de forma real y satisfactoria. El amor de Cristo hacia nosotros se ve en la Escritura, y cuando el Espíritu Santo alumbramos nuestro entendimiento somos capacitados para conocer más de sus maravillas. Cuando el Espíritu Santo nos fortalece con poder en nuestro hombre interior y nos capacita para amar, y cuando nosotros nos esforzamos y anhelamos amar como Cristo, entonces somos capacitados para tomar algo de este amor de Cristo desde un punto de vista espiritual. Evidentemente esto implica el ejercicio de la fe, pues como dice Hebreos 11:3: ***Por la fe entendemos***, es decir: la fe es para nuestra alma lo que los ojos son para nuestro cuerpo: el órgano o la facultad por la que la luz es admitida y por la que los objetos pueden ser vistos y conocidos.

Por tanto, por la fe podemos comprender aquello que se encuentra más allá de la simple razón, y aunque no podemos abarcar el amor de Cristo, sí que podemos y debemos beber profunda y continuamente de él. Y así, a medida que conocemos cuán maravilloso, libre, desinteresado, paciente, infinito, etc., es su amor, mayor influencia santificante tendrá en nuestras vidas. Aunque no tenemos capacidad para agotar su plenitud, es nuestro deber y privilegio conocer cada vez más de este amor y tener un gozo más completo del que cualquiera de nosotros haya obtenido hasta este momento.

Por tanto, nuestra principal preocupación espiritual debe ser el conocer más y más este maravilloso amor de Cristo, para que more en nuestros pensamientos hasta que el corazón sea inflamado, hasta que el alma se desborde en gratitud y alabanza, y hasta que toda la vida se constriña y sea influida por él. Es lo que el propio Pablo nos dice: ***El amor de***

Cristo nos constriñe [porque se conoce más y más], ***pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*** (2 Co 5:14-15).

Nuestra necesidad y privilegio es meditar diariamente en este amor, en su gracia, en su pureza, en su clase, en su inmutabilidad. Hemos de pensar que Cristo nos ama a nosotros, no solo mucho más de lo que nosotros lo amamos a él o a los demás, sino mucho más de lo que nos amamos nosotros a nosotros mismos, pues Cristo nos amó incluso cuando lo odiábamos, y nada puede cambiar su amor hacia nosotros.

¡Dios haga que podamos tenerlo presente cada vez más en nuestras vidas!

Ahora, con el segundo principio ahondamos más en este mismo tema. Lo enunciamos así: *Podemos ponderar algo del amor de Cristo hacia nosotros, su Iglesia, considerando su venida y sus sufrimientos pasados, su obra actual mientras andamos en esta tierra, y su venida futura a por nosotros*, aunque dicho amor trasciende todo conocimiento.

En estos aspectos también debemos meditar.

En primer lugar, en su aceptación de los propósitos del Padre en el pacto eterno, donde Cristo libremente consintió llegar a ser el Responsable de su pueblo, que estaba caído y en pecado, y en servir como el ***fiador*** de ellos (He 7:22). Después, habremos de pensar también en la realización de este compromiso, mirándolo con los ojos de la fe como dejando la tranquilidad santa y la inefable bendición del Cielo, donde era tan alabado y adorado por todas las huestes celestiales, y viniendo aquí abajo a este sitio de pecado, de lucha, y de sufrimiento. ¿Qué clase de amor es este?

Consideremos su condescendencia para tomar una naturaleza inferior a la de los ángeles, haciéndose carne entre nosotros, de modo que su gloria divina fue casi eclipsada. Meditemos también en la humillación a la que descendió, que solo puede entenderse cuando vemos la distancia entre el trono del Cielo y el pesebre de Belén. Tengamos presente que, aunque era el Verbo encarnado, nunca se glorificó a sí mismo, sino que tomó la **forma de siervo** (Fil 2:7), sin pompa ni esplendor. Pensemos en que **no vino para ser servido, sino para servir** (Mt 20:28; Mr 10:45), sin tener en cuenta todos los desprecios e ignominias que le sobrevendrían. Pensemos en que sabía desde el principio la clase de trato que iba a recibir, no solo de sus enemigos, sino también de aquellos que quería hacer sus amigos, su Novia, y su Cuerpo: sabía que, en vez de ser bienvenido, apreciado, amado y alabado, sería despreciado y rechazado por los hombres. Tengamos presente que sabía que, aunque venía para hacer lo bueno, sanar a los enfermos, socorrer a los necesitados y predicar el evangelio, sería rechazado y perseguido, odiado sin causa, despreciado y, al final, abandonado incluso por sus discípulos más íntimos.

En este amor debemos meditar, amor que sobrepasa todo conocimiento, amor que debe ocupar nuestros corazones y debe servir para formar nuestras vidas a su semejanza. Esto es lo que os ruega encarecidamente el que escribe, y lo que ruega a Dios que conceda en su gracia.

Esto en cuanto a su primera venida.

Pero podemos seguir pensando en la clase de amor cuando tenemos presentes los sufrimientos de Cristo por nosotros. Cada vez que nos acercamos a estos sufrimientos, debemos, como Moisés, quitarnos los zapatos de la curiosidad carnal, y pedir a Dios con reverencia que nos permita entrar en ellos.

Miremos la oscura agonía en Getsemaní que lo llevó, por su intensidad, a sudar grandes gotas de sangre. Mirémoslo de nuevo como un cordero que va al matadero y tratado como el peor de los criminales. Miremos una vez más los horribles insultos que cayeron sobre el único Santo, el que fue herido por manos de malvados, escupido en el rostro, cuyos cabellos fueron arrancados, y que fue cruelmente flagelado. Contemplemos la blasfemia de aquella burla en la coronación cuando le pusieron un manto de púrpura, le colocaron una caña en las manos y una corona de espinas en la cabeza, y le gritaban: **¡Salve, Rey de los judíos!** (Mt 27:29; Mr 15:18; Jn 19:3)

Y sigamos mirando para contemplar su amor, y sigamos haciéndolo con frecuencia, cuando estaba suspendido en la cruz entre dos malhechores, cuando dijo **«tengo sed** (Jn 19:28)», o cuando los espectadores se burlaban de él, cumpliéndose en él las palabras de Jeremías, que dicen: **¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido; porque Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente furor** (Lm 1:12). Y **¿quién conoce el poder de su ira, y su indignación según que debe ser temido?** (Sal 90:11). Y, por encima de todo, contemplémoslo hecho **pecado por nosotros** (2 Co 5:21), **hecho por nosotros maldición** (Gá 3:13), y herido en consecuencia por la espada de la justicia divina hasta el punto de exclamar: **Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?** (Mt 27:46).

Contemplemos y miremos, hermanos, para decir con comprensión y conocimiento cada vez mayores: **Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante** (Ef 5:2).

Todas estas cosas son para tenerlas presentes y recordarlas con frecuencia, de modo que reitero mi petición a ti que

lees estas palabras. No te limites a leerlas rápidamente, sino vuelve a ellas y párate una y otra vez en ellas pidiendo más luz para ellas.

Pero aún hay otras, pues el amor de Cristo no termina con su encarnación y muerte, ya que hoy, en lo alto, ese amor es tan intenso y activo como cuando estuvo aquí abajo. Cristo subió a los cielos también por amor a nosotros, y entró en los cielos en nuestro nombre, tal como se indica en Hebreos 6:20: ***Donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.***

Habiendo pagado el rescate y precio de nuestros pecados con su preciosa sangre, Cristo se ha sentado en el trono, con un ***nombre que es sobre todo nombre*** (Fil 2:9), y ha sido ***coronado de gloria y de honra*** (He 2:9) como Cabeza de la Iglesia, que gobierna todo y a todos en beneficio y por amor de esta. Cristo se ha sentado en el trono como el vencedor de Satanás y del sepulcro, y allí, en su estado exaltado, brilla para todos los santos, siendo su amor hacia su pueblo el mismo que manifestó en su venida y en su muerte.

Así como Aarón llevaba un pectoral y unas piedras en sus hombros con los nombres de las tribus de Israel (cf. Éx 28:7-9;15,21), también nuestro gran Sumo Sacerdote lleva los nombres de todos y cada uno de su pueblo en su corazón y en sus hombros, y está ante Dios intercediendo en favor de ellos. Así está escrito, y así lo leemos: ***Viviendo siempre para interceder por ellos*** (He 7:25). Tan tierno es su corazón y tan grande su amor que, incluso allá en la gloria, todavía puede ***compadecerse de nuestras debilidades*** (He 4:15).

Todos los cristianos podemos dar testimonio de las manifestaciones de este infinito e inalterable amor de Cristo hacia nosotros desde que fuimos llamados, de sus suministros para

nuestras necesidades, de sus acciones para que todas las cosas cooperen para nuestro bien. Y en todo ello debemos pensar.

El propio don del Espíritu Santo ha sido una destacada evidencia y prueba de su amor hacia nosotros (cf. Jn 16:7; Hch 2:33).

Finalmente, hemos de tener presente esto también: *Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes* (Ef 4:11-14).

Por eso también debíamos preguntarnos: ¿He sido favorecido por estar en una congregación donde hay sana Palabra?; ¿soy estimulado por hermanos que me alientan para correr *con paciencia la carrera que* tengo *por delante*? (He 12:1); ¿he encontrado un libro, o una revista, o un artículo, que ha sido de edificación para mi alma, de bendición para mi corazón, o que me ha dado motivos para fortalecerme en el vivir piadoso, o me ha traído consuelo y aliento en medio de los problemas y dificultades? Podríamos continuar con preguntas similares, pero baste decir lo siguiente: todas estas cosas, todos los hermanos que nos han precedido y sus ejemplos, etc., hemos de mirarlos como una provisión de la gracia y del amor de Cristo hacia nosotros.

Y en cuanto a su amor que se mostrará en su segunda venida, así está escrito, y esto no necesita más comentario: *Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús*

desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (2 Ts 1:6-10).

Y otra vez: *Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha (Ef 5:25-27).*

Y otra vez: *Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida (Ap 21:3-6).*

Y con esto terminamos, hermanos. Y creo que, aunque sea triste, debo hacerlo con la pregunta de Hebreos 2:3, por su gran trascendencia: *¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?*; ¿cómo escaparemos si despreciamos un amor tan grande?

Dios quiera que estas palabras sean, para todos, olor de vida para vida, de modo que todos seamos plenamente capa-

ces de comprender y conocer las dimensiones del amor de Cristo, y todos seamos llevados a doblar nuestras rodillas y, junto a los que ya están en el Cielo, decir a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria, y la alabanza (Ap 5:12).

Y seamos llevados a cantar juntos en espíritu las palabras del himno:

*¡Oh, profundo amor de Cristo,
vasto, inmerecido don!
Cual océano infinito,
ya me inunda el corazón.
Me rodea, me sostiene
la corriente de su amor;
llévame continuamente,
hacia el gozo del Señor.*

*¡Oh, profundo amor de Cristo!
Sus loores proclamad,
pues su amor nos satisfizo
y no cambiará jamás.
¡Cómo cuida a sus amados,
redimidos por su cruz!
Comunión con él gozamos
cuando andamos en la luz.*

*¡Oh, profundo amor de Cristo,
único, supremo amor!
Cual un vasto mar bendito,
cual hogar al viador.
¡Oh, profundo amor de Cristo!*

Oración por comprensión del amor de Cristo II

*Pura gloria es para mí,
que me eleva salvo y listo,
hacia el Cielo, hacia ti.*

SAMUEL T. FRANCIS

¡Que así sea, y que Dios nos bendiga y nos haga entender estas cosas, para su gloria y para la bendición de muchos otros! Amén.

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL AMOR DE CRISTO III EL INFINITO AMOR DE CRISTO

Efesios 3:18-19

Lectura introductoria: Job 11:7-9

¿Descubrirás tú los secretos de Dios?

¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?

Es más alta que los cielos; ¿qué harás?

Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás?

Su dimensión es más extensa que la tierra,

Y más ancha que el mar.

Nos dice la Palabra de Dios en Romanos 12:2: *No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.*

Esta es la exhortación o, más bien, el mandamiento: que renovemos nuestro entendimiento para comprobar el amor de Dios hacia nosotros expresado en su voluntad, en sus obras, y también en sus mandamientos y leyes. Y creo que todos los cristianos, a medida que pasa el tiempo, aunque quizá de forma más lenta de lo deseado, nos vamos dando cuenta de que dicha voluntad de Dios es realmente *buena, agradable* (o *aceptable*: LBLA), *y perfecta*, aunque nos cueste trabajo reconocerla, admitirla o practicarla en las distintas áreas de nuestras vidas.

Una de ellas es en nuestras vidas de oración, que hemos de ir cambiando en cuanto a sus contenidos, modos de hacerla, espíritu en las mismas, etc. Y es con ese objetivo con el que estamos analizando las que hemos llamado en forma general *Oraciones de los apóstoles*. Y debemos dar muchas gracias a Dios por ello, porque **en su luz** vemos, estamos viendo, y **veremos la luz** (Sal 36:9), de modo que nuestra comprensión de estas cosas no es la de antes, y sabemos que a medida que conozcamos su voluntad y pidamos conforme a ella, nuestras oraciones tendrán más respuesta.

Así pues, es con este objetivo con el que escribo, y con la responsabilidad de anunciaros el mensaje de la Palabra en estos asuntos. Es obvio que no lo hago como profeta ni como intérprete infalible de la Escritura, pero todos deben entender que no vengo para —como se dice hoy— «compartir», o «sugerir», o «unirme a vosotros en la búsqueda de la verdad». En otros momentos esto ha podido ser cierto, pero ahora, cuando os traigo la Palabra y escribo acerca de ella —y esta es mi tremenda responsabilidad—, lo hago como enviado para traer el mensaje del Rey, y esto, no ciertamente sin temor y temblor. Es este mismo sentir el que debe haber en todo predicador de la Palabra, ¡y ay de las iglesias cuyos predicadores no sean conscientes de esto! ¡Y ay de los predicadores cuando no asumen ni entienden su responsabilidad!

En esta ocasión seguimos con el estudio de la que hemos titulado *Oración por comprensión del amor de Cristo*, oración que se encuentra en Efesios 3:18-19, y en relación con ella hemos hablado ya del significado de ciertas palabras: *plenamente capaces, comprender, conocer, y con todos los santos*; también de su conexión con la que le precede, que trata de la morada de Cristo por fe en los corazones, arraiga-

dos y cimentados en amor; y hemos dicho que sin esta última, la que nos ocupa es imposible, es decir: que si no hacemos de Cristo el centro de nuestra vida y pensamientos y no andamos practicando el amor hacia todos, es imposible que crezcamos en la comprensión y en el conocimiento del amor de Cristo y, con ello, es imposible que tengamos salud y verdadera vida espiritual con fruto.

Esto es también lo que el propio Señor expresa en el conocido pasaje a la iglesia de Laodicea, en Apocalipsis 3:20: ***He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo***, donde conviene resaltar la doble relación que se nos muestra. En primer lugar, Cristo cena con nosotros cuando nosotros abrimos la puerta, cuando ponemos la casa, esto es, el corazón; y, en segundo lugar, nosotros cenamos con Cristo y nos alimentamos porque él entra y trae la provisión. Es una alimentación y comunión, podemos decir, compartida, imposible de tener si no ponemos el corazón, e imposible sin su presencia, ya que él trae la provisión a nuestra despensa que está completamente vacía. Y así, abriendo el corazón para su entrada, para su morada, y practicando el amor, es como podemos comprender y conocer el suyo de forma real, aunque sabemos que excede a todo conocimiento.

Abramos, pues, hermanos, nuestros corazones para que Cristo entre y para que habite por la fe en ellos, y así, en la comunión íntima con él, participando del pan y del vino, bebiendo del mismo ***vaso que*** él bebió y siendo ***bautizados con el mismo bautismo con que*** él fue ***bautizado*** (Mt 20:22), él nos traerá y nos dará el conocimiento de su amor, pues esta comprensión y conocimiento que pedimos no es solo intelectual, sino personal, íntima, vivencial y espiritual.

Este es el amor del que estamos hablando, del cual nos hemos fijado también en sus características, que lo hacen estar por encima de todo pensamiento y conocimiento, y también en sus manifestaciones visibles mostradas en su venida, sus sufrimientos, su obra actual por nosotros desde su posición en el Cielo y la que hará en su segunda venida. Este es el amor del que hablamos, que trae a *tal* huésped, Cristo el Señor, a *tal* morada, nuestro corazón del que ha de salir tanta corrupción y suciedad. Y, para entenderlo un poco más, el apóstol pone ante nosotros ahora sus dimensiones.

En la primera de ellas nos vamos a detener, pero antes debemos leer la Palabra y pedir fervientemente la bendición de Dios.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento.

(Ef 3:14-16,18-19).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Así pues, vamos a considerar las dimensiones del amor de Cristo que el apóstol nos indica en el **versículo 18**. Como podemos apreciar, habla de cuatro, cuando en realidad todos sabemos que solo hay tres dimensiones en el espacio: alto, largo y ancho. Pero Pablo divide en dos una de ellas, y cita cuatro. Las cuatro están vinculadas a un todo que, evidente-

mente, aunque no aparece en este versículo, es el amor de Cristo que se cita en el siguiente. No debemos verlas, pues, como medidas particulares e independientes, sino cada una de ellas formando parte de un conjunto, pero de tal modo que si cada una es infinita, ¿cuánto más no lo será la suma de las cuatro? De hecho, en el original aparece la conjunción copulativa «y» en medio de cada una de ellas, y no una «coma»: ***Cuál sea la anchura y la longitud y la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento.***

Es necesario atender, pues, a la individualidad de cada una, pero no hemos de olvidar que son las medidas de un único objeto que se desea destacar, y este es el amor de Cristo. O, de otro modo, el apóstol está intentando expresar en dimensiones comprensibles para nosotros algo que es infinito e incomprensible. Y el principio que enunciamos dice así: *Debemos pensar con frecuencia en las dimensiones del amor de Cristo por su Iglesia: anchura, longitud, profundidad y altura.*

Antes de entrar en este principio, quiero destacar que en Job 11:7-9, en el libro más antiguo de la Biblia, se habla también de estas mismas cuatro dimensiones, pero en orden completamente opuesto, haciendo allí referencia al ***propósito*** (BT), o ***límites*** (LBLA), o incluso ***perfección*** (RVR 1960) ***del Todopoderoso.*** Y tiene sentido que sea así.

Cuando miramos a Dios, lo primero que debemos considerar es su *altura*, su santidad, lo que él es, el ***Alto y Sublime*** [...] el que habita ***en la altura y la santidad*** (Is 57:15), cuyos caminos ***son más altos que*** nuestros caminos y sus ***pensamientos más*** [altos] ***que*** nuestros pensamientos (Is 55:9), ***nuestro Padre que está en los cielos*** (Mt 6:9), el que es el ***alto refugio*** (Sal 18:2), cuyo ***nombre es glorioso y alto*** (Neh

9:5), el que derrama su *Espíritu de lo alto* (Is 32:15), el *Padre de las luces*, que está en lo *alto* y desde donde *desciende toda buena dádiva y todo don perfecto*, así como *la sabiduría que es de lo alto*, la cual es *pura, pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía* (Stg 1:17; 3:17).

Esto cuando miramos a Dios y su santidad y poder. Pero cuando miramos el amor de Dios hacia nosotros expresado y manifestado en Cristo Jesús, el propio amor de Cristo para con nosotros, el apóstol hace en primer lugar referencia a *la anchura*, a lo que abarca o comprende dicho amor.

Mirar a la altura de Dios nos sobrecoge, pero mirar a la anchura del amor de Cristo nos alienta y nos da seguridad y confianza para ir a ese mismo Dios con todo nuestro pecado. ¡Qué bendición!, que el *nombre de Jehová* sea *torre fuerte* porque a ella puede correr *el justo y ser levantado* (Pr 18:10). Ambas cosas deben ser observadas con frecuencia por los cristianos, pero ahora estamos fijándonos en el amor de Cristo.

Y lo primero que debemos tener claro en esta anchura del amor de Cristo es su alcance, el alcance de su redención, de su obra de expiación, o, de otro modo, tener clara la respuesta a la pregunta: ¿Por quiénes murió Cristo?

No tenemos tiempo en unas pocas líneas para desarrollar esta doctrina, la que se llama doctrina de la expiación limitada o de la redención limitada, doctrina que muchos desconocen y que muchos niegan o rechazan, pero que es la consecuencia lógica y bíblica que se deriva de la doctrina de la elección y de la depravación e incapacidad totales del hombre.

Muchos argumentan que la Biblia habla del amor de Dios al mundo, o del amor de Dios a todos, pero ya hemos visto

en otras ocasiones que estas palabras son empleadas con significados muy distintos. Así, por ejemplo, la palabra que se traduce por «mundo» (*kosmos* en griego) puede tener, al menos, siete significados distintos: el universo entero (cf. Hch 17:24), la tierra (cf. Jn 13:1; Ef 1:4), el sistema del mundo gobernado por Satanás (cf. Jn 12:31; Mt 4:8-9; 1 Jn 5:19), toda la raza humana (cf. Ro 3:19), la humanidad exceptuando a los creyentes (cf. Jn 15:18), los gentiles en contraste con los judíos (cf. Ro 11:11-13), y los creyentes solamente (cf. Jn 1:29; 3:16-17; 6:33; 12:47; 2 Co 5:19). Y hemos de tener claro en cada momento cuál es el significado viendo el contexto donde se emplea la palabra.

Dios, evidentemente, no ha hecho esto para confundirnos, pero tampoco ha dejado su Palabra para aquellos que son perezosos, como vemos que hacía el Señor Jesucristo cuando hablaba por parábolas.

Por centrarnos en el pasaje más conocido y controvertido, el de Juan 3:16: ***Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna***, lo primero que hay que resaltar es que el tema principal de este es el don de Dios, y que ese don, que es su Hijo Unigénito, fue dado por el amor de Dios. La segunda cláusula tiene que ver con los beneficiarios de este: ***Todo aquel que en él cree*** (o más bien *cada uno*; véase Juan 1:12), y la última tiene que ver con el propósito para cada uno de los que creen: ***No se pierda, mas tenga vida eterna***. Por tanto, la palabra «mundo» en este pasaje indica el mundo de los creyentes, el mundo de los elegidos de Dios, en contraposición con el mundo de los no creyentes que aparece, por ejemplo, en 2 Pedro 2:5.

Esto mismo también puede observarse si se comparan otros pasajes que hablan del amor de Dios: Romanos 5:8

(habla del amor hacia los santos), Hebreos 12:6 (solo disciplina a los que ama), 1 Juan 4:19 (los creyentes, y solo los creyentes aman a Dios porque fueron amados antes por él).

Lo mismo podría decirse con la palabra «todos», pues si Cristo —como dice 2 Corintios 5:14— **murió por todos**, y este «todos» incluye a todas las personas sin excepción, nadie podría ser condenado, porque ningún juez, ni tampoco Dios, puede exigir dos veces el castigo por un mismo pecado. Lo mismo puede observarse en Romanos 5:18, donde aparece dos veces con distintos significados: el primero, todos sin excepción; el segundo, todos los elegidos que son justificados. También en Hebreos 2:9 el contexto nos muestra que se está hablando de los **hijos** que serían llevados **a la gloria** (v. 10), de los **santificados** (v. 11), de los que son hermanos de Cristo (vv. 11-12), o de **los hijos que Dios** le ha dado (v. 13).

Por tanto, aunque Dios **es benigno para con los ingratos y malos** (Lc 6:35; es el que se llama su amor de benevolencia) y soporta **con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción** (Ro 9:22), solo ama (con amor de complacencia) a los suyos, **a los que antes conoció**, a los que **predestinó**, a los que **llamó**, a los que **justificó** y también **glorificó** (Ro 8:29-30). Toda la humanidad goza de innumerables beneficios debido a la muerte de Cristo, derivados de una u otra forma de dicha muerte, pero la redención y el amor de Cristo solo son para los suyos. Cristo no murió para dar una salvación potencial para todos, pues dicha salvación no serviría para ninguno, ya que están todos muertos. Cristo vino **a buscar y salvar lo que se había perdido** (Lc 19:10), a sus **ovejas** perdidas (Jn 10:26-27). Véase la diferencia entre las personas que se muestra en 1 Timoteo 4:10.

Y no podemos continuar con este tema, el cual debe ser también objeto de estudio de todo cristiano, pero el rechazo de esta doctrina de la expiación limitada va unido al orgullo del hombre, que quiere tener la facultad de decidir, de elegir, y de decir lo que Dios tiene que hacer y debe hacer, negando al mismo tiempo estas cosas a Dios, altercando con Dios o poniendo a Dios de injusto (*cf.* Ro 9:14-21). Un libro clásico para esta cuestión es el de John Murray: *La redención consumada y aplicada*.

Volviendo de nuevo a la oración que nos ocupa, y teniendo claro este tema del alcance del amor de Cristo, repito que Pablo no ora para que podamos comprender absolutamente dicho amor en sí mismo, sino para que podamos comprender sus dimensiones. Y comienza con la anchura, y creo que es así porque es en este aspecto donde nuestros pensamientos son más defectuosos. ¿No es cierto que muchas veces pensamos y consideramos el amor maravilloso de Cristo para *conmigo*, y fallamos en apreciar su alcance y su extensión?; ¿no será para corregir esta tendencia egoísta que todos tenemos por lo que el Espíritu Santo menciona en primer lugar la anchura del amor de Cristo?; ¿y no será también —como hemos indicado en capítulos anteriores— que esto tiene que servir para quitar de nosotros el espíritu sectario que limita nuestro amor a muy pocos del pueblo de Dios?

Si queremos comprender y conocer el amor de Cristo hemos de pensar en su anchura, y hemos de practicar nuestro amor también en anchura. Esta dimensión también sirve para corregir el error de aquellos que quieren restringir el amor de Cristo solo a los creyentes del Nuevo Testamento, como si los creyentes de la antigüedad no hubieran sido también amados del mismo modo. Y también sirve, sobre todo en la época en que se escribieron estas cartas, para corregir el

error tan frecuente en los judíos que se convertían, que pensaban que el amor de Cristo no podía alcanzar a los pecadores entre los gentiles.

La anchura del amor de Cristo se extiende a todos los elegidos, en todos los tiempos, en todos los lugares, en todos los estados, y en todas las situaciones. ¿Te ama Cristo a ti? Y puesto que el suyo es un amor perdonador, comprende también todos los pecados, de todos los elegidos, y de toda clase, grandes y pequeños, pasados, presentes y futuros. ¿Te perdona Cristo a ti? Y es necesario que pensemos en esta dimensión para amar a su semejanza, para que abarquemos a todos y para que perdonemos a todos y a todo.

De igual modo, la anchura del amor de Cristo incluye todas las necesidades, preocupaciones, problemas, aflicciones e intereses de todos y cada uno de su pueblo. No hay nada que concierna al bienestar de cada uno que no sea importante para Cristo. Y puesto que para nuestro bienestar son necesarias cosas espirituales y materiales, hemos de tener presente que Cristo nos ama y se preocupa por todas ellas, también por las segundas. *Los cabellos de nuestra cabeza están todos contados* (Mt 10:30), y del mismo modo que sería triste para nosotros sí su amor no cubriera *todos nuestros pecados*, también lo sería si no estuviese pendiente de todas nuestras necesidades. No solo de los asuntos más importantes, sino también de los más insignificantes, pues él se siente afligido con todas nuestras aflicciones (cf. Jue 10:16; Is 63:9; Ez 6:9).

Por tanto, hermanos, vayamos a Cristo con todo lo que somos y tenemos, con todo, pues ***no tenemos un Sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades*** (He 4:15-16).

Así pues, el amor de Cristo abraza a cada uno, pero también al conjunto y a la totalidad de la familia de Dios, desde

el menor hasta el mayor, desde las menores preocupaciones hasta las mayores, desde los menores pecados hasta los mayores. Es el suyo un abrazo de amor inmenso en anchura, pero que, además, lo es también por lo que nos ha traído, pues, podemos decir, que reparte «a manos llenas». Este amor nos ha dado justificación, adopción, santificación, glorificación y vida eterna, y es infinito en anchura porque las *riquezas* de su bondad son *inescrutables*, y nunca podremos contarlas ni incluso concebirlas (Ef 3:8).

¡Oh, la anchura del amor de Cristo! que nos permite descansar porque nuestras preocupaciones, pecados, intereses y todo lo que corresponde a toda nuestra vida entera en este mundo y en el venidero está en sus manos. Por tanto, vayamos a Cristo y a ese amor en todo momento y en todas las circunstancias, para experimentarlo y conocerlo.

El salmista decía: *¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos!* (Sal 139:17). Y también: *Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado* (Sal 16:6). Debemos pensar más en la anchura del amor de Cristo. Cuando estemos en aflicción, debemos ir a él para contarle nuestro dolor; cuando necesitemos un corazón compasivo que nos entienda, él lo tiene, y muchas veces contamos nuestras historias a todos los amigos excepto al que es nuestro mejor Amigo. Cuando hayamos pecado, en él está la Fuente que nos quita la carga; cuando estemos débiles, él es nuestra fuerza; cuando nos sintamos desnudos, tomemos su justicia; o cuando enfermos, acudamos al Médico amado. Si estamos pobres, en él encontramos a nuestro pariente rico, y cuando estemos en paz y con gozo, a él debemos mostrar nuestro agradecimiento.

Hemos de pensar en la anchura de su amor, hermanos, pues no sirve de nada hablar mucho de Cristo pero no acudir a él. Él puede soportar toda la carga que pongamos sobre sus hombros, y cuanta más carga pongamos, más precioso resultará para nosotros, que, muchas veces, no podemos ni con las nuestras propias. Hemos de pensar en la anchura de su amor que siempre pensó en su pueblo y que siempre sigue pensando en ellos. En nuestros extravíos, su mirada sigue pendiente de nosotros y nunca nos iremos más allá del alcance de los ojos de nuestro Pastor. En nuestros dolores, ninguno se le escapa. En nuestros trabajos, él ve las fatigas y anota todas nuestras luchas. Y estos pensamientos son preciosos para el cristiano.

En contrapartida, podemos preguntarnos: ¿Tendrá un amor como este solamente la mitad, o una parte, de nuestros corazones?; ¿vamos a corresponder a este amor con uno frío?; ¿este maravilloso amor y cuidado recibirá, por nuestra parte, solo una respuesta débil y descuidada? Creo que todos debemos acercarnos a pedir perdón por cuantas veces él tiene contra nosotros lo mismo que tenía contra la iglesia de Éfeso, la misma a la que escribió Pablo esta carta pero que años más tarde tuvo que escuchar: ***Tengo contra ti que has dejado tu primer amor*** (Ap 2:4).

Pero, al mismo tiempo, también debemos acercarnos a él entonando un canto de alegría y de acción de gracias, porque sabemos que podemos descansar con gozo a pesar de estar en medio de una lucha, y porque no somos solitarios extraviados, sino que somos su Novia amada, guardada, cuidada, suplida, protegida, defendida y preservada por él (*cf.* Is 27:2-3).

Es necesario, hermanos, y es hermoso, y es bueno para nosotros, que pensemos en la anchura del amor de Cristo pa-

ra con nosotros y para con cada uno de nosotros, para que vivamos descansando en ella y para obtener fuerzas para practicar también nuestro amor con anchura.

¡Que así sea, para su gloria y la bendición de muchos!

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL AMOR DE CRISTO IV EL INFINITO AMOR DE CRISTO

Efesios 3:18-19

Lectura introductoria: 2 Corintios 5:14-15

Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

Desde hace varios capítulos estamos comentando un pasaje de la Palabra de Dios que es, en realidad, una oración del apóstol Pablo, y que hemos llamado *Oración por comprensión del amor de Cristo*. Hoy vamos a concluir con dicho estudio, y debemos dar de nuevo gracias a Dios que nos permite acercarnos a esta preciosa porción de la Escritura.

En relación con ella hemos hablado ya del significado de las palabras que usa el apóstol: *ser plenamente capaces, comprender, conocer, y con todos los santos*, y también de la necesidad de esforzarnos y de poner el máximo empeño en amar, y para amar, de forma cada vez más parecida a Cristo, con el fin de comprender y conocer su amor hacia nosotros.

En el capítulo anterior comenzamos con la descripción de las dimensiones que cita el apóstol con este fin, para que podamos comprender dicho amor, y la primera que nos encontramos y abordamos fue *la anchura*.

En relación con ella hablamos acerca de la doctrina de la re-dención limitada, pues Cristo no ama a todo el mundo de igual manera (*cf.* Jn 17:9,24), y dijimos que esa anchura comprende a todos los que son suyos, en todos los tiempos, en todas las naciones, con todos sus pecados, y con todas sus necesidades, preocupaciones, problemas, aflicciones e intereses. El suyo es un abrazo de amor inmenso que, además, reparte a manos llenas los mayores y mejores *dones* para nosotros (*cf.* cap. 4:7-16).

Y así, con esa anchura del amor de Cristo como referencia para nosotros, una vez más nos dimos cuenta de que estamos llamados a corregir nuestra tendencia egoísta que nos impide amar a *todos* los hermanos, a *todos* los que son de Cristo, o a perdonar *todos* sus pecados, o a no tener en cuenta *todas* las necesidades y problemas de ellos.

Pero el amor de Cristo no acaba aquí, y el apóstol continúa con la enumeración del resto de las magnitudes, en las cuales también nos vamos a detener. Estas son *la longitud, la profundidad, y la altura*. Pero antes de entrar en detalle debemos proceder a la lectura de la Palabra, y debemos acercarnos a nuestro Padre pidiendo su bendición, reconociendo que nuestra capacidad y nuestros sentimientos son muy limitados para entrar en las profundidades de ese amor.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento. (Ef 3:14-16,18-19).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El principio que vamos a seguir desarrollando hoy es el mismo que enunciamos en el capítulo precedente, y dice así: *Debemos pensar con frecuencia en las dimensiones del amor de Cristo a su Iglesia: anchura, longitud, profundidad, y altura.* Estas son las cuatro que nos presenta el apóstol.

Algunos comentaristas antiguos vieron estas dimensiones del amor de Cristo ilustradas en la propia cruz: enterrada en profundidad, levantada hacia lo alto, y con los brazos abiertos señalando la anchura y la longitud. Podría ser así, pero quizá esta visión de la cruz suponga algo de fantasía, ya que en ella solo tenemos *una parte* del amor de Cristo, del que solo podremos conocer un poco. Ni incluso **con todos los santos** puede comprenderse, es decir, ni aun todos los santos juntos, con sus distintos conocimientos y experiencias de Cristo, pueden llegar a comprender absolutamente su amor.

Por eso, ahora nuestra actitud tiene que ser la del salmista, la cual también se dará en el Cielo, y que decía: ***Venid, oíd todos los que teméis a Dios, y contaré lo que ha hecho a mi alma*** (Sal 66:16). Y por eso, cuando estemos todos juntos en su presencia, el enriquecimiento mutuo que tendremos será enorme y contribuirá a la alabanza y adoración perpetuas.

Un pasaje paralelo que nos habla de este amor lo tenemos en Romanos 8:37-39, y es fundamental que lo interioricemos: ***Nada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. Nada: Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo***, pues ***en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.*** Por eso, el propio apóstol vuelve a mostrarnos su

máximo deseo de conocer a Cristo y su amor mientras que se encuentra en esta tierra (Fil 3:8-12).

Ahora, entrando en detalle, comenzamos con la siguiente dimensión, que es *la longitud*. De nuevo quizá nos quedemos un poco extrañados por el orden en que han sido colocadas, porque algunos podríamos pensar que después de *la anchura* habría que hablar de *la profundidad*. De hecho, si recordamos un himno que cantamos, de autor desconocido, en él decimos:

*Cuán profundo es tu amor,
no lo puedo comprender,
alto es para mí,
¡cuán inmenso es!*

*Cuán profundo es tu amor,
Dios de los cielos,
más profundo que el mar
es tu grande amor.
Alto es, inmenso es,
profundo es, solo tu amor*

Pero el Espíritu Santo pone primero lo que nosotros pondríamos en último lugar, y así, si somos torpes para comprender en un modo experimental la extensión y el alcance del amor de Cristo, sobre todo cuando estamos en aflicciones, y de practicar nosotros un amor en *anchura*, no menos lentos somos para interiorizar acerca de la eternidad de dicho amor, nosotros que somos criaturas del tiempo. A esto hace referencia la palabra *longitud*, longitud infinita en el tiempo, amor permanente en toda ocasión debido a su fidelidad, incluso en medio del juicio (cf. Lm 3:22-23), y amor que restaura (cf. Jn 21:15-17).

Hay muchos que suponen que Cristo comenzó a amarlos a ellos cuando ellos fijaron sus propios afectos y amor sobre él, cuando —como se dice— «se decidieron por Cristo»; pero la Escritura nos muestra que este no es el orden, pues **nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero** (1 Jn 4:19). Y del mismo modo que su amor no tendrá fin, porque **el amor**, el verdadero amor, **nunca deja de ser** (al contrario de **las profecías**, que **acabarán**, y de **las lenguas**, que **cesarán**, y de **la ciencia**, que **acabará**: 1 Co 13:8), tampoco ha tenido principio, y es, por así decirlo, desde la eternidad hasta la eternidad.

Esta es la **longitud** del amor de Cristo, y también en ella debemos pensar. ¡Qué triste sería para un cristiano, si algún día, por alguna causa, en el futuro, Cristo dejara de amarlo!; pero esto es imposible; de ahí nuestra seguridad de salvación y nuestra preservación y perseverancia. Pero también hemos de pensar que nunca hubo un tiempo en que no fuimos amados. Cada cristiano debe pensar y decir: «En la eternidad, en los decretos eternos de Dios, fui amado por Cristo, aunque después este amor se materializó en la historia, y después llegué a conocerlo, en parte, en mi propia vida».

El Señor dice a cada uno de su pueblo: **Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia** (Jer 31:3). Y esta clase de amor, **eterno**, puesto que está tan lejos de nuestro alcance, es la que debe llevarnos a doblar nuestras rodillas ante el Padre para que nos conceda conocer algo de esta **conforme a las riquezas de su gloria**. Hoy, nuestro cristianismo es la consecuencia de su amor, y si lo deseamos, es por efecto de su amor. Nuestras debilidades, nuestros pecados, nuestras iniquidades, no pueden apagar ese amor, como se indica en el libro de Cantares: **Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos** (Cnt 8:7). Es

este amor el que lleva al evangelista Juan a escribir: ***Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*** (Jn 13:1). Y es el que lleva a Pablo, como ya hemos visto, a decir que nada puede separarnos de él.

Esta es la longitud del amor de Cristo. Su fuente u origen, la elección y el pacto; después, amor que fluye sin cesar con la redención, el llamamiento y la preservación; amor que todo lo soporta en el tiempo, sin divorcio, con paciencia, con perdón, con fidelidad, con inmutabilidad; amor sin límites que también soporta la edad de la persona amada con sus particulares tentaciones. ¡Y qué hermosas son sus palabras de amor en este sentido!: ***Y hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas os soportaré yo; yo hice, yo llevaré, yo soportaré y guardaré*** (Is 46:4).

Esta es la longitud del amor de Cristo, la cual nos sirve de patrón y modelo para que practiquemos amor en longitud, a pesar de los pecados y faltas de los otros, perdonando ***setenta veces siete*** (Mt 18:22).

Después, el apóstol continúa con ***la profundidad***, literalmente ***la hondura*** del amor de Cristo, y quizá esta dimensión pueda comprenderse por cada uno de nosotros si cada uno piensa en el amor de Cristo por él personalmente y en el trabajo interno de su gracia en él. A medida que voy conociéndome en alguna extensión, a medida que me doy cuenta de la ***profundidad*** del hoyo en que yo me encontraba, y a medida que voy apreciando la terrible distancia moral que había entre mis propios pecados y el único Santo, puedo ir comprendiendo y conociendo su amor hacia mí. Cada uno es consciente, y debe serlo cada vez más, de su propio y triste caso (aunque somos más dados a apreciar la gravedad de la situación de los otros, que solo conocemos superficialmente), y cuando vamos tomando esta concien-

cia es cuando podemos comprender mejor el amor de Cristo que *bajó* para levantarme del fango, que *descendió* hasta **las partes más bajas de la tierra** (cap. 4:9), que lo llevó a tomar **forma de siervo**, a *despojarse* y a *agacharse* hasta lo sumo para coger el pecado y ponerlo sobre sí mismo (Fil 2:7).

De nuevo esto también supone algo importante por nuestra parte, pues el mejor conocimiento del pecado propio siempre es algo doloroso que lleva a la humillación. ¡Pero bendito sea este conocimiento, y bendita sea la operación que me lleva a comprender el amor de Cristo y a tener sanidad y santidad en mi vida!

La profundidad del amor de Cristo únicamente se puede contemplar a la luz de la absoluta miseria en la que la Caída hundió a cada uno de los que serían miembros de su Cuerpo, a su Novia, porque todos **éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás** (cap. 2:3). Esta profundidad solamente se puede ir apreciando cuando pensamos en nosotros mismos, y en cómo nos fuimos apartando cada vez más lejos de Dios. Y es para ser contemplada a la luz de la incomparable profundidad de la humillación de Cristo, a la que tuvo que bajar, y de sus propios sufrimientos, que tuvo que padecer, con el fin de liberar y salvar a su pueblo. Pues no vino del Cielo para tomar aquí un reino, sino para ser **despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto**; para ser **menospreciado** y sufrir **nuestros dolores** (Is 53:3-4).

Y debemos pensar también que no solamente es un amor profundo para cada uno, sino para todos también como Iglesia, con lo cual podemos hablar de profundidad de profundidades de nuestro estado como pueblo, y de profundidad de profundidades de su amor para con nosotros.

Esta es la profundidad del amor de Cristo. Para medirla, miremos por una parte nuestra insignificancia, pecaminosidad y desalientos y, por otra, su gloria, santidad y grandeza. Profundidad que lo lleva a inclinarse para que nosotros seamos levantados, llevando para ello nuestros dolores y nuestros pecados, y sufriendo nuestra vergüenza y nuestra muerte. Profundidad, también, que nos da la respuesta si alguna vez nos preguntamos hasta dónde hemos de humillarnos para amar a los demás.

Finalmente se cita *la altura*. Si *la anchura* del amor de Cristo lo abarca todo en nosotros, si *la longitud* no tiene principio ni fin, y si *la profundidad* es incomprendible, entonces con toda seguridad podemos decir que *la altura* de dicho amor es inconmensurable. Con la altura expresamos el lugar adonde el amor de Cristo nos ha llevado a los creyentes, y para poder apreciarla un poco debemos pensar en nuestra situación presente y actual, y en el futuro que nos espera; en las bendiciones presentes y en las futuras. Así podemos conocer un poco de la altura del amor de Cristo.

Y para ello, lo mejor es usar el lenguaje del Espíritu Santo. *Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor, (1 S 2:8). Yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá (Is 56:5). El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo (Ro 8:16-17). Y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos (Ap 22:4-5).*

Hemos de pensar en esta *altura* del amor de Cristo, hermanos, en las innumerables bendiciones que su amor ha derramado ya en nosotros, y en lo que será nuestra herencia, estado, y destino futuros. Ya estamos sentados con él ***en los lugares celestiales*** (cap. 2:6), y un día lo estaremos físicamente como respuesta a su oración (*cf.* Jn 17:24). Y hemos de pensar en esta *altura* del amor de Cristo para aprender a amar, buscando el bien y la bendición del otro, por encima del coste que puede suponer.

Así que hemos de dedicar tiempo a pensar en todas las dimensiones del amor de Cristo, y hemos de pedir al Padre que nos las haga entender. Eso es lo que el apóstol hace aquí: que podamos tener una visión más grande y espiritual de ese inconmensurable amor de Cristo, para que nuestro entendimiento sea más lleno de este y para que lo experimentemos más profundamente. Para esto, evidentemente, es necesaria la obra del Espíritu Santo con la Palabra y en la Palabra, y es necesario tener un entendimiento renovado y un corazón dispuesto y suficientemente fuerte. El conocimiento del cristiano acerca del amor de Cristo, aunque imperfecto e incompleto, es realmente encantador, precioso, y satisfactorio, y debe constantemente profundizar y crecer en él (*cf.* 2 P 3:18).

Y con esto entramos en el último principio que enunciamos, y este en relación con el **versículo 19**: *No es una paradoja querer conocer el amor de Cristo que sobrepasa a todo conocimiento.*

El amor de Cristo ***excede a todo conocimiento***, no solamente porque es infinito y, por tanto, incomprendible para una mente finita, sino también porque nuestra experiencia personal, y con ella, nuestro gozo, nunca llegarán a su fin, nunca llegarán a agotarlo. En realidad, como la mujer con flujo de sangre, solamente tocamos ***el borde de su manto***

(Mt 9:20; Lc 8:44), la parte superior de la superficie, pero no llegaremos nunca a la profundidad total.

La palabra que usa aquí el apóstol, y que se traduce como *excede*, ya la ha empleado al referirse a la grandeza del poder de Dios: *supereminente* (cap. 1:19), y a las riquezas de la gracia de Dios: *abundantes* (cap. 2:7). Ahora la usa para el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, aunque hemos hablado de la comprensión y del conocimiento, es decir, de algo que tiene que ver más con el entendimiento y de algo que tiene que ver más con el corazón.

Pero si ponemos ambas cosas juntas, hablamos de un mayor sentimiento del amor de Cristo unido a un mayor conocimiento experimental de este, y no solo intelectual. El amor de Cristo trasciende, pues, el intelecto y la experiencia, y solo puede ser conocido, aunque ligeramente, cuando caemos ante él en adoración. Este, y otros temas de la Escritura, no son un fin en sí mismos, sino que han de llevarnos a adorar, servir y vivir para aquel que nos amó.

Cuando el Espíritu Santo, por gracia, toma de las cosas de Cristo y nos las pone en nuestro interior (y esto es una promesa que podemos reclamar con humildad: *cf.* Jn 16:14-15), hace que lleguen a formar una parte espiritual de nosotros, de modo que cuando leemos en la Palabra algo concerniente al amor de Cristo, *sabemos ciertamente* que es verdad porque tenemos la realidad de este en el interior de nuestras propias almas.

Así que no es una paradoja querer *comprender y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento*, sino que es una perfecta declaración de hecho. Todo cristiano debe y puede conocer ese amor, y todo cristiano debe y puede hacerlo conocer. Creemos en dicho amor, lo experimentamos, y nos gozamos en él como una bendita y glorio-

sa realidad, y lo anunciamos, aunque siempre será inadecuado e imperfecto, porque el infinito amor de Cristo no puede ser totalmente explorado, abarcado o agotado por nosotros.

Todo lo que es conocido del amor de Cristo en todos los santos y por todos ellos en la tierra, y todo lo que es conocido y gozado en todos los santos y por todos ellos en el Cielo, está muy por debajo de lo que es verdaderamente y de lo que hay en su propio corazón para con nosotros.

El amor de Cristo sobrepasa con mucho todos sus sufrimientos, del mismo modo que estos sobrepasan toda nuestra culpa y pecado. Sus sufrimientos no son sino la consecuencia de su amor, y así como la causa es superior al efecto, (como el árbol es mayor que los frutos, o como la nube trae más agua que la que derrama), así también el amor de Cristo excede a todo lo que ha hecho y a todas las bendiciones que de él fluyen hacia nosotros.

Ni incluso los ángeles pueden entender completamente el amor de Cristo hacia su Iglesia, pero esto no quita para que nosotros tengamos como fundamental preocupación estar más y más absorbidos por este amor, para que ejercitemos nuestras mentes en él, para que alimentemos nuestras almas con él, para que nos gocemos en nuestros corazones con él, y para que oremos constantemente por una mejor comprensión de él.

Todos los demás conocimientos de este mundo, aunque algunos ciertamente útiles, revelarán algún día que no son sino vanidad, y muchos, además, mentira, con lo que quienes se dediquen únicamente a ellos terminarán frustrados y sin nada. En cambio, la búsqueda del conocimiento del amor de Cristo es una tarea que nunca tendrá fin y que proporciona gozo tras gozo.

Los cristianos debemos atentamente mirar y estudiar la revelación dada de este amor en la Palabra, meditar en sus características, contemplar sus manifestaciones, y pensar en que es inalterable, sin disminución ni cese, *ancho, largo, profundo y alto*. Nuestra naturaleza carnal siempre duda del amor de Dios, y si la dejamos, siempre seguirá haciéndolo, por lo que meditar en el amor de Cristo debe ser un tema constante en nuestras vidas, digno de la mejor atención de todos los santos, pues, como hemos indicado, recompensa los esfuerzos y enriquece nuestras vidas espirituales. Y así como Abraham recibió la invitación de mirar a los cielos y contar las estrellas, para que entendiésemos que era imposible hacerlo, así también a nosotros se nos lleva a orar y a pedir para conocer más el amor de Cristo.

Nada conduce más a la adoración y a la gratitud en el corazón que la contemplación del amor de Cristo hacia una criatura no digna de ser amada, tal como somos nosotros. Nada conduce más a la vida de servicio y abnegación que esto mismo; nada nos hará cumplir con más gozo los mandamientos de Dios que la contemplación de este amor; nada nos separará más del mundo, y nada nos llenará más de paz, e incluso en las épocas de aflicción o de duelo, que esta contemplación y conocimiento.

Pero para ello, para comprender y conocer ese amor, es preciso que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, no se nos olvide. En la Palabra vemos que algunas personas, como Simón el fariseo, lo recibieron en su casa, pero no en su corazón, pues aquel no le dio beso ni agua para sus pies (*cf.* Lc 7:36-47). Otros lo recibieron en su corazón, pero no en su casa, como Nicodemo (*cf.* Jn 7:50; 19:39). Otros, como los habitantes de Gadara, ni en sus casas ni en sus corazones (*cf.* Mt 8:28,34). Pero algunos, como Lázaro, Marta y María lo

recibieron en ambos lugares: en su casa y en sus corazones (cf. Jn 11).

Este es el ejemplo para todos los que nos llamamos cristianos, pues si queremos conocer a Cristo y su amor, y esperamos entrar un día por las puertas de la Ciudad Celestial, tendremos ahora que amar y abrir nuestras puertas a aquel cuyo amor hacia nosotros trasciende todo conocimiento.

Por eso, hermanos, doblemos nuestras *rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que nos dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser [...] plenamente capaces de comprender, con todos los santos*, las dimensiones del amor de Cristo (anchura y longitud y profundidad y altura), *y de conocer este amor que excede a todo conocimiento*, pero también para ser suficientemente fuertes, plenamente capaces para practicar un amor con los demás, a su semejanza.

Terminamos con la letra de otro himno con la que nos comprometemos a mirar y pensar y recordar una y otra vez en este amor de Cristo:

*Quiero recordar tu grande amor, ¡oh Dios!,
hacia mí, un perdido y pobre pecador,
quiero recordar las penas de Jesús
en Getsemaní y el árbol de la cruz.*

*Gloria a nuestro Dios,
y gloria a nuestro Salvador,
gloria a nuestro Dios,
y gloria a nuestro Salvador.*

BILHORN, PETER P.

¡Que así sea!

ORACIÓN POR PLENITUD DEL CARÁCTER DIVINO I SED DE DIOS

Efesios 3:19 b

Lectura introductoria: Salmo 63:1-4

*Dios, Dios mío eres tú;
De madrugada te buscaré;
Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela,
En tierra seca y árida donde no hay aguas,
Para ver tu poder y tu gloria,
Así como te he mirado en el santuario.
Porque mejor es tu misericordia que la vida;
Mis labios te alabarán.
Así te bendeciré en mi vida;
En tu nombre alzaré mis manos.*

Como sabéis los que habéis llegado hasta aquí en la lectura, en la presente publicación estamos considerando el pasaje que la Escritura nos muestra en la parte final del capítulo 3 de la carta del apóstol Pablo a los efesios, y en él, desde del comienzo, hicimos una división para el estudio.

Así, os recuerdo que, en primer lugar, analizamos *la ocasión*, o el momento en que el apóstol hizo esta amplia oración, así como su actitud ante Dios y ante aquella, pues comienza diciendo: ***Por esta causa doblo mis rodillas***. Este co-

mienzo nos condujo a mirar lo que había escrito anteriormente y a deducir que el apóstol estaba orando para que aquellos cristianos viviesen más de acuerdo con lo que eran y con los enormes privilegios y bendiciones que habían recibido. Y decíamos que nos encontramos, por tanto, ante una oración que debemos hacer nuestra, ya que tampoco nosotros en el día de hoy vivimos a la altura de lo que somos ni de todo lo que nos ha alcanzado en Cristo Jesús.

En segundo lugar, nos detuvimos en *el Nombre y el título* de la persona divina a quien va dirigida la oración, a saber, ***el Padre de nuestro Señor Jesucristo*** [y resaltamos cada una de estas palabras] ***de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra.*** Esta consideración nos llevó a pensar, una vez más, en la importancia que debe tener para nosotros los hermanos, el Cuerpo de Cristo, así como el sometimiento que precisamos tener a Jesucristo como Señor, sin el cual ni esta ni otras oraciones pueden tener respuesta.

En tercer lugar, analizamos *el argumento* para la oración, pues el apóstol se dirige al Padre para que otorgue las peticiones siguientes ***conforme a las riquezas de su gloria,*** y es así como también debemos pedir nosotros. No conforme a nuestra necesidad, ni a nuestro entendimiento, ni a nuestra fe, ni a otros argumentos, sino conforme a las riquezas de su gloria, pues no es demasiado para él conceder a sus hijos estas cosas gloriosas.

Finalmente, en cuarto lugar, comenzamos a analizar *las peticiones* del apóstol propiamente dichas, que son cuatro en número. Las tres primeras ya las hemos considerado: ***Fortalecimiento con poder en el hombre interior por su Espíritu, morada de Cristo por la fe en los corazones arraigados y cimentados en amor,*** y ***comprensión y conocimiento del amor de Cristo en sus dimensiones,*** aunque este amor excede a todo conocimiento.

Ahora hemos de detenernos en la cuarta petición, que dice lo siguiente: ***Para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios***, y a la cual, en consecuencia, hemos llamado: *Oración por plenitud del carácter divino*. Ya hemos indicado que las cuatro peticiones están entrelazadas, pero también que cada una supone un paso más sobre la anterior o anteriores, y aquí, en esta, tenemos la que cierra el conjunto y la que supone el clímax de todas.

Esta petición —ser ***llenos de toda la plenitud de Dios***— ha sido ridiculizada por los críticos, los escépticos, y por todos aquellos que la miran en una manera carnal diciendo que nos encontramos ante el absurdo de que algo finito pueda comprender lo infinito, o ante la petición de que un hombre sea deificado. Estas personas imaginan al apóstol en un estado tal de euforia y entusiasmo, como en un éxtasis emocional, que le hace olvidar el límite que separa a la criatura del Creador.

Nosotros, los cristianos, en cambio, y por la gracia de Dios, rechazamos totalmente esta forma de pensar, pero puede ser que también nos inclinemos a preguntarnos: «¿Cómo es posible que criaturas como nosotros —llenas de debilidades, tan limitadas en todo y para todo, hostigadas por el pecado que mora en nuestro interior, y constantemente tentadas por el mundo y por Satanás— esperemos ser favorecidos de este modo y tener una experiencia de esta clase y en esta vida?».

Esta puede ser una pregunta que nos hagamos, y que incluso pensemos que es una pregunta razonable, pero si es este el caso en algunos de nosotros, y dudamos, debemos tener presente estas otras de acuerdo con lo que decimos creer: «¿Cómo es posible que una oración tal como esta haya salido de unos labios inspirados, a menos que lo que se pide sea alcanzable?; ¿o es que vamos a pensar que el apóstol estaba perdiendo el tiempo y el aliento al suplicarle a Dios estas cosas,

que él sabía que eran imposibles?; ¿o es que el apóstol, al pedir esto por aquellos hermanos, él mismo lo desconocía?; ¿no intuimos, más bien lo contrario, es decir, que lo que el apóstol tenía y conocía lo quería también para sus hermanos?; ¿no tenemos aquí, otra muestra más, como cuando dice: ***Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*** (Fil 4:13), de algo que puede ser cierto, y es bueno que lo sea, también en nosotros?».

Los cristianos creemos en la inspiración verbal y plenaria de ***toda la Escritura*** (2 Ti 3:16), en que el Espíritu Santo condujo ***a los santos hombres de Dios*** para escribir lo que ha quedado constatado (2 P 1:21), porque, en caso contrario, este sería un ejemplo en el que podríamos condenar por blasfemia a su escritor.

¡Pero qué pensamiento tan maravilloso!; ¿no es cierto? Poder ser llenos de toda la plenitud de Dios. Pero: ¿podemos pedir esto?; ¿es alcanzable?; ¿nos atreveremos a hacer esta oración cuando sepamos lo que significa?; ¿desearemos hacerla?; ¿la haremos nuestra para siempre?

Ser ***llenos de toda la plenitud de Dios*** es la oración que vamos a comenzar a considerar: *Oración por plenitud del carácter divino*, pero antes debemos abrir nuestras biblias y dirigirnos a Dios con nuestras rodillas dobladas, incluso para hacer la lectura, pidiendo su bendición en esta preciosa y magnífica porción de su Palabra.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Ef 3:14-16,19).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Lo primero que hemos de saber, a modo de introducción, es que hay en la Deidad una plenitud que es incomunicable a las criaturas. Sus perfecciones o atributos naturales —tales como la eternidad, la infinitud, la omnisciencia, la omnipresencia, o la omnipotencia— no pueden llegar a ser nuestros. Pero hay otra plenitud en Dios que sí puede ser comunicada, la que corresponde a sus perfecciones morales, de modo que en estas podemos y debemos parecernos a él. En Dios habita la plenitud de la paz y la bondad, de la justicia y la misericordia, de la paciencia y del amor, de la verdad y de la fidelidad, etc., y a esto sí que debemos aspirar. Con ellas Dios puede llenar a su pueblo conforme *a las riquezas de su gloria*, y son estas las que pedimos en la oración y las que debemos tener en mente.

Pero aún hay una cosa más, y no poco importante: no solo debemos participar de sus perfecciones morales, sino que debemos tenerlas todas unidas y armonizadas, tal como se encuentran en Dios mismo. Por ejemplo, podemos mostrar en unos casos aislados, justicia, o misericordia, o amor, o verdad, y esto es relativamente fácil. Pero hemos de tener cuidado con las manifestaciones de las virtudes que son opuestas, para guardar con ellas un equilibrio cada vez más perfecto. Virtudes tales como la fe y el temor, la humildad y la confianza, la debilidad y la fortaleza, la contrición y el gozo, la generosidad y la prudencia, la mansedumbre y el celo, o la rectitud y la misericordia, estamos llamados a manifestarlas en forma armoniosa.

Sucede lo mismo que con las bienaventuranzas, acerca de las cuales hemos oído decir, y es algo totalmente equivocado: «Aunque yo solo manifiesto la séptima de ellas, pero no las demás, ya esto es suficiente para mostrar que soy cristia-

no». No habla el Señor en ellas del carácter natural de algunas personas, sino de un fruto completo en los verdaderos cristianos.

En otras palabras, si **Dios es luz** (1 Jn 1:5), nosotros también debemos serlo (**Yo soy la luz del mundo**: Jn 8:12; **vosotros sois la luz del mundo**: Mt 5:14), y en la luz hay un conjunto de distintos rayos con distintas longitudes de onda unidos que, si se ponen por separado, algunos son más parecidos a las tinieblas que a la propia luz; y otros, aunque pueden deslumbrar, no proporcionan luz para ser mirada o para trabajar con ella. Es la unión de todos, en proporción, y en un movimiento simultáneo, lo que constituye la luz. Y así sucede también con las virtudes, que deben estar juntas en un ejercicio simultáneo, cada una ablandando y templando, complementando y suplementando, enriqueciendo y embelleciendo a su opuesta, si hemos de parecernos a Dios.

Así, fijándonos, por ejemplo, en las virtudes antes citadas, puede decirse de ellas que la fe sola, sin el temor de Dios, conduce al orgullo; y el temor solo, sin la fe, al anonadamiento. La humildad, sin la confianza, nos hace apocados; y la confianza, sin humildad, temerarios. La conciencia de nuestra propia debilidad nos puede anular, y por eso necesitamos simultáneamente la fortaleza en Dios. El gozo interior no está reñido con el pesar por el pecado, de modo que ambos son necesarios para mantenernos en un equilibrio, lejos de las grandes subidas y bajadas de ánimo. La generosidad, sin la prudencia, es una locura; y la prudencia, sin generosidad, conduce a la avaricia. La mansedumbre, sin celo, lleva a la apatía y la dejadez; y el celo, sin mansedumbre, al desenfreno irracional. La rectitud, sin misericordia, conduce al legalismo; y la misericordia, sin rectitud, fácilmente lleva a la injusticia y al desorden. Y así podríamos continuar.

En realidad, estamos hablando de desear, esforzarnos, orar, y crecer en el carácter de Cristo y en el equilibrio perfecto de su persona. Tener gracia sin debilidad, verdad sin severidad, fuerza sin violencia, autoridad sin imposición, celo sin imprudencia, proporción sin exageración, y grandeza sin altivez. Equilibrio perfecto con integridad moral sin falso puritanismo, con fortaleza sin opresión, con alegría sin ligerezas, sociabilidad sin disipación, espiritualidad sin ascetismo, responsabilidad sin gran preocupación y afán, y libertad sin libertinaje. Armonía perfecta con tristeza sin depresión, fervor sin fanatismo, amor sin lascivia, conocimiento sin envanecimiento, etc.

Este era el carácter y estas las virtudes de nuestro Señor, todas y todas unidas perfectamente en Cristo Jesús, Dios y hombre: fortaleza y prudencia, ternura y coraje, amor y pureza, autoridad y servidumbre, cabeza y corazón, razón y sentimientos, mansedumbre y poder, humildad y realeza, ira santa y dominio propio, justicia y misericordia, etc.

Por tanto, necesitamos y pedimos las perfecciones morales del propio Dios que hemos visto en Cristo (*el que me ha visto a mí, ha visto al Padre*: Jn 14:9), y las necesitamos y pedimos en armonía. Si con el salmista pedimos: *Sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros* (Sal 90:17), hemos de saber que esto solo es posible por la unión de las virtudes, ejercitadas y atemperadas unas con otras.

Y es cierto que los cristianos tenemos ya una pequeña porción de estas perfecciones porque hemos llegado *a ser participantes de la naturaleza divina* (2 P 1:4) al nacer *del Espíritu* (Jn 3:5-6), y es cierto que las tenemos ya un poco contrapesadas, pero no debemos conformarnos con que se nos apliquen las palabras del propio apóstol, cuando escribió: *Sois estrechos en vuestro propio corazón* (2 Co 6:12). Antes bien, debemos tener presentes aquellas otras que dicen: *Porque en*

él [en Cristo] *habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad* (Col 2:9-10).

Esta petición —ser ***llenos de toda la plenitud de Dios***— y las anteriores que conducen a ella deben producir en nosotros una actitud similar, aunque en menor medida, de la que tienen ahora los santos y los ángeles en el Cielo. Allí, ***los espíritus de los justos hechos perfectos*** (He 12:23) y ***los ángeles***, se postran en adoración ante el trono (*cf.* Ap 5:8; 7:11), al conocer y por conocer un poco más del amor de Dios en Cristo, y aquí, nosotros también debemos doblar nuestras rodillas en adoración ante ese amor inconmensurable y su conocimiento, y ante la perfección que admiramos y deseamos.

Finalmente, indico en esta introducción que la petición que hacemos en esta oración y en las anteriores deben estar encaminadas —además de a la adoración a Dios— al servicio, ***a la imagen de*** nuestro Señor Jesucristo (Ro 8:29; *cf.* caps. 4:12-13; 5:1-2).

Los serafines que vio Isaías tenían ***seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban*** (Is 6:2), y volaban para hacer la voluntad de su creador, mostrándonos también lo que nosotros debemos hacer con nuestros poderes y bendiciones concedidas: humillación y contrición unidos al celo, en toda nuestra conducta, teniendo la seguridad de que el uso de esas bendiciones sirve para parecernos más al Señor, y no para impedir la autohumillación.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Los principios de la oración, como los de todas las demás, se encuentran recogidos en el cuadro que se expone al final de esta publicación. El primero de ellos, con el que comenza-

mos, lo enunciamos así: *No debemos limitar a Dios, creyendo que es tan pobre como nosotros mismos.*

Ya hemos dicho que muchos se cuestionan esta petición, y que muchos cristianos dudan de que sea posible, pero ante esta duda, más bien hemos de ser reprendidos y humillados. La petición del apóstol para que los santos sean ***llenos de toda la plenitud de Dios*** nos muestra, una vez más, para nuestra vergüenza, la pobreza y la mezquindad de las nuestras. Si pensamos en nuestras peticiones a Dios y las comparamos con esta, comprobamos fácilmente que quedamos satisfechos con un bajo nivel de espiritualidad, con una triste condición que no nos importa demasiado, y con los muchos fallos que nos impiden vivir de acuerdo con los grandes privilegios que tenemos como ***herederos de Dios y coherederos con Cristo*** (Ro 8:17).

Hermanos, si somos hijos del Rey, no debemos vivir tantas veces como pordioseros espirituales; si somos la esposa del Médico divino, no debemos estar tantas veces enfermos; si estamos unidos a la Fuente, no debemos estar tantas veces como muriendo de sed... Esto no debe ser.

Muchas veces, en vez de mirar la omnipotencia y la munificencia o generosidad de Dios, en lugar de pensar en la plenitud que hay en él, en vez de considerar las riquezas de su gloria, lo limitamos en nuestros pensamientos y vivimos y actuamos como si Dios fuera casi tan pobre como nosotros mismos, solamente con un poco más de poder o riqueza. De esto todos somos culpables, y por esto todos debemos pedir perdón. Porque pensando y viviendo así, nuestras expectativas, nuestra confianza, y nuestra esperanza, las medimos por los logros anteriores que ya hemos tenido o disfrutado, y no por el carácter revelado de Dios que tenemos en la Palabra, del que se nos dice que es ***el Dios de toda gracia*** (1 P 5:10).

Por tanto, hermanos, debemos ver las peticiones anteriores, y también esta, como un correctivo para nuestra falta de fe, para nuestra pobre esperanza, y para nuestros cortos objetivos espirituales. Debemos mirar las peticiones anteriores, y también esta, para saber que cada uno individualmente podemos aspirar a ellas y debemos diariamente orar por ellas. Debemos observar las peticiones anteriores, y también esta, como una revelación del corazón del Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos da a conocer a nosotros sus hijos el gran privilegio que tenemos y la que es su voluntad para con nosotros, para que nos gocemos con estas cosas.

Así pues, no nos conformemos con unos bajos logros en nuestro cristianismo, y apuntemos a objetivos altos, tan altos como este: ser ***llenos de toda la plenitud de Dios***, que es lo mismo que desarrollar plenamente en nosotros ***la mente de Cristo*** (1 Co 2:16), o que ***Cristo sea formado en*** nosotros (Gá 4:19).

Esta petición, en un sentido, cesará en el momento de nuestra muerte, pues entonces tendrá lugar en nuestra alma un gran cambio para poder entrar en el Cielo y ver al Señor Jesucristo, siendo ***semejantes a él*** (1 Jn 3:2). Pero, en otro sentido, este proceso de transformación no cesará, y siempre estaremos creciendo en aspectos tales como el conocimiento, el amor, el gozo, etc. Aun en la gloria seguiremos siendo criaturas finitas y, por la ausencia total de pecado, nuestro contacto con el Infinito permitirá que sigamos progresando en muchos aspectos. Y esto es así porque aun los atributos comunicables, ***en la misma medida en que existen en Dios*** nunca serán nuestros, siendo, por tanto, en un sentido también incommunicables. Pero esta es la meta: llegar a ser más y más como Dios, el ideal final que nunca alcanzaremos, pero que debemos anhelar ya aquí en la tierra.

Así que, hermanos, no limitemos a Dios ni limitemos nuestras aspiraciones, pero tengamos presente el lugar que ocupa esta petición. Si nos preguntamos: «¿Cómo se puede alcanzar la plenitud?; ¿cómo se avanza?; ¿se consigue con ayunos, arrepentimiento, o mortificaciones?; ¿por dónde hemos de empezar?; ¿cuál es el camino?», la respuesta es: «Ya nos lo ha mostrado el apóstol con las peticiones anteriores, pues una conduce a la otra, y esta no es la primera, sino la última».

Necesitamos ser fortalecidos en el hombre interior por el Espíritu, y necesitamos dedicar tiempo a pensar en Cristo para que more en nuestros corazones y crezcamos a su semejanza; pero también necesitamos esforzarnos en la práctica de un amor a imagen del suyo en todas las dimensiones, y en conocer y comprender dicho amor, porque eso es lo que produce una influencia irresistible llevándonos a ser llenos de su plenitud.

Repito: habremos de ponderar y considerar mucho más el amor de Cristo hacia nosotros, y habremos de esforzarnos mucho más en practicar dicho amor, hasta que nos constriña (*cf.* 2 Co 5:14) y, a fuerza de mirar **la gloria del Señor**, seamos **transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor** (2 Co 3:18).

Del mismo modo que hemos hablado de que ser **arraigados y cimentados en amor** es una consecuencia de la morada de Cristo por la fe en nuestros corazones, así como también la condición necesaria para que podamos comprender y conocer su amor que excede a todo conocimiento, es igualmente cierto que el tener nuestros corazones y mentes ocupados con el amor de Cristo nos prepara para poder llegar a ser **llenos de toda la plenitud de Dios**. Es mediante una creciente comprensión y conocimiento experimental de lo primero co-

mo seremos equipados para esto último. Es cuando vamos comprendiendo nuestras más grandes y altas bendiciones que nuestras almas van siendo equipadas para la recepción de otras. Es entonces cuando llegamos verdaderamente a razonar con el apóstol: ***El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?*** (Ro 8:32).

En la medida en que nos ocupamos más y más con el amor de Dios en Cristo, nuestros deseos, objetivos, y expectativas en la vida se levantan, y así miramos cada vez más a Dios sabiendo que podemos contar con las donaciones de las riquezas de su gloria en todas las cosas que necesitamos para nuestra santidad, gozo y satisfacción.

Como dice Pablo en otra de sus cartas: si hemos ***resucitado con Cristo***, debemos buscar ***las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios***, y las cosas de arriba en plenitud. Se nos ordena poner ***la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque hemos muerto, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios***. Y si bien es cierto y creemos que ***cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces nosotros también seremos manifestados con él en gloria***, no debemos quedar satisfechos cuando todavía vemos tan poca gloria de él en nosotros (Col 3:1-4).

Los que hemos creído entramos en el reposo (He 4:3) en un sentido bendito, pero puesto que ***no es este el lugar de reposo*** definitivo (Miq 2:10), hemos de levantarnos, esforzarnos, y orar por esa plenitud de Dios que irá calmando nuestra sed al tiempo que dándonos más.

Ser ***llenos de toda la plenitud de Dios***, hermanos, esta es nuestra meta, y por ella debemos orar y clamar con vehemencia al Padre de nuestro Señor Jesucristo para que nos la conceda conforme a las riquezas de su gloria. Y siempre, y

no solo con esta petición, con el objetivo de que a *él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén* (v. 21).

**ORACIÓN POR PLENITUD DEL
CARÁCTER DIVINO II
SED DE DIOS**

Efesios 3:19 b

Lectura introductoria: Salmo 42:1-5

*Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas,
Así clama por ti, oh Dios, el alma mía.*

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo;

¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?

Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche,

Mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?

*Me acuerdo de estas cosas, y derramo mi alma dentro de
mí;*

*De cómo yo fui con la multitud, y la conduje hasta la casa
de Dios,*

Entre voces de alegría y de alabanza del pueblo en fiesta.

¿Por qué te abates, oh alma mía,

Y te turbas dentro de mí?

Espera en Dios; porque aún he de alabarle,

Salvación mía y Dios mío.

En el capítulo anterior comenzamos con el estudio de una nueva oración del apóstol Pablo que hemos titulado *Oración por plenitud del carácter divino*, la cual se encuentra al final del capítulo 3 de su carta a los efesios, y constitu-

ye la cuarta y última petición que hace el apóstol en este amplio párrafo que cierra dicho capítulo. En el **versículo 19**, el apóstol expresa su petición del modo siguiente: ***Para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios***, y dijimos que esta es la que cierra y supone el clímax de todas, el máximo deseo que podemos tener como cristianos.

En relación con ella hablamos de la importancia de comprender lo que implica, pues no nos dirigimos a Dios para que nos bendiga con sus atributos incommunicables sino con aquellos otros que podemos llamar morales, y de los cuales también tiene plenitud. La justicia, el amor, la misericordia, la fidelidad, la generosidad, la paciencia, el celo, etc., son virtudes en las que necesitamos crecer y por las que debemos pedir que se nos conceda según las riquezas de su gloria.

Pero, además, también indicamos que necesitamos tenerlas todas en equilibrio y en armonía, y por ello debemos pedir, pues algunas, si no están enriquecidas por sus opuestas, pueden dar lugar a una distorsión completa del carácter cristiano. En realidad, aquí, como en tantas otras cosas, nuestro ejemplo y modelo es el Señor Jesucristo, a cuyo equilibrio perfecto debemos aspirar.

Finalmente, también señalamos el contraste entre esta petición junto a las anteriores con las que suelen ser las nuestras en oración, lo cual nos debe estimular para no quedarnos satisfechos con una baja condición espiritual ni conformarnos con cortos objetivos en nuestras vidas, como si Dios fuera tan pobre como nosotros. Podemos ir creciendo y debemos aspirar y anhelar a esta plenitud de Dios, aunque para alcanzarla hay un orden, un camino trazado, que pasa por el fortalecimiento con poder en el hombre interior por el Espíritu, por la morada de Cristo en nuestros corazones, por una vida práctica en amor en todas sus dimensiones, y por una creciente comprensión y conocimiento del amor de Cristo.

Por tanto, no estamos ante un imposible, sino ante algo glorioso y grandioso que, en la medida en que nos llega, produce un mayor deseo y vehemencia por más, al tiempo que nos lleva a una mayor adoración y a una vida con gozo al servicio de aquel que nos da de su plenitud.

Ser llenos de toda la plenitud de Dios.

Ahora leemos la Palabra y pedimos a Dios con fervor y humildad, según su voluntad, que esto se haga cada día mayor realidad en nosotros, para gloria suya y bendición de muchos.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Ef 3:14-16,19).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Antes de entrar en el segundo principio de la oración, después del que hemos analizado en el capítulo precedente, debemos prestar un poco más de atención a la palabra **plenitud** que usa el apóstol y conforme a la cual se pide. Y esto porque, aunque en un sentido ya estamos completos en Cristo, ya tenemos plenitud, en otro no, y aún nos falta mucho.

Esta palabra es característica tanto en esta carta como en la dirigida a los colosenses. En esta última, Pablo nos dice no solo que **toda la plenitud de la Deidad habita** en Cristo, sino también que nosotros mismos estamos **completos en él** y su plenitud (Col 1:19; 2:9-10). Pero esto no significa que hayamos llegado ya a la perfección (*cf.* Fil 3:12), pues en la carta

a los efesios se nos dice que debemos continuar, cada uno individualmente, siendo *llenos del Espíritu* (cap. 5:18) y, como Iglesia, aunque ya somos *la plenitud de* Cristo (cap. 1:23), debemos seguir creciendo hasta alcanzar su *plenitud* (cap. 4:13-16). Es también lo indicado en Juan 1:16: *De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia* (RVR 1995).

Así que si en un sentido no nos falta nada en Cristo, en otro, solo tenemos las migajas que proceden de su mesa, las cuales no deseamos como nuestro alimento, aunque deseamos más, y queremos en Cristo, con Cristo, y por medio de Cristo, *banquete de manjares succulentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados* (Is 25:6) que proceden de su plenitud, magnificencia y munificencia.

Y entramos ahora en el siguiente principio, que enunciamos así: *La plenitud del carácter divino se muestra en Cristo, y llega a nosotros en Cristo y por medio de Cristo.*

En realidad, ya hemos dicho algo de la primera parte de este principio, y acabamos de recordarlo al hablar del equilibrio perfecto en nuestro Señor, pero vamos ahora a seguir ahondando un poco más en el tema.

Recuerdo al lector que el argumento para estas peticiones son *las riquezas de su gloria*, las riquezas de la gloria del Padre de nuestro Señor Jesucristo, en el cual vemos una actitud también gloriosa al impartirnos su plenitud por medio de nuestro conocimiento del amor de Cristo. Este es el orden en las peticiones tercera y cuarta de este pasaje.

Así que es en Cristo y por medio de Cristo donde se nos muestra a Dios y su plenitud, pero particularmente en Cristo y por medio de Cristo en la cruz; ahí es donde la plenitud del carácter divino, *que es lo que pedimos*, se nos

muestra. En todas sus otras obras vemos un poco de dicha plenitud, pero en Cristo, y en Cristo en la cruz, todas las perfecciones divinas se revelan completamente. Por eso se nos indica: ***A Dios nadie le vio jamás*** [podemos añadir «adecuada» o «claramente»: cf. Mt 5:8]; ***el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*** (Jn 1:18).

En la obra de la creación o en la providencia de Dios, vemos algunos de sus atributos (los cristianos que se empeñan en defender la evolución tienen muy difícil explicar cómo un Dios justo y de orden hizo una creación donde la injusticia de la ley del más fuerte imperaba y el desorden era total, cuando aún el hombre no había pecado), pero es en la obra de la redención, y solamente en ella, donde se muestra toda su completa excelencia.

De igual modo, aunque también fueron grandes las manifestaciones de dicha gloria y plenitud en otros muchos momentos y circunstancias (tales como en el huerto de Edén, en el diluvio, en la liberación del pueblo de Egipto, en el monte Sinaí, o cuando permitió que Israel fuese de nuevo a la esclavitud), todas ellas no fueron sino exposiciones parciales, manifestaciones ocasionales y fragmentarias. Por eso también se nos indica: ***Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras, en otro tiempo, a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por [en] el Hijo*** (He 1:1-2).

Así pues, Cristo es la revelación de Dios perfecta y final, donde vemos toda la plenitud divina. Por eso, ante la petición de Felipe, que dijo: ***Señor, muéstranos al Padre, y nos basta***, su respuesta fue: ***¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*** (Jn 14:8-9).

Pero no solo es en Cristo y por medio de Cristo como se nos muestra la plenitud de Dios, sino que también es en él, y por medio de él como nos llega dicha plenitud. Por medio del amor de Cristo en la cruz, ha sido abierto un camino para que las bendiciones de Dios puedan comunicarse a nosotros, criaturas culpables, para que la plenitud de Dios pueda alcanzarnos. Esta plenitud puede compararse con una poderosa corriente, y el pecado nuestro como una alta montaña que obstaculiza el camino por el que tendría que fluir dicha plenitud y que impide que seamos llenos de ella. Pero Dios quiso —y su voluntad es invencible— remover y quitar esta montaña, cosa que no podía hacer ningún hombre por sus propios esfuerzos, ni incluso por los esfuerzos combinados de toda la raza humana.

Dios tenía que mostrar su justicia y su santidad, y ningún hombre podía eliminar el pecado que lo mantenía culpable (y que para Dios es abominable), separado de Dios, y que impedía que Dios le fuera propicio. Con el pecado no pueden llegarnos bendiciones de Dios. Pero Dios consideró que lo mejor para su gloria, y lo mejor para mostrar y poder impartir sus perfecciones morales, era abrir un camino por medio de aquella montaña con la obra mediadora de su Hijo encarnado tomando los pecados de su pueblo. Así pues, Cristo no solo muestra la plenitud de Dios, sino que abre el camino para que las bendiciones de Dios puedan fluir hacia nosotros. Con su sacrificio, la montaña de nuestros pecados fue removida y arrojada *en lo profundo del mar* (Miq 7:19), quedando, de este modo, despejado y abierto el camino para que de la plenitud del corazón de Dios fluyan hacia los pecadores creyentes sus bendiciones. Y esto, sin que se ataque ni menoscabe en lo más mínimo su carácter, o su honor o su gloria, pues en la cruz Dios ha mostrado que no tiene connivencia con el pecado.

Repito: es en Cristo y por medio de Cristo como vemos la plenitud del carácter moral de Dios pero también en él y por medio de él como nos llega dicha plenitud. No hay otro **camino** (Jn 14:6), **no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres** (Hch 4:12), no hay otro **mediador** (1 Ti 2:5), ni hay otra **puerta** (Jn 10:7,9) por la que no solamente pueda llegar a nosotros la salvación, la justificación, y otras bendiciones, sino también la plenitud del carácter moral divino. Por eso, si Cristo no habita por la fe en nuestros corazones, arraigados y cimentados en amor, de modo que podamos ir comprendiendo con todos los santos las dimensiones del amor de Cristo y el conocimiento de este, no podemos ser llenos, o más bien llenados, de, o hasta, toda la plenitud de Dios.

Ahora bien, hay aquí un aspecto muy importante que también hemos de destacar. En el capítulo anterior, y lo hemos recordado, decíamos que con esta petición hemos de entender la necesidad que tenemos de que Dios derrame sus perfecciones morales sobre nosotros, el deseo de ser como Cristo en cuanto a su equilibrio perfecto. Pero no es esto solo lo que se incluye en la oración, pues —como estamos diciendo— la plenitud de Dios la vemos en Cristo y, sobre todo, en Cristo en la cruz, de modo que cuando pedimos y vamos siendo llenados de la plenitud de Dios, estamos pidiendo para ir acercándonos cada vez más a la cruz; a Cristo, pero a Cristo en la cruz.

Esto lo olvidan muchos cristianos, que desean ser como Cristo, hablando con sabiduría, sanando enfermedades, calmando la tempestad o echando fuera demonios, pero no quieren ser como Cristo en la cruz. En la cruz —como hemos dicho— es donde vemos mejor y más plenamente el amor, la sabiduría, el celo, la paciencia, la fidelidad, la mansedumbre, la debilidad, la fortaleza, la humildad, la genero-

sidad, la confianza, la responsabilidad, la libertad, el poder, el dominio propio, la justicia, etc., de Dios. En la cruz vemos la plenitud de Dios, y si pedimos plenitud, hemos de hacerlo con valentía, porque nos conducirá a la cruz. No en vano dijo el propio Señor: ***El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan*** (Mt 11:12) (***el reino de los cielos ha venido avanzando contra viento y marea, y los que se esfuerzan logran aferrarse a él***: NVI).

La plenitud se alcanza, pues, siendo como Cristo en la cruz, estando con Cristo ***juntamente crucificado*** (Gá 2:20), gloriándonos en dicha ***cruz*** (Gá 6:14), gozándonos en los padecimientos, siendo semejantes ***a él en su muerte*** si queremos serlo en ***su resurrección*** (Fil 3:10) (animo al lector, si nunca lo ha hecho, a que medite en este último versículo y lo una al de 1 Corintios 10:13: ***No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar***), y en ello y para ello, contemplando la gloria de Dios con gozo.

El siguiente principio que hemos de tener también presente a la hora de realizar esta petición lo enunciamos así: ***Para recibir la plenitud de Dios es necesario que nos vaciemos de otras muchas cosas.***

Ya hemos indicado que solo vamos a conocer parcialmente el amor de Cristo, pues excede a todo conocimiento, pero esto mismo sucede con la plenitud de Dios: aunque bebamos y nos empapemos de ella, solo gozaremos de ella en parte. Pero para crecer en ella y ser llenos de ella, no solo es necesario que Dios nos la haya mostrado en la cruz, y que por medio de la misma cruz Dios haya abierto un camino para que pueda comunicarla a nosotros,

sino que es necesario también que nos vaciemos a nosotros mismos de todos aquellos obstáculos que impiden su entrada.

Una mente no renovada, una mente no transformada (*cf.* Ro 12:2), una mente que no se ocupe cada vez más con **las cosas de arriba** (Col 3:1-2), una mente que no tenga siempre presente que su verdadera **ciudadanía está en los cielos** (Fil 3:20) y, en definitiva, una mente que no esté llena de Cristo y se parezca cada vez más a **la mente de Cristo** (1 Co 2:16), no puede ser llenada con la plenitud de Dios.

Una mente de este tipo no tiene cabida para dicha plenitud, pues siempre está preocupada por otras muchas cosas de aquí abajo. Y no solo la mente, sino también los deseos, los afectos y todo el ser entero, pues si todo ello está centrado —como dice Pablo— en la **basura** de este mundo (Fil 3:8), es imposible ser llenos de la plenitud de Dios. Es lo mismo que sucede con la falsa religión que, hinchada con su justicia propia y su autosuficiencia, no deja lugar para la salvación libre que procede de la gracia de Dios.

En cambio, cuando el amor de Cristo se conoce personal y experimentalmente tal como se ve en la Palabra, cuando el alma se da cuenta de dicho amor por la operación sobrenatural del Espíritu Santo, y cuando un amor de esa clase se practica hacia las personas, entonces todas las otras cosas quedan muy por debajo en la mente, en los deseos, en el corazón, y en el ser entero y, entonces, la plenitud de Dios encuentra libre acceso.

Repito que hemos de tener presente el orden en las cuatro peticiones, y solamente podemos ser llenos de la plenitud divina cuando el corazón se ocupa con Cristo y con su amor, lo cual nos capacita para amar. Hay una conexión entre esta petición y la tercera anterior.

Debemos observar también la fuerza de esta petición, que es acumulativa, para que entendamos hasta dónde necesitamos ser vaciados de nosotros mismos. ¡Y es que es tremenda dicha petición!, pues, pensando en ella, nos encontramos en la misma posición que cuando pedimos: ***Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, o venga tu reino, o hágase tu voluntad*** (Mt 6:10-12).

No solamente se pide aquí para ser llenos de algo o con algo, para que Dios nos llene de algo, sino para ser llenos de algo *de Dios*, del propio Dios; y no solamente para ser llenos de algo de Dios, sino para ser llenos de, o con, o hasta, *la plenitud de Dios*; y no solamente ser llenos de (con, hasta) la plenitud de Dios, sino de (con, hasta) *toda* la plenitud de Dios.

Evidentemente, nadie puede llegar a asimilar todo el contenido de esta, ni nadie puede llegar a explicar completamente su significado, pero si tenemos en cuenta lo que hemos dicho antes, lo de vaciarnos, hemos de pensar también hasta dónde esto supone.

Si queremos ser llenos de algo, de algo hemos de vaciarnos; si queremos ser llenos un poco de Dios, hemos de vaciarnos un poco de nosotros mismos, pues de ello estamos llenos; si queremos ser llenos de la plenitud de Dios, hemos de vaciarnos de la plenitud carnal de nosotros mismos; y si queremos ser llenos de toda la plenitud de Dios, hemos de vaciarnos totalmente de nosotros mismos, en toda plenitud, llegando a decir con Pablo: ***Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*** (Gá 2:20).

¿No es ahora, desconocido lector, hermano, buen momento para detenerte un poco y meditar y orar en cuanto a esto? No pasa nada porque hagas un alto y pidas la bendición de Dios para este vaciamiento y llenado y, si es necesario, para que pidas perdón por aferrarte a, quizá, muchas cosas.

Esta llenura de toda la plenitud de Dios, vuelvo a recordar, no significa que lo finito pueda contener al Infinito, o que podamos llegar a ser como Dios mismo. Esto no puede ser nunca, pero los cristianos podemos ser llenos con toda la plenitud de Dios en la medida en que vivimos y actuamos como nuevas criaturas en Cristo, en la medida en que podemos hacer nuestras también las palabras de Pablo cuando dice: ***Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*** (2 Co 5:17). En la medida en que este ***todas*** sea una realidad en nosotros, también lo será el ser llenos de ***toda*** la plenitud de Dios.

Para mostrar la plenitud de Dios y abrir el camino para que dicha plenitud nos alcanzase, el Señor Jesucristo tuvo que vaciarse a sí mismo e ir a la cruz, y solo después fue exaltado (*cf.* Fil 2:5-11). Y así, de ese modo, nos mostró el único camino para que nosotros también podamos ser llenos de la plenitud de Dios. Las riquezas de la gloria precisan nuestro vaciamiento y muerte.

Y, cuando vamos por este camino inigualable de perfección y de bendición para nosotros, nunca quedaremos satisfechos. Las bendiciones presentes que podamos tener de las cosas divinas nunca las consideraremos suficientes, y seguiremos mirando siempre hacia adelante, buscando, anhelando y orando para que estas sean aumentadas. Esta es la única codicia no pecaminosa, y también la única que conlleva bendición.

La promesa del Señor solamente es para aquellos que tienen ***hambre y sed de justicia***, a los cuales se les asegura que ***serán saciados*** (Mt 5:6). Es esta comprensión la que llevó a Robert Murray M'Cheyne, un gran hombre de Dios que murió a los veintinueve años de edad, a pedir: *Señor, hazme tan santo como pueda serlo* [como pueda resistir] *un pecador perdonado*. Esta era la oración que caracterizaba su vida devocional, convencido de que Dios bendice no tanto los grandes talentos como la gran semejanza con Jesucristo.

También vemos el mismo deseo en los santos de la antigüedad: ***Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas*** (Sal 63:1).

Finalmente, también debemos destacar un aspecto que puede responder a las dudas de algunos sobre si esta plenitud que se pide puede ser alcanzada. Si nos fijamos en nosotros mismos, ciertamente, por nosotros mismos somos vasijas muy limitadas, y una vasija solamente puede ser llena hasta su mismo borde, y no más. En cambio, cuando Dios derrama sus bendiciones sobre nosotros podemos mirarnos como un recipiente elástico, como una vasija cuyo tamaño se va agrandando cada vez más, de modo que su capacidad de recibir es cada vez mayor. En las cosas espirituales tenemos cierto parecido con el estómago, que podemos aumentar su tamaño a medida que vamos comiendo en exceso, aunque, por desgracia, a muchos que se llaman cristianos les preocupan más sus vientres que sus capacidades espirituales, y ***sólo piensan en lo terrenal*** (Fil 3:19).

Por tanto, hemos de vaciarnos de nosotros mismos y de muchas de nuestras cosas porque, en realidad, ni siquiera somos nuestros, pues hemos ***sido comprados por precio*** (1 Co 6:19-20), ni tenemos nada propio, como reconoció David an-

te Dios: **Todo es tuyo** (cf. 1 Co 4:7; 1 Cr 29:14). Hemos de ocuparnos en nuestra **salvación con temor y temblor**, pero también hemos de saber que Dios pondrá su **tesoro** en estos **vasos de barro** (2 Co 4:7), de modo que el material de que estamos hechos sufrirá una transformación para aumentar su capacidad, pues **Dios es el que en nosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad** (Fil 2:12-13).

Y así continuará a lo largo de los siglos venideros. El alma cada vez encontrará mayor y mejor satisfacción en Dios, y cada vez tendrá más deseos de tomar más de ese mismo Dios. **Sellados con el Espíritu Santo** (Ef 1:13) es una acción de una vez para siempre, pero llenados de la plenitud de Dios es una operación continua que nunca acabará, si queremos verdaderamente ser llenos y nos dejamos llenar.

¡Doblemos, pues, nuestras rodillas, hermanos, haciendo esta petición a Dios, sabiendo ahora más exactamente lo que pedimos, y sabiendo que lo hacemos para su gloria y la bendición no solo nuestra, sino la de muchos para los cuales habremos de dar y de darnos (cf. 2 Co 12:15)! ¡Que así sea!

**ORACIÓN POR PLENITUD DEL
CARÁCTER DIVINO III
SED DE DIOS**

Efesios 3:19 b

Lectura introductoria: Salmo 17:1-3,15

Oye, oh Jehová, una causa justa; está atento a mi clamor.

Escucha mi oración hecha de labios sin engaño.

De tu presencia proceda mi vindicación;

Veán tus ojos la rectitud.

Tú has probado mi corazón, me has visitado de noche;

Me has puesto a prueba, y nada inicuo hallaste;

He resuelto que mi boca no haga transgresión [...]

En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia;

Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza.

Llevamos un par de capítulos estudiando una oración que hemos llamado *Oración por plenitud del carácter divino*, y aunque los aspectos principales de esta ya los hemos considerado, vamos a continuar hoy, por su importancia, con algunos otros nuevos, al tiempo que recordaremos aquellos en que nos hemos ya detenido.

La oración se encuentra en Efesios 3:19, y constituye la cuarta petición que realiza el apóstol cuando se dirige al Padre de nuestro Señor Jesucristo doblando sus rodillas y pidiendo conforme a las riquezas de su gloria. Las cuatro son peticiones

gloriosas que se encuentran enlazadas, pero esta última supone la culminación de todas, el máximo deseo que podemos tener como cristianos.

En relación con ella hemos considerado distintos temas.

En primer lugar, la necesidad de conocer lo que pedimos, que no es otra cosa sino los atributos morales de Dios, que Dios tiene en plenitud, y que nosotros necesitamos tenerlos todos, y todos juntos y en equilibrio, tal como se nos presenta en el carácter de nuestro Señor Jesucristo.

En segundo lugar, hemos hablado también del contraste entre esta petición junto a las anteriores y las que nosotros hacemos normalmente, lo cual ha de llevarnos a elevar nuestros objetivos y a hacerlos más espirituales, pues estamos ante algo que es posible y que es deseable.

En tercer lugar, hemos dicho que la plenitud de Dios que pedimos se nos muestra en Cristo y, sobre todo, en Cristo en la cruz, y que, de igual modo, llega a nosotros en Cristo y por medio de Cristo en la cruz. Pero no solo esto, pues la plenitud que pedimos también nos acercará a nosotros mismos cada vez más hacia la cruz, hacia la muerte de nosotros mismos, hacia la negación de todo lo que es carnal en nosotros. Y eso duele.

En cuarto lugar, hemos hablado de la necesidad de vaciarnos para poder ser llenos y, puesto que la petición es acumulativa, de la necesidad de vaciarnos totalmente de nuestra carnalidad y deseos mundanos, teniendo de nuevo como ejemplo la humillación de Cristo, el cual tomó **forma de siervo** [...] **haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz** (Fil 2:7-8).

Finalmente, hemos hablado de lo que Dios hace en nuestra capacidad espiritual natural tan limitada, que la va agrandando para que pueda admitir cada vez más de su plenitud, y pueda llegar a decir con Pablo: **Todo lo puedo en Cristo que me fortalece** (Fil 4:13).

Y todo esto sin olvidar que la petición que nos ocupa va precedida por otras que suponen un fortalecimiento en el hombre interior por el Espíritu, un empeño constante por nuestra parte en Cristo y en las cosas de Cristo para que habite por la fe en nuestros corazones, y un esfuerzo en la práctica de un amor similar al suyo en todas las dimensiones que nos permitirá conocer también cuánto somos amados por él.

Ahora continuamos, y lo hacemos dirigiéndonos a la Palabra para leerla, agradeciendo a Dios en oración **lo que ya nos ha concedido** (1 Co 2:11-13) y pidiéndole que nos dé mucho más según las riquezas de su gloria.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Ef 3:14-16,19).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Así que oramos por la plenitud de Dios en nosotros, lo cual equivale a decir que oramos para que **Cristo** sea cada vez más **formado en** nosotros (Gá 4:19). En otra de sus cartas, a modo de información, el propio Pablo dice de los creyentes, y en relación con el propósito de Dios en sus vidas, que **a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos** (Ro 8:29). Este es el objetivo último de Dios, porque los hijos maduros lo glorificarán mucho y llevarán mucho fruto.

Y, aunque ser parecidos a Cristo supone serlo en todos sus atributos comunicables, en todas sus virtudes, como ya se ha dicho, hay un aspecto en esa semejanza que quiero resaltar y que no debe olvidarse: también estamos llamados a parecer-nos a Cristo en el sufrimiento. Solo así abrimos paso a su plenitud, y hemos de entender que esto está implícito cuando pedimos cosa tan gloriosa. Por eso he creído conveniente decir algo acerca de este asunto.

Recibir más de la plenitud de Dios es ser ***hechos conformes a la imagen de su Hijo*** en los sufrimientos y aflicciones, que son necesarios en nuestro paso a un mundo mejor. Es por la bondad de Dios por lo que podemos disfrutar de muchas cosas de este mundo, pues ***nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos*** (1 Ti 6:17), pero hemos de entender también que es por su bondad por lo que necesitamos probar el mal de este mundo para que deseemos más el otro, para que no estemos aquí como en casa. Y en esto nos hemos de conformar a Cristo, que fue ***varón de dolores, experimentado en quebranto*** (Is 53:3), del que se dice que fue ***perfeccionado por aflicciones*** (He 2:10), que ***por lo que padeció aprendió la obediencia*** (He 5:8), y quien dijo: ***El siervo no es mayor que su señor*** (Jn 15:20). Y esto que decimos queda muy lejos (es totalmente lo opuesto) de la teología de la prosperidad que algunos proclaman y con la cual engañan a muchos.

¿Somos pobres y estamos necesitados de muchas cosas? Ninguno como Cristo. ¿Tenemos enemigos? Ninguno como él los tuvo. Y en todo, ***cuando le maldecían, no respondía con maldición***, y nos dejó ***ejemplo para que sigamos sus pisadas*** (1 P 2:21-23). No vamos a soportar mayor dureza que él, ni mayor desprecio, pero no hemos de olvidar que también hizo esta promesa: ***Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha***

aborrecido antes que a vosotros [...] Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán (Jn 15:18-20). Aquellos discípulos, y los cristianos de todos los tiempos, pensaban en otro tipo de vida y de seguimiento, quizá como cuando nosotros nos topamos por vez primera con este motivo de oración acerca de la plenitud de Dios, pero la vida fácil y sin sufrimientos no tiene como modelo la del Señor Jesucristo.

Pablo escribe en cuanto a los sufrimientos: ***Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia*** (Col 1:24). Esto es lo mismo que decir que los que forman parte del cuerpo de Cristo están destinados a sufrir, y no poco, en la propia Iglesia y por causa de ella, como leemos en otro lugar: ***Que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos*** (1 Ts 3:3). Y en otro lugar: ***Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos*** (2 Co 4:8-10).

Por tanto, cuando hablan mal de nosotros, cuando somos afrentados o despreciados, cuando padecemos por causa ***de Cristo***, estamos mostrando que somos cristianos y que somos ***bienaventurados*** (1 P 4:12-19).

Este sufrimiento no gusta a nuestra carne, pero los cristianos hemos de reconocer que lo necesitamos, y que redundará para nuestra gloria, santidad y felicidad. En otro lugar dice Pablo que quería conocer a Cristo ***y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte*** (Fil 3:10), de modo que frente a eso todo lo demás lo consideraba como basura.

Así que, hermanos, por más dura que sea la cruz (y las cruces no vienen a nuestras vidas por casualidad, sino porque las envía aquel que nos ha predestinado), debemos esforzarnos por verla como instrumento para ser más parecidos a nuestro Señor y Maestro. Y aunque esos sufrimientos nos lleven a la muerte, se nos indica que estemos siempre con nuestros *ojos puestos en Jesús [...] el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz* (He 12:2), el gozo de estar sentado a la diestra de Dios. La muerte no es sino un paso a la vida para el cristiano, y por eso a Cristo se le llama *el primogénito de los muertos* (Ap 1:5). Y es bueno que en las aflicciones tengamos presente el consejo que el padre de Matthew Henry le dio: «Seis cosas son un unguento para cada llaga: Cristo, una buena conciencia, las promesas, la paciencia, la oración, y una espera del Cielo».

Reitero la idea: las aflicciones no vienen a nosotros por la simple voluntad de las personas, ni por un simple permiso de Dios; llegan a nosotros por su decreto especial, porque se encuentra en sus planes, ya que nos ha predestinado para ser *hechos conformes a la imagen de su Hijo*, y esto hemos de tenerlo presente cuando pedimos ser llenos de su plenitud.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El primer principio que consideramos ahora, el siguiente de la lista, dice así: *Dios tiene plenitud y puede comunicarla*, y aunque ya hemos hecho referencia a esto mismo, es conveniente destacar un nuevo aspecto.

La expresión «*La plenitud de Dios*» puede construirse gramaticalmente de dos modos, y así también puede entenderse. Podemos admitir que se está hablando de la plenitud de la que el propio Dios está lleno, o de la plenitud que fluye

de él y que él nos comunica a nosotros. Los comentaristas no se ponen de acuerdo en estas cosas, y unos se decantan por el aspecto subjetivo, es decir, por lo que Dios mismo es, y otros por el objetivo, por la gracia que nos llega de él. Personalmente creo que podemos tomar ambos modos de entender, ambas interpretaciones, pues no se nos indica nada para que pongamos límite a la expresión: no hay límite en lo que Dios mismo tiene, plenitud, y tampoco hay límite en lo que Dios puede darnos: plenitud.

Si Dios no tuviera plenitud en sus atributos morales, nosotros tampoco podríamos pedirla con esperanza de tenerla, pero lo mismo sucedería si Dios no quisiera conceder dicha plenitud, aun teniéndola. Pero entendemos que se dan las dos cosas: Dios tiene plenitud y Dios puede conceder en plenitud.

Por tanto, podemos ampliar lo que ya dijimos en un capítulo anterior con respecto a los atributos morales de Dios: no solamente hay plenitud en Dios, sino que también la hay en la generosidad de Dios para derramar estas bendiciones. Realmente, la traducción más correcta sería: ***Para que seáis llenados*** [mejor que ***llenados***], y ahora la preposición en griego *eis*, que puede traducirse como ***de***, ***con*** y ***hasta***, lo cual nos llevaría a decir: ***Para que seáis llenados de, con y hasta toda la plenitud de Dios*** [***de*** toda la plenitud que Dios tiene, de toda la plenitud ***con*** que Dios bendice, y ***hasta*** toda la plenitud que tiene], lo cual sugiere la idea de un proceso continuo y acumulativo, de una experiencia progresiva, pues el mayor deseo espiritual es conocer a Dios tan íntimamente que uno pueda ser lleno hasta la saciedad de él y por él.

Así, la plenitud de Dios, o su perfección, se transforma en el nivel hasta el cual pedimos para ser llenados, de modo similar a la aspiración que está implícita en el mandamiento de

ser **santos porque** Dios es **santo** (1 P 1:15-16), o de ser **perfectos como** nuestro **Padre que está en los cielos es perfecto** (Mt 5:48).

Por tanto, hermanos, tengamos cuidado de no crearnos dificultades a nosotros mismos mirando estas cosas de un modo carnal o material, sino contemplémoslas espiritualmente, y cuidado para no limitar a Dios en ellas ni en la concesión de ellas. En su primera carta, Juan nos dice que **Dios es luz** y que **Dios es amor** (1 Jn 1:5; 4:8), y deberíamos pensar más en estas cosas para conocer más a Dios. ¿No puede la luz derramarse en medio de la oscuridad?; ¿y no puede el amor de Dios derramarse en nuestros corazones? Por tanto, *ser llenos de toda la plenitud de Dios* es serlo con la luz y el amor de Dios, y con la luz y el amor en su modo de hacerlo.

Con esto podemos entrar en el siguiente principio: *Debemos buscar ser llenos de toda la plenitud de Dios para mostrar más completamente a Dios en nosotros mismos, para lo cual se precisa una rendición y entrega total y absoluta de todo nuestro ser.*

Volviendo a lo anterior, podemos decir: Pedir *ser llenos de toda la plenitud de Dios* es pedir ver a Dios objetivamente, verlo a través de sus múltiples perfecciones, y tener en nuestras mentes un concepto más claro de sus excelencias. Pero también hemos dicho que es pedir que Dios nos comunique abundantemente su gracia como una vasija que se llena hasta derramarse. Pero ahora podemos dar un paso más: ver a Dios implica verlo en las tres personas divinas para que esa visión llene nuestras mentes y nuestros corazones, como la luz del sol pasando a través de una ventana y llenando de luz una habitación, y en la cual es imposible no apreciar dicha entrada.

Así también sucede cuando se ve a Dios, pues es imposible no quedarse con la impresión de la visión (*cf.* 2 P 1:16-

18), de modo que pedir *ser llenos con toda la plenitud de Dios* es pedir también ser constreñidos con el deseo de ver y mostrar en nosotros mismos dicha plenitud, es pedir que Dios sea más conocido por nosotros y llene y posea por entero nuestro ser, como un rey ocupando su habitación real en el que es su palacio.

Por tanto, Pablo desea que los santos no se contenten con un concepto pequeño, inadecuado, o contraído, del carácter divino, sino que aspira a que tengamos una visión y una experiencia de Dios completas y bien equilibradas. Al mismo tiempo, desea que los santos sean llenados con esas perfecciones. Y todo ello con el fin de poder mostrar más y mejor a Dios en nuestras vidas. Si, como creyentes, quedamos satisfechos con una idea muy limitada de las perfecciones divinas, con un pequeño conocimiento de Dios, también serán pequeñas y pocas las perfecciones que tengamos, y pequeñas y pocas las que mostremos.

No debemos, pues, restringir nuestros pensamientos a la majestad de Dios, a su soberanía, poder, santidad o gracia; tampoco a su longanimidad, bondad, fidelidad, amor o justicia. No debemos quedarnos con algunos de estos atributos con exclusión de los demás, y debemos orar y luchar por tener un conocimiento espiritual y experiencial en la vida, de cada uno de ellos, de modo que vayamos siendo llenados con *todas* sus excelencias para así mostrar en nosotros *todo* su carácter. Al mismo tiempo, esto producirá paz en la conciencia, amor en el corazón, y satisfacción en el alma.

Además, hemos de anhelar ver las perfecciones pertenecientes a las tres personas divinas, por lo que la petición es la de *ser llenos de toda la plenitud del trino Dios*, y no únicamente de una de las personas con exclusión de las otras. Esto también es importante para evitar muchos errores, pues hay al-

gunas denominaciones que hacen más hincapié en el Padre, otras que lo hacen en el Hijo, y otras que lo hacen en el Espíritu, olvidando que las tres personas son igualmente gloriosas y que las tres están igualmente interesadas en nosotros. La salvación es de Dios, del trino Dios, debida a las operaciones de las tres personas divinas, de modo que las tres deben ocupar el mismo lugar en nuestros pensamientos y corazones.

No debemos pensar en Dios y en su gracia como únicamente en el Padre que nos eligió, nos amó, y nos dio a su Hijo unigénito, porque también se nos dice que ***todos honran al Hijo como honran al Padre*** (Jn 5:23). Y tampoco debemos limitar nuestros pensamientos a la condescendencia y a los sufrimientos del Hijo en favor de los santos, pues también se nos indica que debemos admirar el amor del ***Espíritu*** (cf. Stg 4:5), el cual nos dio vida cuando estábamos muertos en pecados, vino a morar en nosotros, y tomó y toma las cosas de Cristo para dárnoslas.

Por tanto, busquemos conocer y busquemos ser llenos del trino Dios, porque cuando esto sucede, no tendremos necesidad de ninguna otra cosa, ni habrá nada que nos falte o que nos proporcione un doloroso vacío. Esto fue lo que llevó al salmista a decir: ***¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra*** (Sal 73:25), pero debemos recordar que sucedió después de una triste experiencia en la que tuvo que comprobar la insuficiencia y la vanidad de todas las cosas de aquí abajo.

Así que busquemos ser llenos de toda la plenitud de Dios para mostrarlo más completamente en nosotros. Pero hay una segunda parte en el principio enunciado que indica que se precisa para ello de una entrega y rendición totales.

Pedir ser ***llenos de toda la plenitud de Dios*** es pedir que Dios me posea completamente en un modo personal, porque

solo así podré mostrarlo más completamente. Si Dios no me posee, me mostraré a mí mismo, y si al Dios en quien digo creer lo convierto en un ídolo (y nuestros corazones —como decía Calvino— son fábricas de ídolos), también mostraré en mi vida a un ídolo, a un dios deformado, en vez de al verdadero Dios. Si seguimos con el ejemplo de la habitación y la luz, el cristiano no es solo como una habitación que se llena con luz, sino también como una casa con muchas habitaciones que van siendo llenadas de huéspedes, siendo estos Dios mismo y su plenitud, alguien que está siendo llenado por y de Dios

Así, si queremos que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, no puede haber ninguna restricción para este deseo, ninguna parte en ellos que tenga la palabra «privado» o «prohibido el paso». Y lo mismo podemos decir acerca de la llenura del Espíritu (*cf.* cap. 5:18), o de la morada del Padre (*cf.* Jn 14:23). Y esta es una cuestión muy importante que cada uno de nosotros ha de encarar honestamente. ¿Hay alguna parte de mi complejo ser —mente, alma, corazón, voluntad, etc.—, que no haya sido entregada completamente a Dios, que no le haya sido dada conscientemente, de forma definitiva, voluntaria, y alegre?; ¿hay alguna parte que no se haya rendido a su ocupación e influencia? Porque si hay algún departamento, algo en mi vida exterior, o algún compartimento en mi vida interior, que no se haya rendido completamente a Dios, entonces no puedo ser llenado de, con, y hasta toda la plenitud suya. Es necesario que rindamos completamente nuestro ser, pues necesitamos ser santificados en todo nuestro *ser, espíritu, alma, y cuerpo* (1 Ts 5:23).

Debemos recordar también, como se ha indicado varias veces, que para entender el alcance de esta oración y el sig-

nificado de las peticiones, debemos tener presente el lugar que ocupa en la carta: al final de la sección doctrinal y como introducción a la sección práctica.

La oración, pues, suplica lo primero y prepara el corazón para lo segundo, y en esta segunda parte nos encontramos con el mandamiento de ser ***llenos del Espíritu*** (cap. 5:18), es decir: que el Espíritu pueda ocuparnos sin reserva, que penetre en lo más profundo de nuestro ser, y que nos capacite y nos use en todas nuestras facultades. O dicho de otro modo: para una vida práctica cristiana en abundancia, hemos de ocuparnos con seriedad en estas oraciones, hemos de orar seria y diariamente para poder ser llenos. Yo tengo que orar para que Dios me posea no en parte, sino totalmente; para que mi obediencia sea perfecta y pueda recibir la promesa completa que dice: ***El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*** (Jn 14:23).

Estamos llamados a vaciarnos y a rendirnos completamente a Dios, y a negarnos y a morir completamente a nosotros mismos, de modo que podamos decir con propiedad: ***Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre*** (Sal 103:1). Todo mi ser ha de bendecir a Dios, y esto no es posible si no estoy completamente entregado a él.

Y aún podemos dar un paso más con el siguiente principio, y decir que *ser llenos de toda la plenitud de Dios también implica ser llenos del conocimiento de su voluntad*. ¡Y es que la petición que estamos considerando tiene una gran amplitud y presenta múltiples facetas!

Además de todo lo indicado hasta ahora, también es conveniente resaltar este aspecto que incide directamente en nuestra vida práctica: pedir ser ***llenos de toda la plenitud de Dios*** es pedir ser llenos del conocimiento de la voluntad de Dios. Si

deseamos tener la mente de Dios en todas las cosas, también hemos de desear este aspecto de conocer su voluntad en todas las cosas, de tener su luz en todas las cosas, porque una característica de los impíos es, precisamente, andar en tinieblas.

Y también puede verse al revés: no podemos tener luz en nuestro camino ni sabiduría divina en nuestros problemas si no somos llenados ni queremos serlo ni lo pedimos con fervor. Queremos tener los atributos morales de Dios, y tenerlos en equilibrio, aunque eso nos conduzca a la cruz, y queremos mostrar a Dios en nosotros rindiéndonos sin reservas, pero eso implica desear conocer su voluntad y desear hacerla. Por eso, un poco más adelante se nos indica: ***Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor*** (cap. 5:17), y esto es para todos los detalles de nuestra vida y para todas las decisiones que hemos de tomar.

Más explícitamente encontramos este aspecto en otras de las oraciones de Pablo, cuando pide que los santos en Colosas sean ***llenos del conocimiento de su voluntad*** (Col 1:9). Y esto, repito, está implícito en la petición de ser ***llenos de toda la plenitud de Dios***.

Ser ignorantes de la voluntad de Dios no es una simple carencia inocente, sino un pecado que debe humillarnos. Y no hablo de la voluntad secreta, pues ***las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios***, sino de las cosas reveladas, pues ***las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley*** (Dt 29:29). Y si es algo que realmente nos humilla, debemos, además de orar, esforzarnos para que ***la palabra [...] more en abundancia en nosotros*** (Col 3:16), pues solamente así tendremos un claro discernimiento, un buen juicio, y un conocimiento de lo que agrada a Dios en todas las circunstancias.

Finalmente, volvemos a recordar con el último principio que *esta petición seguirá con nosotros durante toda la eternidad*. El deseo del apóstol era, evidentemente, para esta vida, pero no puede restringirse solamente a ella. Viendo lo que hace al final de las peticiones, y observando el lenguaje que emplea en los **versículos siguientes 20 y 21**, parece claro que Pablo estaba mirando hacia la eternidad, y es así como debemos mirar nosotros. Esta visión es también confirmada por la posible traducción que dijimos anteriormente: ***Para que seáis llenados hasta toda la plenitud de Dios***, y esto es un proceso que no acabará nunca, aunque nuestro lenguaje y nuestra mente son incapaces de expresar y concebir lo que implicará esta bendición.

Todo lo que podemos decir es que la petición expresa una aproximación a la propia perfección de Dios, que se inicia en esta vida, y que será creciente para siempre en la bendición del estado futuro, aunque con la distancia infinita que siempre separará al Creador de la criatura.

Así que, hermanos, no olvidemos hacer nuestra esta petición, la de ser llenos *de, con*, e incluso *hasta* toda la plenitud de Dios, sabiendo que eso significará la muerte de nuestro yo, la crucifixión de nuestra carne, el vaciamiento de nuestro ser, y la total obediencia, pero conoceremos su voluntad y seremos hechos semejantes a él (*cf.* Ro 8:29; 1 Jn 3:2).

Y no olvidemos hacerla siempre, porque seguiremos haciéndola siempre, para que ***a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (v. 21)***.

ORACIÓN DE DOXOLOGÍA I EL PODER DE DIOS

Efesios 3:20-21

Lectura introductoria: Salmo 91:1-2,15-16

El que habita al abrigo del Altísimo

Morará bajo la sombra del Omnipotente.

Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío;

Mi Dios, en quien confiaré [...]

Me invocará, y yo le responderé;

Con él estaré yo en la angustia;

Lo libraré y le glorificaré.

Lo saciaré de larga vida,

Y le mostraré mi salvación.

En este capítulo comenzamos, y damos gracias una vez más a Dios por ello, el estudio de una nueva oración que hemos llamado *Oración de doxología*, y que no es sino la última parte de la que encontramos al final del capítulo 3 de la carta a los efesios, y que llevamos ya un tiempo comentando. Cuando comenzamos con ella dijimos que íbamos a dividirla para su estudio, y ya hemos tenido en cuenta la *ocasión* o la *causa* para la misma, el *carácter* de Dios a que se hace referencia en ella, el *argumento* o la *regla de medida* por la que se le suplican sus gloriosas bendiciones, y las distintas *peticiones* o *motivos de oración* que, como hemos visto, son cuatro.

Ahora, el apóstol termina con lo que se denomina una doxología, de modo similar a como concluyó su carta a los romanos, en donde también nos detuvimos. En aquella ocasión dijimos que esta palabra significa un himno de alabanza y adoración a Dios y, en ambos casos, el apóstol comienza con una exaltación de Dios ante los santos en la cual resalta, o mira, al poder de Dios y su suficiencia y excelencia. Allí, en la carta a los romanos, también el apóstol hizo referencia a otros atributos de Dios, pero tanto allí como aquí, la oración termina glorificando a Dios y pidiendo por su gloria. Y esto es una doxología: una expresión de alabanza cuando se mira el poder de Dios u otros de sus atributos que lleva a mostrar el profundo deseo de un corazón que quiere glorificarlo.

Si recordamos, ya también en esta carta el apóstol ha hecho referencia varias veces a dicho poder, bien de forma indirecta, hablando de su propósito o su voluntad, o bien de forma directa: ***La supereminente grandeza de su poder; la operación del poder de su fuerza la cual operó en Cristo resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales sobre todo principado y autoridad y poder y señorío; él os dio vida; estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo*** (caps. 1:19-21; 2:1,5). Y, de igual modo, sigue haciéndolo al final de la carta: ***Fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza*** (cap. 6:10).

Pero ahora, una vez que ha expresado los motivos de oración y las bendiciones que se piden al Padre ***conforme a las riquezas de su gloria***, el apóstol es conducido a mirar a ese Dios glorioso y a expresar su deseo de que sea por siempre glorificado.

Esta es la oración cuyo estudio nos va a ocupar, de la cual hacemos su lectura y por la cual pedimos la bendición de Dios.

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (Ef 3:20-21).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Vamos a considerar, pues, los **versículos 20 y 21**, en relación con los cuales, lo primero que quiero resaltar y recordar es nuestra propia condición.

El hombre es una criatura dependiente, necesitada de muchas cosas por las que debe orar ***sin cesar*** (1 Ts 5:17; cf. Lc 18:1), pero también debe estar infinitamente agradecido a Dios y, por tanto, debe también abundar en acciones de gracias. Es lo que nos indica el apóstol en otro de sus escritos: ***Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios, en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*** (Fil 4:6-7).

Ambas cosas necesitamos que sean constantemente guardadas por Dios: nuestros corazones y nuestros pensamientos, pero también son dos las cosas que necesitamos constantemente hacer: abundar en oraciones y ruegos, y en acciones de gracias. Y esta es la regla que el apóstol observa tanto para él mismo como para aquellos por los que intercede. Ya ha derramado su corazón ante Dios buscando el beneficio y las bendiciones de la iglesia en Éfeso, y ahora concluye la oración con esta doxología y acción de gracias.

Ahora bien, esta doxología puede considerarse desde otro punto de vista: uno es el que ya hemos indicado, como una explosión de adoración del propio corazón del apóstol; pero hay otro que no hemos de olvidar: considerarla como algo que contiene una instrucción necesaria y valiosa para nosotros y que, como tal y para ello, ha quedado constatada. Si tenemos discernimiento espiritual debemos tener presentes ambos puntos de vista, pues la doxología continúa la oración y constituye el clímax de esta cuando el corazón prorrumpe en alabanzas a aquel a quien se suplica, pero también nos sirve de ejemplo, pues toda oración debemos comenzarla y acabarla buscando la gloria de Dios y en acción de gracias.

Así nos enseñó el Señor Jesucristo en la oración del Padrenuestro, en la que, después de la invocación, se pide en primer lugar: **Santificado sea tu nombre** (es decir, sea glorificado), y se termina de igual modo mirando a Dios y diciendo algo que muchos olvidan: **Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén** (Mt 6:9,13). Así también, si nos fijamos en los tres primeros capítulos completos de esta carta a los efesios, que constituyen la sección doctrinal de la misma, el apóstol comienza dando gracias y alabando a Dios (**Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**: cap. 1:3 y ss.), y los termina con esta doxología en la que se fija en el poder de Dios y dice: **A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.**

Esto es lo que hace el apóstol, y esto es lo que nosotros también hemos de hacer en nuestras oraciones al comienzo y al final de estas. Cuando doblamos nuestras rodillas y damos gracias a Dios, y pedimos que su Nombre sea glorificado por encima de todo, fijándonos en las riquezas de su gloria, preparamos nuestros corazones para las peticiones que vamos a

hacer y somos mantenidos en paz por más difíciles que sean las circunstancias que nos afecten o las bendiciones que necesitamos. Y cuando terminamos de nuevo fijándonos en Dios y buscando su gloria, nuestros corazones se inflaman y terminan guardando silencio, confiando, y esperando en paz, sabiendo que Dios hará lo que es mejor para nosotros.

Dios y su gloria es el principio y el final, el marco dentro del cual habremos de meter nuestras peticiones y necesidades particulares, sabiendo que no son estas las cosas más importantes, y sabiendo que este es el modo en que nuestros corazones y pensamientos son guardados en paz en Cristo Jesús.

Por tanto, la doxología es una expresión de adoración que no debemos olvidar, y en la que muchas veces no encontraremos palabras para mostrar lo que tenemos en el corazón. Es una ferviente declaración de alabanza, que no considera tanto el acto de la alabanza en sí y el modo de hacerlo, como el hecho de ser conscientes de la alabanza y de la gratitud infinita que se deben a Dios y que no somos capaces de rendir o expresar. La doxología verdadera lleva a perdernos en Dios, abrumados con un sentimiento de su gloria inefable y con un corazón desbordado de gratitud.

En la que nos vamos a ocupar en esta ocasión hay tres cosas para resaltar: *La primera, el carácter particular de Dios, el atributo concreto que se contempla aquí: **Aquel que es poderoso para hacer...**; la segunda, la referencia con la que la fe presenta la oración: **Según el poder que actúa en nosotros**; y la tercera, la petición o atribución de gloria a Dios, que se relaciona con tres aspectos: *el medio para esta: **en la iglesia**; el Agente por el cual llega y del cual procede: **en Cristo Jesús**; y el deseo de perpetuidad: **por todas las edades, por los siglos de los siglos.****

Y hemos de detenernos para comprobar lo benditamente apropiado que es mirar a Dios así.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Los cinco primeros principios que vamos a obtener de la oración están relacionados con el primer aspecto que hemos resaltado, a saber, el atributo de Dios que se contempla, que no es otro sino el de su poder. (La tabla con los principios y motivos de oración resumidos se encuentra al final del presente escrito). El primero lo enunciamos así: *Debemos tener siempre presente que Dios, nuestro Padre, es todopoderoso.*

Esto es algo que se sabe, al menos intelectualmente, desde que nacimos de nuevo, o incluso desde antes, pues todo el mundo, aun no siendo creyente, tiene algún conocimiento de este poder de Dios, de *su eterno poder y deidad* (Ro 1:20). Pero una cosa es este conocimiento intelectual, y otra el descanso y la paz que se experimentan cuando dicho conocimiento se interioriza en el corazón y se tiene siempre presente. Y en esto es necesario pensar y esforzarnos, porque a medida que crecemos como cristianos y vamos conociendo cada vez más y mejor a Dios, también crece en nosotros un profundo sentimiento de debilidad e indignidad, el cual es necesario compensar asumiendo e interiorizando el todosuficiente poder de Dios.

Por eso hemos de recordar que nos dirigimos, bien sean con alabanzas y acciones de gracias o con peticiones, a aquel que es infinitamente poderoso y suficiente para suplir cada una de nuestras necesidades y para satisfacer cada uno de nuestros anhelos.

Lo que Pablo ha pedido anteriormente es glorioso, y el único fundamento que tenemos para esperar obtener estos

maravillosos privilegios y entrar en el gozo de estas bendiciones tan trascendentes, o para que otras necesidades nuestras sean cubiertas, es que nos dirigimos con ellas a *Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*. Aquí tenemos el remedio para cuando se pierde la esperanza en la eficacia de la oración y para cuando el corazón se encuentra apagado y en una condición similar a la de resignación de los estoicos: conformes con un vacío que nos mantiene en la tristeza.

Si recordamos las peticiones anteriores, comprenderemos que son mucho más difíciles de alcanzar que cualesquiera que nosotros podamos presentar ante Dios derivadas de las circunstancias más adversas. Ser fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu, conocer la presencia constante de Cristo en nuestros corazones por fe, practicar un amor parecido al suyo arraigados y cimentados, ser plenamente capaces de comprender las dimensiones y de conocer el amor de Cristo que sobrepasa a todo conocimiento, y ser llenos de toda la plenitud de Dios, pueden parecer experiencias y peticiones de un visionario, que son imposibles.

Pero no lo son, y no deben ni pueden verse así, si la fe mira realmente a Dios como el apóstol aquí lo hace. Y si esto es cierto para estas peticiones, ¿no lo será para aquellas otras que nos ocupan con frecuencia y que nos llevan, repito, a la tristeza, a la resignación, o a la falta de confianza o esperanza?

Las experiencias que indica aquí el apóstol superan, en realidad, cualquier cosa que hayamos tenido, gozado, o padecido, y están muy por encima de cualquier cosa en que sería y fervientemente hayamos pensado o incluso llorado. Pero aun así, son posibles y realizables en esta vida, pues de-

penden de ***Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos***, y que nos lleva a decir ***según el poder que actúa en nosotros***.

Por eso hemos de entender que la intención del Espíritu Santo al dejarnos esta doxología es la de animarnos, la de tener confianza cuando nos acercamos a Dios con limpia conciencia, y la de agrandar nuestras peticiones. Es la misma intención que tuvo el Señor Jesucristo cuando, como hemos recordado, al enseñar a sus discípulos la oración del Padrenuestro, les termina diciendo que de ese Padre, que está en los cielos, son ***el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos***. Es, pues, esta doxología, para que confirmemos nuestra fe fijándonos en la excelencia de Dios, en su capacidad, en su suficiencia y en su gloria.

Por muy grandes que sean nuestras necesidades, sus ilimitados recursos bastan para cubrirlas; por muy grande que sea el poder de nuestros enemigos, el poder infinito de Dios es suficiente para librarnos; por muy altos que sean nuestros deseos, Dios puede satisfacerlos completamente; por muy grande que sea lo que sea, en el Cielo o en la tierra, en este siglo o en el venidero, en lo material o en lo espiritual, Dios es infinitamente más grande y poderoso para ***hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos***.

Una traducción alternativa es: ***Al que puede hacer*** [es capaz de hacer] ***muchísimo más de todo lo que podamos imaginarnos o pedir...*** (NVI). Y haríamos bien en recordar y leer muchísimos pasajes que nos hablan de este poder y capacidad, algunos de los cuales mostramos a continuación.

Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; an-

da delante de mí y sé perfecto (Gn 17:1). Y Amasías dijo al varón de Dios: ¿Qué, pues, se hará de los cien talentos que he dado al ejército de Israel? Y el varón de Dios respondió: Jehová puede darte mucho más que esto (2 Cr 25:9). He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí? (Jer 32:27). He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos libraré (Dn 3:17). Y acercándose al foso llamó a voces a Daniel con voz triste, y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones? (Dn 6:20). Y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras (Mt 3:9).

Y así podemos seguir citando: *Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre (Jn 10:29). Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido (Ro 4:20-21). Poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia (2 Co 9:8).*

Y muchos más en los que el poder de Dios se presenta en relación con distintas necesidades, circunstancias o deseos: *El cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas (Fi 3:21). Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día (2 Ti 1:12). Es poderoso para socorrer a los que son tentados (He 2:18). Puede también salvar perpetuamente a los*

que por él se acercan a Dios (He 7:25). Pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir (He 11:19). A Aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén (Jud 24).

Es un gran tónico para nuestra fe si traemos al corazón con frecuencia, o más bien, si nos esforzamos por interiorizar en nuestro corazón, este bendito atributo de Dios. Dios es poderoso para salvar, para socorrer, para sujetar, para dar, para librar, para levantar, para preservar, para cumplir lo prometido, para confirmar, para santificar, para suplir, para asegurar, para satisfacer, para levantar de los muertos, para guardar, para presentar sin mancha... En definitiva, **es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.**

Y en este carácter de Dios hemos de mirarlo no solamente como el Omnipotente, sino también como el Munificentente, es decir, como no solamente teniendo todo el poder, sino como siendo también abundantemente generoso. Como nos dice Santiago, Dios no solamente puede darnos, y Dios no solamente nos da, sino que **da a todos abundantemente y sin reproche (Stg 1:5)**. Y como dice el pasaje que nos ocupa, muy a menudo la liberalidad de Dios excede no solamente a nuestros merecimientos sino también a nuestros deseos, y nos concede mucho más de lo que nuestra sabiduría o confianza pueden pedir. En la Escritura hay muchos casos de esto que decimos, y también han sido muchas las experiencias de los hijos de Dios en este sentido.

Por otra parte, todos los cristianos tenemos ya abundantes pruebas de lo que Dios puede darnos y hacernos, y sabemos que Dios puede superar lo que pedimos o pensamos porque ya lo ha hecho en más de una ocasión.

No fueron mis deseos ni anhelos, ni mis oraciones fervorosas, las causas por las que Dios me eligió, me inscribió en el libro de la vida y me escogió en Cristo antes de la fundación del mundo. No fue tampoco la respuesta a ninguna petición mía el hecho de que un Redentor todosuficiente fuera enviado a este mundo para librar mi alma del Infierno, y que ese Redentor viniera para salvar a su pueblo de sus pecados hace, aproximadamente dos mil años, antes de que yo naciera y viniera a la existencia. Y tampoco fue por ningún clamor mío que el Espíritu Santo viniera a mí y me diera una nueva vida cuando estaba muerto en delitos y pecados, porque orar por la vida es una facultad que yo antes no tenía.

Dios produjo en mí el nuevo nacimiento y me dio la capacidad de desear vida y conocimiento espiritual, de modo que mi alma desea y se agranda por más vida. Y todo esto muestra la veracidad de la afirmación del apóstol: ***Que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos***, pues el mismo poder que actuó en mí fue el que ***operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra [...] sobre todo principado y autoridad y poder y señorío*** (cap. 1:20-21).

Este poder de Dios se describe en nosotros como haciendo una nueva creación (cf. 2 Co 5:17; cap. 4:24). Este poder de Dios es el que nos mantiene como una chispa ardiendo en medio de un océano de corrupción, pues en realidad hemos recibido una chispa de fuego del cielo encendida en nosotros por su Espíritu. Este poder de Dios se ha mostrado arrebatando ***un tizón del incendio*** (Zac 3:2), y transformándolo en un

adorno de su templo, pues nosotros, en nosotros mismos, no éramos sino sarmientos de una vid quemada que no servíamos para obra alguna (cf. Ez 15:2-5). Es más, aún conservamos las marcas del fuego sobre nosotros, y Dios nos está puliendo y formando para ser un adorno en los cielos, de modo que cuando Cristo venga será **glorificado en sus santos y admirado en todos los que creyeron** (2 Ts 1:10). Y este poder continuará obrando en nosotros porque **el que comenzó [...] la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo** (Fil 1:6).

Como pueblo de Dios, todos estábamos espiritualmente muertos, todos lejos de él, todos **sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel, y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo** (Ef 2:12). Y todos, si ya somos cristianos, fuimos regenerados, cumpliéndose en nosotros aquella palabra que dice: **Fui hallado por los que no me buscaban** (Is 65:1).

Por tanto, si las todopoderosas y admirables obras de gracia de Dios en nosotros fueron antes que nuestra fe y nuestras peticiones, si Dios ya fue poderoso **para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que** pedíamos o entendíamos, ¿no seguirá siéndolo ahora, y no seguirá haciéndolo ahora que somos sus hijos?

Por esto, en conexión con la doxología, cada cristiano, en cada una de sus circunstancias difíciles, aflicciones, necesidades o carencias, debe responder seriamente a la pregunta que el Señor hizo en una ocasión a dos ciegos: **¿Creéis que puedo hacer esto?** (Mt 9:28).

Necesitamos creerlo, necesitamos creer que es capaz de hacerlo, y necesitamos saber que quiere hacer todo aquello que nos lleva a un camino más cercano y a una comunión más constante con él. Muchas veces nuestras peticiones quedan sin

respuesta *porque* pedimos *mal, para gastar en* nuestros propios *deleites* (Stg 4:3), o porque nos olvidamos de que hay una condición para la bendición: *Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho* (Jn 15:7). Pero cuando pedimos según su voluntad, cuando todos nuestros deseos y nuestra vida se encuentran enmarcados en la búsqueda de su gloria, hemos de tener presente siempre que Dios es poderoso para hacer que todas las virtudes abunden en nosotros y para llenarnos con él mismo y de él mismo.

Si pregunto: «¿Creemos que Dios puede perdonar todos nuestros pecados?», rápidamente, respondemos: «Desde luego que sí»; y descansamos en ello. ¿Pero no deberíamos actuar igual en cuanto a su poder para suplir nuestras necesidades, para resolver nuestros problemas, o para sostenernos en medio de nuestros conflictos?: ¿y no deberíamos presentarle sus propias promesas recogidas en la Biblia para el cumplimiento de estas en nuestras almas?: ¿o es que estas cosas no se encuentran garantizadas?

La pregunta anterior del Señor fue clara: *¿Creéis que puedo hacer esto?* La respuesta de aquellos ciegos también lo fue: *Sí, Señor*. Y la afirmación siguiente que oyeron y que precedió al milagro, fue: *Conforme a vuestra fe os sea hecho*. Después, y así, *los ojos de ellos fueron abiertos* (Mt 9:28-30).

Debemos, pues, hermanos, orar y esforzarnos para tener siempre presente el poder de Dios y su buena voluntad para con sus hijos, pues Dios *es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*.

Y, con este pensamiento y junto a él, que *a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*.

ORACIÓN DE DOXOLOGÍA II EL PODER Y LA BUENA VOLUNTAD DE DIOS

Efesios 3:20-21

Lectura introductoria: Judas 24-25

Ya a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.

Al comenzar este capítulo hemos de tomar conciencia, como debemos hacer siempre, de la presencia de Dios, y debemos darle gracias por ello, porque creemos, como se ve en la oración que comenzamos a analizar en el capítulo anterior, que nuestro Padre *es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*, y creemos y sabemos que por ese poder suyo y por su voluntad podemos relacionarnos —el que escribe y los que leen— esperando su bendición.

La oración que nos ocupa, que llamamos *Oración de doxología*, se encuentra en los versículos finales del capítulo 3 de la carta de Pablo a los efesios, y ya hemos realizado una introducción a esta y comentado el primer principio que dijimos debíamos tener siempre presente, y que no es otro sino *Dios, nuestro Padre, es todopoderoso*.

Una *Oración de doxología*, decíamos, es un himno de alabanza y adoración a Dios cuando la mente se centra en alguno o algunos de sus atributos y el corazón se inflama con deseos de glorificarle. Esto es lo que se nos muestra aquí, y dijimos que debíamos aprender a orar comenzando y terminando con acciones de gracias a Dios, con alabanzas, y con deseos de que su Nombre sea glorificado, para introducir, en ese marco, el resto de nuestras peticiones que tienen que ver con las necesidades, los problemas, las tentaciones, y tantas cosas que hemos de afrontar cada día y para las cuales somos dependientes de Dios.

En este caso, el apóstol mira el poder de Dios, y decíamos que ahí está el remedio para no perder la esperanza ni el gozo cuando el corazón se encuentra apagado o con tristeza. Hemos de pensar en ello, hermanos, y hemos de esforzarnos y pedir a Dios por interiorizar su poder y su generosidad, así como las riquezas de su gloria, para así descansar en medio de los mayores problemas y poder glorificarle en ellos. La Escritura está llena de experiencias de este poder de Dios, y nos recuerda una y otra vez que es poderoso para salvar, socorrer, dar, preservar, etc., ***para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.***

Y también es importante pensar que, como cristianos, ya tenemos pruebas de dicho poder, pues para nuestra elección, redención, y nuevo nacimiento, Dios ha obrado ya ***mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos,*** pues nada de eso sucedió como consecuencia de nuestras oraciones, anhelos, peticiones o pensamientos.

Ahora debemos continuar, pero antes también debemos hacer la lectura de la Palabra y pedir la bendición de Dios, una gran bendición, sin miedo ni reparos, para gloria suya y conforme a las riquezas de su gloria y a su poder y generosidad.

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (Ef 3:20-21).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Así que debemos *tener siempre presente que Dios, nuestro Padre, es todopoderoso*. Pero no debemos olvidar otra cosa, que constituye el segundo principio que vamos a desarrollar. También *debemos tener siempre presente que nuestro corazón es engañoso*.

Ciertamente todos los cristianos sabemos esto, y la mayoría conocemos, al menos, el versículo de Jeremías que lo dice explícitamente: ***Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*** (Jer 17:9). Pero hemos de saber que si el corazón es engañoso no lo es en poca medida, sino en un grado tal que no nos damos cuenta de lo engañoso que es, y debemos admitir que, por analogía con el poder de Dios, el caso de nuestros corazones también es mucho peor de lo que decimos, entendemos, o pensamos. Esto es lo que todos los cristianos van descubriendo a medida que crecen en santidad, de modo que es frecuente la experiencia que lleva a muchos a asombrarse, al principio de la conversión, del comportamiento del pueblo de Israel a pesar de lo que vieron y experimentaron, para pasar luego a un asombro aún mayor al ir conociendo su propio corazón.

Todos tenemos una opinión demasiado buena de nosotros mismos. Todos tratamos de ocultar nuestra falta de fe bajo la

falsa cubierta de la humildad que nos impide pedir a Dios grandes cosas y esperar de él grandes cosas. Todos nos convencemos a nosotros mismos de que sería demasiado presuntuoso asegurar que Dios *puede* realizar milagros en nuestro favor, aunque esto es lo que está implícito en el pasaje que nos ocupa. Y todos nos quedamos tranquilos con nuestra mente «humilde». Todos nos engañamos a nosotros mismos, y cuando este engaño tiene que ver con el poder de Dios, acarrea malas consecuencias, como cuando los israelitas **hablaron contra Dios, diciendo: ¿Podrá poner mesa en el desierto? [...] ¿Podrá dar también pan? ¿Dispondrá carne para su pueblo?** y Dios **se indignó y se encendió el fuego contra Jacob** (Sal 78:19-21).

Al mismo tiempo, también nuestro corazón nos engaña en cuanto a la voluntad de Dios, y saber que Dios puede darnos cosas, todas las que son para nuestro **bien** (Ro 8:28), pero dudar de su buena voluntad para hacerlo supone prestar atención al corazón engañoso y caer en pecado, dando más crédito a sus designios que a la Palabra de Dios que dice: **¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!** (Lc 2:14). En este aspecto también todos nos convencemos a nosotros mismos de que sería demasiado presuntuoso asegurar que Dios *quiere* realizar milagros en nuestro favor, aunque también esto es lo que está implícito en el pasaje que nos ocupa.

Y, si unimos ambas cosas, si dudamos de la buena voluntad de Dios y dudamos de su poder, o mejor dicho, si no estamos plenamente convencidos en nuestro interior de ambas cosas para con nosotros, si solo dejamos el aspecto negativo de la duda y no pasamos al positivo de la confianza, no puede tenerse como resultado otras cosas sino la tristeza, el afán, la desesperanza, el desconsuelo y la falta de paz.

Así pues, no es suficiente creer intelectualmente en la capacidad, la suficiencia, y la buena voluntad de Dios, sino que también es necesario que nuestro corazón eche mano de esas cosas y no albergue ninguna duda. Pero lo cierto es que todos estamos entretenidos, en mayor o menor medida, con una visión muy distorsionada de Dios; entretenidos, en mayor o menor medida, imaginando que estamos más ansiosos por recibir bendiciones espirituales de lo que Dios mismo está por darnoslas; entretenidos, en mayor o menor medida, pensando que estamos más dispuestos y preocupados por nuestra prosperidad y crecimiento espirituales que Dios mismo.

Hermanos, nuestros corazones son engañosos y perversos, y debemos llamar a las cosas por sus propios nombres, y debemos confesar a Dios nuestra falta de fe sin excusas, dejando de ponernos ante él como personas humildes.

En el otro extremo, hemos de estar siempre vigilando nuestro orgullo, pero hemos de pensar que Dios no se burla de su pueblo, pues nos declara que tiene poder para hacer algo al mismo tiempo que tiene voluntad para ello. La falta está en nosotros mismos, igual que en aquellos a quienes Pablo escribió y cuyas frases podemos tomar como pronunciadas por el propio Dios a nosotros: *Mi boca se ha abierto a vosotros, oh cristianos; mi corazón se ha ensanchado. No estáis estrechos en nosotros* [entendido respecto a la bendita Trinidad], *pero sí sois estrechos en vuestro propio corazón. Pues, para corresponder del mismo modo (como a hijos hablo), ensanchaos también vosotros*, ensanchaos en vuestras peticiones espirituales (2 Co 6:11-13).

Con esto, podemos entrar en el siguiente principio, íntimamente relacionado con los dos anteriores, o un resumen de ellos, y que enunciamos así: *Debemos tener siempre presente que Dios puede y quiere.*

Si consideramos algunos de los pasajes que solo se citaron en el capítulo anterior, podemos comprobar esto. En Hebreos 7:25 se indica: ***Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios.*** ¿Se habla aquí solamente del poder del Señor?; ¿no está incluido aquí también su deseo, su buena voluntad? Respondemos: claro que sí, porque, en caso contrario, ¿qué descanso se puede tener con dicha afirmación, qué confianza y paz? En Hebreos 2:18 se vuelve a decir: ***Es poderoso para socorrer a los que son tentados,*** de modo que estas palabras no tendrían ningún consuelo para nadie si no incluyeran también el hecho de que quiere socorrer, de que tiene buena voluntad para hacerlo. De igual modo, en 2 Timoteo 1:12, dice Pablo: ***Y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día,*** ¿pero qué seguridad podría darme esto si Dios no tuviese la voluntad de hacerlo, si Dios no quisiera hacerlo?

Vemos, pues, que Dios puede y quiere, y cuando decíamos en el capítulo anterior que Dios es poderoso para salvar, para socorrer, para sujetar, para dar, o librar, o levantar, o preservar, hemos de entender también que Dios quiere hacer estas cosas, tiene voluntad para hacerlas, está dispuesto a hacerlas: salvar, socorrer, sujetar, dar, liberar, confirmar, etc.

Así pues, y puesto que nuestro corazón es engañoso, debemos esforzarnos por tener siempre presente que Dios puede y quiere. En la Escritura hay casos de personas que dudaron del poder de Dios. Así, por ejemplo, cuando Sara fue reprendida por su risa escéptica, no era porque estuviera cuestionando la buena voluntad de Dios, sino porque dudaba de su poder. Por eso Dios dijo: ***¿Hay para Dios alguna cosa difícil?*** (Gn 18:12-14). De igual modo, cuando el Señor reprendió a Moisés por su falta de fe, fue porque este, de nuevo, dudaba de su poder, y Dios dijo: ***¿Acaso se ha acertado***

la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi palabra, o no (Nm 11:21-23). También hay ejemplos de los que dudaron de su buena voluntad, como sucedió con Manoa, padre de Sansón, que al darse cuenta de que el ángel de Jehová estuvo hablando con él y le dio promesa acerca de su hijo **dijo [...] a su mujer: Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto**. Pero, ante esto, **su mujer le respondió: Si Jehová nos quisiera matar, no aceptaría de nuestras manos el holocausto y la ofrenda, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni ahora nos habría anunciado esto** (Jue 13:22-23). Y así nos sucede también a nosotros, que, cuando no dudamos —en la práctica y no mentalmente— de su poder, sí que somos muy recelosos en cuanto a su buena voluntad.

Por tanto, si decimos creer realmente en la omnipotencia de Dios, debemos hacer uso de ella, y hemos de entender que tras la afirmación: **Dios es poderoso**, o como decíamos en el capítulo anterior: **Dios es capaz**, se encuentra también la idea de la bondad de Dios, de la buena voluntad de Dios, y de la munificencia o generosidad espléndida de Dios, además de su suficiencia.

Si Dios es Dios —y porque Dios es Dios—, no va a retener ninguna cosa buena para aquellos que andan correctamente, y hará que todas las cosas cooperen para el **bien** de **los que le aman** (Ro 8:28). Si Dios es Dios —y porque Dios es Dios—, tiene buena voluntad y está listo para suplir **todo lo que nos falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús** (Fil 4:19). Si Dios es Dios —y porque Dios es Dios—, es autosuficiente, y no hay nada ni nadie que pueda frustrarlo, desmayarlo, o mostrarle algo que esté fuera de sus recursos. Si Dios es Dios —y porque Dios es Dios—, es el Todopoderoso y Todosuficiente, y **puede hacer** y quiere hacer **todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o en-**

tendemos. Si Dios es Dios —y porque Dios es Dios—, es también Munificente y **galardonador de los que le buscan** con diligencia (He 11:6).

Hemos de esforzarnos, pues, hermanos, por conocer y comprender cada vez más a Dios, a Dios nuestro Padre, que es tan distinto de nosotros sus criaturas. A veces, en nuestras horas de necesidad, hemos ido a buscar a alguna persona que considerábamos amiga nuestra, y que tenía medios para socorrernos, pero que nos rechazó. Podía, pero no quiso. En otras ocasiones, como padres o madres, quizá, hayamos pasado por grandes sufrimientos al querer ayudar a nuestros hijos, y ser incapaces de hacerlo. Quisimos, pero no pudimos. Pero nuestro Padre que está en los cielos, Aquel a quien nos dirigimos, tiene ambas cosas: el querer y el poder, la buena voluntad y la capacidad, de modo que nuestras oraciones serían completamente distintas si miráramos siempre a Dios así cuando nos acercamos a su presencia.

Hermanos, hemos de esforzarnos por mirar a Dios en este carácter, y hemos de enmarcar nuestras peticiones dentro de este carácter teniendo siempre presente la búsqueda de su gloria. Esto repercutirá positivamente en nosotros, de modo que nuestra confianza será mayor y también será mayor el honor y la gloria que le demos. **¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?** (Ro 8:31). O como dice David: ***Jehová es mi pastor, nada me faltará*** [...] ***Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo*** (Sal 23:1,4). O en otro sitio: ***Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?*** [...] ***Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado*** (Sal 27:1,3).

También merece destacarse en relación con estos asuntos que, en esta doxología, el apóstol usa una frase acumulativa, con siete partes, como ha hecho en la última petición expresada en el versículo anterior.

Primero nos hace ver que Dios *puede hacer* u obrar, porque no está dormido. Si lo estuviera, no podría hacer, pero está escrito: ***He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. Jehová es tu guardador; Jehová es tu sombra a tu mano derecha*** (Sal 121:4-5).

Segundo, que puede hacer *lo que pedimos*, porque escucha y contesta: ***El que hizo el oído, ¿no oirá? El que formó el ojo, ¿no verá?*** (Sal 94:9).

Tercero, que puede hacer lo que *entendemos* (*pensamos*), porque lee nuestros pensamientos y, a veces, pensamos cosas que no decimos o no nos atrevemos a pedir: ***Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda*** (Sal 139:1-4).

Cuarto, que puede hacer *todo* lo que pedimos o pensamos, porque lo sabe *todo* y tiene capacidad para *todo*: ***Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta*** (He 4:13).

Quinto, que puede hacer *más* (partícula *hyper*), porque sus expectativas son más altas que las nuestras: ***Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos*** (Is 55:8-9).

Sexto, que puede hacer *mucho más* que todo lo que pedimos o pensamos, porque no nos da su gracia calculando la medida: ***Da a todos abundantemente y sin reproche*** (Stg 1:5).

Y, *séptimo*, que puede hacer *mucho más abundantemente* (dos partículas unidas, *hyper*, que repite, y *ek*) de lo que pedimos o entendemos, porque es un Dios munificente y que todo lo posee: ***Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra*** (2 Co 9:8).

Debemos esforzarnos, pues, hermanos, por entender esto, y debemos pedir que el Espíritu Santo nos capacite para interiorizarlo, de modo que se fortalezca nuestra fe y nuestras vidas glorifiquen más a Dios. En realidad, el lenguaje humano es incapaz de expresar la infinita suficiencia y generosidad de Dios, que es nuestro Padre a quien dirigimos esta oración.

Y ahora, a modo de aplicación, podemos terminar con el siguiente principio que enunciamos así: *Debemos recordar las veces que, en la Escritura y en nosotros mismos, Dios ha mostrado su poder y su buena voluntad.*

En realidad, algo de esto ya vimos en el capítulo anterior cuando nos fijamos solo en el poder de Dios, pero es bueno volver a hacerlo para que nuestros corazones tomen aliento y para el fortalecimiento de nuestra fe.

Abraham dijo: ***Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?*** En este caso, la respuesta del Dador en abundancia fue: ***Un hijo tuyo será el que te heredará.*** Y, continúa diciendo la Escritura: ***Lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes***

contar. Y le dijo: Así será tu descendencia (Gn 15:2-5). **Poderoso**, y con buena voluntad, **para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos**.

En el caso de Jacob, su pensamiento no se levantó más alto que para pedir: **Pan para comer y vestido para vestir** (Gn 28:20), pero Dios le respondió dándole **vacas, asnos, ovejas, y siervos y siervas** (Gn 32:5). **Poderoso**, y con buena voluntad, **para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos**. Y así podríamos continuar.

Los hebreos hubieran permanecido contentos en Egipto si Dios solamente los hubiera librado de la esclavitud (Éx 2:23), pero Dios los trajo a la **tierra que fluye leche y miel** (Éx 3:17). **Poderoso**, y con buena voluntad, **para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos**.

David pidió **vida** a Dios, y Dios no solamente le dio **la petición de sus labios**, sino que lo puso en un trono (Sal 21:1-4). **Poderoso**, y con buena voluntad, **para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos**.

Salomón pidió un **corazón entendido**, y Dios no solamente se lo dio, sino que también dijo: **También te he dado las cosas que no pediste, riquezas y gloria, de tal manera que entre los reyes ninguno haya como tú en todos tus días** (1 Rey. 3:9,13). **Poderoso**, y con buena voluntad, **para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos**.

Elías pidió a Dios que le quitara **la vida**, y no solamente Dios no lo hizo, sino que no pasó por la muerte y fue arrebatado **en un torbellino al cielo** (1 R 19:4; 2 R 2:11). Siempre

poderoso, y con buena voluntad, ***para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos***.

¿Pero no ha sucedido así también con cada uno de nosotros?; ¿no nos ha dado Dios en abundancia por encima de nuestras expectativas? No hablo ya de que miremos únicamente nuestra elección, redención, y nuevo nacimiento, sino también a múltiples circunstancias en nuestras vidas como cristianos. ¿Soñábamos o entendíamos las muchas bendiciones que habrían de llegar a nosotros?; ¿las pedíamos?; ¿sabíamos el modo en que Dios no nos iba a dejar ***ser tentados más de lo que podemos resistir*** y nos iba a sacar de las pruebas dándonos ***la salida*** (1 Co 10:13)?; ¿pensábamos, cuando éramos como el hijo pródigo, en la bienvenida que íbamos a tener, y en cómo íbamos a ser vestidos y favorecidos?; ¿entendíamos, o entendemos, lo que significa ser hechos hijos de Dios? También con nosotros, ***poderoso***, y con buena voluntad, ***para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos***.

Dios es siempre el mismo y no cambia (***Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos***: Mal 3:6), y todavía continúa siendo el Todopoderoso y el Todosuficiente. Así es como se nos presenta en este pasaje, y cada vez que nos acercamos a él en oración deberíamos pensar en sus *recursos* ilimitados, en su *capacidad* para usarlos, y en su *buena voluntad* para hacerlo, la cual ha sido mostrada de una vez y para siempre cuando dio a su Hijo Unigénito por nosotros. Dios es siempre el mismo y no hay que temer que cuando nos dé muchos bienes su fuente se seque, pues cuanto más tomemos, más abundancia habrá.

Hemos de pensar en esto para que nuestra fe aumente, y para que como **Sadrac, Mesac y Abed-nego** tengamos confianza y seguridad aun cuando un gran rey como Nabucodonosor quiera obligarnos a adorar a un ídolo bajo pena de muerte (cf. Dn 3). Escuchemos la respuesta de ellos: ***No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos*** [y al decir esto estaban admitiendo que el rey iba a llevar a cabo su amenaza] ***puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará*** (Dn 3:16-17). Con fe firme se fijaron en el poder de Dios, y no dudaron de su buena voluntad.

Y de nuevo digo, hermanos, que estas ***cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza*** (Ro 15:4). Dios no ha cambiado, y todavía es y sigue siendo el Omnipotente.

Finalmente, podemos considerar el pasaje que habla de Abraham en Romanos 4:18-21: ***El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido.***

Fijémonos que se nos dice que ***se fortaleció en fe, dando gloria a Dios***. Para la razón carnal, era imposible que la anciana Sara diera un hijo al patriarca en su edad tan avanzada, pero Abraham no quiso intimidarse por lo que tenía ante la vista. Tampoco se conocía ninguna experiencia similar, pero ***se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente con-***

vencido. Confiaba en el poder infinito y en la buena voluntad del que le hizo la promesa, y no se dejó engañar por su propio corazón, de modo que se gozó dando gloria a Dios y esperando mientras tanto el cumplimiento de su promesa. ¡Y Dios no lo decepcionó!

Esto también ha quedado constatado para nuestra enseñanza. Dios no ha cambiado y continúa siendo el Omnipotente, el *Shaddai* (Gn 17:1), el Único Suficiente.

¡Pues que el propio Dios, hermanos, nos ayude a interiorizar esto, para gloria de su Nombre y bendición de muchos!
¡Que así sea!

ORACIÓN DE DOXOLOGÍA III GLORIFICAR A DIOS

Efesios 3:20-21

Lectura introductoria: 1 Pedro 4:11

Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

Al continuar con el estudio de la oración del apóstol Pablo que aparece al final del capítulo 3 de su carta a los efesios, y que hemos llamado *Oración de doxología*, quiero comenzar sacudiendo vuestros corazones y exhortándoos a todos los que leéis a que oréis según los modelos de oración que estamos estudiando, y no solo los considerados en la presente publicación, sino también en los anteriores de la serie y en los que seguirán si Dios lo permite.

Desde hace bastante tiempo estamos viendo la necesidad que tenemos de cambiar nuestras oraciones, de despertar para salir de la rutina que quizá durante años hayamos estado practicando, y de tener más presente la gloria de Dios y la total dependencia que tenemos, para todo, de las operaciones del Espíritu Santo.

Por eso os pido, y pido a Dios, que despertéis, para que no transforméis las reuniones de oración en vuestras iglesias

en un simple monólogo donde al final todo el mundo calla. ¿No necesitamos que Dios envíe su bendición sobre nosotros?; ¿no tenemos suficientes motivos de gratitud?; ¿no precisamos de su perdón para muchos pecados?; ¿no deseamos su fortaleza ante los problemas y tentaciones? Y puesto que todos, creo, responderemos afirmativamente, ¿podemos permanecer, pues, callados?

Hemos de orar, hermanos, y hemos de hacerlo no solo en privado, sino cuando nos reunimos como iglesia, y hemos de ajustarnos a las oraciones que una y otra vez vemos en la Palabra.

En más de una ocasión, quizá, alguna persona os haya dicho que no dejéis de orar a Dios por ella, y debe hacerse. Pero ahora os vuelvo a repetir que no debemos dejar de orar, hermanos, porque una iglesia que no ora unida, una iglesia que no es capaz de decir nada ante Dios y la proclamación de su Palabra, o una iglesia que se empeña en orar a su manera sin querer aprender, es una iglesia enferma. Y la enfermedad, que proviene de los miembros de esta, necesita de la acción del Médico divino, al cual hemos de dirigirnos por la salud que nos lleve a proclamar **la gloria de Dios en la faz de Jesucristo** (2 Co 4:6).

Hermanos, si nos falta algo o estamos afligidos, oremos; y si estamos bien, oremos; y si tenemos abundancia y estamos alegres, sigamos orando (*cf.* Stg 5:13), y sigamos pidiendo a Dios que nos muestre de nuevo **la luz de su rostro** (Sal 4:6; *cf.* Nm 6:24-26) avivando su **obra en medio** de su pueblo y **en medio de los tiempos** (Hab 3:2).

Y os recuerdo que estamos considerando que Dios **es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos**, y hemos dicho que Dios quiere y tiene buena voluntad en relación con todo aquello que sirve para el crecimiento y la bendición espiri-

tual de su pueblo. Pero nuestro corazón es engañoso y perverso y nos lleva a callarnos, cuando tendríamos que ser conducidos a orar cada vez con mayor insistencia a Dios.

Ahora vamos a continuar desgranando lo que aún nos falta en los versículos que consideramos, pero antes vamos a hacer la lectura de la Palabra y a pedir la bendición de Dios, teniendo presente lo que acabamos de recordar; su poder, su buena voluntad y la condición de nuestro corazón.

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (Ef 3:20-21).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Una vez que nos hemos fijado en el poder y la buena voluntad de Dios, y que hemos recordado ejemplos de estos en la Escritura, así como en nuestras vidas, seguimos adelante, con la cláusula final del **versículo 20**, que sirve para enunciar así el siguiente principio: *Debemos pensar más en el poder de Dios que actúa en nosotros.*

Las palabras que usa aquí el apóstol, traducidas como *poder* y *actúa*, son las mismas que vimos en el **capítulo 1:19** y que ya comentamos, derivadas de la palabra griega *dunamos*, de la cual derivan dinamita y también dinamo, y de *energeian*, de la cual deriva energía, y que puede traducirse por eficacia o actividad. Son, pues, palabras, que se refieren al poder de Dios *en* nosotros, o más bien *dentro* de nosotros. Y

cuando nos fijamos en la expresión: *Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*, y llegamos al *según*, nos podemos preguntar: ¿Según qué?; ¿según su soberana voluntad?; ¿según su decreto eterno?; ¿según su voluntad secreta? Y vemos que no es nada de esto, sino *según el poder que actúa en nosotros*, o *conforme al*, o *por medio del*, o *en virtud del, poder que actúa dentro de nosotros*.

Es cierto que Dios es poderoso para hacer lo que quiera y cuando quiera, y no tiene que dar razones, y así podía haberse expresado. Pero aquí se nos lleva a pensar en lo que Dios ya ha hecho y continúa haciendo en nosotros. No se nos abandona para que nos perdamos pensando en lo infinito, sino que se nos conduce a considerar lo que Dios ya ha hecho en nosotros, siendo esta la referencia para la oración y la petición de su gloria. Si pensáramos más en *la supereminente grandeza de su poder para con nosotros*, que *creemos según*, o por, *la operación del poder de su fuerza* (cap. 1:19), tendríamos más *seguridad* acerca su voluntad para nuestro beneficio, más *confianza* en su habilidad para sacarnos de cualquier situación, y mayor *certeza* en su capacidad para ponernos *mesa* aún *en el desierto* (Sal 78:19).

Al final, es nuestra poca fe la que nos lleva a dudar, y hemos de mirar una y otra vez su obra por nosotros y en nosotros para descansar en su poder y buena voluntad. ¿O es que no sigue produciendo en nosotros *así el querer como el hacer, por su buena voluntad* (Fil 2:13)?

Es bueno, como ya hemos hecho muy brevemente, mirar el poder y la obra de Dios en toda la historia, pero como a veces esto no nos sirve de consuelo, tenemos la prueba más palpable en nosotros mismos. En este sentido la fe de

Zacarías falló, pues dudó del poder de Dios para cumplir lo prometido por medio del ángel (cf. Lc 1:18-20); Pedro también falló al cuestionar el poder de Cristo, y tuvo que oír aquello de: **¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?** (Mt 14:31); y los apóstoles no tuvieron confianza en su poder, pues ninguno de ellos esperaba que resucitara al tercer día. Así también nos pasa a nosotros.

Por tanto, cuando nos aproximemos al trono de la gracia, debemos hacerlo mirando a Dios como al único que es **poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos**, pero **según el poder que actúa en nosotros**, que es la regla con la que la fe debe apelar a la oración.

Ahora bien, ¿y cómo es ese poder de Dios que actúa en nosotros? Debemos recordar algunas de sus características más importantes.

Este poder de Dios que actúa en nosotros es *maravilloso*, y ya hemos comprobado sus maravillas de forma personal en nosotros mismos (cf. Gá 3:5).

Este poder de Dios que actúa en nosotros es *poderoso*, porque nos ha sacado de la muerte a la vida, nos ha llamado **de las tinieblas a su luz admirable** (1 P 2:9; cf. 2 Co 4:6; Jn 5:24; 1 Jn 3:14).

Este poder de Dios que actúa en nosotros es *invencible*, porque ha podido con nuestra enemistad interna, ha superado nuestra obstinación, y nos ha cambiado para acercarnos a Cristo de buena voluntad, teniéndolo como nuestro Señor y Rey, tomando su yugo sobre nosotros.

Este poder de Dios que actúa en nosotros es *santo*, porque nos lleva a repudiar todas **nuestras justicias como trapo de inmundicia** (Is 64:6) y a no descansar en nada de nosotros mismos.

Este poder de Dios que actúa en nosotros es un poder *de gracia*, porque vino a nosotros cuando no teníamos ningún mérito ni tampoco deseos de someternos a Dios (*cf.* cap. 2:8-9).

Este poder de Dios que actúa en nosotros es un poder *glorioso* (*cf.* Col 1:11), porque por medio de él nuestra piedad es sostenida y nuestras obras pueden ser aceptadas por Dios.

Este poder de Dios que actúa nosotros es *infinito*, **con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas** (Fil 3:21). *Todas las cosas* incluye las corrupciones del pecado, que no pueden frustrar dicho poder; incluye a Satanás y a sus huestes, que no pueden dificultarlo; e incluye la muerte y la tumba, que no pueden desafiarlo.

Este poder de Dios que actúa en nosotros es *eterno*, y no se agota al ejercerse, ni varía ni disminuye. Por tanto, si comenzó en nosotros una **buena obra**, ciertamente podrá acabarla (Fil 1:6).

Este poder de Dios que actúa en nosotros puede hacernos perfectos **para toda buena obra** (2 Ti 3:17), puede hacer **limpio a lo inmundo** (Job 14:4), puede dar **vista a los ciegos** (Lc 4:18) y hacer cantar **la lengua del mudo** (Is 35:6), puede restaurar los años que **la langosta** ha comido (Jl 2:25), y puede dar **gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado** (Is 61:3).

Este es el poder de Dios en el que nos fijamos: maravilloso, poderoso, invencible, santo, de gracia, glorioso, infinito y eterno, porque ya lo hemos experimentado así en nosotros mismos. Por más urgente que sea nuestra situación, su poder puede solucionarla; por más tremenda que sea nuestra necesidad, su poder puede suplirla; por más terribles que sean nuestras tentaciones, su poder puede librarnos; por más grandes que sean las pruebas, su poder puede soportarnos en

ellas; y por más penosas que sean nuestras circunstancias, su poder puede mantener nuestros corazones en paz.

Ahora podemos entrar en la petición propiamente dicha: ***A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.*** Y, al hacerla, enunciamos el siguiente principio: *Esta oración debe servir para humillarnos, para animarnos, para cambiarnos y para instruirnos.*

En primer lugar, y como hemos dicho ya con oraciones anteriores, el lenguaje de esta doxología debe *humillarnos* profundamente, pues sus términos elevados avergüenzan nuestras peticiones y expectativas, a menudo tan bajas. Si leemos de nuevo la oración completa —y creo que no es una repetición innecesaria—, nos sentimos avergonzados por nuestras pequeñas peticiones y nuestros bajos logros espirituales. Y es que a veces hay una modestia pecaminosa que deshonra a Dios, y que nos mantiene engañados para no pedirle de acuerdo con su bondad, poder y buena voluntad.

Hemos de recordarnos que podemos hacer grandes peticiones, pues Dios nos dice: ***¿Habrà algo que sea difícil para mí?*** (Jer 32:27). No importa el apuro o la dificultad; nada es difícil para él, y no hemos de desmayar. A veces somos como Joás, quien, cuando le ordenó Eliseo que golpeará la tierra, lo hizo ***tres veces, y se detuvo***, pero si hubiera dado ***cinco o seis golpes*** hubiera obtenido una gran victoria (2 R 13:18-19).

Pero también, y *en segundo lugar*, además de humillarnos, esta doxología debe servir para *animarnos*, pues el propósito de Dios al constatarla es aumentar nuestras expectativas como pueblo suyo y hacer crecer nuestra fe. Es importante que siempre miremos a Dios como el Único infinitamente suficiente, pero es necesario que lo hagamos cuando

nos aproximemos a él en oración. No debemos quedarnos cortos ni en nuestros pensamientos ni en nuestras peticiones, pues él nos dice: **Abre tu boca, y yo la llenaré** (Sal 81:10). Esta es su propia invitación de gracia y de seguridad.

Todas las personas reciben de la bondad de Dios y de su generosidad, pero sus hijos no debemos conformarnos con esto, ni proclamar con satisfacción que hemos comido de sus migajas. De nuevo, debemos recordar que nos dice: **Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados** (Cnt 5:1). Y como dijera el puritano Thomas Manton: *La generosidad de Dios no solamente fluye, sino que está rebosando*. La culpa es totalmente nuestra si solamente tomamos sorbos de ella.

Por tanto, y *en tercer lugar*, esta doxología debe servir para *cambiarnos*. Es como si Dios nos estuviera diciendo: «Pruébame ahora; trae tus problemas a mí; pon en mi presencia tu gran necesidad; hazme conocer tus mayores deseos espirituales y cuenta con mi poder y buena voluntad».

Esta oración debe cambiarnos, como cambió a William Carey, misionero en la India, el cual después de años de trabajar sin ver ninguna conversión, de contraer muchas deudas, y de ver el deterioro mental y la muerte de su esposa, dijo aquella famosa frase: *Espera [o pide] grandes cosas de Dios e intenta grandes cosas para Dios*. No debemos dejar que Satanás nos engañe por más tiempo con una falsa humildad.

Y podemos recordar el caso de aquellos que trajeron al paralítico al Señor, que, cuando no pudieron acercarse, rompieron el techo y lo bajaron. El Señor no se enfadó por su imprudencia, sino que honró la fe de ellos (Mr 2:3-5). Y cuando el centurión suplicó en favor de su siervo, tampoco fue reprendido, sino que Cristo **se maravilló** de su fe (Mt 8:5-10).

Finalmente, y *en cuarto lugar*, esta oración debe servir, como todas las que hasta ahora hemos ido analizando, para *instruirnos*. Y es que a veces pedimos, como los **discípulos** al Señor, que nos enseñe **a orar** (Lc 11:1), cuando ya tenemos todas las instrucciones necesarias, tanto en sus propias oraciones como en las constatadas por sus apóstoles. En ellas estamos viendo que debemos interesarnos y preocuparnos profundamente por *la gloria de Dios*, la cual debe fomentar y regular todas nuestras súplicas.

Y con esto entramos en el último principio de la oración, que hemos enunciado así: *Debemos tener siempre presente que nuestro objetivo y fin último, principal, mayor y mejor en la vida, y que será por los siglos de los siglos, es la búsqueda de la gloria de Dios.*

Ya hemos hecho referencia a esto muchas veces. Ya hemos considerado la propia oración del Padrenuestro, y ahora aquí el apóstol nos vuelve a mostrar que estas palabras: **A él sea gloria...** deben estar en nuestros labios y deben ser la sustancia y el sentimiento de nuestros corazones cuando oramos. Debemos esforzarnos para que la gloria de Dios sea nuestro mayor y constante deseo, y debemos pedir por aquellas cosas que promueven su honor, tal como hiciera el salmista: **Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre; y libranos, y perdona nuestros pecados por amor de tu nombre** (Sal 79:9).

Spurgeon, comentando lo que hizo el Señor y se encuentra constatado en Marcos 15:23: **Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó**, escribió lo siguiente: «Él no quería dejar de sufrir nada de todo lo que se había propuesto sufrir por los suyos. ¡Ah!, cuántos de nosotros hemos ansiado vehementemente un alivio a nuestros dolores, alivio que nos hubiese resultado perjudicial. Lector, ¿nunca

rogaste con impaciente y porfiada afección que Dios te librara de dura servidumbre o de sufrir? La providencia te quitó **de golpe el deleite de tus ojos** (Ez 24:16). Di, cristiano: si se te hubiera dicho: “Si así lo quieres, ese ser amado vivirá; pero Dios no será glorificado”, ¿habrías en ese caso desechado la tentación y dicho: “Sea hecha tu voluntad”. ¡Oh!, es agradable poder decir: “Señor mío, aun cuando por otras razones no necesito sufrir, sin embargo, si con el sufrimiento y con la pérdida de lo que me es querido puedo glorificarte más, entonces que así se haga. Rehúso el consuelo si este obstruye el camino de tu glorificación».

Ya hemos hecho referencia a esto muchas veces, por lo que ahora solamente quiero indicar un aspecto más. Y es el siguiente: es aquí donde se ve de forma más clara la diferencia que existe entre el verdadero cristiano, el creyente espiritual, y el que no lo es y continúa en su carnalidad. El creyente formalista e hipócrita, el falso cristiano, solo mira a Dios bajo la presión de *sus propias necesidades* y nunca busca su honor y gloria por encima de todo. El falso creyente, si habla de esta gloria, es, como el fariseo, con el fin de exhibirse a sí mismo delante de los hombres. En cambio, el verdadero, mira a Dios, se deleita en Dios, desea la comunión con Dios, y es su amor hacia él el que lo lleva a estar profundamente interesado en su gloria.

El creyente verdadero, cuando Dios es deshonrado de alguna forma, se aflige grandemente, y dice: **Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley** (Sal 119:136; cf. Ez 9:4). El creyente verdadero prefiere el interés de Dios a los suyos propios, y pone la gloria de Dios por encima de sus comodidades, intereses u objetivos, siguiendo el ejemplo de Cristo que tenemos en Juan 12:27-28, cuando dijo: **Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sál-**

vame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre.

Es conveniente, pues, que empecemos y concluyamos nuestras oraciones así, teniendo en cuenta lo que hace muchos años dijo Matthew Henry: *Cuando vamos a pedir gracia de Dios, debemos dar gloria a Dios*. Dar gloria a Dios es atribuirle toda la excelencia a él, y así termina el apóstol: **A él sea gloria**, siendo este el lenguaje de adoración de alguien cuyo corazón está lleno del amor de Dios, la expresión de alabanza hacia el que es todosuficiente y bondadoso (cf. Sal 89:6-8). Y es que, si miramos a Dios espiritualmente como Fuente de las bendiciones, cuya plenitud es inagotable, sus recursos ilimitados, y su bondad infinita, entonces el alma no puede dejar de exclamar: **A él sea gloria**.

Esta expresión, **a Él sea gloria** (LBLE), es también un reconocimiento que mantiene nuestros corazones expectantes y es la base de nuestra confianza, pues sabemos que Dios ha unido su gloria con nuestro bien, su honor con el interés de su pueblo, a fin de que, como dice Efesios 1:12: **Seamos para alabanza de su gloria**. Los cristianos somos la posesión adquirida por Cristo que espera la redención, pero lo somos **para alabanza de su gloria** (cap. 1:14), pues Cristo es **glorificado en sus santos** (2 Ts 1:10).

A Él sea la gloria es también un deseo según y conforme **al poder de Dios que actúa en nosotros**, pues esta frase entre «comas», está relacionada tanto con la primera parte de la doxología como con la segunda.

A Él sea la gloria es, pues, el homenaje del propio corazón del apóstol, del corazón individual del cristiano.

Pero después, como si Pablo sintiera que su adoración personal no es del todo adecuada, añade: **En la iglesia**. El mundo, evidentemente, no puede ni tiene disposición para

alabar a Dios, ni puede recibir respuestas a sus oraciones. Pero la Iglesia es el **pueblo a él cercano** (Sal 148:14). Es, por tanto, como si estuviera diciendo: «Unámonos todos los redimidos para exaltar a Dios, pues la Iglesia, el conjunto de los creyentes, somos, verdaderamente, el ámbito de la gloria de Dios». Como Dios dijera, somos: **Renuevos de mi plantío, obra de mis manos, para glorificarme** (Is 60:21), y es en la Iglesia donde Dios ha prometido poner su **gloria** (Is 46:13). Nadie honra, ni puede honrar a Dios, ni puede conocerle, excepto en la Iglesia, formando parte de la Iglesia.

Pero el apóstol continúa, pues se da cuenta de que la Iglesia no es suficiente para dar gloria a Dios, y añade: **En Cristo Jesús**. Solo en Cristo Jesús nos llegan las bendiciones de Dios, y solo en Cristo Jesús puede subir nuestra alabanza a Dios (cf. He 13:15, 1 P 2:5). En realidad, el original dice: **En la iglesia y en Cristo Jesús**, es decir, en el Cuerpo y en la Cabeza, en la novia y en el novio, en la comunidad de paz y en el Pacificador. Como dijera Spurgeon: *Tú, Señor Jesús, tú eres el único entre los hombres suficientemente elocuente para expresar la gloria de Dios. La gracia chorrea de tus labios, y tú puedes declarar nuestras alabanzas.*

Pero incluso así, el apóstol no queda satisfecho, y continúa diciendo: **Por todas las edades, por los siglos de los siglos**, lo cual es una avalancha de alabanza que el apóstol espera que sean dadas a Dios durante todas las generaciones y durante toda la eternidad, de modo que nunca cesen de resonar estas para la gloria de Dios. De hecho, lo que se traduce **por todas las edades** también puede traducirse como **por todas las generaciones** (LBLA), y en cuanto a lo de **por los siglos de los siglos** es porque para nosotros, como criaturas, siempre existirá el tiempo. La idea popular de que los creyentes entraremos en una existencia sin tiempo no tiene apo-

yo en las Escrituras, ni siquiera en Apocalipsis 10:6 cuando se interpreta correctamente. No es lo mismo vivir una existencia en un tiempo sin fin que en una dimensión sin tiempo, lo cual pertenece solo a Dios.

La atribución de gloria y alabanza que el apóstol pide a Dios se asemejan a las aguas salutíferas de la visión de Ezequiel, las cuales, al entrar, nos llegan a **los tobillos**, luego a **las rodillas**, más adelante **hasta los lomos**, y finalmente ya no se pueden pasar sino nadando (Ez 47:1-5).

Finalmente, la respuesta más adecuada que podemos dar a estos deseos y sentimientos es añadir nuestro **Amén** (Sal 72:18-19).

Hermanos, debemos esforzarnos por orar así, y debemos pedir a Dios que nos haga comprender e interiorizar estas cosas. Junto al apóstol, y en su misma actitud, con nuestras rodillas dobladas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, debemos tributarle honor y gloria cuando admiramos no tanto lo que hemos recibido o podemos y esperamos recibir de él, sino lo que él es.

¡Que así sea!

ORACIÓN POR PODER INTERIOR

¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu (Ef 3:14-16).

Ver.

Principios de la oración

- 14 Dios es el Padre de los cristianos por diversas causas: por ser el Creador, por habernos hecho a su imagen, por nacimiento espiritual, por habernos hechos participantes de su naturaleza, y por serlo de nuestro Señor Jesucristo.
- 15 Los cristianos formamos parte de la familia de Dios, y llevamos el nombre de ambos.
- 16 Nuestro argumento para pedir a Dios no es nuestra fe ni nuestra necesidad, sino las riquezas de su propia gloria. Es un hecho grandioso y bendito el que Dios haya unido su gloria con el bien de su pueblo. Una primera y gran necesidad nuestra es la de ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, pero es también nuestro privilegio y porción, así como nuestro deber y responsabilidad. Nuestro hombre interior tiene un alma renovada, pero el principio de maldad permanece en él, sin cambio. Por eso es necesaria una renovación continua. Los cristianos dependemos de las operaciones continuadas del Espíritu, pero esto no quita nuestra responsabilidad.

Motivos de la oración

Debemos orar y esforzarnos por interiorizar lo que somos, de Quién somos, y cuál es nuestra familia. Debemos orar y esforzarnos por comprender cada vez más las riquezas de la gloria de Dios y que la búsqueda de su gloria es nuestro mayor bien. Debemos orar para ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, conforme a las riquezas de su gloria.

ORACIÓN POR CRISTOCENTRISMO

¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] ¹⁷que habite Cristo por la fe en vuestros corazones [...] arraigados y cimentados en amor (Ef 3:14-17).

Ver.

Principios de la oración

17 Es un misterio el hecho de que el Dios trino habite en los creyentes, pues la humanidad del Dios-hombre Mediador está en los cielos.

Es necesario que ocupemos nuestras mentes y corazones con la excelencia de Cristo para ser más conformados a su imagen y parecernos más a él.

Hay una relación directa entre ser fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu y la morada de Cristo por la fe en los corazones, arraigados y cimentados en amor.

El cristiano necesita una renovación espiritual diaria, obrada por el Espíritu Santo, para que la morada de Cristo en él ejerza su influencia santificante.

Si Cristo habita por la fe en los corazones, es por amor y para amar.

Para conocer mejor a Cristo y su amor, el cristiano debe ejercitar su amor a Cristo.

Las peticiones del pasaje se encuentran encadenadas, pero comienzan en actitud de sometimiento a Dios, doblando las rodillas.

Motivos de la oración

Debemos orar y esforzarnos por ocupar todo nuestro ser con la persona de Cristo, sus perfecciones, su obra, su estado, y su relación especial con nosotros.

Debemos orar y esforzarnos por reflejar la imagen de Cristo, la cual se manifiesta por nuestro amor a todos los niveles.

Debemos orar para que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, arraigados y cimentados en amor.

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL AMOR DE CRISTO

¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (Ef 3:14-16, 18-19).

Ver.

Principios de la oración

18 El amor de Cristo hacia su Iglesia trasciende todo pensamiento y conocimiento.

Podemos ponderar algo del amor de Cristo hacia nosotros, su Iglesia, considerando su venida y sus sufrimientos pasados, su obra actual mientras andamos en esta tierra, y su venida futura a por nosotros.

Debemos pensar con frecuencia en las dimensiones del amor de Cristo hacia su Iglesia: anchura, longitud, profundidad y altura.

19 No es una paradoja querer conocer el amor de Cristo que sobrepasa a todo conocimiento.

Motivos de la oración

Debemos orar, doblando nuestras rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, a fin de que nos capacite para comprender y conocer cada vez más el amor de Cristo para con nosotros, su Iglesia.

Debemos pedir en oración, y debemos esforzarnos, para vivir en la práctica del amor, arraigados y cimentados, sin la cual el motivo anterior es imposible que se nos conceda.

ORACIÓN POR PLENITUD DEL CARÁCTER DIVINO

¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] ¹⁹que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Ef 3:14-16,19).

Ver.

Principios de la oración

19 No debemos limitar a Dios, creyendo que es tan pobre como nosotros mismos.

La plenitud del carácter divino se muestra en Cristo, y llega a nosotros en Cristo y por medio de Cristo.

Para recibir la plenitud de Dios es necesario que nos vaciemos de otras muchas cosas.

Dios tiene plenitud y puede comunicarla.

Debemos buscar ser llenos de toda la plenitud de Dios para mostrar más completamente a Dios en nosotros mismos, para lo cual se precisa de una rendición y entrega absoluta de todo nuestro ser.

Ser llenos de toda la plenitud de Dios también implica ser llenos del conocimiento de su voluntad.

Esta petición seguirá con nosotros durante toda la eternidad.

Motivos de la oración

Debemos orar para ser llenos de toda la plenitud de Dios, sabiendo que eso implica tener más del carácter y sufrimientos de Cristo.

Debemos orar para ser llenos de toda la plenitud de Dios, sabiendo que eso implica vaciarnos de todo y rendir todo nuestro ser en obediencia a Dios.

Debemos orar para ser llenos de toda la plenitud de Dios, sabiendo que eso implica ser llenos del conocimiento de su voluntad.

ORACIÓN DE DOXOLOGÍA

²⁰Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, ²¹a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén. (Ef 3:20-21).

Ver.

Principios de la oración

20 Debemos tener siempre presente que Dios, nuestro Padre, es todopoderoso.

Debemos tener siempre presente que nuestro corazón es engañoso.

Debemos tener siempre presente que Dios puede y quiere.

Debemos recordar las veces que, en la Escritura y en nosotros mismos, Dios ha mostrado su poder y su buena voluntad.

Debemos pensar más en el poder de Dios que actúa en nosotros.

21 Esta oración debe servir para humillarnos, para animarnos, para cambiarnos y para instruirnos.

Debemos tener siempre presente que nuestro objetivo y fin último, principal, mayor y mejor en la vida, y que será por los siglos de los siglos, es la búsqueda de la gloria de Dios.

Motivos de la oración

Debemos orar y esforzarnos para tener siempre presente el poder de Dios y su buena voluntad para con sus hijos.

Debemos orar, desear y buscar, siempre y ante todo, la gloria de Dios en la Iglesia en Cristo Jesús, por todas las edades, por los siglos de los siglos.

ORACIÓN POR PODER INTERIOR

¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu (Ef 3:14-16).

Ver.

Principios de la oración

- 14 Dios es el Padre de los cristianos por diversas causas: por ser el Creador, por habernos hecho a su imagen, por nacimiento espiritual, por habernos hechos participantes de su naturaleza, y por serlo de nuestro Señor Jesucristo.
- 15 Los cristianos formamos parte de la familia de Dios, y llevamos el nombre de ambos.
- 16 Nuestro argumento para pedir a Dios no es nuestra fe ni nuestra necesidad, sino las riquezas de su propia gloria. Es un hecho grandioso y bendito el que Dios haya unido su gloria con el bien de su pueblo. Una primera y gran necesidad nuestra es la de ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, pero es también nuestro privilegio y porción, así como nuestro deber y responsabilidad. Nuestro hombre interior tiene un alma renovada, pero el principio de maldad permanece en él, sin cambio. Por eso es necesaria una renovación continua. Los cristianos dependemos de las operaciones continuadas del Espíritu, pero esto no quita nuestra responsabilidad.

Motivos de la oración

Debemos orar y esforzarnos por interiorizar lo que somos, de Quién somos, y cuál es nuestra familia. Debemos orar y esforzarnos por comprender cada vez más las riquezas de la gloria de Dios y que la búsqueda de su gloria es nuestro mayor bien. Debemos orar para ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, conforme a las riquezas de su gloria.



ORACIÓN POR CRISTOCENTRISMO

¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] ¹⁷que habite Cristo por la fe en vuestros corazones [...] arraigados y cimentados en amor (Ef 3:14-17).

Ver.

Principios de la oración

17 Es un misterio el hecho de que el Dios trino habite en los creyentes, pues la humanidad del Dios-hombre Mediador está en los cielos.

Es necesario que ocupemos nuestras mentes y corazones con la excelencia de Cristo para ser más conformados a su imagen y parecernos más a él.

Hay una relación directa entre ser fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu y la morada de Cristo por la fe en los corazones, arraigados y cimentados en amor.

El cristiano necesita una renovación espiritual diaria, obrada por el Espíritu Santo, para que la morada de Cristo en él ejerza su influencia santificante.

Si Cristo habita por la fe en los corazones, es por amor y para amar.

Para conocer mejor a Cristo y su amor, el cristiano debe ejercitar su amor a Cristo.

Las peticiones del pasaje se encuentran encadenadas, pero comienzan en actitud de sometimiento a Dios, doblando las rodillas.

Motivos de la oración

Debemos orar y esforzarnos por ocupar todo nuestro ser con la persona de Cristo, sus perfecciones, su obra, su estado, y su relación especial con nosotros.

Debemos orar y esforzarnos por reflejar la imagen de Cristo, la cual se manifiesta por nuestro amor a todos los niveles.

Debemos orar para que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, arraigados y cimentados en amor.



ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL AMOR DE CRISTO

¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (Ef 3:14-16, 18-19).

Ver.

Principios de la oración

18 El amor de Cristo hacia su Iglesia trasciende todo pensamiento y conocimiento.

Podemos ponderar algo del amor de Cristo hacia nosotros, su Iglesia, considerando su venida y sus sufrimientos pasados, su obra actual mientras andamos en esta tierra, y su venida futura a por nosotros.

Debemos pensar con frecuencia en las dimensiones del amor de Cristo hacia su Iglesia: anchura, longitud, profundidad y altura.

19 No es una paradoja querer conocer el amor de Cristo que sobrepasa a todo conocimiento.

Motivos de la oración

Debemos orar, doblando nuestras rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, a fin de que nos capacite para comprender y conocer cada vez más el amor de Cristo para con nosotros, su Iglesia.

Debemos pedir en oración, y debemos esforzarnos, para vivir en la práctica del amor, arraigados y cimentados, sin la cual el motivo anterior es imposible que se nos conceda.



ORACIÓN POR PLENITUD DEL CARÁCTER DIVINO

¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el [...] ¹⁹que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Ef 3:14-16,19).

Ver.

Principios de la oración

19 No debemos limitar a Dios, creyendo que es tan pobre como nosotros mismos.

La plenitud del carácter divino se muestra en Cristo, y llega a nosotros en Cristo y por medio de Cristo.

Para recibir la plenitud de Dios es necesario que nos vaciemos de otras muchas cosas.

Dios tiene plenitud y puede comunicarla.

Debemos buscar ser llenos de toda la plenitud de Dios para mostrar más completamente a Dios en nosotros mismos, para lo cual se precisa de una rendición y entrega absoluta de todo nuestro ser.

Ser llenos de toda la plenitud de Dios también implica ser llenos del conocimiento de su voluntad.

Esta petición seguirá con nosotros durante toda la eternidad.

Motivos de la oración

Debemos orar para ser llenos de toda la plenitud de Dios, sabiendo que eso implica tener más del carácter y sufrimientos de Cristo.

Debemos orar para ser llenos de toda la plenitud de Dios, sabiendo que eso implica vaciarnos de todo y rendir todo nuestro ser en obediencia a Dios.

Debemos orar para ser llenos de toda la plenitud de Dios, sabiendo que eso implica ser llenos del conocimiento de su voluntad.



ORACIÓN DE DOXOLOGÍA

²⁰Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, ²¹a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén. (Ef 3:20-21).

Ver.

Principios de la oración

- 20** Debemos tener siempre presente que Dios, nuestro Padre, es todopoderoso.
Debemos tener siempre presente que nuestro corazón es engañoso.
Debemos tener siempre presente que Dios puede y quiere.
Debemos recordar las veces que, en la Escritura y en nosotros mismos, Dios ha mostrado su poder y su buena voluntad.
Debemos pensar más en el poder de Dios que actúa en nosotros.
- 21** Esta oración debe servir para humillarnos, para animarnos, para cambiarnos y para instruirnos.
Debemos tener siempre presente que nuestro objetivo y fin último, principal, mayor y mejor en la vida, y que será por los siglos de los siglos, es la búsqueda de la gloria de Dios.

Motivos de la oración

Debemos orar y esforzarnos para tener siempre presente el poder de Dios y su buena voluntad para con sus hijos.
Debemos orar, desear y buscar, siempre y ante todo, la gloria de Dios en la Iglesia en Cristo Jesús, por todas las edades, por los siglos de los siglos.



